

Director:
Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:
Carlos Orellana

*Consejeros
y colaboradores:*

Héctor Fernando Abarzúa, Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúñez, Ligeia Balladares, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Juan Armando Epple, Víctor Fariás, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giacóni, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Omar Lara, Miguel Lawner, Carlos H. León, Miguel Littín, Juan López Carmona, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Maldavsky, Patri-

sumario

A los lectores	5
De los lectores	6
<i>El rostro de la dignidad y el de la barbarie</i> (Carlos Orellana)	11

nuestro tiempo

José Cademártori-Patricio Palma: <i>La impagable deuda externa de Chile</i>	17
<i>El movimiento poblacional. Apuntes para su historia</i>	35
Cultura y poesía en la población La Legua (Víctor Hugo Castro)	47
André de La Victoria (P. S.)	52

exámenes

Vladimir Eichin: <i>La revolución sandinista en el debate ideológico internacional</i>	55
El águila y su final de vuelo (Orlando Castillo)	70
La guerra de Rambo (V. T.)	72
Tito Tricot: <i>Reflexiones sobre la violencia política</i>	77

temas

Mario Benedetti: <i>Pobreza de la cultura y cultura de la pobreza</i>	99
La dictadura y después: las heridas secretas (Eduardo Galeano)	109
Javier F. Campos: <i>La poesía chilena joven (1961-1973)</i>	115

la historia vivida

Guillermo Quiñones: <i>Exilio y fraternidad</i>	137
Once años (Hernán Soto)	147

conversaciones

- Juan A. Epple: *La pasión del canto* (Conversación con Angel Parra) 153
La búsqueda de una identidad musical (Wladimir Wistuba) 168
Atahualpa Yupanqui, voz mayor americana (Alfonso Padilla) 171

textos

- Omar Saavedra: *Asesinato en la Gran Ciudad* 177
Sergio Muñoz Riveros: *Poemas* 182

los libros

- Volodia Teitelboim: *Un libro con toda la barba* 189

crónica

- Los libros del Meridión* (Martín Ruiz), p. 201 / *Ejercicio del regreso: La realidad y la nostalgia*, p. 203 / *Varía intención* (Hace tres años — Graham Greene retrata a Pinochet — Roberto Parada: la fuerza del hombre y del artista — Breves). 208

notas de lectura

- Un cuarto de siglo con Allende — Me llamo Rigoberta Menchú — Bibliografía del teatro hispanoamericano — César Vallejo: su estética teatral — La expedición Arequipa — Puno — Domus Aurea 216

Las pinturas de las cubiertas son del pintor argentino Antonio Seguí. Las fotografías interiores son de Jorge Triviño, Paz Errázuriz y Luis Poirot.

cio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Fernando Moreno Turner, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olaverría, Raquel Olea, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Isabel Parra, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotocoinil, Radomiro Spotorno, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Téllez, Mario Toral, Juan G. Torres, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano

Comité permanente:

Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, José Miguel Varas, Virginia Vidal.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana

EDICIONES MICHAY.

Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 232 47 58 / 28014-Madrid (España)

ISBN: 84-85594.

ISSN: 0210-4717

Depósito legal:

M. 20.111-1978

Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington): N° 80-642682.

Impresores:

Graficino, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).



Foto J. Triviño (COL. IMA. SON)

a los lectores

Este número habrá empezado a circular cuando el mes de movilización social resuelto por la Asamblea de la Civilidad estará ya en marcha y aún culminando con el Paro General convocado para los días 2 y 3 de julio.

Los mecanismos dispuestos para forzar las condiciones que permitan hallar este año una salida a la intolerable situación que vive Chile hallan ahora un amplio consenso en la población y en las organizaciones políticas y sociales que están por el cambio.

La tozudez, la soberbia y la ceguera, que solían surgir a veces en las filas de algunos opositores, levantándose como obstáculos a la acción concertada y sin exclusiones, empiezan a ser ahora rasgos exclusivos de la conducta de la dictadura. Pinochet se empeña no sólo en no marcharse, sino que lleva hasta extremos que lindan con la locura sus dictados represivos, mostrando que es incapaz de ver y entender que mientras más se empeñe en prolongar esta situación, más profundo será el abismo en que habrá de precipitarse.

Santiago ha sido convertida en una ciudad ocupada donde los juegos de guerra comienzan a ser una abyecta entretención cotidiana. Un muerto hoy y otro mañana son apenas datos casi banales de una crónica que casi ya no requiere de anuncios. Los allanamientos masivos, las detenciones multitudinarias, la agresión callejera, el insulto y la amenaza son las bazas ya casi únicas en la apuesta imposible de la dictadura contra un pueblo que se obstina, por el momento, en una terca y testaruda determinación: que Pinochet se vaya de una vez.

Este pueblo no tiene ya miedo; siente, sí, un gran rencor y un odio exasperado: son ya muchos y muy largos los años de fascismo, y ya no es posible seguir soportando tanto sufrimiento.

Vendrá el tiempo en que podrán abordarse otros propósitos: el más importante de ellos, reconstruir nuestro país y unir en torno a esa responsabilidad a todos los que sean capaces de urdir la fórmula del mejor Chile posible. Pero, mientras tanto, la prioridad absoluta la tiene una tarea: acabar con la dictadura.

de los lectores

Participé, junto a otros magallánicos, todos exiliados, en el encuentro que nos reunió en el sur argentino a fines del mes de marzo pasado. Acompañados por más de seiscientas personas, marchamos hacia nuestra frontera, que era no sólo la de nuestro país sino también la de nuestra provincia. En la foto que les mando, un grupo de estos chilenos de Magallanes posa en el límite mismo que separa a Chile de Argentina. La valla dice: "Bienvenido a Chile", pero para nosotros fue sólo una frase: intentamos franquear la línea que nos separaba de la Patria, pero fuimos rechazados por la policía de frontera.

V. M. (Bruselas, Bélgica).



Reciban, desde esta lejana isla en el Pacífico, el saludo más afectuoso y solidario de los chilenos exiliados aquí. Ustedes deben imaginarse lo difícil que es para nosotros conseguir, por razones geográficas, informaciones de Chile, tanto del interior como de la vida y actividad en el exilio. Esta carta pretende ser un medio para romper esa barrera, a ver si con ella podemos crear formas de comunicación con ustedes y con los chilenos de otros países. Nuestro grupo realizó durante 1985 una serie de actividades relacionadas con la solidaridad. Pero no entraremos en detalles todavía, sino hasta una próxima comunicación.

**Chilenos exiliados en Nueva Zelandia (P. O. Box 4.032,
Auckland, New Zealand).**

Antes que nada, mil gracias por el envío del Nº 32 de **Araucaria**, que contiene mi artículo sobre José Miguel Carrera. Quiero decirles, en relación con su publicación, que he detectado algunos involuntarios "gazapos" tipográficos (erratas), que como ustedes saben, son los desquites que se toman con los autores y los editores, los duendes de los talleres de imprenta. No son, en general, graves, pero hay dos que modifican el sentido del texto, a saber:

—En la página 31, línea 3ª, dice: "Gaspar Marín, tímido amigo de la familia...", debiendo decir: "...intimo amigo de la familia..." (En verdad, Gaspar Marín estaba muy lejos de ser tímido.)

—En la página 32, penúltimo párrafo, línea 3ª de éste, dice: "en manos de los partidos de la Independencia...", debiendo decir: "...de los partidarios de la Independencia...". En aquella época los partidos no existían, tal como lo afirmo al comienzo de la misma página.

En la página 28 hay otras erratas que no son graves aunque sí feas: *emanadas* por *emanadas*, *ásta* por *ésta*, *develado* por *debelado*, y alguna otra más.

Fernando Casanueva (Bordeaux, Francia).

Hace unos años conocí en la revista *Auca* a Miguel Rojas Mix, que colaboraba en ella en la parte de crítica plástica. Ahora leo en **Araucaria** Nº 32 su artículo "Huidobro y el arte abstracto", en el que entrega información, buscada siempre por mí, sobre la relación de Huidobro con las artes plásticas. De esto he tenido referencia desde que trabajé y fui alumno de algunos arquitectos contemporáneos de Huidobro. Algunos de ellos participaron en las actividades impulsadas por el poeta y por "Dvor" (en realidad, José Dvoredsky) además de Waldo Parragués. Estaba también el grupo "Avance", que fue impulsado por Huidobro, y que tuvo alguna significación política antes del Frente Popular. De eso me hablaron muchas veces Santiago Aguirre y Enrique Gebbard, pero éste último ya murió y Santiago Aguirre está lejos, en Alemania, así que hay cosas que no puedo precisar, lo que lamento, porque justamente estoy en estos momentos preocupado de estudiar el carácter y desarrollo de la arquitectura en esos años.

Existe otro testimonio importante, el del arquitecto Sergio Larraín García-Moreno, quien ha declarado en una entrevista que conoció a Vicente Huidobro en 1924 en París, y fue él quien lo interesó en la arquitectura moderna, ya que entonces colaboraba en la revista de Le Corbusier, *L'Esprit Nouveau*. Por otra parte, recuerdo lo que sostiene Octavio Paz en dos de sus libros, en los que se afirma que Rubén Darío y Vicente Huidobro cumplieron en España una idéntica función: llevaron a ese país el arte de vanguardia de sus respectivas épocas. En el caso de Huidobro, fue en 1919 cuando, a causa de la guerra, llegó con sus revistas, en las que colaboraban Arp, Juan Gris y otros. La relación del poeta con el arte abstracto es, pues, anterior a 1933, que es la fecha que Rojas Mix da en su artículo. En él se dan valiosas pistas que yo creo que sería interesante completar ubicando otras publicaciones de la época y recogiendo testimonios de algunos actores del período que todavía deben estar vivos.

Oswaldo Cáceres, arquitecto (Los Angeles, Chile).

LAS FOTOGRAFÍAS DE ESTE NUMERO

Tres fotógrafos chilenos. Tres miradas diferentes, o quizás sólo tres parcelas separadas pero contiguas de un mismo territorio. *Luis Poirot*, el de trayectoria más dilatada, es tal vez el más fiel a una cierta tradición nacional (Quintana, Montandón, otros): así parecieran indicarlo sus retratos de campesinos de la zona central que reproducimos en este número de *Araucaria*. Es un fotógrafo un tanto distinto del Poirot, también reciente, que nos enfrenta al quebranto humano sin la presencia del que lo sufre: sus fotos, por ejemplo, del terremoto del año pasado, exhibidas no hace mucho en Santiago, que muestran en ventanas, techos o muros rotos la herida y el grito de la materia inanimada; o las del libro que acaba de aparecer, de título programático, *Neruda. Retratar la ausencia*.

El más joven de los tres es *Paz Errázuriz*. Crecida y criada en el Chile de la Dictadura, su óptica no excluye la sustancia real a secas, aunque ostensiblemente su sensibilidad apunta hacia la metáfora, la vivencia insólita, el ensueño capaces quizás de sugerirnos una cierta nostalgia del paraíso perdido.

Jorge Triviño pertenece a una generación intermedia. Se formó como fotógrafo en París, y de la huella europea en su trabajo dan buena prueba los materiales suyos que *Araucaria* recogió en su número 15. Los que ahora publicamos representan, sin duda, un vuelco. Por su singularidad, nos ha parecido de interés reproducir el testimonio suyo siguiente:

Las fotos del F.P.M.R.

En la primavera de 1985 nos encontrábamos en el sur de Chile un grupo de periodistas de COL.IMA.SON., productora francesa. Habíamos viajado a la zona para realizar un film sobre los mapuches.

Una mañana, como todos los días, nos disponíamos a salir del hotel, cuando en la recepción nos transmiten un mensaje: un sindicato de la región desea tomar contacto con nosotros. Incluía una hora y un lugar de encuentro.

Un bar cualquiera, lugar de la cita. Después de unos minutos de espera un hombre joven se nos acerca. Se indentifica como miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Nos expresa su interés porque de alguna manera cubramos el trabajo de dicha organización. Temiendo una provocación solicitamos unas horas de reflexión. Algunas consultas nos permiten verificar su militancia y con la aprobación de nuestra producción, entregamos nuestro acuerdo.

Finalizado nuestro trabajo dentro de la comunidad mapuche emprendemos viaje para dirigirnos al primer punto de encuentro con el Frente.

Para nuestra desgracia un grave accidente de la circulación nos inmoviliza algunos días; tres de nuestros compañeros resultan seriamente afectados, pero sólo Ramón, con fracturas múltiples, se ve forzado a volver a Europa.

En algún lugar de Chile nos entrevistamos largamente con uno de los jefes máximos del FPMR. Y luego partimos a uno de los tantos campos de preparación militar, repartidos a lo largo de todo el país. Disminuidos físicamente a causa de nuestro accidente las largas horas de marcha nocturna, subiendo y bajando cerros, nos fueron especialmente duras, agravadas por el peso del material de filmación.

“¿Quién vive?”, una voz entre los arbustos nos sobresalta.

“¡La patria!”, responde nuestro guía.

“¿Qué tal, compañeros? ¿Cansados?”

De todos lados aparecen siluetas a recibirnos.

Un día y medio de conversaciones, filmación y fotografías. Y luego, preparación del regreso a Santiago.

En la capital, durante la filmación posterior a un ataque del FPMR a los locales de Radio Santiago, una patrulla de la CNI nos intercepta y nos requisas parte insignificante del material filmado ese día. Comenzamos a recibir presiones y amenazas. Evidentemente estábamos “quemados”. Después de una visita e interrogatorio de la policía en el hotel donde nos hospedábamos, nos vemos obligados a dejar el país precipitadamente.

Hasta hoy, nuestro reportaje sobre el Frente Patriótico Manuel Rodríguez ha sido transmitido por la televisión francesa (Antenne 2) y por Antena 3 de Barcelona, España.

Jorge Triviño

NOTICIA SOBRE ANTONIO SEGUI

Las pinturas reproducidas en nuestras portadas pertenecen al pintor argentino *Antonio Seguí*, nacido en Córdoba en 1934. Ha participado en innumerables exposiciones, entre las cuales las más importantes son: 1964, París; 1966, La Habana; 1980, Japón; 1981, Bélgica y Estado Unidos; 1984, Buenos Aires, a donde ha vuelto después de diez años de exilio. Es uno de los mayores representantes de la plástica latinoamericana actual. Hay obras suyas en los principales museos del mundo.

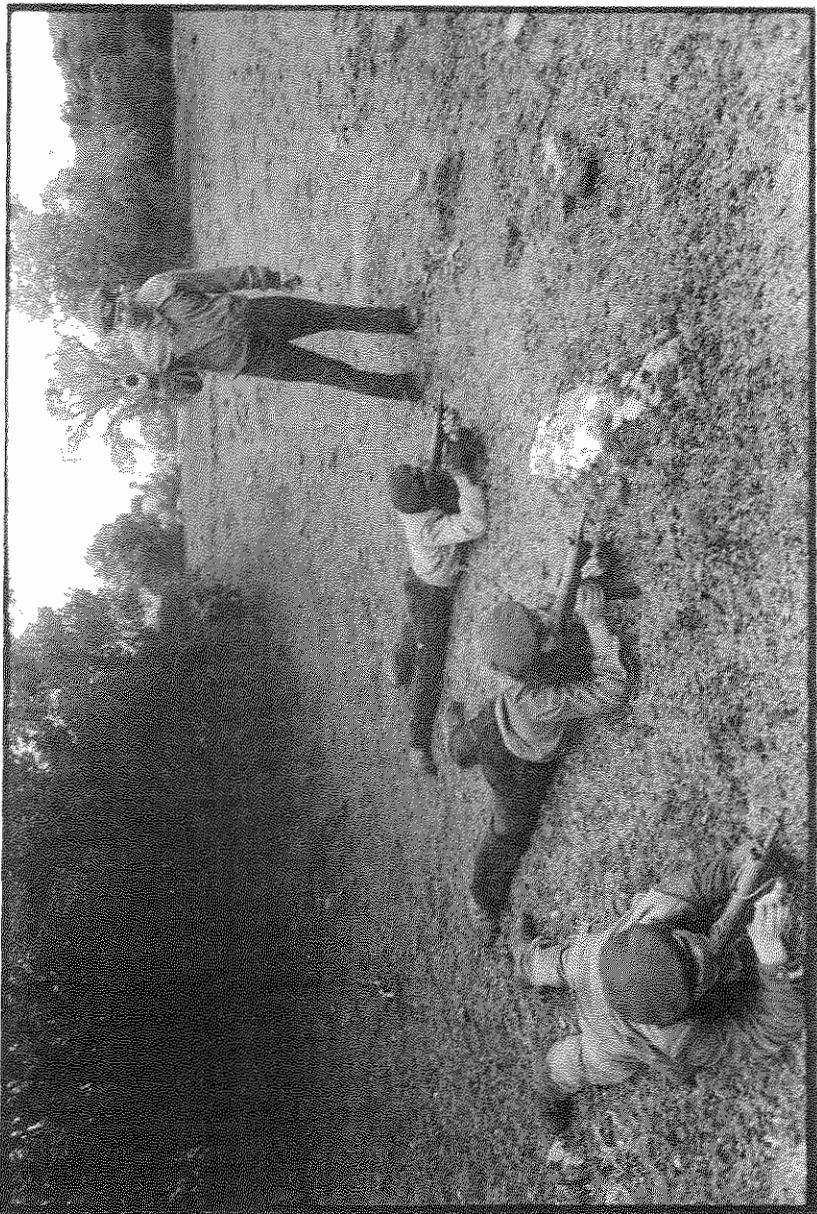


Foto J. Triviño (COL. IMA- SON)

CARLOS ORELLANA

El rostro de la dignidad y el de la barbarie

El poeta Víctor Hugo Castro tiene más que de tal, aire de clérigo. Acaso por el modo de mirar desde detrás de los gruesos anteojos, o quizás por sus vestimentas, en que los negros y grises producen una asociación casi inevitable con la imagen que uno tiene de los curas obreros. Están también el gesto y el tono cuando anda y cuando habla. Así, por ejemplo, cuando relata los hechos, sin cólera, como si sólo le produjeran un cierto asombro dolorido. Los que llegaron primero, dice, eran civiles, y lo interrogaban ante todo sobre las armas. Casi trece años después, la pregunta obsesiva en cada allanamiento sigue siendo la misma: *"¿Dónde están las armas!"* Por supuesto, las únicas armas que han visto la inmensa mayoría de los chilenos todos estos años, son las armas de los policías y de los militares.

Después se fueron y se lo llevaron, pero antes él exigió dejar la puerta de calle cerrada con llave. No se fiaba de los que pudieran venir apenas partieran. Lo que no sabía es que los uniformados, que llegaron en efecto poco después, utilizarían el simplísimo expediente de saltar por encima de la pandereta para penetrar en la casa.

Así se introdujeron en la Casa de la Cultura de la población La Legua. Empezaron por descargar su furia con algunas plantas del jardín. Había un enorme gomero, por ejemplo, cultivado con orgullo y amor durante años por los moradores de la casa. Se ensañaron con él segándolo a culatazos casi hasta su base. "No entiendo el por qué de esa maldad tan gratuita", dice Víctor Hugo, y se queda un instante silencioso. Después subieron al segundo piso, que es donde funcionan los talleres, donde se apilan los libros de la pequeña biblioteca y los niños vienen a dibujar por las tardes, o las mujeres a tejer y fabricar sus pequeñas piezas de cerámica.

¿Habrán sentido algún asombro los carabineros ante esta casa, la casa de la familia Castro, que vista por dentro no parece que fuera de La Legua, por sus amplios ventanales abiertos hacia el patio interior y por la profusión de plantas y flores, todo lo cual le da un aire de vivienda del Mediterráneo? Seguro que no, por incompetencia de la sensibilidad pero también porque no les dio tiempo para más la concienzuda tarea de destrucción a que se libraron apenas entraron en ella. Lo filmarían después muchas televisiones extranjeras: los centenares de dibujos infantiles minuciosamente despedazados, el pisoteo de libros y arpill-

ras, el desparramo de pinturas, los muebles, útiles y objetos rotos, sin excluir las tazas y platos que entraron expresamente a destrozar a la cocina familiar. Después de la violenta visita —dicen los testigos— el espectáculo era deprimente y desolador.

El incidente es apenas uno de los muchos episodios que ocurrieron en los días en que Pinochet ha ordenado una nueva ola de allanamientos masivos en las poblaciones de la periferia de Santiago. Después vendrá la ocupación virtual de la ciudad por el ejército.

El Centro Cultural Mapocho ha organizado la visita a la Casa de la Cultura de La Legua, en cuya planta baja se ha congregado una pequeña multitud: una treintena de pintores, músicos, poetas y actores de teatro más algunas decenas de pobladores, tantos como permite el no muy amplio recinto. Algunos de éstos se dirigen al auditorio después de Víctor Hugo. Habla un viejo carpintero. Sus palabras no se parecen en nada a las que yo haya oído antes; su lenguaje es cien por cien político, pero sin ninguno de sus estereotipos. Cuenta que volvía a la población por la tarde, pero que no pudo entrar; se lo impidieron los soldados, que tenían completamente cercada la población. Tuvo que esperar hasta el anochecer. A una madre, que también ofrece su testimonio, le ocurrió lo contrario: quiso salir, porque debía ir a recoger a sus hijos a la escuela, pero los militares no se lo permitieron. Otro, un joven, cuenta que no pudo moverse de la manzana en que vive hasta que fueron por él y lo detuvieron. El allanamiento fue una vasta operación militar, planificada de modo detallado y riguroso, con precisión de ajedrecista, sólo que aquí únicamente uno de los jugadores —el poseedor de las armas— tiene derecho a mover las piezas. (En verdad, se trataba de varios centenares de jugadores: militares y policías con uniforme o sin él, que llegaron en tanquetas, autos y camiones, cada uno en la confortante compañía de una ametralladora propia.) El control de movimientos e identidad se hizo casa por casa, manzana por manzana. Los hombres eran separados, y como en La Legua no hay estadio, se estimó que para la deportiva instancia de concentrarlos, igual de útil era el polvoriento solar que los pobladores llaman caritativamente cancha de fútbol. Sólo se los soltaba, muchas horas después, una vez cumplidos los trámites que culminaban en forma infamante con un timbre estampado en el reverso de la mano, en el antebrazo o en uno de los hombros. Como a verdaderas bestias. Entre acto y acto, el vejamen, la violencia física y verbal de siempre.

Lo de La Legua, como se sabe, fue una experiencia idéntica a la de decenas de poblaciones más*.

Los testigos que oímos en la Casa de la Cultura insisten en una imagen recurrente: la de los soldados con los rostros pintarrajeados de negro. ¿Qué razón puede haber en esta práctica notoriamente aprendida de instructores norteamericanos? (Semanas después veríamos en la televisión española los mismos afeites en las caras de los "contras"

* El primer allanamiento masivo se produjo el día 29 de abril. Un mes después, las poblaciones intervenidas sumaban ya veinticinco; los detenidos preventivamente durante horas en campos deportivos llegaban a 10.190, habiendo quedado arrestados en firme, 1.512.

nicaragüenses.) Algunos dicen que se trata de dar confianza al uniformado, enmascarando su identidad. Otros, más sutiles, piensan que el objetivo buscado es despertar risas en el civil y enfurecer con eso al militar, favoreciendo en él una actitud más represiva. Lo cierto es que si vemos a un soldado solo —un soldadito más o menos intimidado, un muchacho que podría ser hijo nuestro o de nuestro amigo, o amigo él mismo, o hermano—, el uniforme y los rasgos ennegrecidos podrán inspirarnos un sentimiento en que se unen la burla con la conmiseración. Pero si se trata de un piquete de soldados, o de un grupo mayor, el efecto es completamente diferente: la visión comienza a ser sobrecogedora. El espectáculo pierde su aire de carnaval, el disfraz deja de ser tal, y a la inocencia sucede la sospecha del riesgo cierto; se presienten la amenaza y la tragedia posible. Lo constatamos el 1º de mayo y después ha vuelto a ocurrir, cada vez con mayor frecuencia. Una revista derechista, *Qué Pasa*, ha publicado lo que llama "foto insólita": una cabeza militar, el casco descomunal sobre el semblante embetunado; la boca curvada en un gesto entre desdeñoso y agresivo; en primer plano, el cañón del fusil ametralladora. La leyenda del pie dice: "*¿Disturbios en Johannesburgo, Sudáfrica? No. En Santiago, Chile*". La cara teñida de negro empieza a mostrarse como lo que es: el rostro de la barbarie y de la muerte.

Luego de los testimonios hay música. Una cantante y guitarrista que ha venido entre los visitantes, y un conjunto propio de la población. Flotan el recuerdo y los acordes de Violeta Parra. Hablan enseguida Mónica Echeverría, presidenta del Centro Cultural Mapocho; un actor, Rubén Sotoconil, y un escritor, Ariel Dorfman. El acto lo va a cerrar Roberto Parada, y no sabemos si él estima necesario identificarse ante los pobladores, pensando que no lo conocen, o si sólo trata de crear el clima afectivo, la comunicación necesaria y mágica con aquél que ha dado su nombre a la Casa de la Cultura de La Legua. "Yo soy el padre de José Manuel Parada", dice.

Al actor, figura admirable y ya casi legendaria en la vida chilena, lo veré y oíré de nuevo cuando se presente el libro de poemas de José Manuel, *Pido respeto*. La presentación se hará en el salón principal del Colegio de Arquitectos, y allí hablarán Fernando Castillo Velasco —voz de la serenidad y un cierto humanismo hoy proscritos en Chile—; Alejandro Hales, cuya hija Carmen será pocos días después víctima de un tercer secuestro; la madre del inmolado, María Maluenda, y Roberto Parada. Varios centenares de personas participan en esta manifestación, que tiene lugar a menos de doscientos metros del edificio Diego Portales. Lo mejor de Chile, lo más calificado y noble de su vida política y cultural se ha reunido esa noche, y el gobierno ha juzgado conveniente no interferir. Hay nombres cuya sola evocación torna hoy en Chile ciertos acontecimientos en virtualmente intocables. El de José Manuel Parada es uno de ellos. Algún precio que pague al menos el gobierno, mientras llega la hora de cuentas mayores, por sus crímenes más horribles.

(No podré verlo, en cambio, en *Lo que está en el aire*. Don Roberto me ha encarecido la noche de la velada de La Legua que vaya al teatro

lctus a ver la pieza. Convenimos que será el jueves siguiente. Pero ése es mi último día en Chile, los compromisos se amontonan, los horarios se tornan imposibles, y me quedo sin poder ir. Tal vez ésa haya sido —pienso hoy con tristeza— la última oportunidad que tuve de admirar al actor de más relieve en la historia del teatro chileno.)

“Soy el padre de José Manuel Parada”, ha dicho con su magnífica y potente voz, “y voy a leer uno de sus poemas”. Alza la frente, asoma a sus ojos una mirada apesadumbrada pero desafiante, y el rostro se le ilumina con el aura de la verdadera dignidad. El ha encontrado, a los setenta y cinco años de edad, el camino de su plenitud creadora fundida en una doble catarsis: la del dolor colectivo y la de su propia congoja. Como todos los grandes artistas, por su voz hablan millones, hablan la protesta, la denuncia, el llamado a combatir.

Lee:

.....
*“Tú vencerás,
lo juro,
porque no te escondiste
durante la tormenta,
no esperaste sentado,
no renunciaste a nada,
porque el secreto de la tierra
es tuyo.*

.....
*Tú vencerás,
te digo,
porque la dignidad
no pisoteada
vivirá siempre toda
en tu victoria.”*



Foto J. Triviño (COL. IMA. SON)



Foto J. Triviño (COL. IMA. SON)

El presente documento es una reproducción de la obra "El Ejército Revolucionario del Pueblo" de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, publicada en 1982. La reproducción de este documento en su totalidad o en parte, sin el consentimiento expreso de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, está expresamente prohibida. Se permite la reproducción de este documento en su totalidad o en parte, siempre que se cite la fuente original y se permita la venta de este documento a un precio accesible para el público en general. Se permite la reproducción de este documento en su totalidad o en parte, siempre que se cite la fuente original y se permita la venta de este documento a un precio accesible para el público en general. Se permite la reproducción de este documento en su totalidad o en parte, siempre que se cite la fuente original y se permita la venta de este documento a un precio accesible para el público en general.

La impagable Deuda Externa de Chile

Un examen cuantitativo

JOSE CADEMARTORI
PATRICIO PALMA

La Deuda Externa de los Países en Desarrollo se ha convertido en una de las expresiones más agudas de la crisis estructural que afecta al mundo capitalista. Se trata de una masa de dinero que en 1985 superaba los 900.000 millones de dólares. La situación en que se encuentran estos países hace que la interrupción del servicio de estas deudas puede hacerse realidad. Las consecuencias serían, sin duda, graves y afectarían al sistema financiero internacional y por ende, a la economía de los países industrializados.

A partir de 1982 se desencadenó una ola de atrasos en los pagos del servicio. Treinta y cinco gobierno solicitaron postergar sus compromisos y demandaron, además, créditos de emergencia. Los acreedores se vieron obligados a acceder. Sin embargo, junto a las mínimas concesiones otorgadas, han impuesto, principalmente a través del Fondo Monetario Internacional, los llamados "programas de ajuste" que han sumido en la depresión a los países que se sometieron. En otras palabras, les ha resultado imposible conciliar la carga de la Deuda por un lado, y la necesidad de ganar los recursos que permitan conciliarla a largo plazo.

José Cademártori y Patricio Palma, economistas, son investigadores en la Universidad Karl Marx, Leipzig (R.D.A.), en cuyo Seminario Latinoamericano (Sección Historia) fue originalmente presentado este trabajo. Colaboraron en él Andrés Cademártori en la formulación matemática y Leopoldo Quinteros en la computación.

Es así como se ha vuelto a reactualizar el tema del Nuevo Orden Económico Internacional. Si las potencias capitalistas aceptaran ponerlo en marcha, parte de los grandes problemas externos del Tercer Mundo podrían tener una solución de conjunto. Para este efecto, la Deuda Externa de los países en desarrollo se ha convertido en un arma potencial muy poderosa, pues el sistema bancario internacional depende, en buena medida, de estos pagos de la Deuda para el mantenimiento de su nivel de ganancias. Si éste decayera por interrupción del servicio de la Deuda, podría generarse un pánico generalizado de los depositantes de los bancos acreedores, lo cual obligaría a los gobiernos de las potencias capitalistas a intervenir. Tal sería el momento en que podría surgir la negociación entre el "Norte" y el "Sur" en torno al Nuevo Orden Económico Internacional.

Para llegar a este punto es previo estar convencidos de que las actuales fórmulas de renegociación no solucionan el problema, sólo lo postergan, agravándolo para el futuro. Por otro lado es necesario apreciar hasta qué punto ha llegado la contradicción entre acreedores y deudores en el marco de las actuales relaciones internacionales.

Con este fin estudiamos el caso de Chile. Ciertamente se trata de uno de los países que tiene el problema más agudo. A ello se agrega que es uno de los más afectados por la baja del precio del cobre. Y súmese a lo anterior la deshumanizada política económica de la dictadura de Pinochet que está golpeando a la gran mayoría de la población. Con todo, sería erróneo creer que Chile es un caso excepcional. La Deuda Externa afecta por igual a países de mayor potencial productivo o que han gozado de prosperidad. El caso de Chile es ya el mismo de otros países.

Situación actual de la Deuda Externa de Chile

La Deuda Externa de Chile es una suma heterogénea de empréstitos contratados en diferentes condiciones y fechas con bancos extranjeros privados e internacionales, incluidos gobiernos, cuyos deudores son bancos y empresas privadas y públicas con sede en Chile. Se calcula que a fines de 1986 la suma de todos ellos —incluidos los de corto plazo— ascenderá a unos 23.000 millones de dólares¹. Para los efectos de este estudio usaremos esta cifra, lo que no significa aceptar la legitimidad misma del total de estas deudas.

¹ CEPAL estima la Deuda Externa de Chile en 19.580 millones de dólares para 1985, pero no incluye en ella la Deuda con el Fondo Monetario Internacional ni los créditos de corto plazo para operaciones de comercio exterior. Si a lo anterior sumamos las necesidades de nuevos créditos para 1986, la cifra de partida de nuestro estudio se aproxima bastante a la realidad. CEPAL. "Balance Preliminar de la Economía Latinoamericana 1985." *Boletín Informativo*. N° 424/425, diciembre, 1985.

Como se sabe, ella ha sido cuestionada por la oposición democrática, asunto de fondo que sería planteado y resuelto al término de la dictadura.

La mayor parte de la Deuda fue contratada entre los años 1976 y 1980. El plazo de cancelación se fijaba entonces, entre siete y diez años. Es por eso que los vencimientos se han acumulado en los años 80. Basta con este antecedente para concluir que la Deuda es impagable en los plazos originalmente convenidos. Los plazos tendrán que ser modificados drásticamente. En cuanto tiempo sería posible cancelar la Deuda, asumiendo diversas hipótesis, es una de las preguntas que intenta responder este estudio.

Las tasas de interés de los empréstitos se pactaron con base en la cotización LIBOR de Londres o la del PRIMA RATE de Nueva York, las cuales fluctúan de día a día. A estas tasas los prestamistas les agregan diversos recargos también variables que normalmente superan el dos por ciento. Por lo tanto, los intereses anuales varían, pero en todo caso han llegado a ser notablemente superiores a las tasas LIBOR que se contrataron originalmente. Estas eran del 6 al 8 por ciento y en los años posteriores han llegado hasta el 18 por ciento. Algunos expertos opinan que la tasa no debiera sobrepasar sus niveles históricos (2-3 por ciento en términos reales)². En nuestros cálculos tendremos en cuenta diferentes tasas de interés.

Para cancelar la Deuda es necesario estimar las exportaciones de bienes y servicios, el ritmo de su crecimiento y el saldo disponible, después de financiar las importaciones de bienes y servicios. A comienzos de 1985 se calculaba que las exportaciones de bienes y servicios llegarían a unos 3.700 millones de dólares y basta 4.000 si mejoraba el precio del cobre. Las importaciones, comprimidas al máximo según las exigencias del FMI llegarían a unos 3.200 millones de dólares. El saldo disponible alcanzaría a unos 500 u 800 millones de dólares. Frente a esta suma, los compromisos eran: 2.000 millones por intereses y 2.200 millones por amortizaciones³.

Enfrentado a esta situación, después de dos renegociaciones en los años 1983 y 1984, el régimen de Pinochet solicitó una tercera en el curso de 1985. Los acreedores accedieron a postergar las amortizaciones correspondientes a los años 85 al 87 y le otorgaron préstamos para cancelar los intereses vencidos. Para saldar completamente la brecha se utilizan otros recursos adicionales como créditos de cortísimo plazo, inversiones privadas, reducción en los recargos sobre los

² Ver Martine Guerquil. "La crisis financiera internacional: diagnosis y prescripciones." En *Revista de la CEPAL*, p. 155, N^o 24, diciembre, 1984. Santiago de Chile.

³ El balance preliminar del año 1985 indica que mediante una mayor compresión de las importaciones se obtuvo un saldo de 980 millones de dólares en bienes y servicios. Por otro lado, según estos mismos cálculos (CEPAL, op. cit.) solamente los intereses absorbieron el 46,5 por ciento de las exportaciones de bienes y servicios.

intereses y utilización de reservas. Mediante estos procedimientos se ha elevado sustancialmente la proporción del servicio de la Deuda en relación a las exportaciones.

Para ilustrar este proceso veamos las cifras del cuadro N^o 1.

CUADRO N^o 1

Chile: Disponibilidades propias y recursos empleados en el servicio de la Deuda Externa

	(en millones de dólares)						
	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983
Exportaciones de bienes y servicios	2.604	2.941	4.619	5.968	5.008	4.641	4.601
Importaciones de bienes y servicios	2.871	3.621	5.217	7.023	8.266	5.027	4.063
Saldo disponible para pago de servicio	-267	-680	-598	-1.055	-3.258	-386	538
Pago efectivo (cifras aproximadas)	1.200	1.300	1.900	2.400	3.000	2.900	2.700
Servicio de la Deuda. En % de las exportaciones	44	45	41	40	60	62	59

Fuente: CEPAL, Naciones Unidas. *Estudio Económico de América Latina y el Caribe*, 1983. Volumen I. Cuadros 20 y 21, páginas 298 y 300. Santiago, 1985.

Según las cifras de este cuadro, solamente en el año 1983 se obtuvo un saldo positivo en la balanza de bienes y servicios. Los años del 77 al 82 fueron el período del despilfarro en que la Deuda fue aumentando vertiginosamente para diversos fines, menos para el beneficio del país. La carga del servicio, según la misma fuente, alcanzó al 33 por ciento en el último año del gobierno de Frei y bajó al 12 por ciento en 1973 gracias a la renegociación conseguida por el gobierno de Allende. En 1983, el saldo disponible alcanzó al 11,7 por ciento de los ingresos corrientes, pero el gasto efectivo por la Deuda se elevó al 59 por ciento. Para lograr este resultado es que se contrataron nuevos empréstitos que sólo elevan la Deuda sin beneficio alguno para la nación.

El porcentaje de las exportaciones que corresponde al servicio de la Deuda es un índice bien revelador de las tensiones a las que está sometida la economía nacional. Los estudios de algunos expertos

demuestran que por encima del 20 por ciento de los países deudores encuentran graves dificultades para cumplir⁴. Generalmente se producen atrasos en los pagos o bien interrupciones en el funcionamiento de la economía nacional. Esta cifra no es un límite absoluto y puede ser menor en el caso de que la recesión sea muy fuerte o las exportaciones hayan bajado mucho. El gobierno del Perú acaba de sentar un precedente fijando este límite en el 10 por ciento.

El crecimiento de las exportaciones es otro de los factores que tomamos en consideración para nuestros cálculos. Se sabe que en períodos cortos las exportaciones fluctúan violentamente. Para plazos largos se puede prever que habrá un crecimiento. En los cuadros siguientes se presentan las cifras que muestran cuáles han sido las tendencias en el pasado.

CUADRO N° 2

Chile. Exportaciones de bienes, FOB. 1976-83

(en %)

Aumento medio anual

Valor bruto	13,6
Precios	3,2
Volumen físico	10,8

Fuente: CEPAL, Naciones Unidas, *Estudio Económico de América Latina y el Caribe*, 1983. Cuadro 16, página 294, Volumen 1.

CUADRO N° 3

Chile. Valor quantum y precio de las exportaciones. 1951-79

(Variación porcentual anual; promedios según períodos)

	<i>Valor</i>	<i>Quantum</i>	<i>Precio</i>
1951-60	12,6	8,1	10,8
1961-70	5,8	4,4	7,3
1971-79	14,7	7,9	11,2

Fuente: Ricardo French-Davis. "Nuevas formas de inestabilidad externa en América Latina. Fuentes, mecanismos de trasmisión y políticas." Cuadro 1 y 2. págs. 124 y 125. En *Estudios CIEPLAN*, diciembre 1981.

⁴ Ver Stephany Griffith-Jones y Michael Lipton. "Los prestamistas internacionales de última instancia." En *Comercio Exterior*, Vol. 35, N° 3, abril. 1985.

De las cifras de los cuadros N^o 2 y N^o 3 interesa destacar el aumento medio anual del volumen físico de las exportaciones. En el período 1976-83 fue de 10,8 y en el período 1951-79 fue de 7,9. En cuanto a los precios, si bien también aumentaron, hay que tener en cuenta que los precios de las importaciones subieron igualmente, siendo la tendencia general de estos últimos a elevarse más que los primeros. Para apreciar bien lo que significa el 7,9 hay que consignar la opinión de los especialistas en el sentido de que las condiciones prevaletentes en el mercado mundial en las tres décadas anteriores no se volverán a repetir⁵. Por tanto, hay que considerar tal cifra como la máxima que se podría lograr.

¿Es posible cancelar la Deuda Externa? Examen cuantitativo

Asumiendo diferentes hipótesis de comportamiento de las variables anteriores, se construyó un modelo para simular la Deuda Externa en distintas situaciones. El modelo se describe en el Anexo 1. Las variables independientes consideradas, que definen una situación, son: el monto inicial (D_0) de la Deuda (consolidado); el valor inicial (x_0) de las exportaciones anuales, que se proyecta según una tasa (x) acumulativa de crecimiento; la tasa de interés (i), pactada sobre los saldos impagos; y el porcentaje (α) de las exportaciones que se destina al servicio (amortización e intereses) de la Deuda.

La utilización del modelo permitió obtener una respuesta a las cuestiones siguientes:

1. En una situación caracterizada por (D_0 , x_0 , α , x , i) ¿es posible cancelar la Deuda? En caso afirmativo, ¿en cuántos años? Y en este caso, ¿a partir de qué momento comenzaría a decrecer el monto absoluto adeudado?
2. En una situación caracterizada por (D_0 , x_0 , i), ¿cuál es el mínimo coeficiente α (supuesto invariable en el tiempo) que permite cancelar la Deuda?
3. En una situación caracterizada por (D_0 , x_0 , α , x), ¿cuál es la máxima tasa de interés que puede pactarse (constante en el tiempo) que resulta compatible con la cancelación de la Deuda?

El concepto "cancelar la Deuda" requiere una precisión. En nuestro examen lo hemos considerado independientemente del lapso

⁵ Interamerican Development Bank. "Economic and Social Progress in Latin America. External Debt: Crisis and Adjustment." 1985 Report pp. 93-94. Según este estudio las exportaciones de los siete países latinoamericanos más grandes (incluido Chile) podrían alcanzar un incremento anual de algo más que el 3% en términos reales para el período 1985-90. Al mismo tiempo suponen que la tasa de interés LIBOR se mantendrá alrededor del 9 por ciento. Esto significa que, considerando los recargos, Chile tendría que pagar un interés del 11 por ciento bruto, anual.

n de años en que la Deuda podría ser amortizada totalmente. Sin embargo, cabe hacerse la pregunta de si tiene sentido afirmar que la Deuda podría pagarse, pero, en más de cien años. Por otra parte se demuestra que en determinadas situaciones (D_0, x_0, α, x, i) simplemente no existe un valor de n que permita que la Deuda se amortice. Es decir, los intereses anuales devengados superan de manera creciente la capacidad de pagos del país sobre el exterior (dados por una fracción de las exportaciones). En estos casos, la Deuda no puede cancelarse (NC).

En el cuadro N° 4 se presenta el número de años necesario para cancelar la Deuda en diversas situaciones.

Veamos cuál sería el período de cancelación más corto. La cifra resultante es de 11 años. Para ello se necesita una tasa de interés de 4 por ciento, un crecimiento de las exportaciones del 7 por ciento y un porcentaje destinado al servicio de 40 por ciento. Una tasa de interés de tal nivel significa una reestructuración drástica del sistema financiero. Y un ritmo de expansión de las exportaciones como el exigido, demandaría también nuevas normas en cuanto al comercio de las materias primas, y medidas contra la discriminación de nuestros productos. Y aún así el país tendría que hacer fuertes sacrificios.

Examinemos ahora las condiciones requeridas en los lapsos más dilatados. En el cuadro N° 4 hay numerosos casilleros con las letras NC que significa que la Deuda no puede ser cancelada. Casi todos estos casos están relacionados con las más altas tasas de interés del cuadro. Así, por ejemplo, con el 10 por ciento, ocurriría casi en todos los casos en que se destinara menos de un 25 por ciento de las exportaciones al servicio, no importando prácticamente cuál sea el ritmo de aumento de las exportaciones.

Situémonos ahora en un plazo de pago intermedio, esto es, entre el mínimo de 11 años que ya hemos analizado y los máximos que aparecen en la tabla. Por ejemplo, un plazo de entre 30 a 35 años. Las posibilidades son numerosas, pero las mayores se sitúan sobre la base de porcentajes destinados al servicio (α) de entre 20 por ciento y 25 por ciento. Dentro de estos límites, podemos encontrar soluciones casi para cada tasa de interés entre el 4 por ciento y el 10 por ciento. Naturalmente, para tasas altas de interés se necesitará un crecimiento de las exportaciones también alto. Como en la tabla se ha colocado hasta un 8 por ciento de crecimiento anual de las exportaciones, sólo podríamos aceptar una tasa de interés de 10 por ciento, pero, además, eso nos exigiría destinar al servicio de la Deuda un 25 por ciento de nuestras exportaciones. En tal caso, la cancelación tendría lugar en el lapso de 31 años. Aquí, lo más difícil de cumplir es el ritmo de crecimiento de las exportaciones. Para ello se necesitaría que el precio del

CUADRO N° 4

Chile. Número de años necesarios para cancelar la Deuda en diferentes situaciones de capacidad de pago (α), crecimiento de las exportaciones (x) y tasas de interés (i)

Deuda inicial: 23.000 millones de dólares.

Exportaciones iniciales: 4.000 millones de dólares.

Tasa de interés (i)							x	α
4	5	6	7	8	9	10		
47	74	NC	NC	NC	NC	NC	3	15
37	48	77	NC	NC	NC	NC	4	
32	38	49	82	NC	NC	NC	5	
28	32	38	50	90	NC	NC	6	
25	28	32	39	52	106	NC	7	
23	25	28	33	40	54	179	8	
33	42	67	NC	NC	NC	NC	3	20
28	33	42	71	NC	NC	NC	4	
24	28	33	43	77	NC	NC	5	
22	24	28	34	44	89	NC	6	
20	22	25	28	34	46	138	7	
18	20	22	25	29	35	48	8	
25	30	38	65	NC	NC	NC	3	25
22	25	30	38	70	NC	NC	4	
20	22	25	30	39	80	NC	5	
18	20	22	25	30	40	133	6	
17	18	20	22	25	31	42	7	
16	17	18	20	22	28	31	8	
20	23	27	35	68	NC	NC	3	30
18	20	23	27	36	80	NC	4	
17	18	20	23	28	36	NC	5	
15	17	18	20	23	28	37	6	
14	15	17	18	20	23	28	7	
13	14	15	17	18	20	24	8	
17	19	21	25	33	NC	NC	3	35
15	17	19	21	25	34	NC	4	
14	15	17	19	21	26	34	5	
13	14	15	17	19	22	26	6	
13	13	14	15	17	19	22	7	
12	13	13	14	15	17	19	8	
15	18	18	20	24	32	NC	3	40
13	15	16	18	20	24	32	4	
13	13	14	16	18	20	24	5	
12	13	13	14	16	18	20	6	
11	12	12	13	14	16	18	7	
11	11	12	12	13	14	16	8	

cobre mejorara sustancialmente y que los mercados de los acreedores permanecieran abiertos, sin restricciones discriminatorias.

Veamos las variantes que se dan para el caso de que las exportaciones sólo se muevan al 3 por ciento. En tal caso, y con un interés del 10 por ciento resulta imposible pagar la Deuda, ni aunque destináremos a ella el 40 por ciento de nuestras exportaciones. Ciertamente, el cuadro nos dice que el período de amortización se puede reducir hasta 32 años, si el interés desciende al 9 por ciento. Esto significa un cambio muy drástico de parte de los acreedores. En ambos casos el sacrificio nacional es, sin embargo, muy alto, pues debe destinarse un 40 por ciento de las exportaciones al servicio de la Deuda. ¡Lo cual podría ser incompatible con los requerimientos de importaciones capaces de sostener el nivel de exportaciones supuesto!

Examinemos las condiciones en que la Deuda podría cancelarse destinando a ello solamente un 20 por ciento de las exportaciones. El plazo más corto sería de 18 años, pero ello exige que las exportaciones aumenten al 8 por ciento, y el interés no podría sobrepasar el cuatro por ciento. Ambas son exigencias que dependen de medidas que deberían adoptar los acreedores y sus gobiernos. Consideremos el caso en que las exportaciones tienen un crecimiento del 4 o 5 por ciento. Entonces resulta que las tasas de interés superiores al 7 por ciento elevan el plazo de cancelación por sobre los 75 años y en la mayoría de los casos el problema no tiene solución (NC). Sólo si el interés se rebajara al 4 por ciento, entonces el plazo de pago se reduciría entre 28 y 24 años respectivamente.

CUADRO Nº 5

Chile. Una hipótesis de desarrollo de la Deuda

Deuda Inicial: 23.000 millones de dólares.

Exportaciones: 4.000 millones de dólares.

Tasa de interés: 8 %.

Tasa de crecimiento anual de las exportaciones: 3 %.

Porcentaje de las exportaciones destinado al servicio: 30 %.

<i>Año</i>	<i>Deuda</i>	<i>Intereses</i>	<i>Servicio</i>	<i>Amortización</i>	<i>Déficit</i>
0	23.000	1.840	1.200	—	—640
1	23.656	1.892	1.235	—	—657
2	24.329	1.946	1.273	—	—674
3	25.020	2.001	1.311	—	—691
4	25.727	2.058	1.350	—	—708
5	26.452	2.116	1.391	—	—726
6	27.195	2.175	1.432	—	—743
7	27.956	2.236	1.475	—	—761
8	28.735	2.298	1.520	—	—779

9	29.531	2.362	1.565	—	—797
10	30.346	2.427	1.612	—	—816
11	31.180	2.494	1.661	—	—834
12	32.031	2.562	1.710	—	—852
13	32.901	2.632	1.762	—	—870
14	33.789	2.703	1.815	—	—889
15	34.695	2.775	1.869	—	—907
16	35.619	2.849	1.925	—	—924
17	36.561	2.924	1.983	—	—942
18	37.520	3.001	2.042	—	—959
19	38.495	3.079	2.104	—	—976
20	39.487	3.158	2.167	—	—992
21	40.494	3.239	2.232	—	—1.008
22	41.516	3.321	2.299	—	—1.022
23	42.552	3.404	2.368	—	—1.036
24	43.600	3.488	2.439	—	—1.049
25	44.661	3.572	2.512	—	—1.061
26	45.731	3.658	2.587	—	—1.071
27	46.811	3.744	2.665	—	—1.080
28	47.897	3.831	2.745	—	—1.087
29	48.988	3.919	2.827	—	—1.092
30	50.082	4.006	2.912	—	—1.094
31	51.176	4.094	3.000	—	—1.095
32	52.268	4.181	3.090	—	—1.092
33	53.353	4.268	3.182	—	—1.086
34	54.429	4.354	3.278	—	—1.077
35	55.492	4.439	3.376	—	—1.063
36	56.537	4.522	3.477	—	—1.046
37	57.559	4.604	3.582	—	—1.023
38	58.554	4.684	3.689	—	—995
39	59.515	4.761	3.800	—	—961
40	60.435	4.834	3.914	—	—921
41	61.308	4.904	4.031	—	—873
42	62.125	4.970	4.152	—	—818
43	62.878	5.030	4.277	—	—753
44	63.557	5.084	4.405	—	—679
45	64.151	5.132	4.537	—	—595
46	64.649	5.171	4.674	—	—498
47	65.038	5.203	4.814	—	—389
48	65.304	5.224	4.958	—	—266
69	5.573	445	8.955	—	+ 8.510

Análisis de los resultados

En el cuadro N° 5 mostramos cuál sería la evolución de la Deuda, en las hipótesis establecidas. Se observa que en el país tendría que solicitar nuevos préstamos para cubrir los intereses durante cuarenta y ocho años. En este periodo, no podría abonarse un centavo para

amortizaciones. La Deuda aumentaría desde 23.000 millones hasta 65.000 millones al cabo de los cuarenta y ocho años. Entretanto habría que pagar intereses por unos 177.000 millones, o sea más de siete veces la deuda inicial. A partir del año 49, recién la Deuda comienza a disminuir, pero se necesitan otros 20 años para su total cancelación. En total habríamos pagado unos 250.000 millones solamente por intereses, lo que sumado a las amortizaciones arroja un total de unos 275.000 millones de dólares.

Como se comprenderá, el costo de este esquema sería imposible de soportar. El monto total representa 14 veces el valor del Producto Nacional Bruto y es siete veces superior a todo lo que hoy posee Chile como capital. En la práctica Chile tendría que trabajar durante décadas, sólo para sus acreedores.

CUADRO Nº 6

Chile. Porcentaje mínimo de las exportaciones necesario para cancelar la Deuda en condiciones dadas

Deuda Inicial: 23.000 millones de dólares.

Exportaciones iniciales: 4.000 millones de dólares.

$\alpha \backslash X$	1	2	3	4	5	6	7	8	9
2	5,8	0,2							
3	11,6	6,0	0,5						
4	17,3	11,7	6,3	0,9					
5	23,1	17,5	12,0	6,6	1,4				
6	28,8	23,2	17,8	12,4	7,1	1,9			
7	34,6	29,0	23,5	18,1	12,9	7,7	2,6		
8	40,3	34,7	29,3	23,9	18,6	13,5	8,4	3,4	
9	46,1	40,5	35,0	29,6	24,4	19,2	14,1	9,2	4,3
10	51,8	46,2	40,8	35,4	30,1	25,0	20,0	14,9	10,0
11	57,6	52,0	46,5	41,1	35,9	30,7	25,6	20,7	15,8
12	63,3	57,7	52,3	46,9	41,6	36,5	31,4	26,4	21,5
13	69,1	63,5	58,0	52,6	47,4	42,2	37,1	32,2	27,3
14	74,8	69,2	63,8	58,4	53,1	48,0	42,9	37,9	33,0
15	80,6	75,0	69,5	64,1	58,9	53,7	48,6	43,7	38,8

Nota: Cifras aproximadas al primer decimal. De aquí posibles diferencias con resultados del cuadro Nº 4. Por ejemplo, el par ($x = 3\%$, $i = 9\%$) tiene como valor de $\alpha_{MIN} = 35,002$.

El cuadro N^o 6 brinda una información adicional que demuestra desde otro ángulo las imposibilidades de la actual estructura de la Deuda Externa.

Las cifras expresan el porcentaje mínimo de las exportaciones necesario para llegar a cancelar la Deuda, bajo determinadas condiciones, independientemente del número de años en que ello es posible. En cuadro sólo nos dice la relación que debe guardar el porcentaje mínimo de pago con las tasas de interés y el crecimiento de las exportaciones.

Si nos mantenemos en la diagonal de 5,8 hasta 10, esto significa que tal porcentaje de pago se puede mantener con un crecimiento de las exportaciones que va desde 1 por ciento hasta 8 por ciento.

Pero el cuadro demuestra, además, que ello es posible solamente hasta un interés del 9 por ciento. Cualquier cifra superior a ésta exigiría un aumento del porcentaje destinado al servicio. A la vez, el cuadro nos muestra otra vez la relación entre interés y crecimiento de exportaciones. Esto es, mientras menor sea el crecimiento de las exportaciones, menor deberán ser las tasas de interés con la cancelación de la Deuda.

El diagonal que va desde 17,3 hasta 21,5 implica un sacrificio mayor que la anterior, lo que permite pactar a tasas de interés superiores. Así, con un crecimiento del 8 por ciento, la tasa de interés puede llegar hasta el 11 por ciento, pero si el crecimiento de las exportaciones es solamente del 1 por ciento, entonces el interés debería ser del 4 por ciento como máximo. Los plazos de cancelación, sin embargo, según se desprende del cuadro N^o 4, son en general muy dilatados. Así, por ejemplo, la diagonal 17,3-21,5 sería válida para plazos de 70 años.

El cuadro N^o 6 permite además dar cuenta del sacrificio en que incurre el país para cancelar la Deuda en condiciones dadas de aumento de las exportaciones y de la tasa de interés. Así, dado un par x , e , i , las cifras del cuadro indican cuál es el mínimo porcentaje de las exportaciones que debe destinarse a servir la Deuda para que ésta pueda cancelarse en algún momento. Destinar menos de ese mínimo no permite pagarla. Bajo tales condiciones, por ejemplo, con crecimiento de las exportaciones de 3 por ciento y una tasa de interés pactada de 10 por ciento, el sacrificio que hay que hacer es de por lo menos, un 40,8 por ciento de las exportaciones. Por lo mismo, si miramos el cuadro N^o 4 se aprecia que la combinación $x=3\%$ y $i=10\%$ y $\alpha=40\%$, es decir, α menor que el mínimo ya determinado, no tiene solución. Obviamente, con mayor razón, con valor de α inferior al 40 por ciento, o sea, con sacrificios menores, la Deuda resulta impagable.

CUADRO N° 7

Chile. Tasa de interés máxima para que la Deuda se pueda cancelar en las condiciones dadas

Deuda inicial: 23.000 millones de dólares.
Exportaciones: 4.000 millones de dólares.

Crecimiento de exportaciones

	$\alpha \backslash X$	3	4	5	6	7	8
	15	5	6	7	8	9	10
Porcentaje	20	6	7	8	9	10	10
destinado	25	7	8	9	10	10	11
al servicio	30	8	9	9	10	11	12
	35	8	9	10	11	12	13
	40	9	10	11	12	13	14

Nota: Cifras aproximadas al entero inferior.

El cuadro N° 7 nos entrega informaciones respecto de hasta qué tasa de interés puede pactarse, dado un crecimiento de las exportaciones y establecido un nivel de sacrificio. Esta información no es trivial, ya que precisamente establece el límite de lo que es posible en una renegociación, con respecto a las tasas de interés.

Por ejemplo, si las exportaciones crecieran en un 3 por ciento y se destinase al servicio de la Deuda, no más de 20 por ciento de las exportaciones, entonces la tasa de interés pactada, no podría superar el 6 por ciento. Del cuadro N° 4 se observa, además, que en estas condiciones el plazo de pago sería de 67 años. Nuevamente cabe aquí el comentario acerca de la incompatibilidad de las actuales tasas de interés, con las posibilidades reales de pago del país.

El cuadro N° 8 informa acerca de las condiciones de una posible renegociación, desde el ángulo de los plazos de pagos.

Se puede observar que la combinación $x = 3\%$ e $i = 8\%$ exige niveles de compromiso de las exportaciones superiores al 30 por ciento, incluso en condiciones de plazo tan largo como es de cincuenta años. El examen de las diagonales destacadas en el cuadro número 8 (niveles de compromiso cercano al 20%) muestra que tasas de interés del orden del 8 por ciento exigen tasas de crecimiento de las exportaciones superiores al 6 por ciento aun para plazos tan dilatados como cercanos a los cincuenta años. (Para 40 años, $6\frac{1}{2}\%$ y para 30 años, $7\frac{1}{2}\%$.) Esto revela otra vez la imperiosa necesidad de repactar drásticamente las tasas de interés. Así, por ejemplo, si las exportaciones no pudieran crecer en más de un 4 por ciento al año,

CUADRO N^o 8

Niveles del porcentaje de las exportaciones destinado al servicio de la Deuda, compatible con su cancelación en un número prefijado de años, para combinaciones de x, e, i

n = 50	i \ x	3	4	5	6	7	8	9
	4	14,5	11,5	9,0	7,0	5,2	3,8	2,8
	5	18,1	14,6	11,6	9,0	7,0	5,3	3,9
	6	22,2	18,3	14,8	11,8	9,3	7,2	5,5
	7	26,6	22,4	18,5	15,1	12,1	9,5	7,4
	8	31,4	26,8	22,6	18,8	15,4	12,4	9,8
	9	36,4	31,6	27,2	23,0	19,2	15,8	12,8

n = 40	i \ x	3	4	5	6	7	8	9
	4	17,2	14,3	11,7	9,5	7,6	6,0	4,8
	5	20,7	17,3	14,4	11,8	9,6	7,7	6,2
	6	24,5	20,8	17,5	14,5	12,0	9,8	7,9
	7	28,6	24,6	21,0	17,7	14,8	12,2	10,0
	8	33,1	28,8	24,8	21,2	18,0	15,0	12,5
	9	37,9	33,3	29,1	25,2	21,6	18,3	15,4

n = 30	i \ x	3	4	5	6	7	8	9
	4	21,8	18,9	16,2	13,9	11,8	10,0	8,4
	5	25,1	21,8	18,9	16,3	14,0	11,9	10,1
	6	28,6	25,1	21,9	19,0	16,5	14,1	12,1
	7	32,4	28,7	25,2	22,1	19,2	16,6	14,3
	8	36,5	32,5	28,8	25,4	22,3	19,4	16,9
	9	40,9	36,7	32,7	29,1	25,7	22,6	19,7

entonces un nivel de sacrificio del orden del 20 por ciento exigiría tasas de interés no superiores a un 6 por ciento para una cancelación de la Deuda, en un plazo mayor de 40 años.

Observaciones finales

El examen cuantitativo de la Deuda Externa de Chile que hemos realizado nos lleva a recalcar las siguientes observaciones finales:

1. El problema de la Deuda Externa chilena hizo crisis. El método seguido por la dictadura con el beneplácito de los banqueros conduce al agravamiento del problema. En la práctica su política se

orienta a elevar al máximo el porcentaje de las exportaciones destinado al servicio de la Deuda y no a presionar decididamente sobre la tasa de interés pactada ni a impulsar una política destinada a defender el valor de nuestras exportaciones. La postergación provisional de las amortizaciones por dos o tres años y aún hasta por diez o quince, sólo difiere y agrava la crisis, sin ofrecer viso alguno de salida. Por otro lado, el costo que se está pagando es el de paralizar el crecimiento económico y deteriorar aún más las condiciones de vida de la inmensa mayoría nacional.

2. Dada la magnitud que ha alcanzado la Deuda, es más necesario que antes revisarla cuidadosamente, para comprobar la legalidad y legitimidad de sus cláusulas contraactuales, como paso previo a su reconocimiento oficial.

3. La Deuda resultante, después de su revisión, debe ser convenida bajo un esquema radicalmente diferente. Ello significa:

a) Que los plazos de amortización deben ser alargados considerablemente, pues los vigentes no pueden cumplirse ni a corto ni a mediano plazo.

b) Los acuerdos que se alcancen deben comprender un conjunto de medidas económicas que permitan la reactivación de la producción nacional y el aseguramiento de nuestras exportaciones en el acceso a los mercados externos. Deben otorgarse garantías de que no habrá nuevos deterioros en los precios ni medidas discriminatorias contra las exportaciones. En caso contrario, se necesitan cláusulas de salvaguardia.

c) La tasa de interés debe ser rebajada drásticamente. Los niveles actuales son imposibles de financiar y sus fluctuaciones crean una incertidumbre que hace inoperables los acuerdos a largo plazo.

d) Se necesita un período de moratoria sobre intereses y amortizaciones, que permita poner en marcha la reactivación de la economía nacional.

e) La proporción de las exportaciones que se destine al servicio de la Deuda debe ser compatible con las necesidades de divisas que demande la reactivación.

4. La solución del problema de la Deuda Externa se encuentra ya fuera de los mareas financieros, adquirió dimensiones políticas. Se requiere la participación directa de los gobiernos de los países acreedores. Los bancos privados por sí solos no están en situación de adoptar todas las medidas que se necesitan. Está a la orden del día la reestructuración del ordenamiento económico internacional. La iniciativa pasa a manos de los países deudores.

5. Las observaciones anteriores reafirman la justeza y la necesidad de concertar los esfuerzos de los países deudores en la perspectiva de obtener una justa solución a la crisis, con pleno resguardo de su soberanía. Un primer paso en esta dirección hace necesario multiplicar los esfuerzos que logren la unidad de los países latinoamericanos en torno a este problema.

TRAICIONES PAGADAS, SÍ

"Hay muchos que piensan que lo único que los milicos sabemos decir es *a la orden... march... a discreción...* ¿Pueden decir 'estos milicos son cuadrados'?... Lo que pasa es que nuestra preparación es distinta. Nosotros no aceptamos amores pagados. Decimos *sí* o *no*. Esa es la diferencia que tenemos con los políticos."

(Augusto Pinochet. *Qué pasa* Nº 785 24/30 abril 1986.)



Foto J. Triviño (COL. IMA. SON)



Foto J. Triviño (COL. IMA, SON)

El movimiento poblacional

Apuntes para una historia

COORDINADORA METROPOLITANA DE POBLADORES

Antecedentes

Desde los comienzos de la historia del movimiento obrero —tanto en Chile como en el extranjero— la lucha de los pobladores* no ha sido ajena a los intereses de la clase obrera. Como ejemplo, se puede citar el movimiento surgido en Europa a fines del siglo pasado, relacionado con la demanda de “habitaciones para obreros”, recogida con posterioridad en nuestro país y cuyas exigencias serían consignadas más tarde por la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada en 1948 por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Esta declaración reconoce como uno de los derechos fundamentales del hombre el lograr una vivienda digna.

En Chile, desde las Mancomunales creadas el siglo pasado por el incipiente movimiento obrero, pasando por la Federación Obrera de Chile (FOCH), la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH) y la Central Unida de Trabajadores de Chile (CUT) hasta la reciente Coordinadora Nacional Sindical, la clase trabajadora ha venido dando una lucha conjunta con el movimiento poblacional, por el derecho a la vivienda. Y en este derecho se incluye el de tener accesos a suministros básicos como energía eléctrica y agua potable,

* En Chile, desde hace mucho tiempo se ha acuñado el término “poblador” para señalar al trabajador, proletario o semi-proletario que vive o habita en los sectores pobres o periféricos de la ciudad.

el derecho a condiciones de higiene y salubridad. En general, el derecho a la vivienda es parte del derecho a la vida.

En el caso de nuestro país, la mayor densidad de población y sus problemas subsecuentes se concentran en Santiago, ciudad que surge desde sus orígenes en forma segregada. Segregada porque se diferencian claramente los sectores donde habitan los conquistadores y sus descendientes, y los arrabales, donde se concentran los indios, los peones y la servidumbre en precarias condiciones habitacionales.

En la misma medida en que se fue generando el desarrollo artesanal, industrial y comercial —en forma paralela al del sistema capitalista— la ciudad crece, pero manteniendo su carácter segregado. Por un lado, en su parte céntrica se siguen construyendo grandes mansiones de lujo para los dueños del capital; en cambio, en los sectores periféricos que concentraban la mayor población, no eran favorecidos por inversión alguna en estructura urbana.

Las primeras políticas urbanas datan de 1857. En este año se dicta una ordenanza que prohibía la construcción de ranchos y viviendas precarias dentro de cierto radio urbano. Desde esa época se ha condenado a miles de familias de trabajadores a vivir en condiciones subhumanas, fuera del radio urbano.

Años más tarde, siendo intendente de Santiago el escritor Benjamín Vicuña Mackenna, en los años 1872 a 1875, se impulsa la remodelación del barrio ubicado al Sur de la Alameda en donde se encuentra la Iglesia de San Francisco. Allí vivían grupos muy pobres como “mejoreros”, que eran arrendatarios de pequeños terrenos baldíos en los que instalaban en sus ranchos de quincha (colihues) y barro. Estos grupos de mejoreros fueron erradicados en “aras del progreso”, sin importar para nada los problemas que se causaba a dichos grupos familiares.

En 1891 se promulga la ley de organización y atribuciones de las municipalidades. Se decreta, por ejemplo, “prohibir la construcción de ranchos o casas de quincha y paja dentro de ciertos límites urbanos y fomentar la construcción en condiciones higiénicas de conventillos o casas de inquilinato para obreros y gente pobre”.

A raíz de las grandes movilizaciones y presiones de los sectores obreros, adquiere fuerza la lucha y la organización por conseguir mejores condiciones de vida, incluyéndose en ello las reivindicaciones básicas por una vivienda digna. La combatividad de los sectores obreros de aquella época, representados básicamente por los mineros, ferroviarios y portuarios, unidos a la lucha parlamentaria de los sectores políticos más progresistas, motiva alguna respuesta del Estado con respecto a la legislación social y también a la vivienda. Así es como en 1906 se crean los Consejos de Habitación Popular, cuyo objetivo, además de construir era higienizar. En la

práctica, tal política significó esencialmente la habilitación o demolición de viviendas, conventillos o casas colectivas que estaban insalubres.

La crisis del salitre provocó un importante movimiento migratorio hacia el centro del país y en especial, hacia Santiago. Este desplazamiento no fue importante solamente por su dimensión demográfica, sino también por la experiencia de lucha que caracterizaba a los obreros del salitre. Esta crisis también trajo aparejada la imposibilidad de que los cesantes pudieran pagar sus arriendos.

Es así que por la madurez adquirida por la organización obrera, especialmente a partir del movimiento de los estibadores de Valparaíso y a la combatividad de los obreros del salitre radicados ahora en Santiago, en 1921 Luis Emilio Recabarren crea la Liga de los Arrendatarios.

Estas formas de organización del movimiento poblacional tuvieron como objetivo obtener una moratoria para el pago de las deudas mientras durara la crisis provocada por el salitre. Se organizan ollas comunes y la recolección de alimentos. Este movimiento y estas demandas encontraron una fuerte oposición de parte del sector empresarial, el que los consideró nefastos para la construcción privada y para sus intereses. El gobierno de la época, como es de suponer, se negó a dar una solución al problema.

En 1924 se dicta una Ley de Rentas que afecta a los propietarios de inmuebles, los que proceden a subir automáticamente los arriendos al mismo tiempo que se incrementa la especulación. Esta situación generó a la vez la reacción y la protesta de los arrendatarios, los que en enero de 1925 declararon una huelga de pagos de arriendos en Valparaíso. Con dicho movimiento se unificaron las ligas de arrendatarios de Santiago y Valparaíso, y se constituyó la Junta Nacional de Arrendatarios, que se transforma así en la primera organización que plantea los intereses de los pobladores en un frente único.

La lucha del movimiento poblacional de ese entonces lleva al gobierno de Arturo Alessandri a dictar en 1925 la primera ley de arrendamientos y busca limitar la especulación que se realizaba con ellos.

A raíz de estas movilizaciones llegaron a constituirse los tribunales de la Vivienda, con un representante de los arrendatarios y un representante del Gobierno, tribunales que en la práctica no contribuyeron a solucionar el problema. En 1925 se crea el Consejo Superior de Bienestar Social, y la Junta de Habitación Popular en 1931, que fueron intentos por responder a la presión de los trabajadores, pero que tampoco solucionaron los graves problemas que los afectaban.

Otra respuesta estatal a tales problemas la encontramos en 1936

con la creación de la Caja de la Habitación Popular, y en 1941, con el Fondo de la Construcción de la Habitación Popular, dotados con un presupuesto fiscal permanente con los que se trataba de solucionar los problemas habitacionales a través de préstamos a las instituciones de previsión, a industriales y propietarios agrícolas, quienes podían arrendar o vender las viviendas que edificaran con esos préstamos a sus trabajadores.

El período 1940-1964

A partir de 1940 se acentúa el proceso de industrialización, aunque limitado, del país, lo cual lleva aparejado un aumento de la concentración de la población en algunos centros urbanos. Al mismo tiempo, la crisis de la minería y del artesanado provincial, y el éxodo rural, entre otros factores, hicieron afluir trabajadores hacia Santiago lo que significó una rápida saturación de los conventillos y barrios antiguos del centro de la ciudad. Con la llegada masiva de esta migración interna y la expulsión de los pobladores radicados en ciertos sectores de la ciudad se va conformando el conglomerado de los sin casa y allegados, que luego irán dando forma a las poblaciones *callampas*.

Ante esta situación, los partidos obreros iniciaron la organización de la ocupación "ilegal" de terrenos —*Tomas*—, que a veces se realizaban en forma no organizada.

La *callampa* fue la respuesta espontánea u organizada a la exigencia de vivienda familiar de los distintos grupos urbanos desplazados por las remodelaciones y demoliciones de conventillos, de las migraciones a la ciudad, de grupos empobrecidos o afectados por el propio crecimiento vegetativo de la población. Estas *callampas* formadas por *tomas* de terrenos por parte de grupos de familias y de otras que se agregan en forma individual llegan a un nivel de saturación. Las *callampas* se van haciendo incontrolables, crecen como después de una lluvia en casi todos los sectores periféricos de la ciudad. Ellas estaban regidas por las normas culturales de sus propios habitantes, que equipaban sus viviendas de acuerdo a sus medios y casi siempre en lucha contra la represión física de las fuerzas del "orden" y las amenazas jurídicas de desalojo.

En 1948 se dicta la Ley Pereira, que señalaba algunas ventajas para los empresarios e inversionistas que construyeran, según La Ordenanza de Urbanización y Construcción de Viviendas Económicas.

Pero las políticas estatales, de todos modos, no fueron efectivas para satisfacer la demanda habitacional de los sectores populares. De este modo, comienza a gestarse un proceso de presión popular, lo que sumado al creciente déficit habitacional, obliga a los diver-

Los gobiernos y programas de los partidos políticos a considerarlo de modo prioritario.

La administración de Carlos Ibáñez deja de lado sus promesas electorales y procede a la demolición y erradicación de barrios enteros de Santiago. Lo que pudo ser solución para algunos sectores medios significó, en los hechos, la expansión de las agrupaciones periféricas compuestas de “mejoras” y rucas sin ningún tipo de urbanización ni servicios.

Es así como se originan las poblaciones que hoy constituyen el Gran Santiago. Desde ese entonces datan los ejemplos de las tomas de terrenos que dieron origen a las poblaciones de la Legua, Los Nogales, Luis Emilio Recabarren, Zanjón de la Aguada, Lo Valledor, entre otras. En este mismo proceso, en el año 1957, se lleva a cabo una de las mayores tomas de terrenos, efectuada por 3.240 familias con un total de 15.000 personas, en el sector de La Feria, que dio origen a la población La Victoria.

Entre 1953 y 1954 se reorganiza el Ministerio de Obras Públicas, se crea la Corporación de la Vivienda (CORVI), que fusiona la Caja de la Habitación Popular y la Corporación de Reconstrucción y Auxilio y el Banco de Chile queda encargado de prestar financiamiento a sus planes. También se elaboran planes con la intención de eliminar las poblaciones callampas existentes y construir las viviendas necesarias para absorber el déficit de viviendas, pero el plan se cumplió en una ínfima parte.

Ya en 1959, durante la administración de Jorge Alessandri, y a raíz de la presión popular por la vivienda, el gobierno promulga el Decreto con Fuerza de Ley N° 2 (DFL 2), que favoreció a los sectores medios de la población, excluyendo, dado el nivel de ingresos que se exigía a los aspirantes a vivienda, a la inmensa mayoría.

La etapa del gobierno demócratacristiano

Con posterioridad, bajo el Gobierno de Eduardo Frei, se le da auge a la consejería nacional de Promoción Popular, organismo encargado de ejecutar planes de capacitación y organización de los sectores populares.

En 1968 se dicta la Ley N° 16.880, de Juntas de Vecinos, y ella junto con la que creó los Centros de Madres, fueron los instrumentos organizativos de la política social y asistencial de ese gobierno. En esta administración también se fomentan los planes de ahorro popular (PAP). Entre ellos debe destacarse la denominada “Operación Sitio”, que implicaba la entrega de sitios urbanizados con una vivienda mínima; en la práctica se transformó, en muchos casos, en la sola entrega del sitio, por lo que los pobladores rebautizaron este plan como “Operación Tiza”.

En este momento se puede apreciar el notable incremento cuantitativo de la crisis habitacional y una transformación de las formas urbanas que la expresan. Se pueden distinguir, fundamentalmente, tres tipos de formas urbanas deterioradas, es decir, de concentración espacial de construcciones de bajo nivel de salubridad, tanto por la vejez de la vivienda como por la infraestructura:

1. El conventillo y las *cités*, resultantes de la ocupación altamente densa, por subdivisión de viejos edificios del casco urbano.
2. La *callampa*, producto de tomas de terrenos efectuadas por familias sin casa y sin medios para obtenerla, que se van ubicando en terrenos periféricos sin equipamiento alguno, donde tratan de mejorar progresivamente sus chozas.
3. La población, agrupación habitacional prácticamente permanente, generada por los programas de urgencia y abarcando una amplia gama de situaciones, desde los barrios de viviendas ligeras para postulantes de Asociaciones de Ahorro y Préstamos hasta la Operación Sitio u otros planes similares.

En este período las soluciones habitacionales tuvieron un carácter paliativo, lo cual hizo que el problema tendiera a agudizarse tanto por la falta de nuevas viviendas, servicios y equipamientos, como por el deterioro de los barrios antiguos.

Paralelamente se desarrolla un movimiento de pobladores, cuyas luchas reivindicativas en torno a los problemas urbanos se vinculan con las demandas de los trabajadores, articulándose así como un sector importante del proyecto político de la clase trabajadora.

Un hito importante en la conformación del movimiento poblacional lo constituyó la toma de la Victoria a la que nos hemos referido, considerada como un símbolo en la historia de este importante movimiento.

Ya a partir de 1960, la reivindicación urbana se vinculaba estrechamente con las organizaciones políticas. Así, en el año 1967 se produjeron 13 tomas exitosas, destacándose las efectuadas en las comunas de La Cisterna, Conchalí, Nuñoa, Barrancas (hoy Pudahuel). En esta última destaca la toma de terrenos de Herminda de la Victoria, donde 648 familias, tras un enfrentamiento con carabineros, que provocó la muerte de una menor con cuyo nombre se bautizó la población, lograron asentarse en ellos. Con posterioridad esas familias lograron una solución en esos mismos terrenos para su problema habitacional.

A partir de ese momento lo poblacional adquiere un cierto nivel de legitimidad en todo el país, el que comienza a reconocer la existencia de un sector social organizado tras sus demandas de vivienda. La autoridad lo visualiza como "potencialmente peligroso", por lo que se estima necesario reprimir cada vez que se exprese.

Paralelamente el gobierno fomentó ciertos canales de participación que en la práctica resultaron desmovilizadores y, a veces, divisionistas.

Por su dimensión, las luchas poblacionales lograron el reconocimiento de una real fuerza social. Se crearon organizaciones de base que, en un principio, se constituyeron como Comandos de Pobladores y que más tarde, en 1968, recibieron el reconocimiento y personalidad jurídica al transformarse en Juntas de Vecinos. Se crean también centenares de Comités de Sin Casa, a partir de los allegados y habitantes de las poblaciones callampas, las que presentan innumerables peticiones al Ministerio de la Vivienda y Urbanismo (MINVU) y preparan tomas de terrenos como medio de presión y negociación. En este período se producen tomas de la envergadura que dio origen a la población Violeta Parra. La represión desatada contra estos pobladores debilitó en alguna medida el movimiento e impidió la consolidación de unidades poblacionales formadas de hecho y calificadas de "ilegales".

En marzo de 1969 ocurre la masacre de Puerto Montt. Desde fines de 1968 se habían ido produciendo ocupaciones de terrenos baldíos por parte de campesinos organizados en el sector de Pampa Irigoin, en Puerto Montt. Fueron brutalmente reprimidos, dando origen a la matanza.

De 1970 a 1973: La Unidad Popular

A partir de la elección presidencial de 1970, de los hechos que se derivaron de la masacre de Puerto Montt y del auge de las acciones de las familias que luchaban por la solución de su problema habitacional, se genera una gran reactivación del movimiento poblacional. Surgen nuevas formas de organización. En el interior de los terrenos tomados se constituyen los "campamentos", los cuales se van generalizando, teniendo, además, como planteamiento básico la conjugación de la reivindicación urbana con la lucha política. Estas formas de asentamientos precarios, surgidos de la lucha por la conquista del suelo mediante las tomas de terrenos, logran en muchos casos su consolidación como poblaciones.

El primer Congreso de los Sin Casa, efectuado en abril de 1970, reflejó un salto cualitativo en el nivel de organización del movimiento. El proceso de tomas se acelera y todas ellas responden a este nuevo esquema de organización, aunque existían diversas tendencias políticas. En resumen, se puede aseverar que con la mayor organización y la intensa actividad reivindicativa, en este período el movimiento poblacional desbordó la legislación vigente. En el año 1970 se produjeron 220 tomas de terrenos a través del país.

Una etapa histórica del movimiento poblacional corresponde a

la de los años 1971, 1972 y 1973, coincidente con la del gobierno de Salvador Allende. En ese período el Movimiento poblacional alcanzó niveles de acción nunca vistos. Logró entonces una presencia a nivel nacional. Se organizó a través de Campamentos, uniendo a su acción reivindicativa una actitud política y participativa que pudo influir en la gestión pública, permitiéndoles obtener soluciones más integrales y masivas a sus problemas urbanos.

Durante estos años pudo organizarse alrededor de 83.000 familias de campamentos. Para ellas y con el objeto de absorber el déficit habitacional que había aumentado sustantivamente, el gobierno popular proyectó entregar 100.000 viviendas anuales, programa bastante ambicioso que no consideró la capacidad instalada de la industria de la construcción.

Sin embargo, debe destacarse que en 1971 se inició la construcción de 73.000 viviendas, de las cuales pudieron entregarse 40.000, cifra nunca igualada en la historia de Chile. A ellas habría que agregar que debido al crudo invierno de ese mismo año, el gobierno diseñó un plan de emergencia que significó la ejecución y entrega de 20.000 mediaguas.

Todo esto inspiró confianza, y el movimiento poblacional detuvo las tomas de terrenos en Santiago y se organizaron los campamentos en forma transitoria. De este modo, la movilización de los pobladores se dirigió, además de ayudar y participar en la solución de sus problemas habitacionales, en contra de aquellas municipalidades que boicoteaban estos esfuerzos o no prestaban los servicios necesarios a la población. Como ejemplo, se puede citar la acción realizada en agosto de 1971, a raíz de la no recolección de basura por la Municipalidad de la Florida; los pobladores recogieron los desperdicios no colectados, y los fueron a esparcir en el salón de actos de la corporación.

La política de la Unidad Popular partió en 1971 con un denominado programa de Emergencia, que contemplaba, entre otras medidas, la ejecución directa de obras por el propio Estado y sus organismos, un trato más favorable a la pequeña empresa constructora, la formación de brigadas de trabajadores de la construcción para absorber la cesantía, la que llegó a registrar los índices más bajos de toda la historia del país: tan sólo un 3 por 100. Estas brigadas de trabajadores estaban llamados a fomentar y a participar en el sistema de autoconstrucción de viviendas.

Las condiciones de la legislación vigente y de relación con los sectores empresariales, impidieron que este programa fuera ejecutado en su totalidad. Tan sólo el 20 por 100 del presupuesto del Ministerio de la Vivienda se podía utilizar en la ejecución directa.

A pesar de todos los obstáculos, de todos los errores, se puede afirmar que durante este período cristalizó y se materializó en gran

parte la concepción de la vivienda como un derecho de todo ciudadano, asumida por los propios pobladores en conjunto con el Gobierno.

En esta etapa, el movimiento poblacional comenzó a registrar contradicciones internas en su seno, producto de la composición social distinta de los pobladores, de sus diferentes ingresos y la diversidad de ocupaciones. Aun cuando dominaba el proletariado, una parte estaba ligada a empresas pequeñas y de tipo informal, que no se habían visto muy favorecidas por los cambios producidos por el Gobierno Popular. También se reflejó en el movimiento poblacional el fenómeno que afectaba a la propia Unidad Popular: la existencia de diversos planteamientos respecto de cómo llevar adelante el proceso de cambios. Esto se tradujo en la realización de acciones contrapuestas.

De este modo, un sector de pobladores desarrolló una ofensiva en contra de los mecanismos y organismos de vivienda del Gobierno; se produjeron manifestaciones en contra de la Cámara Chilena de la Construcción para exigir la expropiación de las grandes empresas vinculadas a la construcción, y se registraron también mítines en contra de las tramitaciones burocráticas.

Estas contradicciones indicaban que el movimiento poblacional no estaba unitariamente preparado para enfrentar una situación como la producida el 11 de septiembre de 1973.

Los años de la dictadura

Con el golpe militar de 1973, se inicia en Chile un modelo que ha sido abundantemente caracterizado: se trata de universalizar el capitalismo en todos los ámbitos, producir una intensa monopolización y acentuar la dependencia a los intereses del capitalismo mundial con miras a generar los más amplios beneficios para las empresas transnacionales.

En lo interno, se promueve una privatización general de la actividad económica y social, sustrayéndose al Estado casi todas aquellas empresas y organizaciones que realizaban sus gestiones productivas y sociales en función de las necesidades del país.

Esta política crea el ejército de desocupados más grande registrado en Chile, y una baja en el nivel de remuneraciones gestado tanto por la reserva de mano de obra como por la aplicación de una política laboral que deja sin defensa a sus organizaciones, empujadas y sin fuerza para negociar.

Para hacer posible esta acción económica disgregadora, en lo político se ejerce la represión en toda la línea, caracterizada por una violenta persecución al movimiento popular.

La coerción o represión se manifiesta abiertamente contraria a

cualquier tipo de participación en las organizaciones, lo que también perjudica notablemente al movimiento poblacional. Dicha represión se intensifica en aquellas poblaciones y campamentos con un historial importante de luchas y de compromisos políticos.

En esta primera etapa, que se extiende hasta 1977, las Juntas de Vecinos que seguían vigentes pero sin derecho a elegir a sus dirigentes, constituían las únicas organizaciones en las cuales los pobladores, teóricamente, podían plantear sus problemas y demandas. Pero ninguna de estas demandas pudo hacerse efectiva por cuanto las directivas impuestas por las municipalidades, además de no conocer a los pobladores del sector ni sus problemas, muchas veces eran puestas por el régimen justamente para acallar cualquier intento de protesta popular y evitar la disidencia con el “orden establecido”.

Las primeras organizaciones independientes empiezan a manifestarse en forma incipiente bajo el alero de la Iglesia Católica, en función de actividades solidarias, tales como los comedores fraternos, las bolsas de cesantes, las ollas comunes, etc.

En 1978 comienzan a aparecer, pese a la actividad represiva del régimen, las organizaciones de tipo reivindicativo en numerosas poblaciones. En estas organizaciones se agrupan los pobladores que buscan solución a diversos y urgentes problemas relacionados con la vivienda y servicios, agravados drásticamente como producto de la política imperante en materia de vivienda y por el incremento galopante de la cesantía, lo que se expresa en la proliferación de campamentos con el aumento de las familias de allegados, en los que el hacinamiento y las condiciones de vida llegan a niveles insostenibles.

Es así, como vuelven a revivir los históricos Comités de los Sin Casa, que en conjunto con los comités de deudores —una nueva forma de organización que surge buscando una solución a los problemas de deudas de luz, agua y dividendos— más los comités de cesantes, se constituyen en las primeras formas de organización y luchas con que los pobladores se oponen a la dictadura.

Los primeros comités de los Sin Casa nacen en la zona Oeste de Santiago, fundamentalmente en Pudahuel.

Ante estas nuevas perspectivas es que en 1978 se crea la Comisión Vivienda de la Coordinadora Nacional Sindical, con el objeto de coordinar la acción y la lucha de los comités sin casa y comités de deudores que estaban naciendo en Santiago. Esta Comisión Vivienda tuvo una vida muy corta, ya que los problemas en las poblaciones se fueron agravando cada vez más y se vio entonces la necesidad de formar una organización que fuera capaz de preocuparse exclusivamente de los problemas poblacionales. Es así como, a instancias de la Zonal Oeste de Pobladores, que funcionaba en la

Vicaría correspondiente de esta misma zona, nace el 13 de marzo de 1979 la Coordinadora Metropolitana de Pobladores.

Una de las primeras acciones que surgen bajo esta nueva perspectiva es la toma de un estanque (copa) de agua de Pudahuel para reclamar por las deudas de este vital elemento. A raíz de esta acción nace el convenio de repactación de la deuda con la Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias (EMOS), situación que a la postre se convierte en un “boomerang”, ya que el poblador cesante no puede cumplir con los compromisos pactados, entrando a cobrar la empresa la deuda más los intereses.

Lo anterior se inscribe dentro de lo que se denomina “deuda urbana”, que es una de las formas de violencia institucionalizada que se ejerce contra los pobladores, y que asume, a veces, niveles de crueldad extrema.

Otro de los problemas que repercute fuertemente en la población es la situación de los trabajadores cesantes acogidos a los planes de empleo mínimo PEM y POJH. Del primero de ellos fueron despedidos 63.000 en la Región Metropolitana. Otros 155.000 cesantes adscritos al POJH, se encuentran amenazados de despido*.

La Coordinadora Metropolitana de Pobladores se ha planteado también movilizar a los pobladores en torno al problema de los allegados. Se han realizado, en este terreno, innumerables y grandes esfuerzos para buscarle soluciones. Son incontables las gestiones realizadas ante las municipalidades, el SERVIU, el Ministerio de la Vivienda, y que en definitiva no han llegado a ninguna parte. Por eso, el camino de las tomas de terreno es acogida por miles de familias sin casa como último y más eficaz recurso y la solución en el largo camino en busca de una solución definitiva a su problema de falta de vivienda.

Las primeras tomas durante este régimen fueron muy incipientes en cuanto a nivel de organización y la participación fue muy pobre, buscando solamente hacer una denuncia, con esta acción, del drama de los allegados. Las tomas comienzan a tomar fuerza en el año 1980. Una de las primeras que dio que hablar fue la toma de La Bandera, la que, a pesar de haber sido desalojada, dio origen posteriormente a la toma del 14 de enero, cuyo campamento aún permanece en la Comuna de La Granja. Posteriormente, en marzo de 1981, se produce la toma de San Pablo con Neptuno efectuada por pobladores de las comunas de Quinta Normal y Pudahuel. Meses después, en octubre de ese mismo año, hay una toma realizada por pobladores de San Luis de Las Condes. En enero de 1982 se produce otra en terrenos de La Granja, en el sector de San Ricardo, y posteriormente la Cinco de

* El presente trabajo data de principios de 1984.

Abril con General Velázquez con pobladores de los sectores de las poblaciones Santiago, La Palma y Los Nogales. El 6 de marzo de 1982 se trata por primera vez de unificar y coordinar la fuerza de todos los allegados de Santiago en torno a una toma de terrenos. Esta toma tuvo muchos errores de coordinación pero, a la postre, a pesar de que 150 familias quedaron detenidas en la zona norte, se forma el campamento Gabriela Mistral. Luego el 10 de octubre de 1982 se realiza la toma de La Victoria, en donde por primera vez se logra hacer participar activamente a la gran mayoría de las poblaciones adyacentes al lugar en donde se estaban desarrollando los acontecimientos. En diciembre de 1982 se efectúa la toma de La Pincoya. En febrero de 1983, se realiza la toma de La Legua, y en el mismo mes se efectúa la toma de "Villa Guarén" en Lo Sierra, tomas que tuvieron magnitudes similares a la de La Victoria.

La experiencia de la toma del Comité de La Victoria; y posteriormente la de La Legua, que fueron de gran combatividad, con participación masiva y apoyo de las poblaciones adyacentes, mostró que para triunfar había que unir la fuerza de toda una zona, agrupar la mayor cantidad de personas posible en torno a una toma.

En el mes de agosto de 1983, entre 150 a 200 familias se toman unos terrenos en La Granja, llegando a un acuerdo posterior con sus propietarios, situación que aún está en discusión. Esta situación llevó a despertar a los Comités de allegados a las comunas de La Granja y La Cisterna, fundamentalmente, organizándose la toma de terrenos en torno a un total de 2.000 familias sin casa.

Finalmente, están los Campamentos Monseñor Juan Fco. Fresco y Cardenal Raúl Silva Henríquez. Hoy tienen vida propia, se han visto enfrentados a un sinnúmero de problemas, muchos de los cuales no han sido todavía solucionados, pero como toda vida que nace, están aprendiendo a caminar. El Campamento Monseñor Fresco agrupa a 3.265 familias, el Campamento Silva Henríquez a 4.720 familias y el Campamento 23 de Agosto cuenta con 150 familias.

Todos los movimientos anteriores, caracterizados por la búsqueda de soluciones a través de la toma de terrenos, no han hecho, sino proseguir una línea histórica que es la misma que se ha dado en el nacimiento de la gran mayoría de nuestras poblaciones.

* * *

Estos años han sido de gran experiencia y desarrollo de las luchas poblacionales, sobre todo a partir del año 1983, en que por la vía de las protestas nacionales, la clase obrera y el pueblo se alzan en la lucha por sus derechos y por el restablecimiento de la democracia. El movimiento poblacional tiene ahora en sus acciones una perspectiva

de mayor dinamismo y combatividad, y objetivos más amplios y ambiciosos. Los pobladores han pasado a un plano superior y figuran en la primera línea entre aquellos que están llamados a devolver a Chile su democracia y su libertad hoy conculcadas.

VICTOR HUGO CASTRO

Cultura y poesía en la Población La Legua

1. Nuestra Casa de Cultura

La Casa de la Cultura de La Legua, llevará el nombre de José Manuel Parada.

Será un lugar abierto.

La idea es que sea una casa-libro. En sus muros se escribirán los poemas de nuestros poetas. Cada poema con ilustraciones de nuestros pintores. Que lleguen los músicos y les den sonido a las letras. Que

venga la danza y le dé movimiento a la música. Que graben los fotógrafos lo que pasa en los muros, que los vídeos capten cómo bullen las calles, cómo la vida corre por las casas, cómo el arte se gana a las barriadas y llega más allá de las montañas que nos rodean.

Después recordaremos: en años difíciles supimos no sólo defender la luz, sino llevarla.

2. Un poco de historia

Quiero hacer un poco de historia, porque eso es la casa de los Castro: Historia. De muy niño mi abuelita me hablaba de los Castro, del Víctor, de la Gloria, de la Señora Blanca y su esposo. Yo no sabía quiénes eran ni dónde estaba esa casa, de la cual todos los adultos hablaban a menudo. Fui creciendo y apareció un negocio nuevo en La Legua, en la esquina de Aysén y Comandante Riesle. Recuerdo que era un bazar, pero nadie me mandaba al bazar, sino a la peluquería. Mi abuela me hizo saber que la peluquería, como todos en mi casa la llamaban, era la

casa de los Castro... Para esa fecha debo haber tenido unos doce o trece años. Esta casa estaba en el camino al colegio básico en que estudiaba.

Siempre me detenía a observarla. Me llamaba la atención su soledad, su vegetación y su balcón.

Está compuesta de reliquias, de cosas lindas y novedosas. Me contó una vez el Vladímir, que fue la primera persona que conocí que visitaba frecuentemente la casa, y por lo cual pude conocerla. Creo que es como la imaginaba. Está compuesta de naturaleza, de antigüedad, de historia que

Una versión mucho más extensa de este trabajo fue publicada en Santiago por Editorial Emisión. Su título es *Irokom Mapu Rupán (Por todas las tierras pasaremos)*.

hoy estoy recién conociendo. Y de gente sencilla, de gente como yo, pobladores de La Legua.

Pero es un rinconcito de La Legua donde abunda la cultura, la creatividad y donde está el Cristóbal, que es un loco de cinco años, que tiene cada salida, pero es un loco sano, puro, con

la pureza característica de la infancia. Con él juego, me río y somos amigos. Por todo esto, hoy me siento feliz de que esta casa sea visitada por los jóvenes; y será muy visitada, porque en ella está surgiendo la Casa de la Cultura de La Legua.

3. La más hermosa poesía

Alguien había llegado a La Legua hace un año y era, como casi todos nosotros, moreno y flaquito, sonriente. Le seguían los niños por todas partes, siempre querían que les contara un cuento, que les preguntara cosas, que les hablara del pajarito que todo lo sabe. Mientras más hurafios eran algunos niños con todos, más dulces y alegres eran con el tío.

Porque llegó a La Legua un día sábado, oscurecía, y al pasar por mi ca-

llejuela lo siguieron unos pasos livianos, como de gorriones. El tío, pequeñito también y frágil, se volvió; los pasos eran de niños y los niños venían con palos y querían robarle la chaqueta.

No sé cómo lo hizo, pero al rato estaban jugando y conversando, sentados en la cuneta, como viejos amigos, como gorriones espesos, como nubes o flores de este mundo.

4. Vino moreno

*Vino moreno
canto cerrado.
Tu palomita
ya se ha volado.*

*Camino abajo
quedan los jugos
las alegrías
de muchas viñas.*

*Miro mirando
los días idos,
la serpentina
de los caminos*

*Vino moreno
canto cerrado.
Tu palomita
ya se ha volado.*

5. Quedaron hermosas

Vamos a llevar la poesía a la calle, la vamos a llevar.

Y nos juntamos dos o tres poetas del barrio y después dos más y otro más y empezamos.

Escribimos las poesías en papel mural, con letra clara. Dejamos los espa-

cios necesarios. Que se leyeran bien, se comprendieran.

Quedaron hermosas. Eran como esos cuadros japoneses o chinos, con un palito cepillado en cada extremo. Nos las imaginábamos en las rejas de la plaza. ¡Ojalá no lloviera! Ojalá.

6. Y caminar por calles rojas

Me levanté temprano el domingo. No estaba lloviendo, pero hacía frío. El encuentro era a las once y a las diez cuarenta y cinco, veo a una muchacha y un joven. Se me acercan y son poetas y como no llega nadie, nos vamos poniendo tristes. La feria con sus verduras y limones y peras parece muda; seguimos caminando y buscando poetas y allí está Francisco Coloane, comprando limones y preguntándonos a qué hora empezamos.

Ya estamos alegres, vamos a buscar los poemas y los comenzamos a colgar en las rejas.

Se acerca la gente. Un muchacho silencioso se queda inmóvil frente a la reja. Sus ojos oscuros se humedecen. ¿De todas las poesías, cuál te gusta?

Esa es rica, me dice y yo la leo.

*Y caminar
por calles rojas
sin pintura amarilla
y sin arañas en las murallas,
con martillos y
laureles*

Se sigue acercando gente, el ¡qué lindo!, ¡qué rico!, se va multiplicando.

Los dos poetas jóvenes escriben en papel mural sobre el asfalto húmedo.

*Que se hablen las bocas
Que se junten
Que se muerdan
Que se abran
Y muestren a sus dueños.
Que se laven
Que se ríen
Que se besen las bocas
Enredando lenguas. Que lloren
Que cuestionen
Que reclamen las bocas
Que hagan huelga de hambre
Paro nacional
Que se cierren las bocas
Que bailen
Que beban
Que vayan a la playa
Que se cuiden
Que se ríen
Que se ríen
Que se alimenten
Que crezcan las bocas.*

7. No demando "caridá"

El Julio se colgó la misma noche en que el Papa le puso el gorro a los cardenales. Seguramente el espectáculo no le interesaba mucho, digamos, nada. A mí sí que me interesaba. Pero ahora no. Fue una ceremonia larga y tediosa. No valía la pena gastar tantos millones en transmitir un acto cualquiera desde Roma. Con esos millones cien o mil Julios podrían haber vivido cien años trabajando y no buscando y buscando pega y escuchando a los porteros y pensando qué comeré mañana, qué como hoy y cuándo se acabará esta mierda.

Fue un día sábado en la noche, lo encontraron colgando de una viga del parrón. Surgió como un grito que se extendió por las calles, como un grito, como un murmullo, como un susurro

y después como miles de gritos, esto basta.

Pusimos la noticia en el diario mural, el mismo que el domingo le quitamos de las manos a los pacos.

Todos pasaban y leían la noticia y algunos lloraban. Julio era el barbón que protestaba, güña pa'la piedra cuando llegaban los verdes. No tuvo miedo nunca y ese domingo, un día después de que el Papa le puso el gorro a los cardenales, el Julio estaba en la morgue, botado en la piedra, igual que Jesucristo.

La muerte de Julio nos unió a todos. Veinte lucas nos costó el entierro. Juntamos la plata casa por casa, en las panaderías nos dieron pan para el velorio, alguien consiguió una camita para el hijo. Derechos humanos sacó

una declaración. Llegaron los periodistas italianos y se pusieron con cinco lucas. Cuando la periodista leyó la declaración se puso a llorar y después la gente y todos llorando y el italiano rubio, tomando la película. Que sepan en Italia lo que pasó. Al Julio, lo mató la miseria, la pena.

El entierro fue como una protesta. Estábamos todos y gritábamos: Compañero Julio Mansilla, Presente, ¿Quién lo mató? El fascismo, la miseria, la cesantía, el hambre. Y ¿Quién lo vengará? El Pueblo. ¿Cómo? Luchando.

Y en el diario mural pusimos la noticia y el diario mural se fue ampliando, fuimos agregando poesías.

*No demando caridad
ni menos pido un favor.
Pido con mucho rigor
mi derecho a trabajar
yo quiero ganar mi pan,
mi harina, mi aji picante
me dicen por vez postrera
con su sonrisa farsante
que al llegar la primavera
puede ser que haya vacante.*

La gente leía y era ya otro dolor. Después nos juntamos ¿qué haremos?, ¿cómo salvar lo que queda?, ¿cómo impedir que los jóvenes se sigan matando? Debemos traer la cultura.

8. Una mañana

*Mi palomita
vino volando
Vino y me consoló.
Una mañana
cuando lloraba
Vino y me despertó.*

*Crecen los ríos
crecen las aguas
Ya se rebalsarán
mi palomita,
la más bonita,
trae la Libertad.*

9. Continuará

El día 7 de julio de 1985, para los pobladores fue un día maravilloso. Desde tempranas horas fue llegando gente: escritores y artistas con sus poemas, sus afiches, sus cantos.

Vibramos de alegría.

Olvidamos por un momento las amarguras, a las que nos tienen sometidos.

A las mujeres les tocó preparar la comida. Los niños desnutridos no olvidarán el día 7 de julio. Gozaron de un

almuerzo. Se abrigaron al calor de una fogata. También los adultos gozamos al ver una obra realizada.

Cada afiche fue una obra con la realidad en que se vive.

Todo esto aquí no termina. Se continuará hasta que pase la tormenta y ver la paz de nuestro pueblo con una aurora distinta.

Será el día donde la felicidad y la alegría resistan en todos los rincones de Chile.

10. Victoria

En la plaza, muchos jóvenes cantaban con las guitarras que fueron a buscar a sus casas. Hacía mucho frío. Los ve-

cinos nos trajeron algunos palos para encender una fogata. Todos cantábamos.

Cuando vimos aparecer la cuca de los pacos, supimos lo que iba a suceder. Se bajaron y comenzaron a romper las poesías. Había personas leyendo.

¿Por qué las rompen? Esto es lo que escribe la gente, lo que siente. ¡Léanlas primero, vean lo que dicen!

Esto es política, decían, y seguían rompiéndolas.

Amenazaron con ir por refuerzos. Les desafiamos a que lo hicieran. No nos retiramos. Seguimos cantando. Cogimos los poemas que quedaban y volvimos a ponerlos, rotos como estaban. Más gente llegó a leerlos, querían saber cuáles eran las palabras hechas poesía que habían moles-

tado tanto a la autoridad.

Vuelvo al muro, a la reja, me asombro de que haya tanta gente sabia. Toño Cadima escribió sus versos en el asfalto. Uno de ellos decía:

*Los pacos
no me quieren,*

Y otro grabó en un papel pequeñísimo, como un recado:

*Puro Chile,
tu cielo asolado
puros yanquis vuelven
otra vez.
Feliz Pascua
celebra la Nasa
con su fiel servidor
Pinochet.*

11. Y va a caer

*Algo se mueve
entre las ramas.*

*De la galaxia
del aroma
caen miles
de meteoros*

*luminosos,
pequeñitos,
suaves.*

*Sentados
en la alfombra*

*de soles
los niños cantan.*

*Y va a caer
Y va a caer
Y va a caer.*

12. Tú vencerás

Veo a La Laguna como una isla. Nosotros somos los isleños con nuestras propias costumbres, con nuestros propios fieles amigos y con los enemigos que llegan sin pedirle consejo a nadie, apuntando a los cuerpos, arrasando con todo.

Nuestros papelitos eran o parecían débiles, pero débiles como eran se hicieron fuertes, tomaron la dureza de la piedra, el filo del cuchillo, penetraron a fondo el corazón perdido de los guardias.

Recuerdo la palomita que tenía en

Praha y estaba en el cielo azul, cerca del sol. Era el afiche más azul del mundo y tenía una lectura que decía:

*El mundo... El mundo nuevo.
Lo vamos a construir.*

Y recojo del suelo el anuncio de estas jornadas:

*"Por el respeto a la vida
y el derecho a la cultura".*

No lo ensuciaron las botas de los guardias.

N. de la R.: Al atardecer del día 30 de abril del presente año, estando ya los artículos precedentes compuestos, corregidos y en proceso de compaginación, varios centenares de policías y militares invadieron la población La Legua. La Casa de la Cultura recibió también su visita.

Las consecuencias: destrucción, robos, vejámenes, detención de Víctor Hugo Castro. Cuarenta y ocho horas después, ya en libertad él nos cuenta cómo fueron los hechos. (Ver *El rostro de la dignidad y el de la barbarie* que se publica en este mismo número.)

André de la Victoria

Más allá del "Chile ceremonial, que ha ido perdiendo la percepción de la realidad, demasiado absorto en el goce del poder estatal, entretenido en actos rituales", existe otro mundo —dice el prologuista del libro *André de La Victoria**— que es como otro país y que ciertamente, es "un mundo más vivo, humano y real": es el mundo de las poblaciones, en el que la realidad más inmediata es la escasez y la pobreza, pero donde, sin embargo, centenares de miles de personas —hombres, mujeres y jóvenes— ejercitan una vida "rica en iniciativas y en la práctica de la solidaridad".

En ese universo donde —citando siempre al prologuista— "la vida es una diaria lucha por salvar la dignidad, para 'engañar' al hambre que acecha a cada instante, para encontrar 'pega' o conservar la que se tiene, para salir cada mañana a pie ahorrando los cuarenta pesos de la micro, en busca del 'pololito'..., hay entre otros protagonistas, estos años, un personaje muy singular: el "cura de población". Y entre los muchos nombres de sacerdotes que ya pueden citarse por su conducta ejemplar en este negro período vivido por el pueblo de Chile, imposible no evocar al francés André Jarlan Pourcel, cura de la población La Victoria, asesinado por Carabine-

ros el día 4 de septiembre de 1984.

De su muerte, del impacto que ésta produjo en la sociedad chilena y del proceso judicial posterior, nos habla este libro preparado por la periodista Patricia Verdugo.

Eran tiempos de protesta. "Los ánimos están caldeados —cuenta el propio Jarlan, en la última carta dirigida a sus parientes en Francia, pocos días antes—. Actualmente hay protestas en cada comuna. Fue el 14 de Agosto (en la población La Victoria). Resultado: 35 heridos. Para explicar el grado de rabia de los jóvenes, muchos continuaron el 'combate' pese a tener plomo en el cuerpo. Entre los heridos, uno tenía 54 perdigones en una sola pierna. Otro tenía más de 200 en todo el cuerpo..."

Ese día 4 de septiembre, emblemático por muchos conceptos, las protestas continuaban. En la mañana un joven poblador, Hernán Barrates, había sido baleado por Carabineros, muriendo con posterioridad. Había barricadas y fogatas por todas partes, y los heridos se contaban, al término de la jornada, por decenas y decenas. En un momento, mucho después de la hora del almuerzo, una veintena de Carabineros perseguía a varios periodistas que, asustados, buscaban refugio en la casa parroquial de la población. Los policías dispararon varias veces, y dos de esas balas penetraron a través de

* Patricia Verdugo. *André de La Victoria*. Ed. Aconcagua, Santiago, 1985.

las paredes del dormitorio de André Jarlan. Una de ellas lo mató.

Jarlan tenía 44 años; misionero diocesano, originario de Signac, en el sur de Francia, había llegado a Chile en Febrero de 1983.

El proceso duró siete meses. Dos tercios del libro están destinados a seguir paso a paso el itinerario seguido por la investigación y las diligencias judiciales. La periodista realizó una encuesta virtualmente exhaustiva y a partir de ella escribió un reportaje donde se prueba, de manera documental, la responsabilidad inexcusable de la policía en el asesinato. El gobierno de Pinochet, naturalmente, trató desde el principio de exculparse, vista la gravedad del escándalo nacional e internacional, "ordenando" una minuciosa investigación. Todo el aparato oficial se movilizó en verdad para ocultar a los culpables, y según demuestra la periodista, citando abundantemente la documentación judicial investigada por ella, las diversas policías del régimen se confabularon en la mentira y el escamoteo de pruebas. Todo fue inútil, al menos para los efectos de las conclusiones a que llegó el magistrado encargado del proceso.

Se estableció fehacientemente que fueron carabineros los autores de los disparos, y un cabo fue específicamente inculcado y encargado reo. Si habrá condena o no, eso ya es otra cosa. La Justicia en Chile, como se sabe, ha sido durante más de una década aliada y cómplice de la dictadura.

La evolución política que han originado la protesta y lucha populares, han obligado a cambiar, al menos en parte, la conducta de los magistrados. Pero está lejos todavía el momento en que será de verdad posible el ejercicio de la justicia hasta el final. Lo ha probado el caso de los degollados, donde la acuciosa y abrumadora investigación del ministro Cánovas fue decapitada en sus alcances por obra de una decisión de la mayoría reaccionaria de la Corte Suprema. En el caso del ase-

sinato de Jarlan, además, según observa el abogado Héctor Salazar de la Vicaría de la Solidaridad, "está identificada la mano, pero falta el brazo y la cabeza. Porque Povea (el cabo hallado culpable) es el último eslabón de una cadena. Es un carabinero de baja graduación, seguramente de estrato humilde, al cual le colocaron un arma en las manos y le ordenaron disparar. Para esta etapa, falta un poco en Chile para llegar a establecer quién es el responsable moral de todo esto". Digamos, a este propósito, que el pueblo estableció en verdad hace ya mucho tiempo quién es el responsable; lo que falta es poder condenarlo y ejecutar la sentencia.

André de la Victoria es un libro intenso que se lee con verdadero interés. A diferencia de lo que sostiene Genaro Arriagada en el prólogo, en el sentido de que en la obra "no hay opinión, ni condena", creemos que uno de sus méritos surge justamente de lo contrario. Es cierto que la periodista "no crea ni inventa", pero la exposición cruda de los hechos está sólidamente recorrida de opiniones muy categóricas y de una condena sin apelación. Imposible que fuera de otra manera. En Chile no hay lugar, hoy, para el que habla de lo que allí ocurre sin una toma verdadera de posición.

Patricia Verdugo es autora de otro libro: *Detenidos-desaparecidos. Una herida abierta*, publicado en 1980 en colaboración con Claudio Orrego. Ella forma parte de esa sorprendente pléyade de mujeres periodistas —cronistas, reporteras, entrevistadoras— que constituyen una de las claves del prestigio y la fuerza de la prensa chilena de oposición. Convencida de que el periodismo es apenas uno de los campos posibles para la expresión femenina, Patricia Verdugo es hoy, además, activista política y social en tanto fundadora y dirigente del movimiento denominado "Mujeres por la Vida".

PEDRO DE SANTIAGO



Foto J. Triviño (COL. IMA. SON)

La Revolución Sandinista

en el debate ideológico internacional

VLADIMIR EICHIN

Todos los analistas especializados, independientemente de su posición política e ideológica, coinciden en reconocer que la Revolución Sandinista ha transformado radicalmente el panorama político en Centroamérica y en todo el subcontinente, ha significado la destrucción de estructuras de dominación de América Central y El Caribe montadas durante decenios por los Estados Unidos, ha inspirado la lucha de los revolucionarios y demás demócratas latinoamericanos y contribuido a enriquecer el bagaje de experiencias estratégicas y tácticas del movimiento de liberación de esta región. Esta revolución triunfante ha encontrado, al mismo tiempo, su correspondencia negativa en el aumento sustantivo, naturalmente en términos relativos, de la agresividad de la política estadounidense hacia Latinoamérica y en su objetivo de imponer simultáneamente “nuevas” variantes de prevención de explosiones revolucionarias en puntos críticos del subcontinente. Estas abarcan un amplio espectro: los procesos democratizadores en el Cono Sur, la invasión en Granada, el escalamiento de la intervención política y militar en El Salvador, la “apertura” en Guatemala mediante el establecimiento de un gobierno civil, el “recambio” de Duvalier en Haití.

Vladimir Eichin es historiador e investigador en la Universidad Karl Marx, Leipzig, R.D.A. Suyo es el artículo “Enseñanzas teóricas de la revolución nicaragüense” publicado en *Araucaria* N° 31 con el seudónimo Graco Darién.

La transformación de Centroamérica, producto de la política agresiva de los Estados Unidos, en uno de los focos críticos de la situación internacional actual y la actuación de prácticamente todas las fuerzas políticas internacionales principales de nuestros días en el istmo, confirman el impacto mundial de la Revolución Popular Sandinista.

Políticamente, la gesta sandinista ha vuelto a confirmar —después de la Revolución Cubana— que los pueblos que lucharon por derrocar dictaduras terroristas NO están condenados a priori a combatir irremediablemente por reimponer regímenes democrático-burgueses. Aun en las condiciones de dichas dictaduras, el juego triangular de las relaciones recíprocas entre Revolución-Reforma-Contrarrevolución sigue siendo vigente. Es decir, la variante democrático-revolucionaria de superación de las dictaduras es posible y realizable en los marcos del desarrollo de una correlación de fuerzas, condicionada también por la acción del factor subjetivo, favorable al cambio revolucionario. De allí que la espada de Damocles, el golpe militar, que pende sobre los pueblos latinoamericanos, cada vez que éstos combaten decididamente por su liberación nacional y social, sea, en realidad, para los intereses imperialistas una espada de doble filo. El derrocamiento “a la plebeya” de las dictaduras conducido por la vanguardia revolucionaria se ha mostrado, hasta ahora, como el camino más corto de acceso a la conquista del poder político en Latinoamérica. Es por eso que la posibilidad demostrada en Nicaragua, de que el derrocamiento de la dictadura respectiva y el inicio de la revolución pueden transformarse en dos momentos de un mismo proceso, coincidiendo incluso temporalmente, constituya una de las conclusiones más temidas por la reacción internacional. Esto motiva su interés por la difusión creciente de concepciones y “teorías” que cuestionen o desvirtúen la lógica interna del proceso revolucionario nicaragüense, que cristalizó en julio de 1979 con el derrocamiento *revolucionario* de la dictadura militar somocista.

Esto plantea necesariamente la tarea de determinar el lugar histórico de la revolución nicaragüense, analizando detallada y diferenciadamente las causas, el desarrollo y el carácter de esta revolución, cuestión que el autor del presente artículo ha asumido en una serie de trabajos anteriores¹. La realización de la perspectiva histórica de la Revolución Sandinista, que no puede ser otra que la construcción de un nuevo régimen social, presupone la lucha perma-

¹ Ver V. Eichin, *Nicaragua: la lucha del FSLN contra la dictadura militar somocista y por la conquista del poder político* (Tesis doctoral), Leipzig, 1985 (en alemán). Ver también, G. Darién (Seud.), “Enseñanzas teóricas de la revolución nicaragüense”, en: *Araucaria*, Madrid, 1985, Nº 31; G. Darién (Seud.), “La clase obrera en la Revolución Popular Sandinista”, en: *Apuntes*, Leipzig, 1985, Nº 5.

nente contra la contrarrevolución interna e internacional. En este sentido, la teoría marxista-leninista de la revolución se ve enfrentada permanentemente a los desafíos resultantes de la confrontación teórico-ideológica de los diversos intentos de apropiación e interpretación burgueses de la revolución nicaragüense. Esta necesidad se hace aún más urgente, si consideramos que los ideólogos burgueses ocultan sus verdaderos objetivos e intenciones mediante un verbalismo aparentemente progresista e, incluso, con la utilización parcial de terminología marxista.

Un representante típico de dichos esfuerzos “cosméticos” es Michael Rediske, quien después de permanecer varios años en Centroamérica, especialmente en Nicaragua, por encargo de la Fundación Friedrich-Ebert del Partido Socialdemócrata Alemán, publicó en 1984 un amplio trabajo acerca del proceso revolucionario nicaragüense hasta julio de 1979². Esta publicación constituye una variante extraordinariamente refinada, y políticamente peligrosa, de las diferentes interpretaciones burguesas acerca de la revolución nicaragüense.

Su intencionalidad política apunta a minimizar la irradiación movilizadora de la Nicaragua sandinista respecto de la lucha antiimperialista de los demás pueblos latinoamericanos. Esto se refleja, por ejemplo, en el intento de Rediske de presentar los acontecimientos revolucionarios nicaragüenses como una “excepción histórica” (p. 11), como una “cadena de casualidades históricas imprevisibles” (p. 8) y, por ello, siempre según Rediske, sin posibilidad de constituir “una guía para la acción de la lucha de liberación en otros países” (p. 12). Las 250 páginas que componen el libro que estamos analizando, que atestiguan un conocimiento muy detallado del autor acerca de la revolución nicaragüense, trasuntan con claridad, si no perdemos de vista la intencionalidad política del autor, que las preocupaciones de Rediske NO dicen relación con el rol de la casualidad en la historia ni tampoco con la imposibilidad cierta de la copia mecánica de las experiencias sandinistas. Su objetivo consiste, más bien, en violentar la relación entre lo general y lo particular presente en la revolución nicaragüense, pretendiendo, por la vía de la absolutización de lo específicamente nicaragüense, inducir al lector desprevenido a la conclusión de que esta revolución no contendría enseñanzas generales válidas para la estrategia y táctica de la revolución latinoamericana (ver pp. 3, 4, 12).

En adelante se analizarán las siguientes tres líneas esenciales de argumentación constitutivas de la variante de Rediske como interpretación burguesa de la revolución nicaragüense:

² Ver M. Rediske, *Umbruch in Nicaragua*. Berlín (Oeste), 1984.

- La presentación de esta revolución como resultado del supuesto “desmoronamiento” de la dominación burguesa en Nicaragua;
- La absolutización de la espontaneidad en el proceso revolucionario hasta julio de 1979; y
- La negación del papel decisivo de la clase obrera en la Revolución Popular Sandinista.

1. El “desmoronamiento” de la dominación burguesa en Nicaragua

El eje principal del análisis global de Rediske consiste en presentar el derrocamiento de la dictadura militar de Somoza e, incluso, la revolución misma como un “desmoronamiento de la dominación burguesa” (ver pp. 5-18, 77-177) en Nicaragua. Esta concepción, que tiene implícito el momento del “automatismo”, se refleja con absoluta claridad en el título del primer capítulo del libro, donde el autor se pregunta: “¿Triunfo del pueblo o desmoronamiento de la dominación burguesa?” (p. 5). Es decir, desde un comienzo, Rediske construye artificialmente una oposición excluyente entre ambos componentes del desarrollo político nicaragüense hasta 1979. Entender el derrocamiento de la tiranía somocista prioritariamente como el producto de la lucha revolucionaria del pueblo nicaragüense bajo la dirección del Frente Sandinista, según Rediske, “conduciría fácilmente a una sobreestimación e idealización de la revolución” (p. 9). De esa manera, el autor ignora completamente el complicado y conflictivo juego triangular que se dio hasta julio de 1979 entre la dictadura somocista, la oposición burguesa y los portadores del cambio revolucionario.

De suyo se entiende que un componente *decisivo* de la explicación de Rediske acerca de las causas de la revolución nicaragüense reside en la incapacidad y debilidades *subjetivas* de la clase dominante interna y de los círculos gobernantes norteamericanos relativos a no haber sabido mantener y asegurar su monopolio de poder y encontrar una solución a los conflictos sociopolíticos en Nicaragua durante la era somocista. Empantanado en sus concepciones, Rediske *reduce* las causas *decisivas* de la Revolución Sandinista a las decisiones políticas erróneas o insuficientes del dictador Somoza, a la incapacidad de la oposición burguesa nicaragüense, a los conflictos interburgueses y a los “errores de cálculo” de la Administración de Carter. Es por eso, concluye el autor, que la revolución en este país *sólo aparecería* como un éxito político-militar del FSLN y de las masas populares nicaragüenses, porque en realidad, siempre según Rediske, aquélla habría sido motivada esencialmente por la deslegitimación del régimen somocista frente a los diversos círculos burgueses del país y los correspondientes “aparatos ideológicos” y por el paso de unos y otros a la oposición (ver p. 175).

En su acercamiento antidialéctico a la explicación de las causas de la Revolución Sandinista, Rediske pierde de vista las complicadas relaciones recíprocas entre revolución y contrarrevolución y sus consecuencias. Debido a que niega la determinación *objetiva* de la necesidad y la posibilidad de la revolución nicaragüense, en la medida que reduce la situación revolucionaria surgida en ese país a fines de 1977 a una simple y repentina "crisis política del régimen" (página 12). Rediske se ve incapacitado para distinguir causas de efectos. La importante cuestión siguiente, por ejemplo, queda en su análisis sin explicación: ¿Qué factores objetivos de la lucha política impidieron que la burguesía interna y el gobierno de Carter lograsen imponer una salida burguesa a la crisis de la sociedad nicaragüense? Precisamente, porque el análisis de Rediske se detiene y limita en lo esencial al campo burgués e imperialista, es que el componente *decisivo* del final victorioso del proceso revolucionario nicaragüense hasta julio de 1979 no sobrepasa, en su concepción, el orden de lo secundario: la lucha de las masas populares y el combate político y militar de su vanguardia sandinista. Fue precisamente este elemento, la organización y acción de los portadores principales del cambio revolucionario —en particular, a partir de octubre de 1977, cuando la histórica ofensiva político-militar de los sandinistas estremeció los fundamentos de la sociedad nicaragüense y puso en movimiento a todas las clases y capas sociales y sus organizaciones políticas— lo que complicó extraordinariamente la situación sociopolítica objetiva para la clase dominante nicaragüense y el gobierno de Carter. Su búsqueda de la variante óptima para impedir el triunfo de la Revolución Sandinista se hizo más difícil, conflictiva y urgente, no jugando ya el factor tiempo a su favor.

De esta manra, a partir de los últimos meses de 1977, el imperialismo norteamericano se encontraba enfrentado en Nicaragua, en los hechos, a la necesidad de implementar una alternativa burguesa a Somoza, teniendo presente, al mismo tiempo, que el dictador era la única personalidad política que podía, por lo menos temporalmente, frenar el rápido desarrollo del movimiento revolucionario. Esto motivaba que los Estados Unidos continuaran apoyando a Somoza y, al mismo tiempo, presionándolo para elevar su disposición a llegar a un compromiso con la oposición burguesa nicaragüense. Por otra parte, debido al despliegue del combate político y militar de las masas populares, que a partir de enero de 1978 inician su tránsito del antisomocismo a las posiciones revolucionarias del sandinismo, y a la presencia creciente del FSLN como destacamento revolucionario, constituido en alternativa real de poder, la imposición de una alternativa burguesa más o menos democrática no constituía garantía cierta de que el desplazamiento del tirano del poder estatal no significara el comienzo de una revolución democrá-

tico-antiimperialista. Pero la presencia de Somoza en el poder contribuía, simultáneamente, al desarrollo de una correlación de fuerzas cada vez más favorable al cambio revolucionario y a la conquista, por parte del Frente Sandinista, de la hegemonía al interior del movimiento de masas antidictatorial. Ese era el dilema que enfrentaban los estrategas imperialistas. Lo complejo de dicha situación objetiva se reflejaba en la diversidad de las variantes propuestas por los círculos dominantes norteamericanos, que iban desde la realización de un plebiscito que asegurara el “recambio” controlado, pasando por la mantención de Somoza en el poder, hasta la intervención militar directa.

Ya que Rediske ignora y subestima el significado del desarrollo por largos años del movimiento de masas nicaragüense y del Frente Sandinista, así como su interacción creciente, como componentes esenciales de la crisis de la dominación burguesa en Nicaragua, sobreestima, al mismo tiempo, el poder y las posibilidades del imperialismo norteamericano, atribuyéndole de hecho la omnipotencia (ver p. 11) de imponer en corto tiempo, independientemente de la situación política interna y de la constelación de fuerzas subregionales, continentales y mundiales imperantes, la variante contrarrevolucionaria óptima para sus intereses.

Sin considerar la científicidad creciente de la estrategia y táctica sandinista, la audacia y genialidad de su dirección político-militar, su trabajo de largos años para la organización y movilización del pueblo de Sandino y, además, sin considerar los cambios producidos en la correlación de fuerzas internacionales durante los años 70, la victoria revolucionaria de julio de 1979 en Nicaragua y la derrota de todas las variantes contrarrevolucionarias impulsadas por los Estados Unidos, aparecen como inexplicables, repentinas, excepcionales y casuales.

El desarrollo de las condiciones objetivas y del factor subjetivo de la revolución nicaragüense —en un marco internacional constituido en entorno favorable al cambio revolucionario— condujo no al “demoronomamiento” más o menos automático de la dominación burguesa en Nicaragua, sino que a su superación revolucionaria a manos del pueblo conducido por su vanguardia sandinista.

2. La absolutización de la espontaneidad

La segunda línea de argumentación de esta variante de interpretación de la revolución nicaragüense representada por Rediske, postula un supuesto peso decisivo de la espontaneidad en el proceso que condujo al derrocamiento de la dictadura militar somocista y a la conquista del poder político por parte del pueblo en Nicaragua.

En este sentido, Rediske pretende inducir al lector a concluir que

el movimiento social, o sea, el movimiento de masas antidictatorial, y, principalmente, *su fortaleza* habrían resultado de la protesta *espontánea y no-organizada* del pueblo (ver p. 191). Para refrendar esta tesis neonanarquista, que apunta a la glorificación y absolutización del espontaneísmo, Rediske distorsiona los hechos reales y altera la lógica interna del proceso revolucionario nicaragüense en la misma medida que:

- a) reduce lo militar y lo organizado al FSLN, presentando solapadamente a este último como una organización de un supuesto carácter puramente militar;
- b) afirma una pretendida inexistencia de “verdaderas” organizaciones de masas hasta julio de 1979; y
- c) limita el surgimiento y desarrollo de la interacción entre la organización sandinista y el movimiento de masas a los 18 meses previos a la victoria revolucionaria.

En general, el Frente Sandinista y el movimiento popular son presentados como dos componentes *separados*, de curso paralelo, del proceso revolucionario, habiendo desempeñado la organización sandinista exclusivamente el papel de “detonante” (ver p. 191) del movimiento de masas. En esta versión subjetivista de Rediske, que contiene una contradicción lógica evidente, que no aclara tampoco por qué sólo el FSLN —dentro del amplio espectro de organizaciones políticas de Nicaragua— habría podido convertirse en dicho “detonante” ni qué determinaciones objetivas lo habrían hecho posible, se desconoce la interacción de largos años entre ambos componentes del desarrollo político nicaragüense, se subjetiviza el papel de la vanguardia revolucionaria —todo habría dependido de la decisión de pasar a la ofensiva— y, por lo demás, se deforma totalmente la relación dialéctica existente entre lo político y lo militar.

En varias páginas de su libro, Rediske sugiere repetidamente una reducción del FSLN a la guerrilla, a las acciones militares, al combate militar. Y lo anterior en abierta oposición al movimiento de masas nicaragüense que, por extensión, habría corporizado lo espontáneo, lo no-organizado y, por tanto, lo no militar. De esta manera, Rediske limita implícitamente lo organizado y conciente a lo militar y, lógicamente, la realización de la lucha militar a las acciones del Frente Sandinista. La peligrosidad política de tal concepción es más que evidente: su aplicación conduciría, por una parte, al aislamiento de otros destacamentos revolucionarios latinoamericanos respecto del movimiento popular y, por otra, a desarmar la actividad de las masas, que adoptaría, por falta de conducción política, un carácter predominantemente anárquico.

La realidad nicaragüense hasta julio de 1979 mostró, sin embar-

go, algo completamente distinto. Partiendo de la tarea estratégica —la necesidad de derrotar militarmente al ejército reaccionario para poder derrocar revolucionariamente a la dictadura militar somocista—, el FSLN se vio enfrentado al desafío histórico de construir sus estructuras militares y, *simultáneamente*, de perfilarse como organización política. El cumplimiento exitoso de aquella tarea y la participación decisiva de las masas nicaragüenses bajo conducción sandinista revela cuán lejos esta Rediske de la verdad.

Fue precisamente la organización y acción militar *de las masas populares nicaragüenses* bajo la dirección político-militar sandinista, junto a su acción política multifacética, lo que posibilitó la derrota militar de las fuerzas armadas somocistas, de la Guardia Nacional, y, a través de esto, que coincidiera el derrocamiento de la tiranía con el comienzo de la Revolución Sandinista. Pese a toda la significación, en cierto grado positiva, de las luchas espontáneas en Nicaragua, cuando el problema militar se transformó en el problema político principal, las diversas formas de organización del armamento del pueblo tuvieron una importancia decisiva para la victoria revolucionaria: las milicias populares, los “Comités de Defensa Civil”, los comités obreros de autodefensa en las fábricas, las unidades guerrilleras suburbanas, las unidades tácticas de la guerrilla campesina, los talleres populares de construcción de armas y explosivos, etc.

Esta enseñanza —la interacción de los elementos políticos y militares— que los sandinistas supieron extraer de toda su historia y de toda la lucha revolucionaria en Nicaragua, es lo que Rediske se niega a considerar. Intenta presentar al Frente Sandinista como una organización de carácter exclusivamente militar, sabiendo, al mismo tiempo, que fue una concepción de esta naturaleza la que condenó a la liquidación sangrienta a muchas organizaciones revolucionarias latinoamericanas en los años 60. Lo cierto es que el FSLN, superviviente excepcional de ese período, expresaba la madurez política alcanzada al autocaracterizarse, en 1969, como una organización político-militar. Entendía, de este modo, la necesidad objetiva del entrelazamiento de la lucha política con la lucha armada en la mayoría de los países de la región, en particular en aquellos donde imperaban dictaduras militares terroristas y las fuerzas revolucionarias se planteaban transformarse en alternativas de poder. La puesta en práctica de la visión de Rediske conduciría a retrotraer las cosas al nivel de los años 60.

Pero la argumentación de Rediske no se detiene allí. Como no puede simplemente afirmar, a riesgo de perder la credibilidad del lector, que hasta el derrocamiento de Somoza no habría existido ningún tipo de formas de organización de masas, opta por una variante diferente: sostiene la inexistencia de “verdaderas organiza-

ciones de masas". La cuestión de cuáles organizaciones populares constituirían *verdaderas* organizaciones de masas, de acuerdo a qué criterios objetivos y bajo qué condiciones histórico-concretas, queda en el libro de Rediske, sin embargo, sin respuesta.

El acercamiento a la problemática nicaragüense por parte de Rediske se ve claramente influido por su contacto y visión acerca de las llamadas "democracias occidentales". Por tanto, su análisis deforma los hechos históricos en la medida en que no logra dar cuenta de los elementos específicos presentes en las condiciones de lucha en Nicaragua hasta 1979.

En el marco de una actividad de masas de casi veinte años, partiendo, de un lado, de las condiciones histórico-concretas pre-existentes en Nicaragua y, del otro, de los objetivos estratégicos propios, la capacidad política de los sandinistas se demostró, precisamente, en haber sabido descubrir y utilizar aquellas formas de organización de las masas populares que se evidenciaban como apropiadas y fructíferas. Estas estaban en correspondencia con el terror y la represión de decenios de parte de la tiranía somocista, la amplia red de delación existente en fábricas y plantaciones, la enorme cesantía en todo el país y el temor a perder el puesto de trabajo; hacían prácticamente imposible un trabajo político de masas en formas abiertas o legales. En esas condiciones, la lucha por reivindicaciones económicas y por el derrocamiento de Somoza tendía a tomar obligadamente, en grado creciente al aumentar la polarización política en el país, formas de violencia armada, dirigiéndose directamente contra el aparato policíaco-militar de la dictadura y realizándose por canales conspirativos.

Las formas de organización descubiertas y generalizadas por los sandinistas se vieron fuertemente condicionadas por la concepción político-militar del FSLN, en particular por su objetivo de construir, en sentido leninista, un ejército revolucionario y de asegurar la participación del pueblo de Nicaragua en la lucha por la conquista del poder político. Estimulado por el FSLN, surgieron innumerables formas de organización en los barrios obreros y marginales, en los que, desde lo simple a lo complejo, se fueron organizando amplios sectores del proletariado urbano y de otras capas sociales del pueblo nicaragüense, permitiendo su participación activa y crecientemente organizada en los combates callejeros contra la Guardia Nacional. Sin desmerecer en absoluto la importancia de las organizaciones surgidas, por ejemplo, en universidades, escuelas primarias y secundarias, en fábricas y parroquias, las diversas formas de organización creadas en los barrios populares y poblaciones marginales jugaron un rol clave en el desarrollo del proceso revolucionario nicaragüense y en su desenlace victorioso.

Sin embargo, llevado por su esquematismo, Rediske no logra

entender el significado político ni organizativo de dichos fenómenos. Debido a lo mismo, en el terremoto de 1972, que destruyó el centro de la capital nicaragüense, sólo ve la gran catástrofe telúrica. No logra dar cuenta del significado político y militar del fenómeno siguiente: la destrucción de buena parte de Managua, en aquel año, influyó considerablemente en el trabajo de masas de los sandinistas, en la medida en que la destrucción de la anterior concentración territorial de la vida de la capital, que facilitaba la acción represiva y de inteligencia, implicó el surgimiento forzado de una enorme cantidad de nuevos barrios populares empobrecidos. Debido a la lejanía relativa de aquéllos y su gran dispersión, estos sectores populares pudieron sustraerse al control directo que ejercía anteriormente la Guardia Nacional, lo que facilitó, naturalmente, el trabajo conspirativo de los sandinistas. Aquí no sólo se encontraron militantes del FSLN con las comunidades cristianas de base, que intentaban paliar de alguna manera los efectos del terremoto, encuentro que permitiría posteriormente nutrir al Movimiento Cristiano Revolucionario, sino que también permitieron desplegar, con el correr de los años, una enorme red logística conspirativa de apoyo popular a los sandinistas. Precisamente en estos barrios surgieron en 1978, producto del trabajo de masas sandinistas anterior y de la agudización de la lucha contra la dictadura, miles de "Comités de Defensa Civil", convirtiéndose en la base social de las milicias populares y en la infraestructura indispensable de la actividad revolucionaria del FSLN. Estos comités se extendieron a todas las ciudades importantes de Nicaragua, desempeñando un papel clave en la preparación y realización de la insurrección y la huelga general de junio-julio de 1979, abarcando a cerca de medio millón de nicaragüenses. Durante las batallas decisivas por el poder, estos comités de barrio se transformaron, bajo la dirección del Frente Sandinista y la presión de las masas mismas, en los "Comités de Defensa Sandinista", órganos del nuevo poder revolucionario y actual columna vertebral de la vigilancia revolucionaria del pueblo nicaragüense.

Pero también otras organizaciones, como la de mujeres, AMPROMAC, la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), etc., refrendaron en la práctica su justificación histórica y su efectividad política como verdaderas organizaciones de masas del pueblo nicaragüense. Son los resultados prácticos de la lucha de clases y no ciertas concepciones "eurocentristas", los que constituyen el criterio más adecuado e irrefutable de la determinación del carácter de masas de determinadas organizaciones.

El método de análisis ahistórico de Rediske lo conduce a su tesis de que el movimiento revolucionario en Nicaragua se habría constituido en solamente un año y medio antes del derrocamiento

de Somoza. Aquí Rediske simplemente violenta la lógica interna y la historia del proceso revolucionario en Nicaragua. Lo que pierde de vista, es que el paso a una calidad superior de la interacción entre el destacamento revolucionario y el movimiento de masas, a partir de fines de 1977, tuvo como premisa indispensable un desarrollo de largos años tanto de las condiciones objetivas como del factor subjetivo de la revolución nicaragüense. Porque Rediske no entiende los sucesos de 1978 y 1979 en Nicaragua como resultado de un proceso anterior difícil y complicado, es que todo le parece ser “repentino” y “sorpresivo” (ver pp. 12, 93). Rediske se plantea supuestamente con su libro analizar los antecedentes históricos y las causas de la Revolución Sandinista. Paradójicamente, pretende lograrlo sin profundizar en el desarrollo del FSLN desde su fundación en 1961, sin considerar la elaboración permanente de su estrategia y táctica, menospreciando la heroica y perseverante actividad política y militar sandinista entre las masas populares nicaragüenses. Su análisis más coherente, pero no por eso más acertado, de la situación sociopolítica en Nicaragua comienza, en realidad, recién a fines de 1977. De esta manera, en Rediske desaparecen los 16 años que constituyen la “prehistoria” directa de esta revolución y que explican, también, sus resultados finales. Por lo demás, como el Frente se convierte en objeto interesante de análisis —naturalmente por la vía de los apéndices disgresionales— sólo en relación con su división interna transitoria y la polémica entre las distintas tendencias sandinistas, Rediske se ve incapacitado para explicar el proceso de creciente entrelazamiento político y militar entre el FSLN y el pueblo nicaragüense. No es por casualidad que en su concepción permanezca en calidad de incógnita una cuestión esencial: ¿Por qué solamente el FSLN estuvo en condiciones de transformarse en la vanguardia reconocida del pueblo nicaragüense y conquistar la dirección del movimiento antidictatorial?

Los meses de enero a septiembre de 1978 señalan, en Nicaragua, el tránsito no-automático del pueblo nicaragüense del antisomocismo a las posiciones revolucionarias del sandinismo. En el contexto de la agravación de la situación revolucionaria, el proceso de lucha por la conquista de la hegemonía del movimiento antidictatorial y de masas, se empieza a resolver en agosto de aquel año, con la audaz acción de tomar por asalto el Palacio Nacional en Managua. Esta acción del FSLN, militar por su forma, pero política por sus objetivos —conquistar la dirección política del movimiento popular y el papel de vanguardia reconocida por todo el pueblo—, estremeció a la sociedad nicaragüense. El pueblo de este país se convenció definitivamente de que la dictadura militar somocista y el ejército gubernamental eran vulnerables, se los podía derrotar, y que, por otra parte, el Frente Sandinista combatiría consecuentemente hasta

hacer realidad los objetivos que proclamaba. A partir de ese momento vieron las masas con claridad que la organización sandinista estaba en condiciones de canalizar adecuadamente su propia potencialidad revolucionaria. La acción del Palacio acercó rápidamente la insurrección popular en todo el país, ya nadie podía detener los afanes del pueblo nicaragüense por armarse y organizarse militarmente, buscando la dirección de los cuadros sandinistas. El FSLN conquista definitivamente la hegemonía política en septiembre de 1978 —donde el inefable Rediske sólo ve una derrota militar del movimiento revolucionario— con la realización de la primera insurrección popular armada de carácter nacional y en el contexto de la huelga general política. Las masas populares combaten militarmente por primera vez siguiendo organizadamente las consignas sandinistas, reconociendo las directrices políticas emanadas del FSLN. El pueblo de Nicaragua comprende, en la acción revolucionaria directa, que la solución de sus problemas vitales pasan por el derrocamiento revolucionario de la dictadura, que la única fuerza política capaz de conducirlo al cumplimiento victorioso de sus tareas es el Frente Sandinista y, además, que ya no volverá a ser mero espectador de los acontecimientos políticos en el país, sino que sujeto determinante de los acontecimientos históricos en curso.

No cabe duda que todo movimiento de masas verdaderamente revolucionario está impregnado por cierto grado de espontaneidad. Esto se hace especialmente visible en los marcos de la maduración y el despliegue de una situación revolucionaria, cuando las capas más bajas del pueblo, más despolitizadas en “tiempos normales”, se deciden a participar masiva y directamente en la lucha de clases en curso. El arte de la dirección política consiste, precisamente, en orientar las luchas dispersas de las masas en una sola dirección, en mostrarles el camino de victoria para que aquéllas puedan desplegar sus propias potencialidades. La vanguardia se ve enfrentada al desafío de combinar las acciones organizadas y espontáneas de las masas y, al mismo tiempo, de saber aprender lo nuevo presente en las luchas espontáneas y extraer las conclusiones tácticas correspondientes. Todo esto lo logró el FSLN, a partir de septiembre de 1978, de manera completa y coherente al conquistar definitivamente la hegemonía política al interior del movimiento social global³.

Detrás de la tesis neanarquista de Rediske, en cuanto a avisorar la fortaleza del movimiento de masas nicaragüense en su espontaneísmo y no-organización, se oculta la concepción de un supuesto sin sentido de la existencia del partido revolucionario y la prédica de su pasividad. En ella se funda, además, la conocida calumnia anti-

³ Ver G. Darién, “Enseñanzas...”, op. cit.

comunista de la supuesta burocratización del actual movimiento popular y de la revolución en Nicaragua.

3. El papel de la clase obrera

Un componente lógico de la concepción global de Rediske y, a la vez, su resultante final, lo constituye su negación del rol de la clase obrera nicaragüense como fuerza motriz de la revolución y, también, de su función dirigente en el cambio revolucionario, que se expresara políticamente a través de la hegemonía del FSLN en el interior del movimiento antidictatorial y de masas y en el nuevo Estado que surge con el triunfo de la revolución.

En abierta contradicción con los “porfiados hechos”, Rediske ofrece explicaciones aparentemente muy novedosas, aunque en realidad, utilizadas hasta el cansancio hace veinte años atrás en relación a la Revolución Cubana. El contenido de esas explicaciones evidencian una marcada indiferencia de clase. Rediske pretende hacer plausible que la base social decisiva de la revolución nicaragüense habría estado conformada por “jóvenes”, “habitantes de los barrios suburbanos empobrecidos”, “cesantes”, etc. Postula, a renglón seguido, un pretendido rol decisivo de las llamadas “capas marginales”, de los “pobres de la ciudad” y de las “clases medias”⁴. Todo este colorido y heterogéneo conglomerado, aparentemente —en el análisis de Rediske— situado por encima de las clases fundamentales de la sociedad nicaragüense, es definido como “tercera fuerza”⁵, que, en opinión del autor, habría desempeñado un rol clave en las luchas de las ciudades y, globalmente, en la revolución. Y todo esto, naturalmente, *en oposición* a una supuesta falta de significado casi total del proletariado y del campesinado nicaragüense en los acontecimientos revolucionarios de ese país. En resumen, nada nuevo ni novedoso en Rediske: utilización de conceptos indiferentes desde un punto de vista de clase, manipulación de los hechos reales, revolución de una “tercera fuerza”, revolución de las “capas marginales”.

Todo esto no es casual en Rediske. Por un lado, refleja su método de análisis marcadamente antidialéctico, que le impide distinguir la apariencia de la esencia de los fenómenos. Problemas tan importantes como los siguientes quedan sin resolver en su acercamiento a la realidad nicaragüense: ¿Perdían los obreros su calidad de tales al actuar política y militarmente, no en su centro de trabajo, sino que en el barrio o en la población marginal? ¿Qué porcentaje de los “pobres de la ciudad”, de los “marginales” eran *obreros*,

⁴ Ver M. Rediske, op. cit., pp. 9, 13, 100, 101.

⁵ *Ibid.*, p. 101.

ocupados o cesantes? ¿Qué papel jugaron en la revolución los miles de cesantes estacionales y sus familias que resultaban del “tiempo muerto” de la agricultura nicaragüense y que emigraban en grandes oleadas a las ciudades? Por otro lado, y eso refleja claramente la intencionalidad política de Rediske, él sabe positivamente que la posibilidad de extraer enseñanzas de validez general de las experiencias sandinistas para la lucha revolucionaria en Latinoamérica depende en gran medida de la determinación correcta del papel de la clase obrera en esta segunda revolución triunfante en la región.

La significación del problema planteado obliga a un análisis más detenido, aunque imposible de agotar en este artículo.

Rediske no se preocupa por investigar con seriedad las características *específicas* del capitalismo en Nicaragua como un capitalismo AGRARIO dependiente y deformado, ni la estructura social y de clase que se conforma sobre esa base. En este sentido, Rediske ignora que el capitalismo nicaragüense surge, se desarrolla y consolida *prioritariamente* en el campo. Igualmente deja de lado el hecho de que la clase obrera en Nicaragua realiza, por tanto, un proceso similar, constituyéndose *prioritariamente* sobre la base de la producción agraria. El resultado de este desarrollo es que el proletariado agrícola se termina por convertir en el grupo más numeroso de la clase obrera nicaragüense. Su peso cuantitativo, pero también cualitativo, era y es de enorme importancia en el desarrollo global de este país. Esta situación objetiva se refleja claramente en las siguientes cifras: en 1979, de aproximadamente 800.000 personas que constituían la población económicamente activa de Nicaragua, cerca de 350.000 *vendían su fuerza de trabajo* en la producción capitalista agraria⁶, de las cuales un 82 por ciento *no detentaban propiedad alguna de medios de producción*⁷. En su totalidad conformaban el proletariado agrícola nicaragüense. Aún considerando todas las restricciones que deben hacerse producto del trabajo estacional, de las diversas formas de transición y a la heterogeneidad interna, el elemento proletario en este grupo de la clase obrera nicaragüense primaba claramente sobre el elemento típicamente campesino⁸.

Por otra parte, existían en Nicaragua alrededor de 80.000 obreros urbanos, de los cuales cerca de 30.000 constituían el proletariado industrial en sentido estricto. Pese a que éste nunca cejó en sus luchas reivindicativas contra la dictadura somocista, su grado de conciencia y organización era extraordinariamente reducido hasta

⁶ Ver INRA, “La reforma agraria sandinista”, Managua, s.f., p. 8.

⁷ Ver I. Bulychov, “De las ruinas al resurgimiento”, en *América Latina*, Moscú 1980, N° 3, p. 12.

⁸ Para un análisis detallado sobre el proletariado agrícola nicaragüense, ver G. Darién, “La clase...”, op. cit.

mediados de los años 70. La represión durante decenios fue, sin duda, un factor que contribuyó a esta situación. Pero, además, el movimiento obrero nicaragüense en las ciudades estaba fuertemente influido por concepciones y prejuicios no-proletarios. Esto resultaba, por una parte, de la división del movimiento sindical en doce centrales⁹ y del predominio de concepciones oportunistas de derecha en sus actividades y, de otra parte, de los marcados perfiles reformistas de la política del Partido Socialista de Nicaragua durante largos años.

Partiendo de esta situación general objetiva, el Frente Sandinista concentró durante un largo período de tiempo, grandes esfuerzos políticos, organizativos y militares en el proletariado agrícola y en el campesinado empobrecido. Ese sería el único camino, como lo formulara el miembro de la dirección sandinista, Víctor Tirado, para que el “Frente Sandinista de Liberación Nacional como vanguardia del proletariado”¹⁰ pudiera cumplir exitosamente sus tareas históricas.

El FSLN supo, primeramente, organizar y movilizar a sectores decisivos del proletariado agrícola en el campo y, luego, a las decenas de miles de obreros agrícolas cesantes, que durante ocho meses debían emigrar a las ciudades nicaragüenses durante el “tiempo muerto” de la agricultura estacional. En la medida que esta actividad fue traduciéndose en éxitos crecientes, se activaban otros sectores sociales y avanzaba la guerra revolucionaria en la segunda mitad de los años 70, el FSLN logró también impulsar la organización y movilización del proletariado industrial en pos del programa y consignas consecuentemente revolucionarias. En particular, a través de los “Comités de Defensa Civil” y de las milicias populares en los barrios obreros y poblaciones marginales, de los “Comités obreros de autodefensa” en las fábricas y de la incorporación masiva de los obreros agrícolas a las columnas del ejército revolucionario en el campo, la clase obrera nicaragüense —sin desmerecer en absoluto el aporte de otros sectores sociales a la revolución— jugó un rol decisivo en los levantamientos de masas en las ciudades, en la huelga general y en el avance de las fuerzas militares estratégicas de la revolución. Se transformó, conducida por la vanguardia sandinista, en la fuerza motriz principal de la Revolución Sandinista, en especial, a través de la actuación de su grupo más numeroso, el proletariado agrícola.

Nada de esto tiene un lugar en la concepción general de Rediske, quien sugiriendo de paso la posibilidad de un nebuloso “tercer

⁹ Ver CIERA, *La democracia participativa en Nicaragua*, Managua, 1984, p. 23.

¹⁰ En J. Wheelock, L. Carrión: *Apuntes sobre el desarrollo económico y social en Nicaragua*. Introducción, Managua, s.f., p. 5.

camino”, niega de hecho la necesidad del rol dirigente de la clase obrera en la revolución democrático-antiimperialista en Latinoamérica. Pese a esta clase de “consejos”, no del todo bien intencionados, los revolucionarios nicaragüenses, hoy como ayer, tienen clara la perspectiva de su lucha de liberación y sus portadores principales: “La fuerza motriz de la Revolución solamente puede serlo el proletariado ya que ...es la clase más progresista ...la clase históricamente llamada a construir el socialismo en el mundo”¹¹.

¹¹ FSLN, “Qué partido necesita la Revolución Popular Sandinista”, Managua, 1981, p. 7.

ORLANDO CASTILLO ESTRADA

El águila y su final de vuelo después del revoloteo

El título de este artículo no pretende de ninguna manera ser el eco de aires triunfalistas sobre un eventual conflicto en Centroamérica, como resultado del cual las huestes sandinistas terminen por apoderarse de la White House, como ironizaba hace un par de años, en un cuento, el escritor español, Manuel Vicent, sino simplemente advertir de los peligros que entraña la obcecación del presidente del país más poderoso de la Tierra para con un país de escasos 130.000 kilómetros cuadrados y tres millones de habitantes.

La trayectoria fatal de una espiral acecha sobre el devenir de los acontecimientos en Nicaragua. Esta puede romperse y explotar sobre el istmo centroamericano, afectando su onda expansiva la cotidianidad, ya de por sí herida en algunas de sus partes, de Guatemala y El Salvador, reorien-

tándose la dinámica en una vorágine incontrolada de violencia que sólo la reflexión y el diálogo a tiempo podrán frenar.

La dinámica en espiral ha provocado un atolladero en la actividad militar de los *contra*. Temerosa de esta situación, la Administración de Reagan, ha buscado desesperadamente el apoyo del Congreso para entregar 100 millones de dólares a más de 10.000 elementos que adolecen de moral y cartuchos.

Más de cuatro años de incesante ofensiva de los *contra* han provocado miles de muertos, 3.500 niños huérfanos, destrucción de cooperativas agrícolas, escuelas, puentes, daños en los puertos, fisuras graves en la economía de un país que invierte el 50% de su presupuesto en la defensa, escasez de algunos productos básicos, mas no una situación de

Orlando Castillo Estrada es embajador de Nicaragua en Madrid.

acorrallamiento o de sitio final para el Gobierno que el Frente Sandinista organizó en 1979 con el desmantelamiento de la dictadura somocista, y después, en 1985, como resultado de las elecciones generales.

A inicios de año, la *contra* enfrenta una decisiva *derrota estratégica* al haber sacrificado la cohesión de sus fuerzas en intentos ofensivos sin resultados concretos. La consolidación de la autodefensa en las zonas rurales —las más afectadas por la guerra— y el aprovechamiento de combates en los últimos cinco años prevén un creciente aniquilamiento de las fuerzas agresoras.

Los *contra* sufren, por tanto, de un *ciclo mortal*, a través del cual, desde sus bases en Honduras, les cuesta cada vez más atravesar la frontera nicaragüense, y cuando lo logran, les cuesta regresar inermes a sus santuarios. De una fase inicial (1980-1982) que consistía en conflictos fronterizos provocados por grupos de unos 50 hombres a una etapa de desarrollo táctico intensivo (1982-1984), oxigenado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), llegando en 1985 a construir comandos operacionales utilizando medios sofisticados, no lograron, finalmente, hacer tambalear al Gobierno sandinista.

Pese a los esfuerzos y logros del Grupo de Contadora y al respaldo del Grupo de Apoyo (Argentina, Uruguay y Perú), con sus demandas de cese a la ayuda para los *contra*, aunados a la normalización de las relaciones entre Costa Rica y Nicaragua —muestra de que se puede convivir con los sandinistas—, la inestabilidad en la región es el clima que prevalece amortizado por la presencia de más de 72.000 efectivos militares de Estados Unidos, que desde 1981 han participado en ejercicios militares en la frontera honduro-nicaragüense, mientras fuerzas de la Marina estadounidense, como el *Arl-24 Sphinx*, se despliegan frente a las costas nicaragüenses. Al entregar la Administración de Reagan cohetes SAM-7 a los *contra* se produce el desequilibrio militar en la región y la consecuente bofetada a los esfuerzos por la paz del Grupo de Contadora.

Desde sectores democráticos latinoamericanos y europeos, al Gobier-

no de Nicaragua se le pide el diálogo con la oposición; algunos, desde Europa, piden con Arturo Cruz y Alfonso Robelo, dirigentes de la *contra* recibidos hace pocos días por Reagan. Un diálogo político entre fuerzas divergentes se produce cuando existe el interés de lograr objetivos comunes.

La certeza y la confianza en la dirección sandinista de objetivos comunes con estas personas es dudoso que exista, puesto que se sientan con la Administración que organiza y dirige el terrorismo ejecutado por mandos militares; en un 80 %, ex oficiales del derrotado ejército somocista. Las premisas para un diálogo tendrían que buscarse desde otras coordenadas que no ignoren los logros y la estabilidad de un proyecto político rubricado por las elecciones en 1984 y en marcha —a pesar de la guerra— un proceso de redacción de la Constitución política, democrática pluralista y de economía mixta, sometida a consulta con partidos y en cabildos abiertos con la ciudadanía en los próximos meses.

El llegar al poder en Nicaragua de la mano de los *marines* de Estados Unidos pertenece al pasado. De manera que el diálogo que pide el presidente Daniel Ortega con Washington, y respaldado por el Grupo de Contadora en el documento de Caraballeda, es para garantizar el tuturo de la paz.

Cien millones de dólares no bastan para apropiarse de tres millones de conciencias. En Nicaragua hay desacuerdos políticos entre los partidos que allí coexisten, pero no ímpetus involucionista, y si este *ciclo mortal* que padece la *contra*, alimentado por el *águila* del viento del Norte, se deteriora en su propia dinámica —como ocurrirá si el Congreso aprueba la nueva millonaria ayuda—, un final de vuelo nada feliz tendrá el *águila*, con presagios nada dichosos para los centroamericanos.

La Administración de Reagan tendría que tomar una decisión final, y por lo que sus portavoces han afirmado, no descarta la utilización de tropas, de modo que estamos como empezamos: equivocadamente, el *águila* queriendo morder lo que, a diferencia de Granada, no es una presa fácil.

V. T.

La guerra de Rambo

1

Reagan ha dicho: "I love Rambo".

Hay especialistas que juzgan la oratoria del Presidente, hablando contra Nicaragua o la Unión Soviética, como una escena cinematográfica de *Rambo*. El señor de la Casa Blanca se comporta por la televisión como un protagonista de la Guerra de las Estrellas. Esta es una invención del Pentágono, pero la técnica corresponde a la mitología de Hollywood, que convierte la historia en fábula y la fábula en historia; suprime el análisis y el cerebro, tratando de desmontar los mecanismos del pensamiento para reducirlo todo a una visión maniquea y terrorífica: la eterna lucha del Bien contra el Mal. Ahí está el enemigo ruso, el Imperio del Mal, que debe ser aniquilado. Allí está el Presidente del Bien, el Dios del Bien, que frente a un micrófono, probando la voz, anuncia que dentro de diez minutos dará la orden de disparar contra la Unión Soviética. Es lo que algunos llaman estupidez brutal convertida en sistema y en lógica de la mitología americana, "musculosa e intolerante". Es la arbitrariedad de los que desprecian hasta lo inaudito la capacidad de discernir de la opinión pública. Stallone, lleno de armas, podrá humillar a los hombres de buena voluntad y bombardear Libia. La prepotencia de los lugares comunes del reaganismo entrega la más baja calidad de producto imaginable, destinado a eliminar el

sentido crítico y convertir el mundo en un universo mítico, colmado de una retórica que erige en celebración edificante y en acción heroica la invasión de Granada.

El escritor y periodista español Manuel Vázquez Montalbán no puede callar ante este fenómeno que pretende convertirse en ideología oficial del "Occidente civilizado". En su columna del diario *El país* de Madrid escribe algo muy exacto: "Nueva York está llena de carteles anunciadores de *Rocky 4*, la película de Stallone en la que Rocky, campeón de los pesos pesados de Estados Unidos, se enfrenta a un siniestro campeón soviético en pro de la supremacía mundial. La musculatura de Stallone destaca asomante sobre un calzón corto en el que se reproduce la bandera de las barras y las estrellas. A cambio de este préstamo simbólico, en otros carteles no menos referentes a la musculatura de Stallone exhibida en *Rambo*, se le ha añadido la cabeza de Reagan y ambos componen una potente figura de pegador cósmico. (...) En *Rambo*, Estados Unidos gana la guerra que perdió en Vietnam. En *Rocky 4* los puños de Stallone derriban el poderío soviético con una contundencia que no pueden permitirse los proyectiles dirigidos. Se supone que este público es más idiota que el de hace veinte o treinta años y está dispuesto a tragarse falsificaciones o

puerilidades porque prescinde de su propia memoria o de la ajena: de la historia misma. Desde la prepotencia de la capitalidad del imperio se crea subcultura para analfabetos extensos y profundos. Hay que recordar los nombres de los asesinos y los asesinados antes de que los vertugos se conviertan en modelos de conducta, y los sinvergüenzas, en los intelectuales orgánicos de este hemisferio”.

Ahí tenemos un domingo por la noche al Presidente Ronald Reagan hablando en la hora de la máxima sintonía por los cuatro canales de mayor audiencia de la televisión, calculando que lo ven o lo escuchan por lo menos cien millones de norteamericanos. Habla desde el estudio Oval de la Casa Blanca. Más que un gobernante del siglo XX parece un hechicero de la tribu, un exorcista que debe liberarla de los maleficios de fuerzas demoníacas. A ratos la imagen del Presidente se alterna con gráficos y dibujos en colores que presentan a Nicaragua como una extensión gigantesca cubierta por una mancha roja que se va extendiendo por los países latinoamericanos, invadiendo desde México hasta Argentina, tragándose en la extensión de la plaga la República Dominicana, Brasil, Colombia, Ecuador, Uruguay, Chile, para nombrar sólo algunos de los engullidos por el feroz apetito sandinista.

Lo que busca Rambo en la Casa Blanca es dejar desparavida a la opinión pública americana y paralogizar a los órganos legislativos, a fin de que le aprueben los cien millones de dólares para la “contra”. Otro objetivo suyo es presentar a la temible Nicaragua, contra la cual hace una guerra no declarada pero descarada, como una amenaza mortal para el continente americano, como *longa manus* de la Unión Soviética y de Cuba “en el corredor vitalmente importante entre la América del Norte y la del Sur”.

Tiene que infundir pánico desde el primer párrafo: “Compatriotas: debo hablar estas noche ante ustedes sobre un creciente peligro en Centro-

américa que amenaza la seguridad de los Estados Unidos. Dicho peligro no se alejará: se pondrá peor, mucho peor si no tomamos medidas ahora”.

Amenaza y chantaje del miedo. Recursos efectistas: “Estoy hablando de Nicaragua, aliado soviético en el continente americano a sólo dos horas en avión desde nuestra propia frontera”. Frase con la cual hace algo más que una insinuación: los pobrecitos Estados Unidos están demasiado expuestos a ser invadidos en cuestión de ciento veinte minutos por un gigante implacable, poderosísimo, de color rojo, llamado Nicaragua.

Como vemos, un país cien veces menos poblado que Estados Unidos, mil veces más pobre, que, por cierto, no realiza en su territorio exploraciones nucleares como las de Nevada y no puede considerarse una potencia atómica, assolado por la guerra de Rambo y sumido en el subdesarrollo gracias a los gobernantes impuestos por los *marines* norteamericanos, se vuelve un peligro inminente para la potencia imperialista mayor de la Tierra.

Emplaza al Congreso norteamericano a responder a una pregunta dilemática que Rambo estima de contestación sencilla: “¿Daremos a la resistencia democrática nicaragüense los medios para recuperar su revolución traicionada o les daremos las espaldas e ignoraremos el cáncer maligno en Managua, hasta que se extienda y se convierta en una amenaza mortal al Nuevo Mundo entero?”.

¿Quiénes quieren recuperar la “revolución traicionada”? Los contrarrevolucionarios que jamás han aceptado la revolución. Y que en Nicaragua, donde se hace la Revolución verdadera, en serio, con libertad absoluta, con democracia y pluralismo, —valores que jamás existieron bajo la tiranía somocista patrocinada por Washington— necesitan aplastar la libertad tan heroicamente conquistada al precio de la sangre.

Hay que fomentar el alarmismo más absoluto, hay que montar en cólera a

las familias norteamericanas, preocupadas por el consumo de drogas que se extiende en el país. Entonces Rambo tratará de indignar a "todo padre norteamericano" al saber que "altos funcionarios del gobierno nicaragüense están profundamente comprometidos con el tráfico de drogas". La pantalla acto seguido proyecta una foto falsa. Y las máximas autoridades norteamericanas encargadas de la investigación del tráfico de drogas heroicas tienen que des-

mentir después a su presidente.

Rambo debe conformar la imagen que los sandinistas son bandidos sin fronteras. Descubre su juego mostrando abiertamente la intención: "No, parece que no hay crimen alguno en que no estén metidos los sandinistas; éste es un régimen fuera de la ley".

Se predica y se fabrica un peligro tenebroso que debe crear un pánico colectivo: ¡Atila está a las puertas!

2

Mr. Rambo, además de actor, orador, "Gran Comunicador", lector de mitologías escritas por otro, asustador de norteamericanos ingenuos, San Jorge que mata el dragón, reductor psicológico, estratega, campeón de la lucha contra el mal, "revolucionario democrático", fabricante de "monstruos", chantajista profesional, amenazador a cada instante, "combatiente de la libertad", "defensor de las revociones traicionadas", cirujano operador del "cáncer nicaragüense", geógrafo improvisado (en su viaje a América del Sur confundía Brasil con Bogotá), dictador de la ley universal, es también historiador... a su manera.

En verdad confunde la historia con el cuento, con el cuento del Tío, del Tío Sam. Como un profesor en su aula, con aire cándido, pregunta a sus alumnos, los televidentes norteamericanos: "¿Cómo es que surgió tan repentinamente esta amenaza a la paz y la seguridad de nuestros vecinos latinoamericanos y por último a nosotros mismos? Permítanme relatarles una breve historia".

Es un cuento infantil con animales pérfidos y una Caperucita Roja, que es el lobo disfrazado: los sandinistas. El tono que adopta el cuentista es el de un viejo que está narrando una fábula a sus nietos: "En 1979 el pue-

blo de Nicaragua se levantó y derrocó una dictadura corrupta...". Un error y una omisión en esta frase. El pueblo de Nicaragua se levantó mucho antes y en 1979 consiguió el triunfo tras una cruenta lucha. Este es el dato falso. Y lo que no dice el fabulista es que la "dictadura corrupta" que derrocó era su dictadura, la tiranía establecida por el propio narrador, que continúa el hilo de su relato afirmando que "al principio los dirigentes revolucionarios prometieron elecciones libres y respeto a los derechos humanos", y hubo elecciones libres y hay respeto a los derechos humanos, como jamás se ha visto en las tiranías manejadas desde la Casa Blanca.

La "contra", para la cual Rambo pide cien millones más (en suma ya le ha dado más de mil millones de dólares), es comparada por el historiador Rambo con la resistencia francesa que luchó contra los nazis, declaración que tiene indignados no sólo a los degaullistas sino también al comandante Rolf Tanguy, militante comunista, que dirigió la insurrección de París.

Rambo historiador incurre en una "gaffe": sostiene que los "combatientes de la libertad", tan extraordinariamente bien pagados por la CIA, "han inmovilizado al ejército sandi-

nista", lo cual es tan verídico como decir que la capital de Brasil es Bogotá o la capital de Bogotá es Brasil. La "contra", alquilada por Mr. Rambo, está estratégicamente y tácticamente derrotada por el ejército nicaraguense. Los cien millones de dólares no conseguirán salvar ni cambiarán la suerte de la guerra. De todas maneras están perdidos. El plan de Rambo consiste en centroamericanizar la agresión, sin excluir, en último término, la repetición de un Vietnam en Nicaragua.

Rambo geógrafo, historiador, cuentista, fabulista, abandona la literatura y la política ficción para retornar a un dominio más conocido, el de la pistola en el pecho de su contradictor. Este no es por un instante el forajido sandinista sino el Congreso de Estados Unidos. Y apuntándole con el cañón del falso dilema quiere ponerlo entre la espada y la pared: "¿Suministrarán la asistencia que necesitan los combatientes por la libertad para hacer frente a los tanques acorazados, o abandonarán a la resistencia democrática, a su enemigo comunista?"

Volveremos al Proceso de las Brujas de Salem. Si el Congreso de Estados Unidos no acepta la palabra divina de Mr. Rambo, quiere decir que es un agente del demonio y será precipitado

al abismo de los quintos infiernos, por todas las generaciones.

Rambo clama por la vindicta pública. Llama a todos los que lo escuchan y lo ven pronunciando su requisitoria a lo Torquemada a definirse entre el Bien y el Mal para que presionen a los representantes y a los senadores de cada Estado a fin de que hagan suya su santa palabra o se les maldiga para siempre.

Una nota sentimental o trágica no está mal como epílogo para el film de Rambo: "Sólo me quedan tres años para servir a mi país... ¿Podría haber una tragedia mayor que quedarnos sentados con los brazos cruzados permitiendo que este cáncer se extienda...?" El cáncer es la paz, la independencia nacional, la soberanía de cada país, y sobre todo el cambio revolucionario que asegure una democracia verdadera.

Rambo jura que quiere dejar "una América libre... guía iluminador de siempre para la humanidad, como la luz eterna ante todas las naciones". Rambo, después que mata, manda flores. Existirá esa América libre y aquella luz se proyectará, si los Rambos dejan de gobernarla, de invadir países pequeños, de bombardearlos y de amenazar la paz universal con la bomba atómica.

DEMOCRACIA, GLORIA Y FANTASIA (Matinée, vermouth y noche)

"Estamos en democracia. El Ejecutivo está aquí, es independiente. El Legislativo está allá (*mueve la mano*) y no es cierto que sean cuatro personas, no más... Son muchas personas, si se consideran las comisiones... Entonces ¿es ésta una dictadura?"

"Usted está en la gloria hoy en este país..."

(Augusto Pinochet, *Qué Pasa* N° 785, 24/30 abril 1986.)

Reflexiones sobre la violencia política

TITO TRICOT

Introducción

Pensamos que no es posible comprender la política sin concebirla como organización y aplicación sistemática de la violencia bajo condiciones de relaciones sociales antagónicas. O sea, la violencia política está empíricamente vinculada al surgimiento y consolidación de la propiedad privada y a la subsecuente articulación de ésta con formas específicas de poder estatal. Podemos argüir entonces que la política es la cristalización orgánica de intereses económicos de clase, y la violencia política los medios que factibilizan la realización de proyectos socio-económicos. Categorizamos así lo político como un elemento superestructural activo más que un mero epifenómeno. Las relaciones de producción condicionan, más que determinan, la estructura del sistema socio-político. Esta dinámica deriva del fenómeno real en su movimiento histórico, del mismo modo que la violencia política constituye una manifestación histórica concreta y no una constante social. Es por esto que nos parece un error señalar que “en la historia del capitalismo, la violencia, el terror, el terrorismo fueron siempre, para la clase burguesa, un elemento central de su política tendiente a asegurar sus ganancias

Tito Tricot es sociólogo y cientista político. Vive en Londres. El artículo que publicamos es una versión abreviada de un trabajo suyo más extenso que lleva por título “Teorización y método en la problemática de la violencia política”.

máximas y su poder”¹. La diferenciación es más aparente que real, puesto que al postularse la centralidad de estos elementos, sin relacionarla con su especificidad histórica, se oscurece la esencia de socio-sistemas tales como el fascismo y la democracia burguesa, los cuales constituyen formas específicas del estado. En consecuencia, el carácter central o periférico, latente o realizado, de diversas formas de coacción, sólo puede ser comprendido en el marco social de acumulación y resolución de las contradicciones principales del sistema.

Es en este contexto que definimos a la violencia política como la conjugación orgánica de elementos coactivos destinados a la preservación y/o consecución de intereses económicos y políticos. El concepto de coacción implica la coexistencia de actores sociales capaces de hegemonizar un momento histórico. Si bien es cierto, consideramos a la clase como la agencia social fundamental, y por ende la única que en última instancia puede otorgarle un carácter cualitativo al sistema de poder, existe la posibilidad de que otros estratos y grupos sociales recurran también a la violencia política.

El concepto de coacción conlleva, además, la noción de imposición, del mismo modo que la violencia política implica siempre una “voluntad de violencia” por parte del actor social. Esto no significa que todo acto de violencia sea un acto violento². El ametrallamiento de una protesta popular por parte de fuerzas policiales constituye un acto violento. Por otra parte, la colocación de una bomba, en sí no constituye un acto violento, sino un acto de violencia en términos de las consecuencias o posibles consecuencias de su ulterior activación. Valga señalar que en la práctica a menudo se expresa la unicidad del fenómeno.

La mencionada diferenciación no es un asunto meramente académico: por el contrario, guarda estrecha relación con la dimensión ideológica de todo proceso de cognición, y con la vinculación teórica del problema de la violencia política a la cuestión relativa al cambio social y a la dinámica del proceso de desarrollo social en su conjunto. En otras palabras, en toda formulación social antagónica las clases sustentadoras del poder “interpretarán” a su modo los actos de violencia y los actos violentos a fin de despolitizar su propia violencia y deslegitimar la contra-violencia. En cualquier caso, la violencia continúa siendo un medio básico de poder; es por esto que no parece acertado afirmar que las clases dominantes “convierten a la violencia en un fin, el último objeto de sus propó-

¹ Almonacid, O: “Algunas apreciaciones sobre el terrorismo”, en *Boletín del Exterior*, PCh, N^o 64, 1984, p. 68.

² Ver, por ejemplo, Harris, J.: *Violence and Responsibility*, Routledge and Kegan, London, 1971.

sitos”³. La arbitraria atribución de un contenido nihilista a la utilización de la violencia limita las posibilidades de comprensión del verdadero fin que se persigue: la preservación del status quo. Mas tampoco podemos dar por cerrado el ciclo una vez que se ha defendido exitosamente un sistema específico de relaciones sociales. Walter, por ejemplo, mantiene que “cuando la violencia es empleada al servicio del poder, el límite de la fuerza es la destrucción de la cosa que se fuerza”⁴. Pero este tipo de razonamiento sugiere que la destrucción del objeto y la cesación de la violencia política forman parte integral de un mismo proceso. Se excluye de esta manera la posibilidad de estudio de la denominada violencia estructural, la que en el *Manifiesto Comunista* fuera definida como “una guerra civil más o menos velada...”⁵. La experiencia histórica demuestra que esta “guerra” puede, y de hecho adopta, variadas formas, mas lo fundamental es que dentro del marco teórico marxista las variables socio-económico no constituyen sólo una dimensión más de la violencia política, sino que una calidad integrativa básica del sistema. Es decir, la violencia política posee una estructura socio-económica que le provee con un marco de relativa estabilidad a través del cual se expresan todos sus elementos componentes. La violencia política posee una base material que condiciona el proceso de acumulación de transformaciones cuantitativas y determina los límites de modificaciones cualitativas. Pero es el elemento subjetivo manifestado en la praxis humana —claramente precisado en la XI Tesis de Feuerbach— el articulador último de la violencia política.

Sociología de la violencia política

En la teorización del vínculo cambio-conflicto-violencia, Marx definía los parámetros sociológicos esenciales de la violencia política. El contenido social de la relación es históricamente estructurado a través de formas específicas de praxis humana. Estas expresan relaciones de poder cuya manifestación orgánica más elevada es el estado como expresión concreta de la resolución de la lucha de clases. La violencia política es manifestación singular de poder social, donde la centralidad del elemento control desempeña un rol vital. La clase social, agente portador principal de la calidad sistemática actual o futura, lucha por la preservación y/o imposición de su proyecto histórico.

³ Barreiro, J.: *Violencia y política en América Latina*. Siglo XXI, México, 1971, p. 27.

⁴ Walter, E.: *Violence and the process of terror*; en Bondurant J. V., *Conflict: Violence and Non-Violence*. Aldine-Atherton Inc., Chicago, 1971, p. 93.

⁵ Marx, K. and Engels, F.: *Manifest of the Communist Party*; Progress Publishers, Moscow, 1971, p. 44.

La relación de poder es una interacción dinámica que expresa el carácter de la correlación de fuerzas sociales en el marco histórico del desarrollo y resolución de contradicciones antagónicas que surgen y se condicionan en base al modo de producción predominante.

Esto no significa un determinismo económico estrecho, muy por el contrario, la política —como organización de la lucha por el poder y de consecución de intereses clasistas— adquiere prioridad sobre el elemento económico en el proceso de transformaciones sociales. Es decir, pasa a ser instrumento crucial en la resolución de problemas económicos.

Lenin planteó que “las grandes cuestiones históricas sólo pueden ser resueltas por la fuerza”⁶. Este tipo de argumentación implica dos cosas fundamentales: a) El factor subjetivo es parte integral de todo proceso social y, b) la violencia es la instancia definitiva última de toda reformulación social.

Algunos autores mantienen que “las revoluciones nacen y no se hacen”⁷. Se excluye así la posibilidad de dirección del proceso de cambio por parte de un organismo de vanguardia y, al mismo tiempo, se contraponen artificialmente las masas y la organización política. Al postular un concepto indeferenciado de “masa”, se niega la validez de la aseveración marxista de que la clase obrera constituye el sujeto histórico principal, y como tal posee una dinámica y calidad hegemónicas capaces de articular un proyecto socialista.

La lucha de clases es substituida por un tipo administrado de conflicto donde el estado es concebido como ente monopolizador de los medios legítimos de coerción física. Es posible argüir, sin embargo, que estos medios no son legítimos, sino “legales” en términos de su imposición como tales por la clase dominante. La aceptación de la legitimidad de los medios de coerción implica la aceptación de la ilegitimidad de toda organización alternativa de la violencia. Significa, además, la aceptación del carácter supraclasista del aparato del estado, lo que permite definir a la violencia como una simple “intensificación de lo que normalmente se espera de un poder específico”⁸. Lo que Maquiavelo definiera como la economía de la violencia, sirve así para oscurecer el grado de estructuración económica de la violencia. Refiriéndose a la dictadura del proletariado, Lenin señalaba los principios básicos de la relación violencia polí-

⁶ Lenin, V. I.: *The revolutionary army and the revolutionary government*, Collected Works, Vol. 8; Lawrence and Wishart, London, 1962, p. 563.

⁷ Miller, R. B.: *Non Violence. A Christian Interpretation*, Allen and Unwin, London, 1964, p. 94.

⁸ Wolin, S.: *Violence and the Western political tradition*, en Hartogs, R., *Violence. Causes and solutions*, Dell Publ., New York, 1970, p. 26.

tica/base material. La dictadura del proletariado, sostenía, “no es sólo la aplicación de la violencia contra los exploradores; ni siquiera es fundamentalmente la violencia. La base económica de esta violencia revolucionaria, la garantía de su vitalidad y de su éxito, reside en que el proletariado representa y realiza un tipo más alto de organización social del trabajo...”⁹.

La violencia política no se reduce entonces a su función instrumental, es más bien un modo de conflicto, objetivamente fundamentado en la estructura social. La teoría Leninista de la revolución parte de esta premisa en la elaboración de un sistema de categorías que reflejan la praxis social acumulada. Siendo la clase obrera el sujeto histórico principal, la legitimidad de los medios de su lucha política se da en el terreno de la equidad y macro-altruismo de los fines: La construcción de la nueva sociedad. Algunas corrientes “neo-marxistas” sostienen que de esta manera “es el reino de los fines el que puede regular la acción y por ende, justificar lo injustificable de la violencia...”¹⁰. El problema es que se persiste en la adscripción de un carácter negativo a la violencia y, consciente o inconscientemente, se establecen comparaciones entre la violencia revolucionaria y la violencia de las clases dominantes, basándose en el sistema de valores de estas últimas.

Esta forma de teorizar abarca todo el espectro sociológico en lo que dice relación con el mundo de interconexión de medio y fin, y la cuestión del poder. El referente central continúa siendo el sistema de relaciones sociales-existentes. Es en este contexto que se articulan las ideas de autoridad y control, orden y paz social. Incluso tendencias progresistas dentro del Cristianismo, que aparentemente abogan por la igualdad y justicia sociales, parecen ser incapaces de substraerse a este modo de teorización. En “El Evangelio y Revolución”, carta pastoral emitida hace casi dos décadas por un grupo de obispos dirigidos por Helder Camara, se postula que “la tierra se nos ha dado a todos, no sólo a los ricos”¹¹. De manera que, aunque se critica la iniquidad social y aparentemente se plantea un reordenamiento estructural, lo cierto es que en última instancia no se cuestiona la existencia de “los ricos”. A éstos se les asume como elemento integral y perenne de la sociedad humana; no es cuestionada la coexistencia de “ricos y pobres”, proclamándose en consecuencia, sólo el derecho de “los pobres a ser menos pobres” dentro de un marco en el que el sistema aparece inmutable.

La aceptación del socio-sistema, y por ende la aceptación de la

⁹ Lenin, V. I.: “Una gran iniciativa”, en *Acerca del partido y la dictadura del proletariado*; Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 147.

¹⁰ Barreiro, J.: *Op. cit.*, p. 38.

¹¹ Gerassi, J.: *Camilo Torres, Revolutionary priest*; Penguin Books, Harmondsworth, 1971, p. 434.

organización del poder político y las estructuras de autoridad derivadas de éste, conforman la praxis de una ideología de sumisión que busca obnubilar las alternativas políticas reales abiertas al hombre. El proceso de divinización de las relaciones entre los hombres factibiliza el proceso a través del cual una posible resistencia a la opresión es transformada en mera “resistencia celestial”, en el sentido de que sólo el advenimiento del juicio final reivindicará las demandas elementales de los desposeídos. Pues, no se puede “servir a Dios y a las riquezas” como estableciera la Biblia. Es dentro de este marco de principios que se bosqueja en la Encíclica *Populorum Progressio* de Paulo VI, un tibio distanciamiento entre la institución de la Iglesia y el denominado “imperialismo internacional del dinero”. La tibieza de la doctrina social de la Iglesia no amenaza la base de sustentación terrenal del capital monopólico, puesto que la articulación de una alternativa distributiva no puede, por definición, sobrepasar los límites de su propio sistema. En otras palabras, no se cuestiona el dominio del capital, sino más bien la organización del dominio del capital.

Etiología de la violencia política

Prácticamente todos los modelos de causalidad desarrollados por la ciencia social burguesa incorporan como elemento referible básico un sistema político estable y, si bien es cierto existen numerosos modelos, es posible identificar al menos cinco principales, todos los cuales se enmarcan, de una u otra forma, en las tradiciones idealistas o positivistas, o en variaciones de las mismas. En términos generales podemos decir que el positivismo intenta explicar la acción social a través del análisis de las condiciones dentro de las cuales ésta se desarrolla. El idealismo, por otra parte, ya sea en el extremismo de Kant o en la sofisticación de Weber, atribuye un carácter incondicionado a la acción, de ahí que el método a emplearse en el proceso de aprehensión del fenómeno, sea el de la reconstrucción de la conciencia subjetiva del actor histórico.

Los modelos etiológicos más ampliamente difundidos, y sus exponentes más preclaros son:

- A) Dollard: Frustración-Ira-Agresión.
- B) Gurr: Privación relativa.
- C) Feierabend et al: Frustración sistémica.
- D) Davis: La curva J.
- E) Huntington: Paradigma de la modernización.

El modelo propuesto por Dollard consiste en una reformulación de la teoría Freudiana del instinto; para Freud, Thanatos —el instinto de la muerte— es el instinto primario que coexiste con Eros

—el instinto de la vida. La dinámica del vínculo es de carácter interno, y es aquí donde hallamos la diferencia principal con sus seguidores, pues la agresión humana es explicada en términos de un proceso reactivo del yo hacia el entorno social. Es decir, se incorpora un elemento externo —la incertidumbre del mundo real— que actúa como estímulo al recién nacido. La frustración es concomitante a la separación del hombre del vientre materno; al no poder satisfacer todas sus necesidades el hombre desarrolla mecanismos reactivos de agresión, los cuales le permiten expresar su ira.

Nos parece que esta forma de teorizar es irrelevante en lo concerniente a la violencia política; ésta es un macro-fenómeno y no podemos reducir su análisis a la simple extensión de métodos de psicología individual a lo social. Por otra parte, no se plantea a la agresión en sí como objeto de estudio, aunque en general se le otorgue un carácter negativo. Podemos argüir, no obstante, que en lo social —e incluso en lo individual— la agresión debe necesariamente situarse contextualmente. Sólo el análisis concreto nos permitirá evaluar correctamente una situación de agresión, pues lo fundamental no es el determinar quién ha iniciado las cuestiones básicas involucradas. El proceso de caracterización de la confrontación no puede limitarse sólo a la dicotomización ataque-defensa, puesto que no existe una correlación de orden necesario entre agresión e ilegitimidad o entre auto-defensa y legitimidad.

Mas el modelo adolece de otra importante deficiencia: establece una arbitraria equivalencia entre agresión y violencia. La violencia política implica coacción y esto conlleva la realización última de objetivos de clase; o sea, violencia implica imposición, en tanto que la agresión puede surgir, madurar, realizarse y concluir sin que necesariamente se fuerce o controle al objeto.

El método individualista es transformado en célula básica de una lógica social que funciona por acumulación mecánica: La suma de frustraciones resulta en suma de iras, las cuales se convierten en suma de agresiones. Se caracteriza, además, por un subjetivismo extremo, pues la explicación causal de la conducta agresiva requiere determinar grados de frustración en términos de la definición individual de expectativas sociales. El modelo de Gurr es similar, ya que por privación relativa se entiende aquella “discrepancia entre las expectativas de valor de los hombres y la capacidad de valor de éstos”¹². En otras palabras, la diferencia entre aquellos bienes que los hombres definen y perciben como legítimos, y su capacidad objetiva de realización de estos bienes. Es posible construir varias combinaciones a partir de la idea expectativa-capacidad, pero en

¹² Gurr, T.: *Why men rebel*: Princeton University Press, Princeton, 1970, p. 13.

todos los casos el resultante es el mismo: la brecha entre expectativas y capacidades es fuente de frustración y de la ulterior violencia. No se especifican, sin embargo, los parámetros contra los cuales se miden grados o niveles de privación. No está claro cómo el actor social llega a adquirir un sistema de expectativas que le impulsan a la acción y, tal vez de mayor significación, no se precisa cómo se definen estos valores. La presunción es que el actor social posee una capacidad perceptiva “neutral”, lo cual le permitiría efectuar una racionalización objetiva de sus intereses. Mas si esto fuera así, ¿cómo es posible que tal multiplicidad de percepciones, subjetivas por definición, produzca la articulación de la acción social? Fejersbend intenta dar solución al problema “colectivizando la frustración”. No obstante, la pertinacia en el carácter instintivo del proceso de valorización de expectativas, nos presenta nuevamente a la violencia como la realización de un conjunto de iras. Por otra parte, cualquier estudio empírico, por superficial que éste sea, nos demostrará que no existe necesaria relación entre grados de frustración y acción violenta. La iniquidad socio-económica, y la correspondiente frustración que ésta produciría a estratos sociales con acceso restringido a bienes determinados, puede ser considerada como un factor importante dentro de un modelo de causalidad, pero en ningún caso factor suficiente de explicación. Lo paradójico es que, no obstante, su excesivo subjetivismo, este tipo de modelos subestima o sencillamente ignora el elemento subjetivo en la teorización de lo social; la ideología y la organización social y política no constituyen variables importantes. La movilización social se reduce a la movilización de percepciones, reflejo de un sistema referente estático. La ahistoricidad en el método está claramente expresada en el paradigma de la modernización, pues al ignorarse el sistema de relaciones sociales, es posible argumentar la existencia de sólo tres tipos de sociedades: la tradicional, la de transición y la moderna. A la violencia política se le localiza en la etapa de transición, etapa en donde las expectativas de la gente —incrementadas por las transformaciones socio-económicas— sobrepasan la capacidad institucional de la sociedad. La no satisfacción de estas nuevas demandas y aspiraciones conduce a la frustración y a la violencia.

Davis, por su parte, sitúa la tendencia a la violencia en grupos específicos que se han beneficiado en el proceso modernizador y que de súbito experimentan un brusco alto en el desarrollo de su curva ascendente. En ambos casos se conceptualiza la violencia como elemento destabilizador, y es esta forma de razonar la que impide comprender la violencia como sistema. La violencia no puede ser concebida sólo como medio de cambio, sino que, además, como medio de mantención. Sólo así podremos entender, por ejemplo, “las omisiones” o “actos negativos” como causas y/o condiciones de la

violencia. La decisión del poder estatal de limitar la provisión de salud pública en el sector rural acarreará la propagación de enfermedades y el aumento de la tasa de mortalidad. La violencia así infligida no es de carácter directo, mas es su forma la alterada no su contenido. De modo que la construcción de un modelo de causalidad debe expresar la dialéctica del proceso de cognición en lo relativo al movimiento interdependiente de “lo concreto a través de lo abstracto hacia lo concreto”. Es en este marco que categorizamos el surgimiento de la propiedad privada y la correspondiente organización del modo de producción como la causa fundamental de la violencia en la forma de la política. Será el desarrollo de la lucha de clases el fundamento objetivo que nos permitirá determinar las causas puntuales de manifestaciones específicas de la violencia política.

El modelo puede ser sintetizado de la siguiente manera:

Estructura socio-económica injusta-Violencia política-Preservación del sistema.

Estructura socio-económica injusta-Violencia política-Revolución del sistema.

Esto es lo básico, el marco general para abordar la compleja diversidad de lo real, entendiendo la causalidad como una relación fenomenal interna. Mas esta relación no es de orden mecánico en el campo social, pues condiciones objetivas influenciarán el proceso interactivo de causa y efecto, y será en última instancia la actividad humana consciente la que realizará las posibilidades objetivas del fenómeno.

Violencia política y formas de conciencia social

La conciencia social es una calidad sistemática específica cuya generación y posterior desarrollo es condicionado por el ser social. En su realización histórica, distintas formas de conciencia social —moral, ética, etc.— no sólo reflejan, sino que al mismo tiempo ejercen influencia sobre su base material. Por otro lado, su objeto y modo de reflexión poseen una estructura concreta. Mas, es la ideología, cual cosmovisión sistemática y coherente de la agencia social principal, la que cristaliza intereses objetivos de clase estructurando así el todo histórico.

De lo dicho se desprende que las cuestiones relativas al bien y al mal, a grados de culpabilidad y niveles de responsabilidad, a medios y fines, a orden y legalidad, a derechos y deberes, a calidades de vida y expectativas sociales en general, sólo podrán ser dilucidadas con referencia a la naturaleza clasista del proceso de elaboración de

preceptos que van más allá de la relativa simpleza de la sicología social para transformarse en complejas generalizaciones.

Toda forma de conciencia social constituye una estructura reguladora de la conducta humana, de ahí que la ciencia social burguesa intente elaborar sistemas de criterios que legitimicen la violencia del sistema y deslegitimicen la contra-violencia. La “desideologización” de la ideología política dominante y la consiguiente “neutralización” de las instituciones organizadoras y canalizadoras de la violencia, constituyen el recurso metodológico básico de la teorización burguesa. El estado, al ser proyectado como ente sintetizador del bien común, puede utilizar la “violencia común” en la preservación del equilibrio del sistema. Es decir, toda manifestación de violencia social es de carácter disfuncional, mientras que la violencia estatal es simplemente el reflejo activo de la voluntad general, pues “donde no hay poder común no hay ley”¹³, y éste proviene de lo que Hobbes denominara el Dios mortal: el estado como regulador de la conducta social. Mas, a fin de otorgar coherencia teórica a los fundamentos de su ideología política, se incorporan elementos normativos que consoliden la ilusión de la incontestabilidad del sistema de relaciones sociales. Es en este contexto que se postula el contenido natural de la moralidad, coadyuvando a esto el hecho de que no existan instituciones especialmente creadas para el reforzamiento de normas morales. No obstante, no nos parece acertado aseverar que existen preceptos y principios morales elementales, es decir, no susceptibles de reducción. Esto no significa negar el proceso objetivo de “acumulación moral” que trasciende formaciones socio-económicas y constituye parte del capital humano en lo que dice relación con la regulación social. Pero esto es una manifestación concreta de un proceso más amplio: el de la acumulación de la experiencia socio-cultural del desarrollo histórico. En otras palabras, la moral y todos los valores derivados de ella poseen un claro contenido de clase. Por tanto, la evaluación de la violencia política requiere, en primer lugar, la determinación de su historia. Harold Wilson sostenía que “el uso de la violencia, cualquiera sea el motivo, si es que hay un motivo, debe ser considerado como un crimen de orden mayor”¹⁴. Está claro que su definición de violencia sólo se aplicaba a aquella proveniente de la base social, de otro modo ¿cómo se explica la represión contra el pueblo irlandés por las tropas británicas de ocupación?

Esto implica la aceptación de un contenido ético en las formas de ejercer violencia que se instrumenta ideológicamente a través de la manipulación sistemática de la emoción; es así que se proyecta

¹³ Hobbes, T.: *Leviathan*: Penguin Books, Harmondsworth, 1968, p. 188.

¹⁴ Citado en Harris, J.: *Op. cit.*, p. 22.

“al genocida Harry Truman como un gran líder bélico... y al hombre que dispara a un presidente como criminal...”¹⁵.

La decisión de matar es de carácter utilitario: se busca la maximización del número de vidas salvadas en términos de la maximización de su felicidad. O sea, en el proceso de cálculos se incluye el “costo humano” como factor integral; sin embargo, no se precisan criterios que permitan determinar calidades de vida. Se intenta además cuantificar el fin a objeto de factibilizar el proceso de medición. El resultado es que se nos presenta con una felicidad inestructurada que busca la identificación entre la felicidad humana y los intereses de las clases dominantes a objeto de efectuar la deshumanización de una felicidad alternativa.

Por otra parte, se mantiene que el único objeto que puede racionalizar el estudio de la violencia es la muerte. Se eleva así a la muerte a categoría analítica central, pero ésta, cual proceso biológico culminador de la vida, no posee contenido de clase. Al conceptualizarse la muerte como una simple emoción se persigue su mitificación y, al mismo tiempo, la desmovilización del actor social, puesto que se establece un vínculo indisoluble entre muerte y destrucción y entre destrucción y castigo. La introducción del factor temor al modelo implica la absolutización de uno de los aspectos de la violencia y la distorsión de su esencia, pues el objeto de la violencia política no es la muerte; su contenido no es nihilista, sino clausista.

La lógica burguesa requiere, además, articular un esquema que admita la posibilidad de matar sin inculpar. De esta necesidad política surgen las nociones de “culpa diferenciada” y “resentimiento diferenciado” conjugados en la denominada Tesis de diferenciación moral. A excepción de situaciones de guerra en donde se legitiman y regulan formas de violencia, y se estructuran instituciones valorativas destinadas a resaltar su práctica —conceptos de heroísmo, bravura, condecoraciones, recompensas materiales— los teóricos de la violencia deben confrontar el problema de la movilización del actor político en condiciones de relativa normalidad. Parte de la solución se sitúa en el campo de la percepción individual, la cual es socialmente dirigida hacia la disimilación entre la “violencia directa” y la “violencia indirecta”. Esto significa que desde el punto de vista de la percepción no es lo mismo matar que dejar morir. La implementación de determinadas políticas económicas puede significar la pauperización de amplios sectores sociales, pero un ministro no se sentirá necesariamente responsable o culpable de la muerte por inanición de un anciano o un niño. Difícilmente también se le

¹⁵ Glover, J.: *Causing death and saving lives*; Penguin Books, Harmondsworth, 1977, p. 246.

tildará de asesino. Sin embargo la consumación de una masacre —como en Sabra y Chatila— suscitará una condena generalizada. Esto, a pesar de que es probable que el número de muertes sea mayor en el primero de los casos.

Al manipularse la percepción se subjetiviza el contenido de la violencia. Se diferencia entre un acto positivo: aquel dirigido a producir violencia, y un acto negativo: la producción de violencia como resultado de no actuar. Esto, en cuanto a las consecuencias. Es decir, el acto positivo sería moralmente peor que el acto negativo. Esto está íntimamente vinculado a la cuestión del llamado distanciamiento cognoscitivo. Con esta categoría se intenta representar la idea de que es psicológicamente más fácil matar cuando existe un cierto elemento diluyente que permite al ejecutor de la violencia distanciarse mentalmente de su objeto. Así se explica el hecho, por ejemplo, de que en cierto tipo de ejecuciones sólo a uno de los miembros del pelotón de fusilamiento se le provea con balas de guerra, dándole al resto únicamente balas de fogueo. Del mismo modo, es posible argüir que la práctica de vendar a prisioneros sometidos a interrogatorios tiene por fin no sólo proteger la identidad de los torturadores o la desorientación del interrogado, sino, además, establecer un espacio cognoscitivo elemental.

El método burgués de análisis pone el acento en el agente de la violencia y no en el objeto de ésta; su principal preocupación pasa a ser la elaboración de normas morales que “tranquilicen el espíritu” del victimario. La influencia de la religión es obvia, su modo de reflexión de la realidad, apoyado en la fantasía, se expresa no sólo en la deificación de las fuerzas naturales, sino que también de las fuerzas sociales. Al contraponerse lo social a lo humano, se contraponen lo individual a lo colectivo, lo débil a lo poderoso. La vulnerabilidad e indefensión del hombre frente al sistema de relaciones sociales, es producto de la divinización de estas últimas, y, simultáneamente, causa de la futilidad de su resistencia. El hombre es abrumado por su entorno y sólo puede luchar por la salvación de su alma; y entre el agente y el objeto de la violencia se privilegia al principio, en cuanto la preocupación fundamental de la norma moral es desbrozar su camino hacia el cielo. El objeto de la violencia no constituye problema.

Lenin señaló que “en el ideal comunista no hay lugar para la violencia sobre los individuos”¹⁶, aunque ésta se exprese a través de ellos. La teoría burguesa reduce la violencia a su manifestación individual y la condena en abstracto. El marxismo considera que toda valoración política y moral debe necesariamente fluir del desarrollo

¹⁶ Lenin, V. I.: *A caricature of Marxism and Imperialist Economism*. Collected Works, Vol. 23; Lawrence and Wishart, London, 1961, p. 68.

de la lucha de clases, no de un sistema referencial ahistórico. Lo opuesto en la metodología es la oposición entre la ideología científica y la conciencia falsa, entre una cosmovisión revolucionaria y otra retrógrada.

La dimensión ontológica de la violencia política

El debate filosófico sobre la naturaleza humana no se limita a la simple descripción de presuntas cualidades y propiedades que conformarían la esencia del hombre. Adquiere una dimensión cualitativamente distinta al articularse con la teoría política. El principio Hobbesiano de que todo hombre es enemigo de todo hombre, y que el estado de guerra es la condición natural de la existencia humana, constituye el fundamento de un modelo utilitario que proyecta la maximización de intereses individuales como el motivador elemental de la acción social. Aunque esta forma de teorizar sitúa a la acción humana como la unidad analítica primaria y es un positivo avance en relación a las concepciones teológicas de la esencia del hombre, indefectiblemente se le adscribe un contenido ahistórico a la estructura humana y, por extensión de su lógica, a todo el sistema social.

La interacción de actores interesados sólo en la satisfacción de sus necesidades, deriva inevitablemente en una situación de anarquía que sólo puede ser superada por intermedio de la imposición de un actor no-utilitario capaz de establecer el orden social. Al postularse que el estado reúne tales características, se admite implícitamente que la conceptualización de la naturaleza humana busca, por sobre todo, la legitimación de la violencia consubstancial a la política.

El concepto marxista de la esencia humana es de carácter dinámico, reflejando y expresando el continuo movimiento histórico de la "naturaleza del hombre". La esencia humana en abstracto no existe, ésta es más bien un proceso creativo donde la interacción consciente de los hombres y la naturaleza confluye en un marco histórico que sintetiza todo el sistema de relaciones sociales. En otras palabras, la característica definitoria básica de la naturaleza humana es su socialidad. Si en condiciones de formaciones antagónicas el hombre aparece egoísta, agresivo, competitivo, se debe a la alienación de su condición humana, a que el proceso de objetivación —premisa de la existencia material— no conduce a la realización del potencial multifacético del hombre. Mas ésta no es una situación impermutable, por el contrario, la superación del estadio alienado es una posibilidad histórica donde la actividad consciente desempeñará un rol vital. La transformación se da en el plano de lo real y no el ideal. Cuando Hegel sostenía que el estado de alienación sólo podía ser superado por otro estado de conciencia, estaba ne-

gando de hecho la materialidad del fenómeno. El tipo de relación existente entre el hombre y sus productos es de carácter objetivo, y por lo mismo sólo puede ser alterado en su estructura real.

Es concebible que la utilización de la violencia forme parte del movimiento transformador, mas esto sería resultado de la conjugación de diversos factores, y no la expresión mecánica de la naturaleza humana. Los modelos psico-sociales que intentan explicar la violencia política a través de la determinación ahistórica de la esencia del hombre, limitan su análisis a la descripción de ciertos "impulsos destructivos" que supuestamente representan la substancia de la naturaleza humana. Todo carnívoro —se sostiene— es, por naturaleza, asesino; si consideramos que el hombre es también carnívoro, no será difícil ver hacia donde nos lleva este tipo de argumento: el hombre es, por naturaleza, asesino. Es decir, el condicionamiento social de su existencia es irrelevante. La naturaleza del hombre se reduce a su ego, cuya preservación es efectuada, directa o indirectamente, a través de la manifestación concreta de sus instintos agresivos. El énfasis en la supervivencia biológica del hombre distorsiona el verdadero carácter de la esencia humana, pues sólo la categoría del ser social permite incorporar un componente clave en la conceptualización de la naturaleza humana: la actividad productiva, pues para satisfacer sus necesidades el hombre debe necesariamente transformar el mundo material y así se transforma a sí mismo, objetivarse y llegar a convertirse en un ser para sí, capaz de dirigir procesos sociales.

La no-violencia como violencia política

La no-violencia no es simplemente un método o técnica política, sino, además, un sistema de principios morales. Sólo entendiendo el carácter del vínculo entre su marco filosófico y su expresión práctica, podremos comprender su rol histórico.

Todos los modelos basados en la doctrina de la no-violencia comparten una base común: la fragmentación de lo social, la proyección del individuo como centro gravitante de la fábrica social. Al mismo tiempo, se eleva la vida a categoría de valor absoluto, otorgándosele condición sacra. Mas esto último revela la contradicción intrínseca de la argumentación, pues al deificarse la vida, la condición centrípeta del hombre pierde su calidad de tal, y su vida se transforma en mero vehículo de redención. Es en este contexto donde debe situarse el problema de la no-violencia.

Gandhi, el más preclaro exponente de la no-violencia como manifestación política concreta, buscó la forma de cohesionar antiguos principios hindúes y cristianos que le permitieran dar coherencia teórica a lo que él denominara *satyagraha*: la expresión práctica

del ahimsa. El *ahimsa* —traducido del sánscrito como no-violencia— es la piedra angular de la filosofía Gandhiana. La no-violencia, el no resistirse, requiere una gran fortaleza interior, capaz incluso de aceptar ser objeto de violencia a fin de conseguir, a través de la persuasión, transformar la actitud del agente de la violencia. Es decir, la no-violencia funciona por omisión y, por tanto, la forma que adquiera la reacción del objeto de la no-violencia es vital para su éxito o fracaso. Políticamente entonces la iniciativa queda siempre —sea ésta la intención o no— en manos del enemigo. Por otra parte, a pesar de que la acción puede ser no-violenta, se está creando una situación de violencia, puesto que el sujeto de la violencia debe necesariamente ser provocado para ser persuadido. Al mismo tiempo, se está creando la posibilidad de la auto-destrucción, ya que la implementación de la no-violencia requiere de un extremismo absolutista. Esto es aceptado y racionalizado en función de la salvación eterna, la que define los parámetros de la revolución espiritual, la del pecado a la gracia, la del egoísmo al verdadero amor; la revolución material debe evitarse, pues produce más daño que bien. Esta forma de teorizar establece una arbitraria equivalencia entre revolución y violencia y entre violencia y pecado. Se sostiene, simplistamente por lo demás, que la lucha no-violenta produce menos violencia, pero esto no es lo fundamental, lo importante es determinar en qué método o conjugación de métodos produce resultados.

La absolutización de una u otra forma de lucha es ajena al marxismo. Engels lo precisaba sin ambivalencias en su carta a Trier: “Cualquier medio que conduzca al objetivo es aceptable para mí como revolucionario; ya sea el más violento o aquel que aparece como el más pacífico”¹⁷. Lo paradójico es que ya en la Biblia se reconocen las limitantes del entorno y la importancia que éste posee en el condicionamiento de la acción humana. Al señalarse los deberes cristianos, se sostiene que “si es posible, en cuanto dependa de vosotros estad en paz con todos los hombres”¹⁸. Esto significa que la paz y la conducta pacífica constituyen una posibilidad y no un absoluto; es así que el realismo de ciertas escuelas de la no-violencia, deriva en parte de la aceptación de que la ausencia total de violencia es una utopía, y el mismo pacifismo extremo es una contradicción en términos, pues es imposible defender el derecho a la no-violencia y la auto-defensa al mismo tiempo. ¿Cómo es posible defenderse sin infligir el derecho a la vida del objeto de mi acción defensiva?

¹⁷ Engels, F.: “Letter to G. Trier” (18-12-1889), en *On Scientific Communism*: Progress Publishers, Moscow, 1967, p. 199.

¹⁸ Romanos, 12:18: *La Santa Biblia*. Soc. Bíblicas Unidas, Buenos Aires, 1960, p. 1.049.

En cualquier caso, la imposición de la vida y el respeto a la misma como principio rector del accionar humano, reduce el problema de la violencia al problema de cómo salvar vidas y evitar muertes, no al asunto de fondo: la violencia política como socio-sistema capaz de alterar y preservar calidades. Además, se exagera la significación de la muerte violenta y se subestima la muerte "natural". Aquí se interpenetran dos cosas básicas: la justificación de la violencia sistémica al ignorarse las condiciones estructurales de la muerte "natural", y, una mal entendida moralidad. La forma de morir no posee contenido moral para el objeto de la violencia, en el sentido de que su desaparición física —sea ésta como resultado de un balazo en las calles de El Salvador, o de una pulmonía en la tranquilidad del hospital— culminará del mismo modo: en el fin de un ciclo. Esto no significa que la percepción del actor no desempeñe un papel importante en los momentos precedentes a su desaparición; lo que se plantea es que las clases dominantes intentan, por medio de la manipulación ideológica, "normalizar" ciertas muertes. Maquiavelo señalaba que el hombre no temía a la muerte, sino al sufrimiento, de ahí que se condene a la tortura y a la muerte violenta y se diga poco o nada del que fallece de frío y subsiste toda su vida en condiciones miserables. Es decir, una vez más, esta clase de moralidad ubica su centro de atención en el responsable de la muerte y no en la víctima. Valga recordar que las cámaras de gases ambulantes diseñadas por los nazis tenían por objeto lograr no sólo una mayor eficiencia, sino evitarle, además, mayor tribulación a los escuadrones de ejecución que habían asesinado ya a millares de personas y exhibían muestras de cierto desgaste síquico.

La doctrina de la no-violencia se basa en axiomas morales, lo que contribuye a la rigidez en su aplicación y a la auto-restricción de su esfera de acción política. La noción de que la violencia desmoraliza es anti-histórica y paralizante. Por otro lado, el énfasis en lo individual y en la manipulación del temor por intermedio de la institución de la atrición y la contrición, convierte a todo el sistema de la no-violencia en un sistema de méritos, la suma de los cuales conformaría la acción social, siendo el objeto de ésta, al menos en apariencia, el sistema social injusto; mas, casi inevitablemente, se personaliza el conflicto, pues el objeto de la acción persuasiva es el agente de la violencia sistémica, no el sistema. La desmoralización del agente devendría en la desmoralización del sistema y en su eventual modificación.

El terrorismo como violencia política

La violencia puede existir sin el terrorismo, pero éste no puede existir sin la violencia, aunque no se reduzca a ella. El terror es

también consubstancial al terrorismo, aunque este último no es componente necesario del terror. Consideramos al terrorismo como la organización y aplicación sistemática de la violencia destructiva a fin de inspirar el terror en el objeto de su acción y facilitar su control político. Es un proceso multilateral conformado por las condiciones estructurales que permiten al agente del terrorismo implementar su política, y por la capacidad perceptiva del objeto en la experiencia del terror.

El carácter subjetivo de la experiencia del terror significa, según algunos autores, que el terrorismo es por definición indiscriminado. Mas el hecho de que todo individuo asimile una acción terrorista, realice su miedo y reacciona en forma distinta, no es incompatible con el carácter selectivo de la definición de objetivos. No nos referimos al objetivo táctico, sino que el objetivo político: la imposición de un proyecto histórico-político; es selectivo el terrorismo de estado cuando tortura, encarcela y aniquila a sectores obreros y no a sectores del capital. Esto no quiere decir que en una situación de terrorismo estatal no exista la propagación del terror y, por ende, la probabilidad de percepción de éste por parte de otros actores sociales; lo que se plantea es que para la comprensión del terrorismo se hace indispensable tomarlo como un todo, y tratar de establecer el tipo de equilibrio que unifica sus componentes.

El terrorismo como sistema posee coherencia orgánica, por tanto es un error identificarle con el acto terrorista, pues el fenómeno del terrorismo no es una simple suma de actos aislados; la consistencia en la aplicación del terror y su sistematización como instrumento de control lo diferencian de la utilización del terror como elemento auxiliar en la defensa de intereses de clase. Decimos de clase, no porque ésta posea el patrimonio sobre el recurso del terrorismo, sino porque consideramos que hay dos manifestaciones principales de éste: la que expresa las estructuras dominantes del poder, y aquella que expresa la oposición a éstas.

Pero el ejercicio del terror no es necesariamente de orden vertical: del estado hacia la base social y de la base social hacia el estado. La horizontalidad terrorista es una posibilidad real. Por ejemplo, la intimidación a integrantes de organismos represivos por parte del régimen que sustentan, a fin de garantizar su lealtad. Por su parte, organizaciones anti-estatales pueden recurrir al terror para castigar la delación y la traición.

Walter define al terrorismo como un proceso que comprende "el acto o la amenaza de la violencia, la reacción emocional, y los efectos sociales"¹⁹. El proceso encuentra su articulación a través de un sistema de terror cuyas expresiones principales son, "el régimen

¹⁹ Walter, E.: Op. cit., p. 90.

de terror” y “el sitio de terror”. El primero es instrumentalizado por los sustentadores del poder, y el segundo, por aquellos que buscan el derrocamiento revolucionario del sistema autoritario. La debilidad del argumento radica en que se identifica a la revolución social con el terror, y se establece una oscura relación entre violencia y terrorismo al diferenciárseles en término de sus objetivos finales. El fin último del terrorismo sería el control, y en contraste, el objetivo último de la violencia sería la destrucción del objeto de la violencia. El uso de la violencia culmina en un estado de cosas que es necesariamente irreversible, mientras que el uso del terrorismo implica la posibilidad de reversión. La idea central entonces es que la violencia transforma las condiciones sociales, y no así el terrorismo. Mas esto es simplista, pues es admisible que una vez finalizado el proceso de terror, permanezcan dentro del marco social las mismas clases o grupos sociales que existían antes de la iniciación del proceso, pero el contenido de su relación y la relación de la estructura de clases a otros socio-sistemas puede haberse modificado radicalmente. En ambos casos han cambiado las condiciones sociales.

Antes criticábamos a aquellos cientistas sociales que tienden —consciente o inconscientemente— a establecer una relación mecánica y automática entre el movimiento revolucionario —particularmente el comunista— y el terror. Esto no significa que la utilización del terror sea ajena a la praxis comunista y a la teoría marxista, pero apunta más que nada a la adscripción arbitraria de métodos de lucha al movimiento revolucionario y a la confusión entre terror y terrorismo, confusión dirigida a establecer el supuesto contenido deshumanizante de la doctrina marxista y, al mismo tiempo, minimizar y relegar a segundo plano el terrorismo de estado.

Engels señalaba en forma inequívoca que “el partido victorioso debe mantener su dominio por medio del terror que sus armas inspiran en los reaccionarios”²⁰. Se incorpora así un elemento crucial en la teorización marxista del terrorismo: el factor organización. Lenin planteaba que los bolcheviques defendían “no sólo las formas pasadas del movimiento, sino que también las futuras”²¹, pero lo fundamental era la preparación adecuada para la implementación de diversas formas de combate, de ahí el rechazo al espontaneísmo y al aventurerismo revolucionario. La lucha de clases conlleva la posibilidad de derrota y sólo la organización del movimiento revolucionario podrá minimizarla, y esto implica que el

²⁰ Citado en Lenin, V. I.: *The proletarian revolution and the renegade Kautsky*, Collected Works, Vol. 28; Lawrence and Wishart, London, 1960, p. 240.

²¹ Lenin, V. I.: *Revolutionary Adventurism*, Collected Works, Vol. 6; Lawrence and Wishart, London, 1961, p. 195.

vínculo con las masas es central a la idea de la utilización de la violencia y el terror.

Mas, si bien es cierto que dentro del esquema marxista coexisten los conceptos de terror y violencia, así como los de lucha armada y no armada, también es cierto que encontramos la tendencia a identificar al terrorismo con el terror individual, con el acto aislado, con el asesinato político. Toda falta de precisión es obviamente limitante desde el punto de vista del análisis, pero, en la resolución sobre el terrorismo adoptada en el segundo congreso del Partido Obrero Social-demócrata ruso, por ejemplo, encontramos un elemento teórico que apunta a la substancia de la posición marxista, esto es, al método histórico concreto como instrumento analítico. El congreso, —dice la resolución— “rechaza decididamente el terrorismo. Es decir, el sistema de asesinatos políticos individuales por ser un método político de lucha inoportuno en este momento...”²². En otras palabras, el terror no es condenado en principio, su referente no es abstracto lo que significa que el surgimiento, desarrollo y asimilación por parte del movimiento revolucionario de formas distintas de lucha, posee un contenido histórico, el cual legitimaría moralmente su expresión práctica. Así como el terrorismo no puede reducirse al uso del terror, así tampoco puede reducirse la revolución al uso exclusivo del terror.

Conclusiones

La violencia política es un socio-sistema activo, capaz de imprimir su sello a la forma de hegemonía de la clase como agencia social central. Es por esta razón que sólo la determinación de su contexto histórico hará posible la comprensión de su contenido sociológico, de su esencia y del modo de estructuración de sus componentes. La tarea es compleja pues el fenómeno es complejo; la ciencia social burguesa elabora su análisis en el marco general de una visión parcelada de la realidad y, en muchos casos, intentando imponer a ésta modelos abstractos que se construyen y destruyen a voluntad. Esto limita su utilidad, pero no las posibilidades de manipulación ideológica; es como el Millalobo, ser mitológico del sur de Chile, que habita en las profundidades marinas encadenado de por vida a la roca viva para ocultar el hecho de haber nacido con un solo brazo. Pero éste posee una descomunal fuerza que produce temporales y tempestades. Su defecto no le impide ser peligroso, de ahí la importancia de tratar de contribuir a la teorización de la violencia política desde una perspectiva marxista.

²² Lenin, V. I.: *Second Congress of the R.S.D.L.P.*. Collected Works, Vol. 6: Lawrence and Wishart, London, 1961, p. 474.

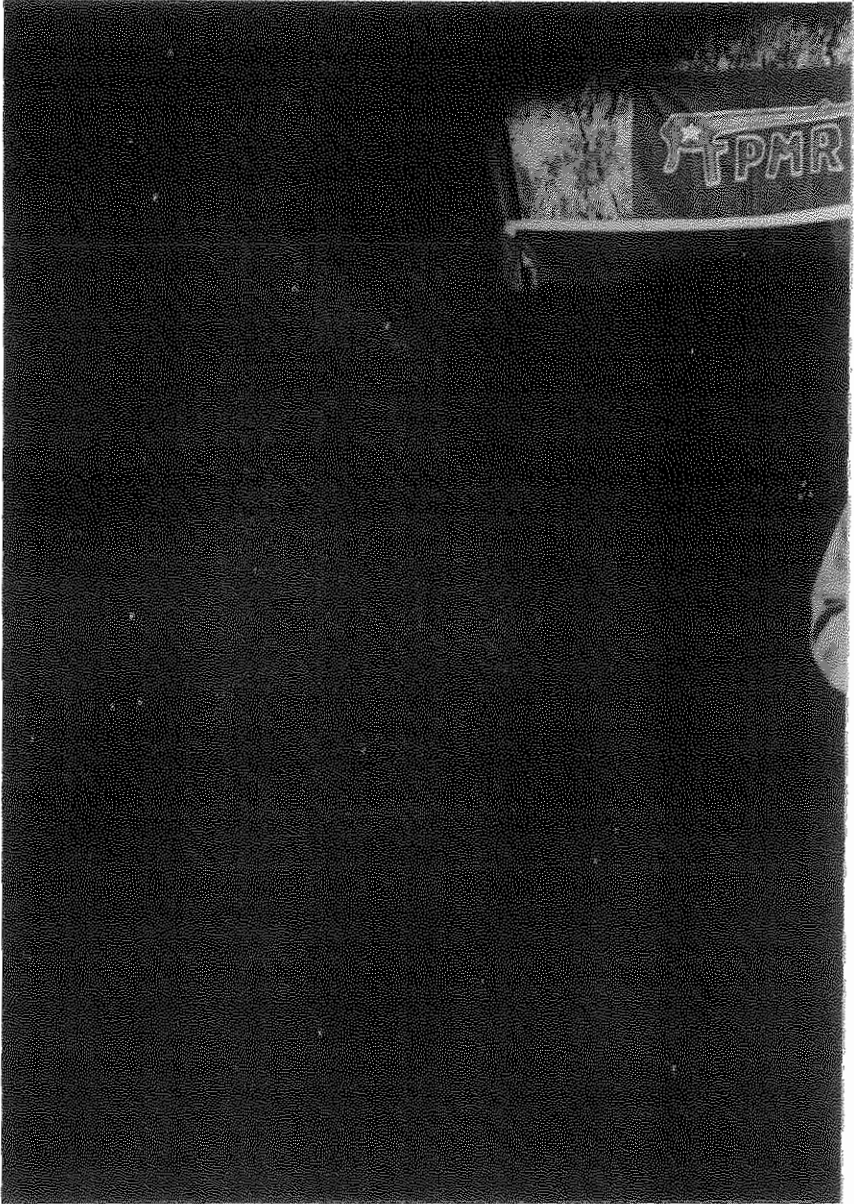




Foto Paz Errázuriz

Pobreza de la cultura y cultura de la pobreza

MARIO BENEDETTI

La primera vez que leí algo acerca de una *cultura de la pobreza* fue en un libro publicado hace más de 20 años por el Fondo de Cultura Económica, de México. El autor era Michael Harrington, y el título original de su obra, *The other America: poverty in the United States*, pero los editores mexicanos prefirieron titularla *La cultura de la pobreza en Estados Unidos*, dando lugar así a un malentendido, ya que Harrington, investigador católico que había cooperado en la recuperación de alcohólicos en barrios marginales de Nueva York, sólo al pasar mencionaba en su obra la *cultura de la pobreza*, y más bien lo hacía en la acepción de *cultivo o modo de vida*, y no de un desarrollo cultural a partir de la pobreza misma.

Tras la mala interpretación acerca del célebre libro de Galbraith sobre *La sociedad opulenta* que diera pábulo a una explosión de autocomplacencia en sectores de la sociedad norteamericana que evidentemente no lo habían leído, Harrington alertaba a sus compatriotas sobre la existencia (demostrada en cifras y estadísticas) de *otra Norteamérica*, capaz de abarcar, al menos en 1963, aproximadamente 50 millones de pobres. Sin embargo, antes de que Harrington bautizara, casi por azar, la vergonzante indigencia de un país

Mario Benedetti, uruguayo, es novelista, poeta, ensayista. Autor de una veintena de libros, entre ellos, *La tregua*, *Gracias por el fuego*, *Montevideanos*, *Primavera con una esquina rota*, *El desexilio* y *otras conjeturas*.

suntuario, ya la *cultura de la pobreza* propiamente dicha (vale decir, la cultura que se establece y toma cuerpo en condiciones sociales de pobreza) existía en vastas zonas de América Latina. Vale la pena mencionar rubros como la cerámica popular, la artesanía textil, la poesía a menudo anónima, la música folclórica, el cantar casi juglaresco, etc.

La artesanía textil o la alfarería que practican, por ejemplo, las comunidades indias en México, Guatemala, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile revela usos, distribuciones y combinaciones de formas y colores candorosamente hermosos. Esa es *cultura de la pobreza* llevada a cabo por artesanos que, por otra parte, son casi siempre analfabetos, jamás han oído hablar de reglas áureas o colores complementarios y, sin embargo, llegan espontáneamente a ellos. Es claro que existe además una *cultura de la pobreza* hecha por alfabetos o incluso por gente con profundos conocimientos artísticos. En estos casos, la pobreza reside en las técnicas y materiales rudimentarios, en los medios e instrumentos usados. En varios países latinoamericanos, y aún en los Estados Unidos de chicanos y *ricans*, suele practicarse un teatro colectivo semiartesanal, casi sin utilería ni escenografía, que cumple una función esclarecedora, cohesionadora y estimulante en cada una de esas comunidades. Asimismo, en países que padecieron (o aún padecen) férreas dictaduras militares, la lumbre cultural pudo a menudo ser mantenida gracias al tesón del intérprete individual o de pequeños conjuntos que con escasos elementos se sobrepusieron al miedo y dijeron de todos modos su palabra.

En Uruguay, por ejemplo, durante los 12 años (pero especialmente en los últimos) que duró el ominoso *proceso*, la *cultura de la pobreza* fue conscientemente ejercida y aprovechada por autores e intérpretes, no sólo como una forma sutil de rebeldía que transmitía y renovaba esa confianza que es tan necesaria en tiempos de oscurantismo, sino también como una caja de resonancias y de sorpresas en el plano de la vocación individual o colectiva. Hubo jóvenes que de pronto, al juntarse para cantar, descubrieron un surco para inquietudes muy legítimas cuya eclosión en otros órdenes (el político, el sindical) les estaba vedado.

Hoy, con la democracia recuperada, así sea precariamente y en medio de una pavorosa crisis económica, el aislamiento y la interdicción han concluido. No sólo es posible publicar o cantar o representar en un escenario lo que cada uno estime oportuno; también han podido regresar los artistas del exilio y acceder a los escenarios prestigiosos cantantes extranjeros cuya actuación había estado prohibida por largos años (Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Joan Manuel Serrat, Chico Buarque, Mercedes Sosa y tantos otros). Las librerías se pueblan de autores nacionales y extranjeros antes

proscritos con cierta extraña consecuencia: aparecen en el mismo lote los pocos o muchos libros que un autor nacional o extranjero publicó en esos 12 años y que aquí eran ignorados. El lector querría ponerse al día, pero el libro importado es carísimo, y además, ¿por qué título empezar frente a esa incitante y sorprendente nómina? El resultado es que aun el autor nacional que estuvo exiliado llega a sus lectores en un desorden que siembra confusiones. Al consumidor de literatura le es casi imposible seguir el desarrollo de una narrativa o de una obra poética. Lee un libro aparecido el año pasado y luego, casi como si fuera una continuación, otro que el mismo autor publicó cinco años atrás; para el lector que vivió las obstrucciones y vedas del *proceso*, todos estos libros son contemporáneos, concurrentes, paralelos. No es posible concebir que una cultura pueda recuperarse fácilmente del perjuicio sufrido durante 12 años de clausura y ruptura, de censura y desinformación. Si bien no hay genocidio cultural que sea capaz de exterminar una cultura, ésta suele quedar malherida, agrietada, escindida en compartimientos estancos.

La crítica enfrenta como puede ese cúmulo de problemas que ella no provocó y ahora debe resolver, los enfrenta con los elementos que tiene, que son, comprensiblemente, los de la *cultura de la pobreza*. Está tan habituada a escuchar cantantes (excelentes, buenos, regulares y malos) sólo acompañados de su propia y meritoria guitarra (incanjeable compañera para tiempos de resistencia) o de un reducido conjunto instrumental, que cuando aparece alguien en el mismo escenario con toda la nueva tecnología y los decibelios de que ésta hace gala cae en un explicable desconcierto. ¿Qué es eso? ¿Ruido o música?, ¿progresó o paso atrás?, ¿penetración cultural o salto cualitativo?, ¿deformación de lo conocido o simplemente algo distinto?, ¿vanguardia o retaguardia?

Lo curioso es que para todo hay atendibles argumentos, tal vez porque todo es posible, todo puede ser cierto. Unas veces es música y otras veces sólo ruido. A veces es salto cualitativo y otras veces simple penetración cultural. A veces es vanguardia y otras veces un triste paso atrás. Es claro que las transnacionales del disco y/o del espectáculo y las tendencias de captación (o de anestesia) que impulsan, orientan y sostienen las mismas están siempre a la búsqueda (ésta es su misión) de canales para neutralizar a la gente joven. No obstante, si para cumplir ese objetivo han elegido el *rock*, no creo que el *rock* sea exactamente el culpable, y mucho menos los rockeros. Si lo eligieron es porque cada tiempo juvenil, cada promoción de jóvenes tiene un ritmo propio, y el ritmo de los jóvenes (o por lo menos de gran parte de ellos) en este tiempo parece ser el *rock*. Si los jóvenes se hubieran enloquecido con la *milonga*, seguramente ésta habría sido usada como eficaz instrumento de dominio. Debe-

mos comprender que las opciones de los psicólogos sociales que orientan la penetración no son, por supuesto, estéticas, sino pragmáticas en grado sumo.

Creo, sin embargo, que la obsesión por el altísimo, casi insoponible volumen de la música rockera es una elección deliberada. Se sabe que en todo el mundo miles de jóvenes se están quedando virtualmente sordos gracias a esa catarata de decibelios. No obstante, tampoco echémosle todo el fardo al imperialismo. La pregunta podría ser: ¿qué hay en esta sociedad que los jóvenes prefieren *no oír* hasta el punto de elegir aturdirse con la música y los ritmos más violentos de todos los tiempos? ¿Serán por ventura las propuestas del sistema?, ¿las promesas de los políticos?, ¿la moralina de los autoritarismos?, ¿las *balaceras* de la televisión? Algo habrá en este mundo conflictivo, tramposo y disperso que ellos se niegan a oír.

De todos modos, el mayor riesgo que corre siempre la *cultura de la pobreza* es convertirse, tarde o temprano, en pobreza de la cultura. Siempre recuerdo el estupor que representó para mí ver en Panamá, junto a la zona del canal, cómo las estupendas *molos* que producen los indios *kunas* se adaptaban al gusto *standard* de los turistas y soldados norteamericanos: los símbolos y signos tradicionales que les dan su encanto tan particular (pájaros, tijeras, peces, gatos, etc.), en un extraordinario despliegue de colores, formas y proporciones, se habían transformado en leyendas tan previsibles como *Merry Christmas* o *Happy New Year*. La demanda frívola había pervertido la oferta primigenia, y el artesano, impulsado por el explicable deseo de vender más, había renunciado a su lenguaje y a sus signos propios en beneficio de saluciones y palabras que ni siquiera forman parte de su contexto doméstico o imaginero.

Sin embargo, no sólo la cultura analfabeta corre el riesgo de perder su fuerza y belleza originales. En realidad, lo corre toda la cultura surgida en la pobreza, aun la producida por artistas o intelectuales *cultivados*. Cuando la *cultura de la pobreza* creada en el aislamiento a que suele reducirla un Gobierno de censura y autoritarismo se enfrenta de pronto a lo que se estuvo haciendo y se hace en el mundo exterior, no es improbable que ello genere una actitud defensiva. Y en cierto modo es explicable que así sea, ya que el artista que consiguió, pese a las dificultades, las carencias y la desinformación, seguir produciendo de manera digna y con regularidad, y obtuvo con ello una gratificante respuesta popular, tiende a apuntalar su estructura creativa como forma no siempre consciente de justificar y afirmar su identidad, de saber que, contra viento y marea, él y su obra han crecido. Es natural. Pero también es natural que el que viene de fuera (sea un ex exiliado o un extran-

jero) acuda con el aporte técnico que logró y al que seguramente está habituado, ya que no sólo no representó una limitación para su desenvolvimiento artístico, sino que le abrió nuevas posibilidades. No es que uno (cualquiera, el que estaba o el que llega) sea el brillante y otro (cualquiera) el opaco, uno el genuino y otro el espurio, uno el original y otro el que imita. El hecho de haber permanecido en el país o haberse desarrollado en el exilio no brinda de antemano ninguna garantía de haber adquirido un nivel de calidad óptima. Si se establece un muro entre ambas expresiones, o si el muro tiene un lado de parricidio y otro de paternalismo, jamás se logrará la integración que con urgencia necesita una cultura tan castigada (por la cárcel, por la muerte, por la censura, por el exilio) como la de mi país. No es cuestión de perdonarle la vida (ni la muerte) a nadie, sino más bien de comprender la vida (y la muerte) de todos.

Por otra parte, cabe señalar que, aun antes de la dictadura, siempre estuvimos cerca de la *cultura de la pobreza*. El formidable desarrollo que, por ejemplo, tuvo en Uruguay el teatro independiente, no profesional, es probablemente la muestra más irrefutable de qué altos niveles artísticos pueden alcanzar el saber y el hacer en pleno subdesarrollo. Ahora bien, ¿por qué esa *cultura de la pobreza* no se transforma en pobreza de la cultura? Hace poco escuché una charla de Eduardo Galeano en la que dejaba constancia de cuánto él, y todos nosotros, debíamos a Carlos Quijano como formador de varias generaciones de críticos y periodistas. Si algo nos enseñó Quijano fue el rigor. Cuando en *Marcha* había que hacer un importante reportaje sobre un aspecto de la realidad nacional, la consigna (si había alguna) era *no improvisar*. Era preciso revisar leyes, antecedentes, historia y repercusiones del tema en cuestión antes de entrevistar a nadie o escribir una sola línea. Si íbamos a escribir una crítica sobre el recién libro de un autor, había que leer previamente todos los anteriores a fin de situar adecuadamente el nuevo título en la evolución de ese escritor. Si llegaba una compañía teatral extranjera, había que conseguir de cualquier manera, y con la debida antelación, los textos en el idioma original a fin de obtener todos los elementos necesarios para apuntalar el juicio. Muchos de nosotros aprendimos idiomas para no depender del azar de las traducciones. El aspecto externo del semanario *Marcha* formaba parte indudablemente de una *cultura de la pobreza*: compuesto en un taller de imprenta casi antediluviano, impreso en un papel de baja calidad, con escasa publicidad (ya que el gran capital siempre miró a *Marcha* con el ceño fruncido), el semanario mantuvo, sin embargo, un nivel de autoexigencia, profesionalismo, independencia y rigor que a lo largo de 35 años lo salvó de caer en la pobreza de la cultura.

Cómo no comprender, en este Uruguay que trata desesperada-

mente de sacudirse el lastre de 12 años de frustración y penurias, que los jóvenes artistas se miren desconcertados, atónitos, como preguntándose: “Y ahora ¿qué? Ya no hay más dictadura. ¿Sobre qué cantar, escribir, pintar, hacer teatro?” Y que conste que tampoco los que venimos del exilio estamos demasiados seguros. El país que encontramos es *otro*. Esos que dejamos niños hace 12 años son ahora hombres y mujeres cabales. Hay incontables preguntas que se entrecruzan y se mezclan, pero hay muchas menos respuestas que interrogantes. El Uruguay de 1986 no es el Uruguay de 1970 o 1972, y, sin embargo, hay rasgos de hogaño que al menos se asemejan a los de anteaer. En la zona intermedia está el ayer autoritario, y asimismo subsisten rasgos de este pasado tan cercano. En el tema de las libertades, de los presos políticos y hasta de las relaciones exteriores no hay continuismo en relación con la dictadura, pero en lo económico ¡vaya si lo hay! Y ahí se enquistó, ya no la *cultura de la pobreza*, sino la pobreza a secas, y lo que es peor aún, la pobreza sin salida a la vista.

En el libro de Harrington que cité al comienzo se dice que “los norteamericanos pobres son pesimistas y frustrados”. No debe ser un rasgo exclusivo de Estados Unidos, ya que la pobreza, cuando no genera cambios mediante cualquiera de las vías posibles, siempre origina pesimismo y frustración. A las capas responsables de la conducción del país, tras el cambio concreto (fin de la dictadura) que les permitió nada menos que acceder al poder, no hay otra cercana transformación por la que los interese jugarse o arriesgarse. Y en este aspecto el Uruguay 86 sí se asemeja al Uruguay 70. A veces uno tiene la impresión de que en esas capas responsables el horror de la dictadura (que en verdad lesionó y ultrajó a otros sectores que siguen estando lejos del poder) se deslizó como la lluvia sobre los adoquines: sin dejar huella.

Para el desarrollo de una sociedad que sale de un prolongado lapso de autoritarismo no es bueno que el sector de los favorecidos (o simplemente no afectados) por la represión sientan o finjan indiferencia hacia aquellos otros que la sufrieron en carne y vida propias. Nunca es socialmente rentable que cierta gente se niegue al aprendizaje de la historia.

En algún reportaje más o menos reciente señalé que en los actuales detentadores del poder de Uruguay faltaba una mínima dosis de osadía; si se quiere una mayor especificación, les falta sobre todo el atrevimiento necesario para ser distintos de anteaer. Y eso puede ser grave, porque si son iguales a como entonces fueron, tal inmovilismo puede (aunque ello no sea obligatorio ni fatal) conducir a las mismas o parecidas consecuencias. En menor grado, también en la oposición, y concretamente en la izquierda, falta cierta intrepidez, cierto aliento para establecer sus verdaderas priori-

dades, entre las cuales no debería faltar cierta agudeza imaginativa para hallar por fin la adecuada brecha en el tupido, compacto sistema que (con dictadura o con democracia) ha impedido hasta ahora que los sectores populares lleguen a compartir las siempre mal distribuidas riquezas del país.

La dictadura pasó, loado sea Dios, pero vaya herencia de frustración, vaya economía en ruinas, vaya cultura en grietas las que nos ha dejado. Por eso no sería lícito ni honesto reprocharle a las nuevas promociones algunas carencias que indudablemente aparecen en la trama cultural posdictadura. Durante el *proceso*, la desinformación fue sencillamente grotesca, ya que no sólo impidió que circulara la producción intelectual de tantos nombres que son claves del desarrollo nacional (hasta las obras del gran educador José Pedro Varela, 1845-1879, que tiene plazas y estatuas de homenaje en todo el país, fueron retiradas de las correspondientes salas de la Biblioteca Nacional nada más que por haber cometido el precursor *delito* de traducir a su contemporáneo Carlos Marx); también obstruyó el acceso a obras, polémicas, tendencias, aventuras del pensamiento creador que fueron ocurriendo en el ámbito internacional, y particularmente en el Tercer Mundo. Y, por si todo ello fuera poco, el dómine autoritario no tuvo escrúpulo en modificar los datos de nuestra propia historia.

Es obvio que en el juicio sobre la obra artística o literaria es fundamental el cabal conocimiento de sus antecedentes. Ahora bien, a muchos de los jóvenes críticos que hoy evalúan la actividad literaria, artística, teatral y cinematográfica de Montevideo les falta (no precisamente por su culpa) esa formación e información previas, y aunque en el plano concreto del cine la Cinemateca Uruguaya haya cumplido en los últimos tiempos una valiosísima labor de puesta al día, factor tan positivo no siempre alcanza para suplir la solidez y la eficacia de un desarrollo crítico no vertiginoso, sino gradual. Afortunadamente, durante los 12 años de penumbra permanecieron en el país algunos críticos (no sólo de cine, sino también de otras disciplinas) de larga y fecunda trayectoria. No todos pudieron (ya que eran sospechosos para el régimen) ejercer su oficio durante ese lapso, pero su aporte será una ayuda invalorable para los bisoños.

En el campo literario hay, por supuesto, un notorio esfuerzo por ponerse al día con las tendencias críticas que se han soltado en el mundo (y sobre todo en las universidades norteamericanas) durante los últimos años. Es un desvelo ingente que lleva muchas energías pero pocas veces redundan en logros verdaderos; en primer término, porque esa búsqueda no siempre puede hacerse en profundidad (entre otras cosas, debido al inalcanzable precio de los libros especializados) y entonces puede surgir un mal entendido decoro profesional que induzca a simular la erudición mediante la

mención de títulos que no vienen de una lectura puntual, sino de alguna cita pescada al vuelo.

Sé que opiniones como ésta pueden dar lugar a malentendidos: por ejemplo, atribuirnos a quienes venimos del exilio una actitud paternalista. Nada más lejos de mi propósito. También a los que no estuvimos en el país durante 12 años nos faltan antecedentes, nos falta la historia vivida en ese lapso. Cualquier librería nos ofrece un buen número de títulos aparecidos en las últimas etapas del *proceso* o inmediatamente después, y también para nosotros es imposible ponernos al día por el sistema de la lectura superficial y la prisa incontrolada. Tenemos las referencias de anteayer, pero nos faltan las de ayer.

Si en el plano literario lo perdido se puede ir recuperando con serenidad y constancia, en el campo teatral lo perdido (es decir, el sustancial teatro nacional que se representó en estos años y que no vimos) es para nosotros prácticamente irrecuperable. O sea, que la opción de modestia es válida para todos y, aunque suene a paradoja, no se contradice con la necesidad de osadía. A veces hay que tener la osadía de ser modesto, y si la modestia crítica puede ser un factor determinante de la *cultura de la pobreza*, la petulancia crítica, en cambio, puede ser un penoso síntoma de la pobreza de la cultura. Ocurre que en ciertos períodos de un desarrollo cultural sobreviene la tentación de encontrarlo todo mal, todo débil e inconsciente, pero la operación suele complicarse cuando los argumentos para llegar a juicio tan adverso no son menos inconsistentes y débiles. Para nadie es edificante que una opinión crítica sea el resultado de una descarga temperamental, de una inquina extraliteraria o, en el peor de los casos, de un crispamiento casi automático de la envidia. Críticos y autores somos, después de todo, seres humanos, y, en consecuencia, podemos ser lúcidos y sinceros, pero también frágiles y falibles, ya que las etapas de transición son en sí mismas lábiles y fácilmente disgregables, la inconsistencia cultural es asimismo un riesgo de las mismas. Para que la transición se vuelva definición y claridad nunca es bueno aposentarse en las *tierras de nadie*; más atinado es buscar las zonas en común, aquellas en que podemos confluir y no disgregarnos, saber que somos distintos y a la vez homólogos (ese *prójimo léjimo* que Ibero Gutiérrez supo descubrir).

Para poner un ejemplo concreto, creo que hay una zona común (osadía, creatividad, rigor) en productos artísticos como *Guitarra negra* (Zitarrosa), *La mano impar* (Viglietti), *Fábrica* (Leo Masliah) y *Tu carta* (Rubén Olivera). Hay, es claro, y por razones fácilmente comprensibles, más humor en los dos nuevos que en los dos veteranos. Distintos estilos, distintas edades y, sin embargo, el mismo atrevimiento para inventar contigüidad de palabras y situaciones,

misteriosas relaciones entre ellas, y dejar al oyente una cuota de creatividad para que complete o culmine el hecho cultural.

Tras la lacerante ruptura que el autoritarismo provocó en la cultura uruguaya, existe ahora una ocasión única para proyectar esa misma cultura a una integración fructífera, bien sazónada. Lo que aprendieron dolorosamente aquellos intelectuales y artistas uruguayos que por distintos motivos permanecieron en el país, y lo que aprendimos quienes debimos emigrar y así tomar contacto con otros pueblos y otras culturas, puede transformarse en una gran riqueza colectiva que a la vez se constituya en un patrimonio cultural inesperado y bienvenido. No emprender (por apocamiento o por desconcierto) esa aventura sería el desperdicio de una opción particularmente atractiva y prometedora.

Convengamos en que la *cultura de la pobreza* es casi un privilegio de las sociedades desvalidas. La pobreza de la cultura, en cambio, puede ocurrir en cualquier tipo de sociedad, aun en la más opulenta y suntuaria, como ha demostrado Michael Harrington. La *cultura de la pobreza* puede adquirir un impulso y una fecundidad muy superiores a las expectativas meramente racionales. Posee la capacidad liberadora de quien se extrae a sí mismo de un pozo, de la ignorancia, de la angustia. La *cultura de la pobreza* es una forma de redención del ser humano. La pobreza de la cultura, en cambio, es una derrota, un atasco, la inhibición convertida en estilo. No obstante, entre la *cultura de la pobreza* y la pobreza de la cultura sólo media un puente, no levadizo pero sí inestable, algo así como el tablón que en *Rayuela* comunicaba precariamente a Traveler con Oliveira.

El subdesarrollo agobia, deteriora, extenua, entristece, lleva hasta a cuestionar el propio esfuerzo y a dudar de sus logros reales. Lo cierto es que hay que ser muy tozudo y muy generoso para lidiar con el subdesarrollo, para vencerlo en cada jornada, para extraer de él un fehaciente motivo de creación y de vida. Semillero de odios, de resentimientos, de rencores más o menos justificados o vacíos, el subdesarrollo, con toda la injusticia que otros le organizan, puede llegar a corromper la voluntad, a institucionalizar la tristeza, a anestesiar la rebeldía. Inevitablemente, esto tiene su repercusión en el ámbito cultural: la falta de estímulos, la carencia de medios, la carestía de los instrumentos de información y de estudio, la convicción de formar parte de un furgón de cola, todo ello va aflojando la autoexigencia, debilitando el rigor, exasperando la relación, y nadie debería asombrarse de hallar entonces en el quehacer artístico un régimen de malhumor que enrarece las polémicas y abre heridas de difícil cicatrización. El recurso del berrinche jamás ayuda a esclarecer algo; más bien es una fórmula de falsa emulación donde la meta no es llegar a la verdad, sino aplastar al *otro*. La pobreza de

un medio cultural trae por lo general un descenso en la remuneración económica de quienes trabajan en ese ámbito, pero mucho más frustrante es la falta de recompensa espiritual. El creador artístico, como cualquier hijo de vecino, precisa estímulo, apoyo, solidaridad, y si estuvo dos o tres años escribiendo una novela (o quizá la Novela), robándole horas al descanso, a la vida familiar, al esparcimiento, lo menos que puede esperar es que esa faena tenaz no sea despachada en una breve y lapidaria reseña, un comentario que no es el resultado de un análisis igualmente tenaz y riguroso.

El desarrollo, por su parte, tiene otras tentaciones, claro: las vicinidades del poder, la amplia difusión, la inclusión en la *mafia* intelectual, los premios suculentos, las traducciones, el propio pedestal; pero si bien ese contorno constituye para ciertos escritores y artistas un oropel y un relumbrón que halagan su vanidad y esponjan su autoestima, así y todo, en esa comarca del desarrollo existe para el creador con otro *estilo de vida* la posibilidad de fabricarse, ya no su torre de marfil, sino su propia guarida, su conexión directa con el lector, el espectador o el oyente y obtener en ese contacto vital la más gratificante de sus relaciones.

En el subdesarrollo, la *cultura de la pobreza* suele ser dura, pero no despiadada; severa, pero no inclemente. La pobreza de la cultura, en cambio, es casi siempre intolerante, superficial y segregadora. Se siente más segura de sí misma cuando detecta, o cree detectar, una frustración que cuando se enfrenta a un nacimiento, al alumbramiento de una obra de arte. Fácilmente consigue los pretextos para demoler, y cuando alguna vez, en insólita muestra de arrojo, llega por fin al elogio, se le nota el aura de sacrificio, el sabor de penitencia.

La *cultura de la pobreza* es, después de todo, una cultura de emergencia, pero en su doble significación: la de recurso circunstancial, precario o de *emergencia*, y también la de cultura que *emerge*, brota, surge, se manifiesta. Sinceramente creo que en este Uruguay 86 existen (por su solera intelectual, por la presencia siempre alerta, por el respaldo potencial de los más fogueados y el despabilado afán de los más jóvenes) posibilidades ciertas de un remonte constante y vigoroso. Sin embargo, esa renovación estará inevitablemente ligada a la coyuntura económica, algo que desgasta a toda la población, incluida la cuota normal de artistas e intelectuales.

Quizá esta larga reflexión sobre el país y la cultura en grietas que nos ha dejado la dictadura sólo quiera decir que confío en que el próximo desenvolvimiento de esa misma cultura engrane con nuestras mejores tradiciones y transgresiones. También que prefiero con fervor, y a falta de otros caudales, una digna *cultura de la pobreza* antes que una lastimosa y mixtificadora pobreza de la cultura.

EDUARDO GALEANO

La dictadura y después: las heridas secretas

Mucha ceniza ha llovido sobre la tierra purpúrea. Durante los doce años de la dictadura militar, Libertad fue nada más que el nombre de una plaza y una cárcel. En esa cárcel, la mayor jaula para presos políticos, estaba prohibido dibujar mujeres embarazadas, parejas, pájaros, mariposas y estrellas; y los presos no podían hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Pero estaban presos todos, salvo los carceleros y los desterrados: tres millones de presos, aunque parecieran presos unos pocos miles. A uno de cada 80 uruguayos le ataron una capucha en la cabeza; pero capuchas invisibles cubrieron también a los demás uruguayos, condenados al aislamiento y a la incomunicación, aunque se salvaran de la tortura. El miedo y el silencio fueron convertidos en modo de vida obligatorio. La dictadura, enemiga de todo cuanto crece y se mueve, cubrió con cemento el pasto de las plazas que pudo atrapar y taló o pintó de blanco todos los árboles que tuvo a tiro.

Con ligeras variantes, un modelo similar de represión y prevención fue aplicado en varios países latinoamericanos, en los años setenta, contra las fuerzas del cambio social. Aplicando la panamericana doctrina de la seguridad nacional, los militares actuaron como un ejército de ocupación en sus propios países, sirviendo de brazo armado al Fondo Monetario Internacional y al sistema de privilegios que

el Fondo expresa y perpetúa. La amenaza guerrillera sirvió de coartada al terrorismo de Estado, que puso en acción sus engranajes para reducir a la mitad los salarios obreros, aniquilar las organizaciones sindicales y suprimir las conciencias críticas. Mediante la difusión masiva del terror y la incertidumbre, se pretendió imponer un orden de sordomudos. En la computadora del Estado Mayor Conjunto de las fuerzas armadas, todos los ciudadanos uruguayos fuimos clasificados en tres categorías: A, B y C, según el grado de peligrosidad desde el punto de vista del proyectado reino militar de los estériles. No podía obtenerse empleo, ni conservarlo, sin el certificado de fe democrática que esa computadora emitía y que entregaba la policía —especializada en democracia en cursos dictados por Dan Mitrione, catedrático norteamericano en técnicas de tortura—. Hasta para celebrar un cumpleaños era imprescindible la autorización policial. Cada casa fue una celda; se convirtió en campo de concentración cada fábrica, cada oficina, cada facultad.

La dictadura arrasó el sistema de enseñanza y en su lugar impuso un sistema de ignorancia. Mediante la sustitución brutal de profesores y programas, se pretendió domesticar a los estudiantes y obligarlos a aceptar la moral cuartelera que llama al sexo *salida higiénica* o *deber conyugal*, y la cultura modificada que considera *naturales* el derecho de propiedad sobre

Eduardo Galeano es autor del célebre libro *Las venas abiertas de América Latina*.

cosas y gentes y el deber de obediencia de la mujer al hombre, del hijo al padre, del pobre al rico, del negro al blanco y del civil al militar.

Se dictó el orden de desvincular y despallabar al país. Todo lo que comunicara a los uruguayos entre sí por vínculos de solidaridad y de creación era delito; era conspiración todo lo que los comunicara con el mundo; y resultaba subversiva toda palabra que no mintiera. Se castigaba al participante, al activista político y sindical y también a quien no lo denunciara. Cualquier comentario se podía considerar lesivo para las fuerzas armadas y podía significar, por tanto, de tres a seis años de prisión y palizas a veces mortales. Se llegó al extremo de censurar la Prensa proveniente de las dictaduras de Argentina y Brasil, vecinas y colegas, porque decía demasiado. Estaba prohibido nombrar la realidad, la presente y la pasada. Se decretó la borrotina general de la memoria colectiva: al fin y al cabo, José Artigas y José Pedro Varela, fugados del bronce de sus propias estatuas, podían proporcionar peligrosas claves de identidad y espacios de encuentro a los perplejos jóvenes que se preguntaban: *¿De dónde viene mi tierra? ¿Quién soy? ¿Con quién soy?*

Y, sin embargo, la cultura uruguaya se las arregló para seguir respirando dentro y fuera del país. En toda su historia no había recibido mejor elogio que la persecución feroz que sufrió en estos años. La cultura uruguaya siguió viva, y fue capaz de dar respuesta de vida a la maquinaria del silencio y de la muerte. Ella respiró en quienes se quedaron y en quienes tuvimos que irnos, en las palabras que circularon de mano en mano, de boca en boca, en la clandestinidad o de contrabando, escondidas o disfrazadas; en los actores que decían verdades de ahora a través del teatro griego y en los que fueron obligados a peregrinar por el mundo como cómicos de la legua; en los trovadores desterrados y en los que en el país cantaron desafiando; en los científicos y artistas que no vendieron el alma; en las

respononas murgas de carnaval y en los periódicos que morían y renacían; en los gritos escritos en las calles y en los poemas escritos en las cárceles, en papel de fumar.

Pero si por cultura entendemos una manera de ser y de comunicarse, si la cultura es el conjunto de símbolos de identidad colectiva que se realizan en la vida cotidiana, la resistencia no se limitó a todos esos signos, sino que fue todavía más ancha y más honda.

Obdulio Varela, un célebre jugador de fútbol muy conocedor de la gente y de la tierra, hacía un amargo balance en los días finales de la dictadura:

"Nos hemos vuelto egoístas", decía Obdulio a principios de 1985. "Ya no nos reconocemos en los demás. Se va a hacer difícil la democracia".

Y, sin embargo, el pueblo uruguayo había sabido dar respuestas solidarias al sistema del desvinculo. Hubo múltiples maneras de encontrarse y compartir —aunque sea lo poco, aunque sea lo nada— que también forman parte, luminosa parte, de la resistencia cultural uruguaya de estos años, y que se multiplicaron sobre todo en los sectores más sufridos de la clase trabajadora. Y no me refiero solamente a las grandes manifestaciones callejeras, sino a realizaciones menos espectaculares, como las *ollas populares* y las cooperativas de viviendas y otras obras de imaginación y de coraje, que han confirmado que la energía solidaria es inversamente proporcional al nivel de ingresos. O, para decirlo al modo de Martín Fierro, que el fuego que de verdad calienta es el que viene de abajo.

No hay estadísticas del alma. No hay manera de medir la profundidad de la herida cultural. Se puede saber que Uruguay exporta zapatos a Estados Unidos y que, sin embargo, los uruguayos compramos ahora cinco veces menos zapatos que hace 20 años; pero no se puede saber hasta dónde nos han envenenado los adentros, hasta dónde hemos sido mutilados en la conciencia, la identidad y la memoria.

Hay algunos hechos, eso sí, que a la vista están. Son hechos provocados o por lo menos agudizados por la dictadura y la política económica, a cuyo servicio la dictadura convirtió a Uruguay en una vasta cámara de torturas. Por ejemplo: hay libros que nos ayudan a conocernos y a reconocernos, y que mucho podrían aportar en la tarea de la recuperación cultural del país; pero si el precio de uno solo de esos libros equivale a la séptima o a la octava parte del salario que muchos uruguayos ganan, la censura del precio está actuando con tanta eficacia como antes actuaba la censura de la policía. Las tiradas de los libros uruguayos se han reducido en cinco o seis veces; la gente no lee porque no quiera, sino porque no puede.

La imposibilidad del desexilio es otro de esos hechos. No hay daño comparable al drenaje de recursos humanos que el país viene sufriendo desde hace años y que la dictadura multiplicó. De los que hemos ido al exilio por tener, como decía el comisario aquí, *ideas ideológicas*, algunos hemos podido volver. Algunos, digo; no todos, ni mucho menos. En Uruguay no hay trabajo; y cuando lo hay, no da para vivir. ¿Y cuántos pueden volver de los centenares de miles que el sistema ha condenado y continúa condenando a buscar fuera de fronteras el pan de cada día? El sistema, enfermo de esterilidad, practica una curiosa alquimia; convierte las palancas del progreso en maldición nacional. El alto nivel cultural de los trabajadores uruguayos, que podría y debería ser un factor de desarrollo, se vuelve contra el país en la medida en que facilita la salida de la población. Ahora tenemos democracia, gobierno civil en lugar de dictadura militar; pero el sistema es el mismo y la política económica no ha cambiado en lo esencial.

Libertad de los negocios enemiga de la libertad humana, usurpación de riqueza, usurpación de vida: esta política económica tiene consecuencias

culturales bastante evidentes. El aliento del consumo, el derroche consumista que llegó al paroxismo durante la dictadura, no sólo se traduce en una asfixiante deuda externa multiplicada por seis: también se traduce en un desaliento de la creación. El estímulo a la especulación no sólo nos vacía de riqueza material: también nos vacía de valores morales y, por tanto, culturales, porque desprestigia la producción y confirma la vieja sospecha de que el que trabaja es un *gil*. Además, la avalancha de mercancías extranjeras, que destruye la industria nacional y pulveriza los salarios, el reajuste de la economía en función del mercado externo y el abandono del mercado interno *implican, culturalmente, el autodesprecio*: el país escupe al espejo y hace suya la ideología de la impotencia:

—*Disculpe. Es nacional* —me dijo un comerciante que me vendió una lata de carne en conserva al día siguiente de mi regreso al país. Después de 12 años de exilio, confieso que no me lo esperaba. Y cuando lo comenté con mis amigos, ellos echaron la culpa *al proceso*. Y yo tampoco me esperaba que la dictadura se llamara proceso. *El lenguaje estaba, y quizá todavía está, enfermo de miedo*; se había perdido la sana costumbre de llamar pan al pan y vino al vino.

Nuestra tierra de libres está lastimada, pero viva. No ha podido pudrirle el alma la dictadura militar que durante doce años la obligó a callar, a mentir, a desconfiar:

—No lograron convertirnos en ellos —me decía un amigo, al cabo de los años de terror; y en eso creo.

Pero el miedo sobrevive disfrazado de prudencia. Cuidado, cuidado: la frágil democracia se rompe si se mueve. Toda audacia creadora se considera provocación terrorista, desde el punto de vista de los dueños de un sistema injusto, que asusta para perpetuarse. Un Gobierno responsable es un Gobierno inmóvil: su deber consiste en dejar intactos el latifundio

y la maquinaria represiva, olvidar los crímenes de la dictadura y pagar puntualmente los intereses de la deuda externa. Los militares dejaron el país en ruinas y en ruinas sigue. En la aldea, los viejos riegan las flores entre las tumbas.

¿Y los jóvenes? El proyecto de castración colectiva se aplicó sobre todo contra ellos. La dictadura intentó vaciarles la conciencia y todo lo demás. Contra ellos actúa, sobre todo contra ellos, el sistema que les niega trabajo y les obliga a irse. ¿Serán bastante fecundos, bastante responsables y pe-

leones ante el sistema que los niega? ¿Advertirán a tiempo que para que el país siga siendo democrático no puede seguir siendo parálítico? ¿O se arrepentirán de ser jóvenes y harán suyo el pánico de los espectros ante el oxígeno de la libertad? ¿Aceptarán con fatal resignación el destino de esterilidad y soledad que esos espectros ofrecen al país o actuarán para transformarlo, aunque se equivoquen, con capacidad de entusiasmo y bella locura? ¿Será el país fuente de vida o cementerio de elefantes?

APOCALIPSIS YESTERDAY

“En el 73 había en el país treinta mil armas, repartidas alrededor de Santiago. No nos encontramos con santos el 11 de septiembre. Se han encontrado documentos de los extremistas que muestran fehacientemente, por ejemplo, que un yerno debía matar al suegro.”

(Augusto Pinochet. *Qué Pasa* N° 785, 24/30 abril 1986.)



Foto Paz Errázuniz



Foto: Paz Erázuriz

La poesía chilena joven en el período 1961-1973

JAVIER F. CAMPOS

El desarrollo de una considerable población de jóvenes poetas chilenos comenzaría a hacerse visible a partir de la publicación de *Eta rosa negra* de Oscar Hahn en 1961, principalmente dentro de toda la década de 1960 hasta el golpe militar (11 de septiembre de 1973)¹. A partir de esta última fecha, iría a ocurrir una de las más importantes rupturas de la poesía chilena contemporánea que a estos poetas les correspondió iniciar como conjunto promocional. Hasta ahora, la crítica ha señalado sólo algunas consideraciones muy externas

¹ La periodización de la poesía chilena joven ya había sido propuesta por Oscar Hahn y Waldo Rojas en "Muestra Chilena; 1961-1973", *Hispanérica*, 9 (1975), páginas 55-73. Nosotros hemos retomado esa periodización relativa para problematizar, a su vez, una vasta población de poetas dentro de algunas consideraciones generales que desarrollaremos en este trabajo. Con ello queremos contribuir a una mejor comprensión de ellos dentro del contexto de la década de los sesenta que se cierra, pero abriendo otras contradicciones y temáticas, el 11 de septiembre de 1973. De igual modo, las relaciones y diferencias con las restantes promociones poéticas jóvenes latinoamericanas del período. La propuesta de estudio de este trabajo la hemos desarrollado más especialmente en tres poetas chilenos [Oscar Hahn (1938), Gonzalo Millán (1947) y Waldo Rojas (1943)] en nuestra tesis doctoral "Poesía Chilena: 1961-1973 (Gonzalo Millán, Waldo Rojas y Oscar Hahn)", Department of Spanish and Portuguese, University of Minnesota, 1984, bajo la dirección de Hernán Vidal.

Javier F. Campos es profesor de literatura y poeta, autor de *Las últimas fotografías* (poemas) y de una tesis doctoral sobre el tema del presente artículo. Trabaja en la Universidad de California (Cibico), Estados Unidos.

cuando se refiere a esta promoción. Es decir, nacen entre 1935 y 1950; comienzan algunos a publicar sistemáticamente a partir de 1961; no entran en conflicto con la tradición poética previa, principalmente con los nacidos entre 1920 y 1935; el contacto y la actividad poética se desarrolla a través de grupos poéticos o revistas de considerable importancia y circulación (*Arúspice*, *Trilce*, *Tebaida*, principalmente), recitales colectivos, y la realización de cuatro encuentros nacionales de la Joven Poesía (1965, 1967, 1971 y 1972)². En cuanto a actitudes poéticas básicas —señala también la crítica— es ésta una poesía que se establece en el mundo “lárico” de la provincia y otra de tema contemporáneo más complejo que puede ubicarse en el espacio de la ciudad³. Sin embargo, lo que hasta

² El grupo *Trilce* (1964) se organizó en Valdivia y recibió amparo de la Universidad Austral de esa ciudad. Lo integraban: Omar Lara (director), Enrique Valdés, Juan A. Epple, Carlos Cortínez, Federico Schopf, Walter Hoefler, Luis Zaror, Eduardo Hunter, entre otros. El grupo *Arúspice* (1965) de Concepción, ayudado por la Universidad de Concepción, estaba integrado por Jaime Quezada (director), Silverio Muñoz (director), Florido Pérez, Gonzalo Millán, José Luis Montero, Edgardo Jiménez, Ramón Riquelme, Raúl Barrientos, Javier Campos, entre otros. La revista *Tebaida* de Arica que dirigían los poetas Oliver Weldeu y Alicia Galáz. Si éstas fueron las revistas (*Trilce*, *Arúspice* y *Tebaida*) y los grupos más visibles (*Trilce* y *Arúspice*), sin embargo, hay que considerar a muchos poetas dispersos que no aparecieron en esas tres revistas mencionadas ni la mayoría de ellos logró editar ningún libro entre 1961 y 1970. Que no hayan sido visibles dentro de los sesenta no supone que ellos sean una “promoción” posterior a la de *Trilce*, *Arúspice* o *Tebaida* como alguien ha querido señalar [Miguel Vicuña Navarro, “Poesía chilena 1982”, *Trilce*, 17 (1982), pp. 26-32]. Su “marginalidad” se debió a la falta de recursos para canalizarse o constituir una revista más o menos estable, pero estuvieron en comunicación y coincidieron en actividades similares. Por lo general, cuando se ha referido a la promoción, que aquí llamamos de los sesenta, casi siempre se han mencionado unos mismos nombres, pero no se ha dado cuenta de esa dispersión. Sólo en 1972 se antologa a algunos poetas que no circulaban en esas tres revistas mencionadas [Martín Micharvegas, *Nueva poesía joven de Chile* (Buenos Aires: Editorial Noé)]. En 1980, Antonio Skármeta incluye a otros más en “Prose and Poetry by Young Chilean Writers of the Late Seventies”, *Review* (New York), 27. En 1982, el artículo y la selección hecha por Vicuña Navarro arriba mencionado. En 1983 se antologan parcialmente otros por Soledad Bianchi, *Entre la lluvia y el areoiris: Antología de jóvenes poetas chilenos* (Rotterdam: Instituto para el Nuevo Chile, 1983), antología ésta que recoge una importante producción que comienza a producirse después del golpe militar, así como un contrapunto entre lo escrito en el interior del país como en el exilio. Hubo, pues, también la *Escuela de Santiago* (1968) en la capital, grupo integrado, entre otros, por Jorge Echeverry, Nain Nomez, Erik Martínez, Carlos Zarabía. El grupo *Café cinema* de Viña del Mar (1968), integrado por Juan Luis Martínez, Juan Camerón, Raúl Zurita, Gustavo Mujica, Eduardo Parra, entre otros. Otros nombres que hay que mencionar, dispersos de esas revistas ya señaladas son: Osvaldo Rodríguez, Cecilia Vicuña, Claudio Bertoni, Hernán Castellano Girón, Miguel Vicuña Navarro, Mario Milanca. Como ya se puede notar, la población de poetas llegaba casi a los cuarenta. A pesar de que los poetas “dispersos” habían comenzado a escribir dentro de los 60, comenzaron, por lo general, a editar a partir de 1971.

³ La crítica que ha señalado esos inicios, más o menos semejantes, sobre esta promoción es: Ignacio Valente, “Poetas de ida y vuelta”, *El Mercurio*, 14 de julio 1968,

ahora no se había problematizado era su específica formalización poética dentro del conflictivo período de los sesenta hasta el advenimiento del golpe militar.

Toda esta poesía se caracterizaba por un contenido bastante desgarrado con el que se contemplaba la realidad, pero recurriendo a formas bastantes desacralizadas de poetizar (frases hechas lexicalizadas, giros coloquiales, núcleos anecdóticos, elementos conversacionales, remotivación de viejos tópicos, readaptación de algunas estructuras tradicionales de versificar, entre otras). Si lo anterior constituía el rasgo estilístico más notorio de esta poesía, era también el instrumento más adecuado al que podían recurrir para dar cuenta de su relación conflictiva, cuya aprehensión de la exterioridad resultaba fragmentada. Para muchos poetas de esta promoción, aquella escisión constituía una necesaria y previa etapa aclaratoria⁴. Con ello quedaba en evidencia que toda esta promoción poética chilena se había iniciado como un complejo proceso de transformación crítica. Para desopacar aquel proceso, era insuficiente describir sólo las características formales y metafóricas más o menos relevantes, o señalar una continuidad crítica con la tradición poética chilena, que por lo demás ni estaban esas características bien sistematizadas ni tampoco bien esclarecidas aquella continuidad. La atmósfera desgarrada y escindida, la que se reconocía como uno de los rasgos más recurrentes en la joven poesía, adolecía de una significativa comprensión que la enmarcara dialécticamente con su tradición, aquella específica formalización señalaba y el particular contexto nacional y continental. Como nada de esto se problematizaba, no quedaba más que reducirla a términos más o menos vagos como “poesía alienada”, “hermética”, “no comprometida”, en fin, poesía personal y enajenada, incapaz de dar cuenta de las luchas sociales, históricas y del entonces contexto chileno en lo que iba de 1961 a 1973. De allí la sospecha de muchos: la poesía chilena joven estaba remando contra la corriente frente a otras actividades artísticas que

página 5: “Retórica y poesía joven”, *El Mercurio*, 18 de agosto 1968, p. 3; “Poesía joven de Chile”, *El Mercurio*, 24 de marzo 1974, p. 3. Enrique Lihn, “Una poesía de la existencia (sobre la poesía de Waldo Rojas)”, *Marcha* (Montevideo), 22 de mayo 1970, página 29. Jaime Concha, “La poesía chilena actual”, *Literatura chilena en el exilio*, 4 (1977), pp. 9-13. Jaime Quezada, *Poesía joven de Chile* (México: Siglo XXI, 1973). Federico Schopf, “La poesía de Waldo Rojas”, *Eco*, 187 (1977), pp. 64-79; “Panorama del exilio”, *Eco*, 205 (1978), pp. 67-83; “Las huellas digitales de *Trilce* y algunos vasos comunicantes”, *Lar. revista de literatura*, 1 (1983), pp. 13-27. Juan A. Epple, “Trilce y la nueva poesía chilena”, *Literatura chilena en el exilio*, 9 (1978).

⁴ En la revista *Trilce*, 13 (1968), algunos poetas plantearon que había una relación conflictiva entre su creación poética y la exterioridad, exigiendo a esa relación un paso necesariamente previo: aclararla. Los que en ese número expresaron aquello fueron: Gonzalo Millán, Omar Lara, Enrique Valdés, Carlos Cortés y Federico Schopf.

estaban comprometidas con la "cuestión palpitante"⁵. Pero estos juicios tenían mucho que ver con el estado de la crítica chilena entre 1960 y 1973, principalmente la de orientación socio-histórica que comenzó a desarrollarse entre el proceso de Reformas Universitarias (1967) y el advenimiento del golpe militar. Con ciertos excesos mecanicistas y subvaloración de la especificidad estética, era una crítica bastante precipitada que ponía un signo estrecho a toda actividad que se desarrollara. Explicable también porque se vinculaba a un período de agudización de la lucha política chilena⁶. Que estos poetas no hubieran escrito abiertamente sobre las situaciones contingentes o palpitantes, a semejanza de otras que lo hicieron progresivamente desde mediados de los sesenta, intensificándose en las postrimerías del gobierno demócratacristiano (1964-1970) y en el corto período de la Unidad Popular (1970-1973), sólo podía explicarse por la correspondencia social de lo que fue su contradicción más relevante⁷.

Aun cuando, por lo general, se toma como punto de referencia el impacto de la Revolución Cubana (1959), que influiría considerablemente en la progresiva concientización política de artistas e intelectuales, los efectos de ella en la joven poesía chilena no parecieron reflejarse en un radical cambio poético. La influencia era, en cambio, más perceptible en un nivel intelectual consciente que en una esperada poesía realista-social. Sin embargo, era su especificidad formal la que sí mostraba una actitud bastante desacralizada e irónica para tratar unos contenidos que extrañamente no correspondían a los tiempos que entonces se vivían. Esta contradicción, de la

⁵ No era raro, pues, que en más de alguna lectura o encuentro nacional surgiera esta pregunta: "¿Por qué esta poesía de la angustia si se consideran escritores radicalizados?" Véase, Antonio Avaria, "El encuentro de la sospecha (poesía de Valdivia)", *La Nación*, 7 de mayo 1976. Este artículo refiere al segundo encuentro de la Joven Poesía Chilena convocado por *Trilce* en 1967. Se invitó a once poetas: Millán, Hahn, Waldo Rojas, Floridor Pérez, Jaime Quezada, Ronald Kay, Luis Antonio Faúndez, Omar Lara, Enrique Valdés, Carlos Cortínez y Federico Schopf.

⁶ Bernardo Subercaseaux, "Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982". CENECA (Chile), 1983, pp. 7-11.

⁷ Estas fueron el desarrollo de la Nueva Canción Chilena a partir de 1964, cuya precursora fue Violeta Parra; una pintura mural y los inicios de un teatro poblacional, principalmente dentro del período de Allende, sobre temas explícitamente socio-políticos. Lo que caracterizaba a esas expresiones en ascenso y más adelantadas a la poesía joven fue el sostenido propósito de tematizar artísticamente las preocupaciones de los sectores más marginados, y funcionar también como arma de concientización. Dentro de los tres años de la Unidad Popular, con pocas excepciones todavía experimentales pero que mostraban la apertura de algunos poetas jóvenes, hubo intentos de captar poéticamente el proceso bullente que se vivía. Sobre alguna poesía de carácter contingente dentro del período de Allende, véase, Javier Campos, "Poesía y proceso revolucionario", *El Diario Color* (Concepción), 2 de septiembre 1973, p. 5.

que ni siquiera se sospechaba su importancia, se expresaba demasiado evidente en toda la formalización poética: un contenido escindido dentro de formas renovadoras de poetizar. Si éste era pues el instrumento más adecuado con el cual podían expresar su propia transformación conflictiva, el mismo movimiento interno de la obra daba cuenta de ello. La propia poesía resolvía el desprendimiento de esa angustia y desgarró, a través de imágenes que recurrían pero que indicaban también sus transformaciones o remotivaciones. La obra iba, por tanto, exigiéndose a sí misma una salida. Había el intento sostenido de despojarse de un encuentro puramente individual, tan notorio en los primeros poemas o en los libros iniciales.

Aquel proceso de transformación poética indicaba, por un lado, el propio conflicto de sus autores entre la praxis social y la artística, pero el que socialmente correspondía también a la reacción de ciertos sectores medios a la ascendente movilización política chilena desde mediados de los sesenta. Por otro, si la ya señalada formalización poética daba cuenta de lo anterior, ésta se había recogido dentro de cierta continuidad poética en vigencia que parecía facilitar mucho más la expresión de aquella atmósfera desgarrada e interiorizada en vez de una poetización al gusto de un estrecho realismo social. En este proceso contradictorio es como la joven poesía chilena va a encontrarse al advenir el golpe militar el 11 de septiembre de 1973.

Si aquella transformación crítica era lo que mejor parecía explicar esa particular formalización poética de esta promoción chilena, sin embargo, era necesario encontrar un significativo eslabón que justificara lo primero, pero que también pudiera señalar la vigencia y la validez de toda esa poesía en las condiciones actuales de la cultura chilena. Y ese eslabón no podía ser sino el golpe militar. El quiebre profundo con que éste afectó toda la estructura social chilena recayó también en la misma literatura y en sus propios productores. Lo que a partir de él se observaba, era un vuelco bastante notorio tanto en las conductas de una considerable población de artistas e intelectuales, vastos sectores de capas medias, como en el mismo producto artístico. Puesto que la dictadura cancelaba un largo proceso histórico de luchas sociales, también resquebrajaba una tan señalada continuidad poética del siglo hasta 1973, principalmente a partir del desarrollo de las primeras vanguardias. Lo que el golpe militar vino a significarle definitivamente a la poesía chilena, que específicamente recaía en la promoción poética más joven, fue el comienzo de una significativa y profunda ruptura. Para que así ocurriera, vastos sectores de artistas e intelectuales, así como considerables capas medias, que habían ido ambas integrándose al proceso de la Unidad Popular, compartirían por igual, junto a los sectores

populares, las condiciones objetivas de la represión militar⁸. Esta situación no tenía precedentes dentro del desarrollo histórico-político chileno en lo que iba de todo el siglo y constituyó uno de los principales factores que ayudaron a cerrar una etapa poética previa, más o menos de relaciones desgarradas, con las que venía transcurriendo una parte importante de la poesía chilena aun cuando hubieran visibles estructuras renovadoras. La solitaria postura del hablante, las escisiones personales, el sentimiento agónico y marginal, entre otros, daba paso al sostenido propósito de reconstruir una patria desbastada. La joven poesía, como toda la actividad artística y cultural, había sido objetivamente diezmada por una represión que se había extendido ahora a otros grupos sociales, más allá de la clase obrera. Sin embargo, era en ella donde más se observaba el cambio sustancial de su proceso de transformación previa a septiembre de 1973.

Con aquellos poetas no sólo se iniciaba una de las grandes rupturas dentro de la poesía chilena, sino también las nuevas y radicales perspectivas que comenzaría a plantearse, desde entonces, la nueva actividad artística chilena y, en un plano más específico, la actividad cultural interna del país y la del exilio.

La validez e importancia actual de la poesía joven chilena radica en que el eslabón del 11 de septiembre no sólo terminó su proceso "agónico", pero el cual tenía claras correspondencias sociales, sino que el trauma que el golpe militar provocó a la sociedad chilena le exigió también a la poesía la necesidad imperiosa de superar su fragmentación personal anterior por una universalidad más compartida.

El proceso previo a 1973, por tanto, hay que considerarlo como potencial, cuya voluntad principal fue aclaratoria y crítica de los distintos aspectos que poetizaban. A través de él se mostraban también las actitudes conflictivas que le correspondían como sujetos sociales e integrantes de las heterogéneas capas medias a las contradicciones de todo el período. Si el golpe militar no hubiera ocurrido, con toda seguridad esa lenta transformación de la joven poesía habría continuado, pero dentro de otras particulares situaciones que no corresponden señalar aquí. Sea de ello lo que hubiera ocurrido, para entender su significación hasta el mes de septiembre de 1973 había que dejarla esclarecida sobre dos factores que se integraban dialécticamente en su específica y peculiar formalización poética. Primero, lo que de las previas y vigentes tradiciones asimilaban crí-

⁸ Algunos poetas de esta promoción que han sufrido la represión, el encarcelamiento, la expulsión de sus trabajos, la relegación o el exilio, son: Oscar Hahn, Waldo Rojas, Omar Lara, Gonzalo Millán, Federico Schopf, Walter Hoefler, Ramón Riquelme, Cecilia Vicuña, Raúl Barrientos, Naíu Nómez, Enrique Valdés, Hernáu Castellano Girón, Javier Campos, entre muchos otros.

ticamente todos estos poetas. Segundo, si bien las variadas contradicciones del contexto latinoamericano y chileno entre 1960 y 1973 no se problematizaron dentro de una línea explícita o combativa, éstas se adecuaron mejor dentro de lo que fue esa particular formalización. Además, no cabía duda ya que ésa era la mejor herramienta con la cual se podía dar cuenta de la relación conflictiva y lenta integración de ciertas capas medias, no pocos artistas e intelectuales, a la ascendente movilización política que fue diezmada el 11 de septiembre de 1973.

I. La continuidad crítica con la tradición poética

La joven poesía chilena, en lo que iba de 1960 a 1973, no asumió una perspectiva militante ni nada parecía indicar tampoco que su desarrollo iba en busca de la claridad realista-social. Sin embargo, existían al menos tres antecedentes importantes: la etapa poética de Pablo de Rokha, que agresivamente condenaba el aparato cultural burgués, poesía desligada de retórica pero no de una completa grandilocuencia; la narrativa y la poesía social de la generación del 38; y *Canto general* (1950) —esta definitiva creación de la poesía hispanoamericana, comparable en la plástica a la de los murales mexicanos—, que se constituía en una nueva etapa de la poesía nerudiana, superando dialécticamente las suyas anteriores. Sin que hubiera una actitud iconoclasta frente a esa tradición de contenidos más militantes, estaban los jóvenes poetas chilenos más inclinados a ciertas fuentes por donde habían venido desarrollándose, desde las primeras décadas, las distintas vertientes de la vanguardia, especialmente la de Vicente Huidobro.

Huidobro, de Rokha y Juan Guzmán Cruchaga (los que dirigieron y redactaron la revista *Azul*) fueron los primeros que comenzaron a diferenciarse de las líneas post-románticas, subjetivistas o encerrados otros en modelos más tradicionales (Carlos Mondaca, Manuel Magallanes Moure, Ernesto Guzmán, Juan Guzmán Cruchaga). Es, pues, a partir de un lenguaje más moderno, pero el que también provoca un subjetivismo variado por esas épocas, desde el que nacerán los futuros experimentadores de la vanguardia, cuya posterior poesía chilena no dejaría de prescindir en sus distintas gamas herméticas, sociales otras, antipoéticas o conversacionales, quitándole al lenguaje la elevada elocuencia⁹.

Posteriormente, con el ascenso del Frente Popular en 1938 —crecimiento manifiesto de la lucha de masas chilenas, combate internacional contra el fascismo y la solidaridad con la República Española— hay un grupo de escritores que se muestran comprometidos con la acción política social o son militantes de partidos popu-

⁹ Jaime Concha, *Vicente Huidobro* (Madrid: Ediciones Júcar, 1980), pp. 30-31.

lares o escritores de izquierda. Son escritores que hacen coincidir su actitud literaria —principalmente en la narrativa— y su posición ideológica¹⁰. Si bien, la narrativa de esta generación parece bien perfilada, la poesía enmarcada y publicada dentro de este período no pareció seguir necesariamente el mismo camino de la novela o el cuento. De hecho, fueron visibles al menos dos líneas bastantes significativas, las que siendo también continuidad más desarrolladas de las de la vanguardia se iban constituyendo en sólidas influencias para las décadas posteriores. La primera fue la que amplió el puente que iniciara Huidobro y otros en las décadas precedentes, pero por el cual seguiría entrando toda la corriente moderna de la poesía europea (Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire, Sade, Jarry, Breton, entre otros)¹¹. Tal fue el caso del grupo “La Mandrágora” (1937), que puede considerarse como el primer movimiento vanguardista/surrealista chileno organizado (Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa, Jorge Cáceres, Teófilo Cid, Eduardo Anguita y Gonzalo Rojas posteriormente)¹². Esa “modernidad”, la que se impregnaba en la poesía de “La Mandrágora” y en otros poetas que no pertenecieron a él (Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, el Neruda de *Residencia en la tierra*, entre otros), consistió, en las palabras de Braulio Arenas, en la “necesidad de hacer posible la libertad puesto que nunca como ahora nada risueño nos ofrecía el exterior; pero teníamos a nuestro haber el humor surrealista y la ironía romántica, las que fueron pedernales preciosos para frotarlos contra la piel de una realidad depravada”¹³. Aquel carácter “nuevo” de la entonces poesía chilena, signo de un substancial cambio a través de las corrientes vanguardistas y surrealistas, ya había quedado muy bien señalado —tres años antes de la formación de “La Mandrágora”— en la importante *Antología de la poesía chilena nueva* (1935), hecha por Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita (Huidobro, Neruda, de Rokha, Díaz Casanueva,

¹⁰ Los escritores más significativos de esta generación, entre otros, son: Nicomedes Guzmán, Oscar Castro, Juan Godoy, Reinaldo Lomboy, Rubén Azócar, Carlos Droguett, Volodia Teitelboim, Guillermo Atías, Francisco Coloane, Carlos Droguett, Fernando Alegria, Luis González Zenteno. Véase, Jaime Concha, *Novelistas chilenos* (Santiago de Chile: Editorial Quimantú, 1973), pp. 71-81. También, Volodia Teitelboim, “La generación del 38 en busca de la realidad chilena”, *Atenea*, 380-381 (1958), pp. 106-131.

¹¹ Véase, Braulio Arenas, “La Mandrágora”, *Atenea*, 380-381 (1958), pp. 9-13.

¹² Los movimientos vanguardistas, como supone Ana Pizarro [“Vanguardismo literario y vanguardia política en América Latina”, *Araucaria de Chile*, 13 (1981) pp. 81-96], más allá de ser un espejo de las corrientes europeas han sido también movimientos que tienen relación con ciertos postulados nacionalistas, antioligárquicos, según sean los distintos países en que se dieron. Hasta ahora no existe un trabajo que demuestre aquello en el caso chileno.

¹³ Braulio Arenas, art. cit., p. 8.

Rosamel del Valle, Omar Cáceres, Juvencia Valle, Angel Cruchaga, más los dos antologados y excluyendo inexplicablemente a Gabriela Mistral). Sin embargo, tres años después (1938), aparece una antología prologada por Tomás Lago donde se incluyen ocho poetas de entonces —aún no llegaban algunos a los veinticinco años—, la que andando el tiempo vendría a ser un importante antecedente prehistórico de la antipoesía parriana. Estos nuevos poetas se consideraban distintos a los poetas creacionistas, herméticos u oníricos. Postulaban a la claridad conceptual y formal, cuyos antecedentes estaban ya en César Vallejo y de Rokha, a la naturalidad y espontaneidad al alcance de un grueso público¹⁴. Se autodenominaban los paladines de la claridad, poetas de poesía diurna contra los poetas oscuros: el reverso de la medalla surrealista. De estos ocho poetas, Nicanor Parra sería el que habría de dar otro rumbo, pero no único, tanto a la misma poesía chilena como a una parte considerable de la latinoamericana a partir de *Poemas y antipoemas* (1954). Esta segunda línea, el antipoema o la antipoesía, no fue sino —en las propias palabras del antipoeta— “el poema o la poesía tradicional que se enriqueció con la savia surrealista”¹⁵. A partir de aquí, la concepción del poeta que habitaba una aureola hermética u onírica comenzaba a ponerse en serias dudas. De igual modo, la sospecha de una condición de profeta o conductor de pueblos y la utilización del lenguaje poético como instrumento dócil al dictado de una precoz o automática inspiración. En su conjunto, éstas fueron las características más notorias que se reunirían en la llamada generación poética chilena del 50 (Enrique Lihn, Jorge Teiller, Efraín Braquero, Armando Uribe, Miguel Arteche, Alberto Rubio, entre otros), el más cercano y vigente eslabón que la posterior poesía joven chilena iría a retomar¹⁶. Eran Lihn y Teiller los que sintetizaban los rumbos, sin embargo, diversificados, que continuarían

¹⁴ Fernando Alegría, “Antiliteratura (3. ‘Antipoesía’)”, en *América Latina en su literatura*, ed. César Fernández Moreno (México: Siglo XXI, 1972), pp. 249-258.

¹⁵ Los poetas antologados por Tomás Lago fueron: Luis Oyarzún, Jorge Millas, Omar Cerda, Victoriano Vicario, Hernán Cañas, Alberto Flores, Oscar Castro y Nicanor Parra. Véase, Nicanor Parra, “Poetas de la claridad”, *Atenea*, 380-381 (1958), pp. 45-48. René de Costa, *Poetry of Pablo Neruda* (Cambridge: Harvard University Press, 1979), p. 211, señala que la antipoesía parriana puede considerarse como un importante antecedente que influencia *Estravagario* de Neruda.

¹⁶ De hecho, en 1965, en el primer encuentro de la Joven Poesía Chilena, que organiza *Trilce* en Valdivia, hacen su reconocimiento público a la generación del 50. Se leen ponencias sobre la poesía de Jorge Teiller, Enrique Lihn, Alberto Rubio, Efraín Braquero, Armando Uribe. Ello indicaba que no había ningún intento de aparecer iconoclastas con las previas generaciones, sino convivir críticamente con ellas. Gonzalo Rojas, que venía de más atrás (de la del 38), fue uno de los poetas que estuvo más próximos a los más jóvenes. En 1967, con motivo de los 50 años del poeta, muchos poetas de esta promoción lo festejaron en una comida memorable. En él reconocían

tinción, las unía una perspectiva bastante irónica y desencantada para tratarse con la exterioridad. Recurrían los cuestionamientos a la simbología religiosa, el poder establecido, la infancia, la juventud alienada por los medios masivos —haciendo uso de esos medios e incorporándolos como motivos poéticos—, la remotivación de los viejos temas de la muerte y del amor, pero desde una perspectiva más humanista el primero y bastante desacralizado el segundo. Si el hibridaje fue el denominador común en toda esta poesía —entremezclando distintas gamas de un amplio espectro poético (antipoéticas, conversacionales, concretistas, neovanguardistas)—, quedaba también en evidencia que la mayor parte de la joven poesía latinoamericana, en la cual la poesía chilena de los sesenta se insertaba significativamente, poseía una continuidad retrospectiva y crítica a partir de las primeras vanguardias, así como las lecciones recobradas de la renovación poética europea y anglosajona.

II. El contexto socio-histórico de la poesía joven chilena

El contexto global latinoamericano que enmarcó a esta promoción correspondió a la situación general de dependencia, principalmente con el capital norteamericano, cuya iniciación progresiva ocurre dentro de la década de 1930 y con posterioridad a la segunda guerra mundial. A partir de los años 30, fecha en que está casi cancelado el período llamado oligárquico agrominero exportador (1870-1930 aproximadamente), se abre un proceso de sustitución de importaciones o desarrollo nacional industrial que intentaría superar los efectos catastróficos de la gran depresión de los países centrales en los periféricos, consumidores los primeros de materias primas que los últimos les proveían. El nuevo proyecto provocó el incremento de una importante clase media de técnicos, profesionales, funcionarios en las áreas privadas o públicas, sector servicios, etc. Pero, a su vez, ese supuesto “nacionalismo sustitutivo de importaciones” tuvo necesariamente que establecer relaciones de dependencia con una

comprometida” (Roque Dalton, Manlio Argueta y Roberto Armijo, entre otros). La nueva *poesía puertorriqueña* aparece como poesía de combate frente a la realidad colonial. Para los más jóvenes “no cabe al intelectual puertorriqueño, sino una postura: la crítica, la radical, la iconoclasta”. Consúltese, Miguel Donoso Pareja, art., cit.; Jorge Bocanera, *La novísima poesía latinoamericana* (México: Editores Mexicanos Unidos, 1980). Hay en ésta una excelente presentación y selección de poetas que comienzan a publicar a partir de los 60, nacidos todos dentro de los 40. Respecto a la poesía peruana, para Julio Ortega (“Los poetas terribles del 60”, *La República*, 15 de agosto 1982, pp. 16-17), hay dos rutas en la poesía peruana de los 60: la de Javier Heraud —asesinado en la primera guerrilla peruana, 1963—, que señalaba el encuentro con la historia y la política contingente intensamente vivido; la otra, es la del artista como víctima de su marginalidad. Estas dos parecen completamente en la poesía peruana de los 60, pero sin asumir ninguna ortodoxia aun cuando todos son militantes y conscientes de un decenio agitado.

reali-
todo
o que
bres y
ración
ura a
nzalo
e esta
po de
hileno
joven
aquel
arecía
n que
bridor
rele-

llan a
plo de
gran
liados
en un
os co-
de la
que la
nocer.
ntece-
vas o
nfado
poeta-

realis-
ntro de

: Pérez,
onflikt-
pmo ha
chilena
versita-
Pérez,
te y un
lo que
iores a
blar de
haria el
l, desa-
ona
una
9.

fuerte inversión, mayoritariamente estadounidense, que ingresó progresivamente en los sectores mineros, agropecuarios, para luego extenderse tanto a los sectores financieros, servicios públicos como en la absorción de las industrias nacionales²¹. Al comenzar la década de los sesenta, el capital extranjero era dueño de la mayor parte de las economías latinoamericanas:

Todos sabían que el proyecto de desarrollo nacional autónomo se encontraba en bancarrota y que el capitalismo imperialista era dueño y señor de nuestra economía; el estatuto semicolonial fue reducido incluso oficialmente, designándolo con el eufemismo de "situación de dependencia", que luego se difundiría ampliamente... Inmutablemente regidas por el latifundio, salvo a contados casos de excepción, las estructuras agrarias trasladaban, además, su excedente de población a las urbes, y éstas, dominadas por las industrias "dinámicas" de propiedad extranjera, no hacían más que sumar al excedente rural el suyo propio. La desocupación, la subocupación y el empleo disfrazado tornábase pues visibles, bajo la forma de "villas miserias", "favelas", "callampas", "ciudades perdidas" y "pueblos jóvenes"... Los indicadores de subdesarrollo, que cada quien manejaba ya profusamente, revelaban por su parte verdaderos records de desnutrición, analfabetismo, mortalidad infantil, morbilidad, déficit de viviendas, etc. El panorama no era ciertamente halagador, e incluso las burguesías local e imperial empezaron a inquietarse, sobre todo porque la lucha de clase había dado entre tanto un alto cualitativo con la primera revolución socialista en América²².

Con la Revolución Cubana (1959) se expresaba la respuesta más objetiva para superar la situación de desnacionalización arriba señalada, así como la eliminación radical de ciertas formas de dominación (dictaduras o democracias restringidas). El legado más significativo de la experiencia cubana fue que contribuyó a acelerar el crecimiento de una conciencia nacional y social antimperialista, incrementando la movilización política de las masas asalariadas o marginadas de las urbes y de los sectores rurales. También provocó una contradicción ideológica en considerables capas medias, pequeña burguesía intelectual y artistas, como expresión de la crisis

²¹ Sobre el contexto de los sesenta se ha consultado: Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México: Siglo XXI, 1979); "El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período", en su *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (México: Editorial Ecológica, 1979), pp. 69-84; "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia", *Ibíd.*; "Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973", *Ibíd.* También, Hernán Vidal, "Narrativa de mitificación satírica: equivalencias socio-literarias", *Hispanamérica*, anejo 1 (1975) y *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis* (Buenos Aires: Ediciones Hispanamérica, 1976). También véase, Oscar Muñoz, "La crisis del desarrollo económico chileno: características principales", CEPLAN, documento 16, Universidad Católica de Chile (1970).

²² Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo...*, op. cit., pp. 199-200.

del período y como búsqueda de respuestas²³.

Enmarcada en esa situación global latinoamericana, como dentro de otros sucesos que se desprendían de las contradicciones de la década, se observaba una intensa lucha de clase chilena que comienza a alcanzar su más alto nivel de desarrollo desde mediados de los sesenta hasta 1973²⁴. Este substancial incremento, el que iría

²³ Como se sabe, las reacciones a la Revolución Cubana por parte de los Estados Unidos no demoraron demasiado. Frente al temor que proliferaran en el continente experiencias similares, el gobierno estadounidense adoptó dos políticas contrarrevolucionarias en el estricto sentido del término para contrarrestar una nueva amenaza revolucionaria. La primera fase represiva y relativamente discreta —la invasión a Bahía Cochinos en 1961—; la otra de carácter reformista, resaltada por la gran campaña de publicidad de la Alianza para el Progreso (1961). Ambas campañas de publicidad de la Alianza para el Progreso (1961). Ambas fueron formas que asumía la nueva guerra fría que empleó la administración Kennedy para amedrentar posibles movimientos parecidos al cubano (a ello hay que agregar la formación de los Cuerpos de Paz, creados por esa misma administración y bajo la misma filosofía de la Alianza). La Alianza correspondía a la tesis desarrollista, es decir, “una perspectiva global de análisis de que en América Latina sí puede haber desarrollo, a condición de ciertas reformas (agraria, tributaria, administrativa, etc.) y ciertas negociaciones (de los términos de intercambio internacional sobre todo) ...una perspectiva global de análisis al proyectar sus ilusiones ideológicas, e imaginar que el desarrollo del capitalismo podía dar como resultado una mejor distribución de la propiedad, del ingreso y del poder” (Agustín Cueva, “El desarrollo de nuestras ciencias...”, op. cit., p. 70). Fue ésta la política que asumió el gobierno de Eduardo Frei en Chile (1964-1970), recibiendo la mayor ayuda económica de la Alianza a cambio de introducir reformas en la estructura social-económica (educacional, agraria, universitaria). La ayuda se canalizó también a desmovilizar el movimiento popular chileno, a través de una intensa campaña anti-comunista que ya había comenzado con el gobierno previo (1958-1964). Véase, Richard G. Parker, “Imperialismo y organización obrera en América Latina”, *Cuadernos políticos*, 26 (1980), pp. 37-50. Respecto de la política norteamericana con posterioridad a la Revolución Cubana, consúltese: Adolf, A. Berle, Jr., *The Cold War in Latin America*. The Brien MacMahon Lectures, The University of Connecticut, October 23, 1961. En cuanto a la campaña anticomunista durante el período de Alessandri y Frei, véase: Miles D. Wolpin, “La influencia internacional de la Revolución Cubana: Chile 1958-1970”, *Foro Internacional* 4 (1972).

²⁴ Esos otros sucesos fueron los siguientes. *Primero*, el desarrollo de una Nueva Izquierda que emerge de la crisis del campo socialista (el conflicto chino-soviético, la polémica de la Revolución Cultural China y la invasión soviética a Checoslovaquia); de la propia guerra de Vietnam, y de los movimientos juveniles estadounidenses norteamericanos y europeos. La síntesis ideológica la componían varios segmentos filosóficos: el movimiento beatnik de los 50, el budismo Zen, el existencialismo, el surrealismo, el psicoanálisis y el marxismo. Con ellos se enfrentaron al teocentrismo de las economías consumistas, la ultraderecha y los partidos comunistas. Estos últimos fueron catalogados de burocráticos y sin alternativa revolucionaria. En Chile, sería el MIR el ejemplo más notorio de lo anterior. Véase, Hernán Vidal, “Julio Cortázar y la Nueva Izquierda”, *Ideologies and Literatures*, 7 (1978), p. 48. También, Agustín Cueva, “Dialéctica del proceso chileno: 1979-1973”, op. cit., p. 123. *Segundo*, las radicalizadas posturas de sectores de la Iglesia latinoamericana, estimuladas por el carácter progresista, pero no menos desarrollista, de la Conferencia Episcopal de Medellín (1968). Estas irían a tener un impacto bastante significativo dentro de los sectores católicos más jóvenes.

a ser factor esencial del triunfo en 1970 de la Unidad Popular, había sido también un prolongado proceso de esfuerzo y concientización, vigorización y combatividad, cuyos orígenes hay que ubicar desde los comienzos del siglo xx²⁵. Aun cuando la movilización política de los sectores populares mostraba una previa y larga combatividad con altos y bajos, los sectores intermedios, en cambio, por sus propias características históricas, señalaban una integración mucho más contradictoria y diversificada. Estos sectores intermedios, integrados por empleados, pequeña burguesía comercial o agraria, intelectuales y artistas, los que habían aumentado en proporción y participación relativa a causa del proceso de industrialización, van a ser afectados tanto por el proceso de transnacionalización posterior, como por su reverso: la marginalidad. Por la propia heterogeneidad de las capas medias, la integración de éstas a la creciente movilización política no podía ocurrir ni de manera homogénea ni espontánea. Los variados sectores de los grupos intermedios respondían diversamente, según fuera su distinta ubicación dentro de la estructura económica o ideológica chilena. Hubo, pues, sectores notoriamente integrados al "modernismo industrial" y otros que permanecieron marginados de los beneficios, las posibilidades y las decisiones²⁶.

A partir de los años veinte y hasta los cincuenta, los sectores medios chilenos habían encontrado en las distintas funciones del aparato del Estado su principal medio para el ascenso social y las reivindicaciones económicas. De allí que los sindicatos de clase media (profesores, empleados públicos) tuvieran un papel significativo en el conjunto de la actividad sindical chilena. Estos sectores medios provenían de las distintas actividades artesanales, la expansión del comercio y los servicios, y de las distintas funciones estata-

"En la etapa del 68 al 72, en los órganos eclesiales jerárquicos, la Teoría de la Liberación, que es la expresión teológica de la teoría de la dependencia y de cierta reflexión marxista en América Latina, comprometida con los grupos populares, se hace ideología preponderante y hegemónica dentro de los órganos más activos de la Iglesia, hasta 1972." Véase, Enrique Dussuel et al., *Iglesia y Estado en América Latina. Crisis de la Iglesia Católica, junio-septiembre 1968* (México: Cidoc Dossier, 1969), N° 24. *Tercero*, el desarrollo del foco guerrillero que comenzó con posterioridad a la Revolución Cubana y culmina con la muerte del Che Guevara en Bolivia (1967). El saldo positivo de los movimientos guerrilleros, por un lado, fue entender las diferentes características históricas y políticas que diferencian a los pueblos de América Latina y, por otro, la radicalización de la pequeña burguesía porque permitió visualizar entre éstos a qué clase realmente le correspondía la dirección de la revolución Latinoamericana. Véase, José Luis Alcázar, "Bolivia, el Che y el foco guerrillero", *Cuadernos de Marcha*, 3, septiembre-octubre (1979), p. 66.

²⁵ Véase, Atilio Borón, "Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile", *Foco Internacional*, 1 (1975), pp. 64-121.

²⁶ Armand Mattelart y Manuel Garretón, *Integración nacional y marginalidad* (Chile, ICIRA, 1969), pp. 161-163.

les. La disminución de las tasas de analfabetismo y el aumento de la escolaridad básica y media permitió que el sistema educacional fuera un importante medio en la movilidad social de esos sectores. Pero esas características van a cambiar esencialmente a partir del proceso de modernización, especialmente dentro de los años cincuenta. Provenientes de una burguesía empobrecida, ex-artesanos o semiproletarios, los sectores medios modernos ven en su profesionalización un nuevo status distinto a las capas medias precedentes, cuya característica había sido una pura condición de sobrevivencia o de consolidación de su reciente ascenso social. La demanda educacional de estos nuevos sectores es la Universidad, pero aspirando no sólo al ejercicio libre de las profesiones tradicionales (abogado o médico), sino también buscan la gestión de alto nivel en la empresa moderna y el Estado. Es el saber altamente calificado el que proporciona un real status: un mejor nivel de ingresos y de poder. Sobre este nuevo papel de las capas medias es como parece explicarse, hacia finales de los 50, el desplazamiento del Partido Radical por la Democracia Cristiana como representación política de esos sectores y la función más dinámica dentro de la vida política chilena. Es el partido demócratacristiano el que inicie un proyecto ideológico que se ajustará a la nueva modernización, alcanzando una sólida implantación en grupos estudiantiles y en los colegios profesionales, al mismo tiempo que se hace vocero de grupos sociales que nacen a la vida política con el aumento electoral que resulta de la reforma electoral en los años 1949, 1957 y 1961. La modernización, la crisis de representación y los vacíos en la política de izquierda hacen que el PDC conquiste lo más dinámico de la juventud, las mujeres y los sectores hasta entonces excluidos de la vida nacional: el campesinado y el sub-proletariado rural²⁷.

Un grupo bastante considerable de capas medias va a integrarse y ser aglutinado en lo que el propio demócratacristiano llamaría un proyecto "socialista comunitario". Pero aquel proyecto no intentaba eliminar alianzas con las burguesías chilenas a los consorcios multinacionales, sino "modernizar" ciertas estructuras locales para que se ajustaran a los requerimientos de la nueva fase transnacional²⁸. Así parecían entenderse los proyectos como la Reforma Educacional, la Reforma Agraria, la "chilenización" de ciertas riquezas básicas y la Reforma Universitaria. Sin embargo, este proyecto, hecho práctica con la ascensión al gobierno (1964-1970),

²⁷ Esta síntesis de los sectores medios corresponde a los planteamientos que hace Sergio Spoerer a un cuestionario y debate sobre "La Universidad Chilena", *Araucaria de Chile*, 3 (1978), pp. 159-165.

²⁸ Jorge Ahumada, *En vez de la miseria* (Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1973). En este texto se puede encontrar el planteamiento teórico del proyecto demócratacristiano antes de 1964.

no podía, a medida que terminaba la década, deshacerse de la política global de nueva guerra fría de los Estados Unidos (el ejemplo más solapado fue la Alianza para el Progreso, 1961), cuya principal tarea era contener cualquier otro movimiento que pudiera seguir los caminos de la Revolución Cubana. Sólo así podía explicarse la sostenida campaña para coartar el peso político del movimiento obrero chileno. Los ejemplos clarísimos fueron el intento de desmovilizar la mayor organización de trabajadores chilenos (Central Unica de Trabajadores), a través de organizaciones sindicales paralelas (las organizaciones en las áreas marginales urbanas como la llamada Promoción Popular, o en las áreas campesinas, según su nuevo proyecto de reforma agraria). A ello debe agregarse una sostenida campaña anticomunista que ya se había iniciado con el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964). Toda esta situación hizo reflexionar a los sectores rebeldes del partido de gobierno, proponiendo una vía no capitalista de desarrollo y criticando las conexiones cada vez más profundas con el capital monopólico extranjero, pilar mayor del estado de desnacionalización y marginalidad nacional en que se encontraba el país. Sin embargo, estos grupos, que poco fueron oídos, provocaron un quiebre bastante significativo dentro del partido demócratacristiano, originando el Movimiento de Acción Popular (MAPU) en 1969 y la Izquierda Cristiana en 1971. Al partido gobernante este quiebre le significó, principalmente, la pérdida de fuertes contingentes estudiantiles, capas medias, intelectuales y sectores cristianos jóvenes. Por otro lado, los beneficios de ese "modernismo" se canalizaban desequilibradamente entre los sectores sociales. La participación y las posibilidades restringidas acercó sólo a limitadas capas medias —comparables a la de los países más avanzados— al acceso privilegiado que ofrecía el proyecto demócratacristiano, aliado al capital foráneo y ligado a las actividades secundarias más dinámicas. Las burguesías nacionales y esos grupos medios se ubicaron en espacios o centros primados donde bullía el consumo, la vida más "contemporánea", los mercados con productos más o menos sofisticados, los mejores colegios, los "barrios altos", distinguiéndose éstos notoriamente de los llamados "marginales" o "callampas". Todo esto reforzado por una cultura cada vez más extranjerizante que, dado el desarrollo de los medios masivos (las revistas ilustradas, la naciente televisión, la industria discográfica, etc.) en manos monopólicas, se irradiaba al resto de la población, anulando las auténticas expresiones nacionales que hacían esfuerzos sobrehumanos para obtener un lugar en esos medios (la indiferencia con Violeta Parra y con la naciente Nueva Canción Chilena eran los ejemplos más ilustrativos)²⁹.

²⁹ Los beneficios de este "modernismo", que puede caracterizarse casi para la mayoría de los países latinoamericanos de la década, sin embargo, fueron más accesi-

Un segundo grupo de capas medias lo constituyeron fuertes contingentes que comenzaron a adscribirse a los distintos partidos que irían a formar la Unidad Popular hacia los finales de los sesenta, sumándose progresivamente también otros que provenían de las rupturas internas del partido demócratacristiano. Por otro lado, hacia 1964, comienzan a destacarse las posiciones de una pequeña burguesía intelectual, especialmente estudiantil-universitaria, que daría origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, formado inicialmente en la Universidad de Concepción). Ellos no sólo se erigieron con cierta violencia en opositores al gobierno de Frei, sino que también adoptaron un constante enfrentamiento a lo que entonces denominaban la "izquierda tradicional". Comenzaron arrastrando una militancia dentro de los sectores estudiantiles (secundarios y universitarios) y ejerciendo, principalmente, una influencia política entre los pobres del campo y de la ciudad (los sectores más marginados). Finalmente, habría que mencionar a un grupo de sectores medios propiamente marginados. Estos ocupaban los escalones más bajos de la jerarquía profesional y económica —intelectuales, profesiones liberales, empleados públicos o privados, pequeña burguesía empobrecida—, hacinados en las periferias de las urbes junto a fuertes contingentes proletarios, subempleados y lumpen. La condición de marginalidad consistía en la ausencia total de participación en las decisiones públicas o privadas, aun cuando participaran en los distintos niveles de la estructura social como asalariados, semiasalariados o apenas ganaran para subsistir como era el caso de la pequeña burguesía empobrecida³⁰.

Como reacción a la situación nacional y continental del decenio, los grupos intermedios chilenos, integrados o marginados, habitaran en los barrios acomodados o en los periféricos (conven-

bles sólo a ciertas capas más integradas. Dentro de la misma ciudad o en otras regiones del país, en cambio, habían otras viviendo aún en condiciones bastantes tradicionales, cuyo "modernismo" no les tocó. Antonio Skármeta en "Testimonio", *Hispanamérica*, 28 (1981), pp. 49-64, habla de una cierta vitalidad de los nuevos escritores chilenos insertos dentro de los años sesenta. Habla que su generación vivió la música pop, las motonetas, la desfachatez, el cine francés, etc., es decir, que ese nuevo desco más libre de vivir parece haber sido afectado por la irrupción de la transculturización producida en las grandes ciudades latinoamericanas. Idea que volvemos a encontrar en Angel Rama. "Los contestatarios al poder", en *Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha* (México: Marcha Editores, 1981), pp. 23-24. Nos parece que lo que Skármeta señala para Chile y Rama para toda Latinoamérica es el ambiente sólo de ciertos sectores sociales, incluidas algunas capas intelectuales, más integrados a ese tipo de beneficios. Sin embargo, hubo clarísimos sectores para los que esos beneficios eran inalcanzables (capas medias marginadas en que se incluían no pocos profesionales, artistas e intelectuales, sectores obreros y campesinos).

³⁰ Alain Touraine, "La marginalidad urbana", *Revista mexicana de sociología*, 4 (1977), pp. 1.109-1.110.

tillos, miserables poblaciones o en viejas casonas descascaradas que la vieja oligarquía había abandonado), en la capital o en las regiones de la provincia, iban a adoptar algunas de las tres posibilidades señaladas: las alternativas “modernistas” del proyecto democratacristiano; integrarse lenta y progresivamente a la movilización en marcha que ofrecía la Unidad Popular; o asumir las posturas de la ultraizquierda.

Siendo parte de esas heterogéneas capas medias chilenas y ubicados en sus distintos niveles de participación o de marginalidad, la mayor parte de los jóvenes poetas asumieron posturas notoriamente progresistas. Aun cuando en algunos hubo simpatías con el proyecto democratacristiano, sin embargo, fueron acercándose y formando parte de los grupos y artistas e intelectuales al proyecto de transformaciones más profundas de la sociedad chilena que ofrecía la Unidad Popular, integrados por una diversidad de partidos (PC, PS, MAPU, Izquierda Cristiana, Partido Democrático Nacional, Partido de Izquierda Radical). Pero el hecho más específico para que esas posturas se desarrollaran fue la canalización de sus actividades culturales a través de la Universidad. Los principales grupos o revistas, los encuentros nacionales de la Joven Poesía Chilena, los recitales y las lecturas públicas, la sistemática publicación en algunos, encontraron condiciones favorables para que lo anterior ocurriera sin mayores obstáculos dentro del importante proceso de Reformas Universitarias que se iniciara en 1967 y se detuviera el mismo día del golpe militar chileno en 1973. Los radicales cambios que ocurrían en las entonces ocho universidades chilenas y algunas de sus sedes, ayudaron a remecer considerablemente la conciencia política estudiantil respecto de los variados sucesos nacionales y continentales. De igual modo, coadyudaron objetivamente, por un lado, a la integración de amplios sectores de artistas e intelectuales a la creciente movilización política chilena y, por otro, permitieron el desarrollo de ciertos grupos poéticos jóvenes en actividades culturales conjuntas, puesto que las reformas dieron una preocupación más sostenida a las actividades artísticas a través del considerable desarrollo de los departamentos de difusión³¹.

Las formas más desacralizadas para contener la atmósfera desgarrada, que estos poetas recogían de una específica continuidad

³¹ El proceso de Reformas Universitarias superó las estructuras académicas y científicas pasadas; integró a los profesores a la dirección y decisión superior; incorporó a los estudiantes al manejo universitario; estrechó las relaciones entre centros superiores de estudio y organizaciones sindicales, a través de programas específicos; incrementó el ingreso de las capas más modestas de la población a la Universidad; y promovió una amplia difusión, extensión cultural y artística. Véase, “La Universidad chilena”, *Araucaria de Chile*, 3 (1978), pp. 119-165. También, Tomás Vasconi e Inés Reca, “Movimiento estudiantil y crisis en la Universidad de Chile”, *Chile. Hoy* (México: Siglo XXI, 1970), pp. 345-385.

poética chilena y latinoamericana en vigencia, y la contradicción entre su praxis social y su producto poético final, definieron esa particular formalización poética. De igual modo, el proceso de transformación crítica de la joven poesía chilena que ésta había iniciado a partir de 1961, cancelándose el 11 de septiembre de 1973. La equivalencia social de ella correspondió a la lenta transformación e integración de los variados sectores de capas medias, artistas e intelectuales chilenos, a una movilización política en ascenso; pero estrechamente relacionada también a las contradicciones de la aguda situación de dependencia durante la década de los sesenta.

Aquella relación, ciertamente conflictiva, no era pues sólo cuestión de influencias de tales o cuales tendencias que la tradición pasada o vigente siempre ofrece a los más “novísimos”. Tampoco era ella una actitud despreocupada o “alienada” de poetizar. Más bien correspondía a las respuestas y a las reacciones problemáticas de cierta pequeña burguesía intelectual ubicada distintamente en las heterogéneas capas medias chilenas³².

Con el golpe militar quedaba probado que la joven poesía chilena había cancelado definitivamente su transformación conflictiva para dar cuenta de una patria diezmada. Esa transformación fue la validez más evidente de toda esa joven promoción que se había venido desarrollando —más visibles unos que otros— a partir de 1961; pero que abría también una nueva continuidad desafiante, dentro del país o en el exilio, desde el mismo 11 de septiembre de 1973.

³² Esta atmósfera puede generalizarse de la siguiente manera para la mayor parte de esta poesía: cuestionamientos desacralizados de los símbolos religiosos o de poder; atmósfera de ruinez; retrospectión hacia una infancia que se ve inutilada; en otros ésta resultaba ciertamente problemática puesto que la recuperación idílica del mundo infantil dentro de los espacios lárnicos iba siendo afectada por un mundo más moderno que la negaba; las relaciones con el tú-mujer iban desde una relación conflictiva neoromántica hasta el encuentro feísta, pocas veces visto dentro de la poesía chilena amorosa; había la certeza de vivir una condición marginal que se hacía más notoria en lugares urbanos capitaliuos: los seres de la urbe o eran desplomados habitantes —“pájaros en tierra”— o circulaban careciendo de identidad en lugares hostiles y vacíos, los que se reconocían por algunos fugaces contactos, especialmente táctiles, o se les describía esperpénticamente; había un distanciamiento crítico de los ambientes juveniles, alienados por una cultura de masas que irrumpía con más notoriedad en los espacios más urbanizados que en el de la provincia; y, finalmente, un ajenamiento de lo político coutingente, junto a una crítica irónica de lo “establecido” o “institucional”.



Foto Paz Errázuriz



Foto Paz Errázuriz

Exilio y fraternidades

GUILLERMO QUIÑONES

Cuando a través de los altoparlantes, el piloto nos advirtió: —Señores pasajeros, ahora cruzamos la Cordillera de los Andes. La tripulación de nuestra nave aprovecha de desear a los exiliados chilenos una grata permanencia en Europa y un pronto retorno a su patria... entonces, entonces me pareció que el caballo de mi rival había dado un respingo. Levanté la vista del pequeño tablero magnético de ajedrez en el que me había refugiado con otro compañero en un tácito acuerdo de pensar en otra cosa y miré las cumbres nevadas, la pétrea consistencia de esas moles adustas, los numerosos arroyos que se descuelgan de los cerros y a saltos también, como un rápido cordillerano, se agolparon mis recuerdos, atropellándose, confundiéndose abruptamente.

—Usted debe asilarse, compañero. El secretario acaba de considerar su caso entre varios otros. La represión está en su apogeo en esta zona... Sí, sí, entiendo, pero eso ya se arreglará. Salga usted primero. Váyase a Santiago y tome contacto con la compañera Viola; ella lo va a ayudar.

Claro, es muy fácil decirlo. Sobre todo con la convicción y la tranquilidad de los viejos militantes como el compañero Leopoldo;

Guillermo Quiñones es poeta, crítico literario y profesor de literatura hispanoamericana. Ha vuelto a Chile en estos meses después de largos años de exilio. De éste da cuenta en este artículo

pero otra cosa bien distinta era acercarse a la embajada de Argentina y encontrarse con un centenar de personas paradas frente a la reja de fierro guarnecida de cadenas y policías.

—Este asesinato de Alberto Molina, de Juan Antonio Chávez y los otros cinco militantes de “La Jota” fue planeado como un escarmiento contra nosotros... Y si este crimen aleroso lo presentan por la prensa como que fueron muertos cuando trataban de asaltar el polvorín del Regimiento Tucapel, bueno, esa es una burda mentira que no cree nadie, pues bien se sabía que desde más de una semana los compañeros estaban detenidos y sometidos a torturas allí, en el mismo regimiento. Tales embustes pretenden justificar, creo yo, seguramente futuros crímenes. Háganos caso, compañero, usted no debe permanecer aquí, y yo no sé si pueda volver a verlo.

No, no era fácil asilarse, mientras sentimientos de frustración, de derrota, de impotencia, de inseguridad, te envolvían como redes viscosas, y un no poder y un no querer pensar y un no saber qué hacer... hasta que un día, una mano fraterna me puso en contacto con Paul —llamémosle así—, quien mientras bebíamos una cerveza en un restaurante lleno de alemanes rozagantes y satisfechos del nuevo rumbo que había tomado el país, me conminó en voz baja: —Si usted acepta asilarse, lo espero el próximo sábado aquí mismo.

No, no era fácil asilarse. Atrás quedaban mis cuatro hijos diseminados en casas de diversos familiares, mi mujer luchando sola allá en el sur de Chile, mi casa, mis libros, mis discos con las zambas de Yupanqui, Los Fronterizos, Zitarrosa; atrás quedaban mi cargo en la Universidad, del cual fui exonerado, mis alumnos, mis compañeros, nuestra lucha...

Mirando nubes, distancias, fue creciendo en mí la dolorosa intuición de que, en la misma medida en que ya perdíamos de vista la Cordillera, todo este mundo, toda mi vida hasta ahí vivida se transformaba de pronto en un recuerdo...

—A usted le corresponde jugar, compañero.

Sí, jugué ajedrez hasta aturdirme, así como poco tiempo después trabajé obstinadamente, hasta aturdirme en la fábrica de automóviles Sachsenring de la RDA, luchando desesperadamente con mi máquina —Rohrbügel se llamaba—, oprimiendo botones de marcha, manipulando tubos, limando rebordes, mientras a mi pecho retornaba a ramalazos el recuerdo de una ciudad agreste. A veces, cerrando el puño, sentía que allí, en el hueco de mi mano, cabían mi ciudad, mis compañeros, nuestros ideales. Eran las primeras experiencias del exilio. Nunca antes imaginé siquiera que en mi soledad llegaría a tomar cariño y casi a entenderme con una máquina, a comprender sus debilidades, su ritmo e, incluso, algunos caprichos de una máquina que parecía un altar de acero.

Ahora, cuando reconstruyo aquellos días en los que por primera

vez debí trabajar como obrero, hay imágenes que retornan con insistencia. Quizás prevalezca esa visión alucinante de aquel día que crucé por primera vez algunos talleres de esa enorme industria con más de diez mil trabajadores, entre un ruido ensordecedor de golpes, chirridos, máquinas, motores, timbres, voces; entre un movimiento incesante de poleas, ejes, engranajes, la cinta sin fin... La primera impresión que me causó la VEB Sachsenring —la sigla inicial significa industria propiedad del pueblo— fue la de un enorme animal acezante. Años después, entre el trato deferente de mis colegas alemanes de la Escuela Superior de Pedagogía Ernst Schneller de Zwickau, que se esforzaban por hacer más grato el exilio del “chilensischer Genosse”, el primer chileno que habían conocido en sus vidas, de vuelta entonces a mis libros y a mi trabajo académico, recordaría esa industria como un formidable esfuerzo colectivo.

Durante el primer año de exilio, sentí que crecía en mí la necesidad de escribir que esporádicamente me acuciaba en Chile. Seguramente coayuvaban en esto el trabajo manual y una violenta carga de emociones que se vinieron acumulando a partir de 1973. Quizás lo fundamental fuera la necesidad de comunicación a un nivel que en el plano oral no siempre es fácil transmitir. A veces me despertaba por las noches y mientras escuchaba el tenue traqueteo de un tren lejano, sentía el desco irremediable de desahogarme y ordenar un poco mi confusión espiritual. El hecho es que volví a escribir con una relativa periodicidad y volví a escribir —curiosamente— poesía. La verdad es que mi sensibilidad desgarrada sentía una apremiante necesidad de poesía. Escaso de libros, varias veces me leí las *Obras Completas* de Neruda, mientras en mis recuerdos se entremezclaban centenares de poemas y me perseguían versos como “podemos eludirnos, huir de todo, menos del corazón” de Hart Crane o como “mansa es la noche de un poeta nacido en Buenos Aires / que cumple en un rincón de Amsterdam los 40” de Vicente Zito Lema.

Sin temor a la digresión, contaré que un exiliado argentino nos observaba con humor gauchesco: —Mirá, decían en otro tiempo que cuando a un argentino lo engañaba una mujer, entonces el argentino escribía un tango. Moraleja: así se explicaría que los tangos sean innumerables. Pues fijate que ahora yo he descubierto que este cuento podría adaptarse a los chilenos, de la siguiente forma: cuando a los chilenos un golpe de estado los manda al destierro, cada exiliado chileno se siente en la obligación de escribir poesía y... bueno, poué vos la moraleja... Sí, es cierto, no dejaba de tener razón mi jocundo amigo respecto a la profusa producción poética del exilio chileno.

...Pues bien, en esos poemas fundamentalmente catárticos, donde quedaron impresas mis nostalgias, mis dolorosos sueños y mis esperanzas, juegan también un rol insoslayable el socialismo y

la clase obrera. Detrás de ellos estaban mis experiencias vivas —no teóricas— del duro trabajo del obrero y de las difíciles condiciones en que se afirma y avanza el socialismo real. Entre esas duras experiencias está la obsesionante visión de las siluetas de mis dos hijos mayores —él 19, ella 18 años, estudiantes ambos en Chile— al separarse de nosotros, perdiéndose en la noche, rumbo de sus respectivas secciones de trabajo, a las cinco de la mañana y con quince grados bajo cero. Tarde o temprano, sin embargo, llegamos a entender que nuestros esfuerzos tenían un sentido, particularmente cuando fuimos capaces de mirar mejor a nuestro alrededor y de valorar los ejemplos de laboriosidad y disciplina que entregaban los trabajadores de la RDA. Y hubo muchos otros chilenos —la mayoría— que también lo entendieron así, que afrontaron valerosamente el duro trabajo en la producción y que en sus horas de descanso se dieron tiempo para participar activamente en la solidaridad con Chile, Vietnam, Cuba, Nicaragua, El Salvador, organizando bazares, concurrendo a mítines, aprendiendo artesanías, ojos y oídos siempre atentos a cuanta noticia proviniera de Chile. En tal sentido, la periódica, disciplinada y efectiva solidaridad internacional que se practica en la RDA, fue un poderoso acicate y una experiencia aleccionadora inolvidable. Los escolares de la RDA —por poner un ejemplo— sólo el año 1976, enviaron más de un millón de tarjetas postales a la Junta de Gobierno en Chile, con un solo objetivo: exigir la liberación de Luis Corvalán, y hechos como éste —dicho sea de paso— no son casos aislados, sino que son elementos intengrantes de la formación moral e intelectual del niño y del ciudadano dentro de la democracia y del humanismo socialistas. Otro buen ejemplo de esta inagotable solidaridad internacional que no queremos olvidar lo constituyen los cineastas Heynowski y Scheumann, quienes han realizado más de una decena de documentos sobre Chile, documentales acusadores, de rico lenguaje cinematográfico y de categórico compromiso con las luchas y las esperanzas del pueblo chileno.

Pero no todo es color de rosa en la vida, ni menos en el exilio. Existe también, por ejemplo, una picaresca —sí, una especie de novela picaresca— del exilio, cuyo nutrido anecdotario crece, cobra alas y contornos desmesurados, hiperbólicos, cruza fronteras y va construyendo, finalmente, una mitología del exilio.

Ahí está el caso de “El Cóndor Pasa”, que, según supimos, ha llegado hasta Australia y que, arriesgando a que aquellos que no lo vieron tengan versiones más fabulosas, pasamos a referir brevemente. Alberto era un boliviano doblemente exiliado: primero en Chile y, tras del 11 de septiembre del 73, en la RDA. Obsesionado por recuperar el mar para su patria, era, sin embargo, buen amigo de los chilenos. Locuaz y amistoso, a todos los trataba de hermanos

y cuando bebía, gritaba estentóreo que viva el internacionalismo proletario o bromeaba, parodiando una cueca boliviana, “en esta banda y en la otra banda/ el Alberto es el que manda”. Una mala noche, asediado de alcohol y agravios inmerecidos, se lanzó por la ventana de su departamento. La vecina del piso inferior lo vio caer y dio la alarma. Felizmente, Alberto era fuerte como una roca y su vuelo sólo le costó la quebradura de un brazo. De ahí su folklórico apodo de “El Cóndor Pasa”.

No olvidamos tampoco al “Cara de Hombre”, de gesto adusto y rostro como labrado a machetazos, en el que las torturas —para colmo— también habían dejado sus huellas. Demasiado grande, demasiado ancho, demasiado torpe, era su voz, sin embargo, bronca, disonante y violenta, la que ponía la nota culminante en su aspecto de homicida, de quebrantahuesos que asustaba a los niños. Una mañana primaveral, “Cara de Hombre” salió a la puerta de calle, miró hacia el cielo azul y, bostezando, exclamó con voz tronante: —¡Qué lindo día!... La mitología del exilio registra que al instante mismo, desde los árboles del frente, comenzaron a caer pajaritos muertos.

“El Angolano” es un caso distinto. Periodista desinhibido como el que más, un día, echando mano a toda su simpatía y sus dotes persuasivas, confidenció a su mujer que había sido destinado a una misión urgente en Angola, le encareció que guardase estricto secreto de tal misión, la besó y se fue. Antes de un mes, la afligida esposa se enteraba que el viaje de su marido había alcanzado hasta una pequeña ciudad próxima a Berlín y que la “misión secreta” consistía en una hermosa, en una soberbiamente hermosa valquiria alemana.

Claro está que el exilio, como experiencia categóricamente compulsiva, tiende a acentuar y a hacer más visibles nuestras obsesiones y manías, nuestros defectos y debilidades, manías como la de aquel profesor de matemáticas, enfrascado día y noche, año tras año, con su computadora o como la de aquel jubilado que con su taladro eléctrico abría hoyos diariamente, atronando el edificio, mientras el vecindario se preguntaba preocupado hasta dónde resistirían nuestras paredes tan infatigable obsesión taladradora.

Por los resquicios de nuestros recuerdos, aún sin intención, se filtran también personajes más ingratos, como aquellos que, re-nuentes y suspicaces, huyeron despavoridos hacia países capitalistas ante las primeras experiencias adversas con el socialismo real, o como aquel funcionario que desde su escritorio en Berlín escribía y arengaba: —“Hay que ir a la producción, compañeros. No teman ensuciarse las manos. ¡Vayan a la producción!...” Claro está que algunos que por esos días leíamos “La Rueda Dentada” de Nicolás Guillén, nos quedábamos cavilando: —¿Vayan?... ¿Y por qué no vamos?... Este tipo de personaje que en Chile llamábamos “padre

Gatica” (que predica y no practica) lamentablemente no ha sido escaso en el exilio, como tampoco lo han sido los eternos descontentos, aquellos que, destilando amargura, apodaban a Zwickau como “el lugar donde mueren los valientes” y que no fueron capaces de captar la estructura medieval ni el rastro de siglos en la dignidad arquitectónica de la vieja ciudad. (Todavía tengo viva mi sorpresa de esa mañana de domingo cuando, caminando por los alrededores de La Laguna de los Cisnes —la que siempre asocié con la temática del poema “La Fuga de los Cisnes” de Augusto Winter—, me encontré de pronto y maravillado con una posada idéntica a aquellas que pintaba Goré en *El Peneca*. Esta posada de Zwickau era “El Mesón de los Cazadores”. Al acercarme, pude leer sobre el pesado portón de madera la fecha de su construcción: 1535... es decir, el mismo año en que Almagro descubría Chile... Cuando pocos meses después de mi descubrimiento, se incendió “El Mesón de los Cazadores”, yo pensé con alegría que esa posada había subsistido más de cuatro siglos para que yo la viera, y pensé también con tristeza que había desaparecido materialmente la última de las posadas de *La Isla del Tesoro* de mi infancia.)

En el inventario de nuestras astucias y debilidades nos quedan todavía los fabuladores, los enfermos imaginarios y a perpetuidad (que era una manera de sacarle el cuerpo a la jeringa) o aquel que descubrió que, pese a sus pocas luces y gracias a la solidaridad internacional, podía presumir de escritor.

Del nutrido anecdotario del exilio, no podemos omitir a nuestro amigo “el Filólogo”, quien, uniendo humor y rigor científico, realizó su tesis doctoral en Lingüística basada en acepciones de la palabra “hueva” y derivados, original estudio en el cual encontramos ejemplos dignos de memoria como “Los milicos se tiran las huevas” o como “Augusto es más huevón que el zapato izquierdo”.

Claro está que los reclamos, las incitaciones de la vida son casi siempre más poderosas y se sobreponen a las más amargas adversidades; sin embargo, el exilio deja también su impronta, pone su gota de nostalgia, de inseguridad, de angustia, aún ahí, en la misma alegría, en la misma vitalidad, en los momentos más dichosos del desterrado. A los pocos meses de mi exilio, descubrí que en la catedral de Zwickau —que tiene más de ocho siglos— se ofrecían conciertos de órgano y de música coral. Con cuánto ansioso agrado concurría allí y cuánto me ayudaron esas veladas en la vetusta catedral. Sin embargo, la primera audición de ese órgano electrónico de formidable registro fue y es inolvidable: sentí que esa ola de sonrida infinita que inundaba los ámbitos, que bajaba por las columnas, que tremolaba en los vitrales, se derramaba también en mi sangre, subía y bajaba por mis arterias, me cubría de sal los párpados, de pri-

sioneros y de camaradas muertos mi impotencia, de tiranos mi odio... sentí que torturaban a Juan Sebastián Bach.

La raíz del problema reside en que el exiliado navega entre dos aguas: su necesidad de inserción a la nueva sociedad en que vive y sus dificultades de adaptación motivadas por diferencias de orden idiomático, de idiosincrasia, de organización social y de modo de vida. Sin embargo, el factor más poderoso en estas dificultades de inserción al nuevo medio radica en la actitud con que asume su exilio el exiliado, quien salió no voluntariamente de su patria, sino que presionado, violentado y que, por consiguiente, entiende su exilio como un período transitorio, que ha de transcurrir con la perspectiva de un fin determinado, cual es el retorno a la patria, a nuestra gente, a nuestras luchas. Ahí están los que “aún no desempacamos”...

Y aún más, una de las reacciones más típicas del exilio es esa especie de nostalgia chauvinista que va de un “aquí” peyorativo a un “allá” paradisíaco. Aquello de que los tomates eran en Chile ¡de este porte!, y las paltas ¡tan sabrosas!, de que aquí llueve tanto —la nostalgia olvida que en Temuco llovía exactamente el doble que en la RDA—, en fin, “que allá era eterna primavera”... Naturalmente, si uno hurga con un poquito de cuidado, le encuentra la hebra a esta madeja: tras de tales idealizaciones y despropósitos, subyace evidentemente un mecanismo defensivo, una inconsciente necesidad de defensa de lo nuestro y de nuestra identidad, finalmente. Por ejemplo, un profesor universitario amigo —el “Chico Goloso” se autoapoda— reemplazó su cesantía permanente allá en Alemania Federal, por aficiones culinarias —cocina chilena, naturalmente— y por un obsesivo afán de husmear productos chilenos. Hace años nos confesó nostálgico: —Si de sólo pensar en los vinos y en los mariscos chilenos, se me hace agua la boca... Por mi parte, debo reconocer que, pese al largo trecho de mi exilio, aún me persiguen levemente imágenes, olores, sabores del sur de Chile. Es cierto que no me acuerdo bien del sabor del vino “Tarapacá ex Zavala” o del pipeño de uva Italia que desde Portezuelo traía a Temuco “el Paco 21” y que tanto gustó alguna vez a Pablo Neruda. Es cierto que los, he reemplazado por el “Sangre de Toro” húngaro o algunos vinos blancos de las riberas del Danubio; sin embargo, también es verdad que aún me gusta caminar por el viejo barrio de Planitz en Zwickau, donde no ha llegado aún la calefacción central y donde algunas estufas exhalan en los días fríos un grato olor a leña quemada, semejante al que aspiráramos largos años en la región de La Frontera. Igualmente, en la biblioteca de la Escuela Universitaria de Pedagogía de Zwickau, donde han transcurrido muchas horas de mi exilio, siempre me gustó sentarme en un rincón que mira hacia un viejo estante que me reconstruye, que me devuelve un pedazo de mi pieza de trabajo en Chile. Y anudando recuerdos, me viene también a la memoria cómo alguna vez,

por comparación contrastante, descubrimos la dulce, la tierna gracia de los bosques de Turingia, tan distintos de los bosques del sur de Chile, enmarañados, indómitos, de lúbrica belleza.

El “duro oficio” del exilio, acumulando traumas, frustraciones, desequilibrio, nos ha arrebatado también valiosos compañeros. Quizás no son muchos, quizás no son pocos; pero son una parte nuestra que, incapaz de resistir, pagó con sus vidas la ausencia de nuestra tierra, de nuestro mundo. Gerardo era un estudiante de medicina que amaba la vida, la belleza y la revolución. Lector fervoroso e incansable de Gabriel García Márquez, repetía a menudo que la vida debiera tener la intensidad deslumbrante de *Cien Años de Soledad*. Una noche estival, escudriñando el cielo escaso de estrellas de Europa Central, con nostalgia y alegría dionisiacas, nos pusimos a gritar: —¿Dónde está la Cruz del Sur?... ¿Dónde está Piscis?... ¿Dónde están las Tres Marías?... ante la sonrisa condescendiente de los escasos alemanes que transitaban a esa hora. (Porque los alemanes son así, no alborotan, no escandalizan.) Alguna vez, mi padre —que quiso venir a vernos antes de morir—, almorzando en un restaurante, en la avenida Unter den Linden en Berlín, me observó preocupado: Aquí nadie se ríe fuerte, nadie grita, como en los boliches de Valparaíso...” Meses después, tras escuchar una y otra vez “Maldigo del Alto Cielo” —amarga canción en que Violeta Parra, herida de amor, reniega de todo—, el amigo Gerardo, herido de incertidumbres y desesperanza, desde el balcón de un undécimo piso, se arrojó en busca de su muerte.

Conscientes de que la memoria tiende a retener más lo particular y lo insólito que lo general y lo acostumbrado, repensamos y hacemos un poco de balance de estos años. Y tratando de abarcar el largo y amplio entorno de nuestro exilio, vamos concluyendo una vez más que, a la fraternal acogida que nos ha dispensado la RDA, la mayoría de los chilenos ha sabido responder con comprensión y responsabilidad.

Ya hemos hablado de los cientos de compañeros que en la producción derramaron su esfuerzo, su tenacidad y su sudor. Pero hay más. Están los jóvenes —los escolares y los estudiantes— quienes, luchando con el idioma y con desfavorables desniveles, particularmente en el área de las ciencias exactas, fueron capaces de superarse y obtener buenos y, en algunos casos, excelentes resultados. Seguramente, hacer un catastro de los jóvenes chilenos que han obtenido sus diplomas como técnicos, sus títulos universitarios y la graduación como doctores, entregaría un resultado hartamente halagüeño y anticiparía que, a su retorno a Chile, el contingente de jóvenes que han estudiado en la RDA está preparado para entregar un aporte eficaz en bien del país.

Igualmente, en el ámbito cultural, el exilio chileno ha sido particularmente activo. Poetas, novelistas, autores y directores teatrales,

actrices, cineastas, coreógrafos, pintores, músicos, cantantes y periodistas chilenos han realizado en la RDA una valiosa acción cultural, comprometida también con la causa del pueblo chileno y con los más altos ideales de la humanidad.

Por encima de lo excepcional o lo anecdótico, éste es el verdadero rostro del exilio chileno.

Desandando nuestro exilio ya con la perspectiva del retorno, pensamos también en cuánto hemos visto y comprendido en estos años y en cuánto nos ha entregado este pequeño y gran país llamado República Democrática Alemana.

El desarrollo dinámico y rigurosamente planificado del socialismo desarrollado, que permite al pueblo disfrutar progresivamente de mejores condiciones de vida, tanto en el aspecto material como en el cultural, es un hecho objetivo que hemos podido palpar con admiración todos aquellos que hemos vivido algunos años en este país. Igualmente, cuántas veces hemos aplaudido con alegría y también con un poquito de orgullo los extraordinarios éxitos internacionales de los deportistas —y muy especialmente de las mujeres— de la República Democrática Alemana.

Cómo olvidar todo esto...

Ahora, en nuestro caso personal, cuando retornemos a nuestra patria, seguramente persistirán con mayor vehemencia en nuestros recuerdos, aquellas imágenes vinculadas a la tradición cultural y artística del pueblo alemán. El monumental museo pictórico que es la Gemäldegalerie de Dresden o esa deslumbrante visión de la antigüedad grecolatina y del Asia Menor, que es el Museo de Pérgamo en Berlín, son tesoros de la cultura universal que quienes los hayan contemplado no los olvidarán jamás. La catedral de Erfurt, el castillo de Meissen o los museos dedicados a Goethe y a Schiller en Weimar y a Juan Sebastián Bach en Eisenach, son igualmente testimonios del celo y amor con que se conserva el patrimonio cultural en suelo de la RDA.

Pero hoy también otras experiencias vinculadas con el sistema social en que hemos vivido que tampoco podremos olvidar.

Hemos vivido en un país donde no hay miseria, donde la miseria y el hambre fueron abatidos para siempre, un país donde no hay desocupados, donde el derecho al trabajo está garantizado en la Constitución y donde nadie puede apropiarse del trabajo ajeno. Hemos visto con nuestros propios ojos la práctica de una genuina justicia social, tanto en la esfera económica, laboral, educacional, como en los planos de la ciencia, la salud o la cultura.

Nuestra condición de profesores nos ha hecho admirar el profundo carácter democrático, realista y revolucionario de la escuela política de enseñanza general de diez años que se imparte en la RDA, en la que no tienen ninguna influencia el origen social o la riqueza de

los padres. Enseñanza general —además— de algo nivel científico y vinculada íntimamente a la producción, a la construcción del socialismo y a la vida. Principios éticos básicos de esta enseñanza son la lucha por la paz y un ineludible antifascismo. En esta escuela se asientan, pues, las bases reales para que todos los hijos del pueblo disfruten de las mismas oportunidades, sin otras diferencias que las que determinan el talento personal y la laboriosidad de cada cual.

En el plano de la cultura, cómo olvidar un país donde el valor de un libro o de la entrada a un concierto o al cine —también la entrada a los espectáculos deportivos— tienen un valor inferior a una cajetilla de cigarrillos y donde el único problema reside en saber proveerse oportunamente del libro o la entrada pertinente, que se agotan rápidamente, porque hay en el pueblo un real interés cultural y artístico. En los días en que escribo estas notas, apareció de repente una edición de bolsillo de *La Náusea* —¡Cómpramela! Aquí ya desapareció...— me reclamó mi hijo menor desde Berlín. En vano busqué en quioscos y librerías: a los dos días de su aparición, la novela de Jean Paul Sartre se había agotado totalmente... Retorno a los recuerdos de los primeros años cuando un poco enmudecido por mi mala pronunciación alemana, logré, sin embargo, pasar gratas horas de esparcimiento en la sala de conciertos “Neue Welt” y antes en la “Gewandhaus” de Zwickau. Recuerdo que una vez, instalado en un balcón muy próximo al escenario de la sala “Neue Welt”, conmovido y deslumbrado por la brillante interpretación de la solista en un concierto para arpa de Haendel, aplaudí con tanta vehemencia que la arpista Jutta Zoff, al salir por cuarta o quinta vez a agradecer los aplausos, me dirigió una venia especial de reconocimiento. Algo azorado, sólo entonces me di cuenta que las manos me ardían de tanto aplaudir... Ah, y para el serio problema de no quedar sin entrada, un amigo melómano me enseñó la receta: lo primero es abonarse, comprometer un abono por la temporada completa de conciertos y cuando, como buenos chilenos, olvidemos este requisito fundamental, bueno, entonces echamos mano al recurso número dos, es decir, llegar media hora antes del concierto a la boletería, pues como los alemanes son tan organizados y reservan sus entradas de un año para otro, no falta nunca quien, por imprevistos de última hora, vaya a devolver sus tickets. El recurso no me falló nunca.

Tengo también vivo el recuerdo de una temporada de conciertos en que fui vecino de butaca de Frau Inge, una viejita que hacía el aseo en la sección Germanística de la Escuela Universitaria de Pedagogía donde yo he trabajado y que llegaba de punta en blanco, primorosamente peinada y acicalada para estas ocasiones, con falda larga, incluso. En el intermedio, mientras bebíamos una copa de champaña y ella me decía cuánto le gustaba Robert Schumann —nacido en Zwickau, acotamos— y cuánto la fastidiaba Bela Bartok, yo recordaba la

aguda observación de un pintor y humorista chileno: —“Se imaginan ustedes...?—, dijo a un grupo de amigos alguna tarde de domingo, saliendo de un bar frente a la estación Mapocho, mientras corros de niños, propagandistas de taxis, voceaban: ¡Al Estadio Santa Laura!... ¡Al Estadio Nacional!;se imaginan Uds. el día en que estos niños griten aquí mismo: ¡A la Biblioteca Nacional!... ¡AL Museo!... Al concierto Sinfónico?...” Y tal recuerdo y tal asociación no eran antojadizos para un país que ha liberado a la cultura de los intereses comerciales y del lucro y donde, ya desde el jardín infantil, se impulsan el respeto y el interés por el arte y la cultura. Releo en la prensa de estos días que los 648 museos existentes en la RDA registran más de treinta y tres millones de visitantes al año, es decir, casi el doble de la población del país.

En fin, hemos vivido en un país donde se proyectan los más altos valores de la revolución y del humanismo, de Marx, de Engels y Lenin, de Karl Liebknecht y Rosa de Luxemburgo, de Goethe, Schiller, Beethoven, Heine, Thomas Mann y Bertolt Brecht.

Para tales vivencias —lo repetimos— no habrá olvido.

HERNAN SOTO

Once años

Desde el auto se ven los barracones, detrás de unas alambradas. Se divisan enteros, de piso a techo, ahora que sacaron la valla de tablas que los ocultaba. Miro al cerro en que se recuesta el campamento; ya no están las casetas de vigilancia. Hay algo diferente en el paisaje y no sólo por esas cosas. Es por algo que no veo y que me intriga.

Los demás no han llegado todavía y aprovechamos para ir hasta la playa, unos ciento cincuenta metros por un camino de arena.

...Nunca me imaginé el mar tan cerca. Yo lo vi una vez que nos trajeron a cargar piedras. Yo también vi los

roqueríos cuando un teniente sacó un grupo chico a caminar. A mí me parecía que el mar estaba a kilómetros...

Es un intercambio veloz de palabras que disfraza el nerviosismo. Ante nosotros se abre la bahía de Ritoque. La playa inmensa se curva para encontrarse allá con la de Concón. El agua resplandece azul, con un oleaje suave. La mañana está sin nubes. Hay una discordancia entre su belleza y la misión que nos hemos impuesto al citarnos aquí para rendir un homenaje a los prisioneros de los campos de concentración.

Pronto llegan los otros. Volvemos

despacio al campamento. Nosotros estuvimos presos en Ritoque. Antes, en la Isla Dawson. Han pasado once años y hemos vuelto. De un poco más de cincuenta prisioneros, seis han muerto y treinta y dos viven exiliados todavía en quince países. El nuestro es un pequeño grupo, el más pequeño, de las decenas de miles de hombres y mujeres que vivieron la experiencia de las cárceles y los campos de concentración.

Pasamos las alambradas; todo parece abandonado, solitario, invadido por la maleza.

La planta del campo está igual. Hasta se conserva el monolito que servía de base al mástil de la bandera. Más de quinientas veces nos formamos aquí para cantar la Canción Nacional. Aquí el teniente Mercado hizo correr a prisioneros de Chacabuco perseguidos por los perros feroces. En este sitio rendimos un homenaje a los 119 desaparecidos que el fascismo quiso presentar como muertos en combate en Argentina, un día antes de la huelga de hambre que hicimos en Puchuncaví y en Ritoque.

Llegamos aquí el 16 de julio. Veníamos de las incomunicaciones en la Academia de Guerra Aérea, en la Escuela de Infantería, en el Tacna, en Las Melosas, en Telecomunicaciones. Veníamos esposados de a dos en dos. A mí me esposaron a un fierro del bus, me hirieron las muñecas. Nos habían traído dos días antes de Puchuncaví...

Hablamos poco. Casi sin darnos cuenta nos separamos. Cada uno quiere reencontrar el lugar donde dormía o se refugiaba en sus pensamientos. Recorremos los pabellones desiertos, que tienen el eco de las habitaciones solitarias. Abrieron las puertas de comunicación que estuvieron clavadas para nosotros. Es un intento de fijar el recuerdo, de hallar un rastro, una muesca en la madera, un rasguño en la pintura, una inscripción, un pedazo de memoria de la fraternidad y también del dolor y el miedo.

No hay señas, en apariencia.

Siempre se preocupan mucho de borrar las huellas. En un pabellón cerca del techo, el dibujo de una paloma, de esas mismas que siguen ahora dibujando y puliendo los presos políticos. Buscamos algo más que no encontramos.

Las construcciones están derruidas por dentro, se pudren. Parece escucharse la carcoma que roe la madera. Los vidrios del comedor están quebrados y en la semipenumbra el radier se ve siniestro.

Aquí recibíamos los domingos a los familiares, sólo a los más directos, los otros no podían venir. Llegaban las mujeres después de los registros y las humillaciones en la Base Aérea y de las esperas al otro lado del cierro, azotadas por el viento helado, sonriendo para no preocuparnos y para que la rabia no nos hiriera todavía más.

Por aquí circulaban las noticias y los rumores. Sabíamos de los asesinatos, las desapariciones, las torturas. Lumi, Juan, David, Miguel, Fernando, Pedro y tantos otros. Las noticias malas y las pocas buenas que habla. Los niños que crecían, los amores y las separaciones, las privaciones que se estaban pasando. Aquí fuimos todos padrinos de la hija menor de Pedro Felipe. Y sabíamos también que se luchaba, que no habíamos sido destruidos, que existía la esperanza.

Desandamos los caminos desde las barracas y la memoria y volvemos a juntarnos en el patio. ¿Fueron meses, un año, dos, tres? ¿Cuánto tiempo?

El campamento parece ahora una ruina andrajosa, decrepita. Es como un ataúd que se saca de la tumba después de diez años, carcomido, desvencijado, a punto de desintegrarse. Una mancha de mugre rodeada por casas de descanso, esas mismas que sus propietarios usaban con toda normalidad, y tal vez con alegría, mientras funcionaba a su lado el campo de concentración.

Nos juntamos frente a la que fue nuestra última barraca, en diagonal al patio central frente al comedor.

...Aquí nos pusieron a todos cuando

trajeron a los de Chacabuco y a los de Grimaldi. Los compañeros de Grimaldi venían hechos pedazos pero aguantaban. Samuel llegó medio muerto. Nos amontonaron acá, de a cuatro por pieza...

El viento comienza a levantarse. Leemos una declaración que es también un compromiso.

Con su retórica inevitable, hay algo solemne en lo que hacemos: "Nosotros, ex prisioneros de los campos de concentración de la Isla Dawson y Ritoque, nos reunimos donde estuvimos reclusos, y solemnemente, recordando a nuestro Presidente Salvador Allende, recordando a nuestros compañeros muertos en la lucha, dentro y fuera de la patria, y a quienes continúan exiliados..." "...prometemos continuar la lucha para que nunca más en Chile haya campos de concentración, para que se abran las cárceles y se libere a los presos políticos, para que terminen la tortura, la relegación y el exilio..."

...De aquí salió Orlando, al exilio y al combate que le costó la vida. También Osvaldo. A José lo mataron cuando estábamos en Dawson. Daniel murió en Berlín. Tito en Viena. Julio parece que en Estocolmo...

Las palabras de la declaración son dichas por cada uno de nosotros, y también por los ausentes.

Luego de plantar un árbol y levantar una bandera, volvemos nuevamente a los pabellones.

Desde el extremo de la barraca miro hacia el norte. Desde allí vemos claramente la pequeña estación, una mancha de árboles en la aridez de la

arena, y el paso del tren que traía concentrados de cobre desde la Andina. Y el tren que llegaba los domingos por cuyas ventanas se batían los pañuelos como saludo anticipado de la visita de la tarde. Echo de menos ese paisaje con sus cerros, ocre y azulados.

Entonces recuerdo.

En ese espacio enorme recibían los compañeros de Chacabuco y Grimaldi, que eran mucho más que nosotros, a sus familiares. Entre las alambradas armaban pequeñas carpas de frazadas para protegerse del viento y también para el amor furtivo y urgente.

Eso era lo que me intrigó al llegar. La reducción del espacio, de la amplitud del entorno ahora ocupado por los árboles. Hermosos eucaliptos, que tienen menos de diez años, crecen vigorosos contrastando con la miseria del campamento.

Salimos en silencio. Volveremos cuando hayamos triunfado, nos prometemos.

Escucho que alguien comenta que el campo es una imagen de lo que pasará con la dictadura. Ahogada por su decrepitud, paralizada por su ruina, acabará por derrumbarse. Y entonces, agrega, será como un mal sueño. Nada más.

Retengo solamente las últimas palabras ¿nada más? ¿Nada más que un mal sueño?

Sigo caminando y escucho que aumenta el ruido de ese mar que la mayoría no pudo ver a pesar de estar tan cerca, y se mezcla con el rumor de las hojas del bosque crecido frente al campamento.

DECLARACION

Con ocasión del aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, Nosotros, ex prisioneros de los campos de concentración de la Isla Dawson y Ritoque, nos reunimos donde estuvimos reclusos, y solemnemente, recordando a nuestro Presidente, Salvador Allende; recordando a nuestros compañeros muertos en la

lucha, dentro y fuera de la patria, y a quienes continúan exiliados.

Reafirmamos

nuestra decisión y compromiso de perseverar en la lucha por el reconocimiento y pleno ejercicio de los derechos humanos en Chile, fundamento de todo proyecto efectivamente

democrático que permita al pueblo liberarse de la opresión y realizarse en la libertad. Entendemos nuestra promesa como válida en la diversidad de opciones que se abren ante nosotros y, al mismo tiempo, como el norte orientador de nuestras conductas y actitudes.

Somo apenas un pequeño grupo de ex prisioneros. Estamos seguros, sin embargo, de representar el espíritu de los miles y miles de compatriotas que vivieron la experiencia de las prisiones y de quienes ahora mismo son víctimas de la represión.

Dawson, Chacabuco, la Isla Quiriquina, el Estadio Nacional, Ritoque, Puchuncaví, Pisagua, el Estadio Chile y muchos otros son nombres ligados a una historia trágica que no debe volver a repetirse.

Aquí, frente a las barracas donde estuvimos prisioneros,

Prometemos

continuar la lucha para que nunca más en Chile haya campos de concentración, para que se abran las cárceles y se libere a los presos políticos, para que termine la tortura, la relegación y el exilio. Para que la vida triunfe sobre la muerte.

De cara al océano que baña las costas de esta patria de todos, *reafirmamos* nuestro compromiso con la democracia, y *decimos*: Seguiremos luchando para que Chile recobre su verdadera identidad y los chilenos podamos marchar por la senda que iniciaron los hombres y mujeres que a lo largo de las generaciones han creído en la libertad, la verdad y la justicia.

Nómina de prisioneros del campo de concentración de Isla Dawson (15-IX-73 a 8-V-74) y Ritoque (julio-74 a dic. 75)

EN CHILE

Sergio Bitar.
Orlando Budnevich.
Patricio Guijón.
Miguel Lawner.
Maximiliano Marholz.
Luis Matte.
Miguel Muñoz.

Anibal Palma.
Walter Pinto.
Osvaldo Puccio Huidobro.
Pedro Felipe Ramírez.
Camilo Salvo.
Julio Stuardo.
Hernán Soto.

EN EL EXILIO

En Austria:

Andrés Sepúlveda.

En España:

Alejandro Jiliberto.
Alejandro Romero.
Erick Schnake.
Ariel Tacchi.

En Estados Unidos:

Fernando Flores.
Enrique Kirberg.

En Francia:

Alejandro Joignant.
Carlos Lazo.

En Gran Bretaña:

Jaime Concha.

En Holanda:

Jorge Tapia.

En Israel:

Luis Vega.

En Italia:

Benjamín Tepliski.
Sergio Vusković.

En México:

Orlando Cantuarias.
Edgardo Enríquez.
Hugo Miranda.
Carlos Morales.
Anselmo Sule.

En Mozambique:

Jaime Tohá.

*En República Democrática
Alemana:*

Clodomiro Almeyda.
José Cademártori.

En Suecia:

Adolfo Silva.

En Unión Soviética:

Luis Corvalán.
Jorge Montes.

En Venezuela:

Vladimir Arellano.
Arturo Jirón.
Carlos Jorquera.
Carlos Matus.
Héctor Olivares.
Aniceto Rodríguez.

En Yugoslavia:

Leopoldo Zuljević.

MUERTOS

Orlando Letelier.
Julio Palestro.
Tito Palestro.

Oswaldo Puccio Guissen.
José Tohá.
Daniel Vergara.

LA LETRA CON SANGRE ENTRA

—¿Nunca se acabará en el país el riesgo de marxismo?

—Lea *El día decisivo*. Ahí digo: La única forma de librarse del marxismo es preparando a la juventud, hablándoles claro de lo que es el marxismo. Lo digo en la página 63.

(Augusto Pinochet. *Qué Pasa* Nº 785, 24/30 abril 1986.)



Foto Paz Errázuriz

La pasión del canto

Conversación con Angel Parra

JUAN ARMANDO EPPLE

“Ni prisiones ni amenazas”

—*Me gustaría empezar la entrevista con algunas preguntas a partir de la tesis de Bernard Bessier sobre la nueva canción chilena en el exilio. Tú estuviste detenido en el campo de concentración de Chacabuco entre septiembre del 73 y enero del 74...*

—Febrero del 74... Estuve en el Estadio Nacional primero, y luego en Chacabuco.

—*Y cuando estuviste en Chacabuco empezaste a participar en el trabajo cultural que se organizó allí.*

—Efectivamente, lo primero que hicimos los presos políticos fue organizar un llamado “Comité de Ancianos”, naturalmente con los más viejos, para organizar nuestra vida al interior del campo, puesto que no sabíamos cómo iba a ser esa experiencia, ni hasta cuándo. Entonces el primer impulso fue organizarse de esa manera: con los más viejos formamos una directiva, en la que había un médico, un abogado, un científico, un obrero panificador... en este comité había uno que se iba a encargar del trabajo cultural, y como entre los presos había un actor de teatro, había un cabo de la Escuela de danzas, un director de coro, estaba yo, y así, había gente

Juan Armando Epple es escritor y crítico literario, y profesor de la Universidad de Oregon, Estados Unidos.

que podía animar la cosa cultural. Entonces yo me puse inmediatamente a trabajar con gente que nunca había cantado para formar un conjunto. El conjunto se llamó "Los de Chacabuco". Esta era una forma inicial de ayudarnos espiritualmente. Todas las actividades se hacían con ese sentido. Había clases de inglés, de francés, de filosofía, de computación, y comisiones para distintas actividades, hasta para ir a limpiar los waters. Y para buscar agua. Es terrible estar en el desierto, tú que eres del Sur no te lo imaginas. Es una cuestión terrible.

—¿Y tú empezaste a componer canciones cuando estabas en Chacabuco?

—Mira, lo primero fue armar este conjunto. Había otro cabrito que se llamaba Ernesto Parra, que no tenía nada que ver conmigo (era profesor de Biología), pero por el hecho de tener el mismo apellido cuando me pegaban a mí le pegaban a él también. Este compadre se integró a tocar guitarra en el conjunto. Después un sindicato minero del lugar cercano nos mandó un bombo y una quena. Sabían que estaba yo allí y de diversas formas se empezó a manifestar la amistad y esos tremendos lazos solidarios del pueblo. Eran como brazos gigantes que llegaban desde todos lados: saludos, paquetes, etc. Entonces formé el conjunto, el que interpretaba canciones latinoamericanas, aunque evitando incluir referencias políticas. Un día que estábamos cantando el tango "Adiós muchachos", en esa parte que dice "Adiós muchachos compañeros de mi vida", apareció el capitán Zavala y prohibió el uso de la palabra "compañero". Por eso le pusimos capitán Zabola. Cada vez que cantábamos la canción después, decíamos "adiós muchachos laralala de mi vida". Después tuvimos una conversación con un capellán de carabineros de Antofagasta, un capellán bien simpático, que estaba completamente ignorante de las atrocidades que habían ocurrido en Santiago, y no las creía. A él le pedí una Biblia y le dije que le iba a mostrar, a través de la lectura del Evangelio, que lo que nosotros habíamos sufrido no estaba tan lejano de la vida, pasión, persecución y sufrimiento de Cristo. Así nació la "Pasión, según San Juan", así nació el "Oratorio de Navidad", que la gente empezó a cantar allí y luego pasó a otros campos de concentración, adoptado por los prisioneros como algo propio. Eso lo compuse allí.

—¿Tú long play "Chacabuco" tiene canciones que compusiste en ese campo?

—No, yo nunca quise cantar en Chacabuco ni en la cárcel, ni en ninguna parte. Había algunos militares que querían obligarme, pero yo me puse como meta no darles en el gusto y dejar de cantar. Pero decidí cantar otra vez el día en que apareció la lista de los que salíamos en libertad. Ese día, cuando los presos me organizaron un acto maravilloso de despedida, canté tres canciones: una que le

había escrito a mi hijo, otra a mi hija y otra a mi compañera de ese momento. El resto eran las canciones que interpretaba mi conjunto, que cantaba cuecas, valsos, sambas, de todo.

—*Lo importante es que en la evolución que ha tenido tu trabajo desde el golpe en adelante, y por el hecho de haber participado de esta experiencia de la prisión política, tu apareces ligado desde el comienzo al movimiento de resistencia cultural que se gestó precisamente en los campos de concentración. Hay una cantidad de material creativo que ahora se está recopilando sobre este fenómeno cultural.*

—La resistencia cultural comenzó ya en el Estadio Nacional, cuando los presos utilizaron para hacer figuras unos jabones azules que habían enviado desde Colombia: unos hicieron dados, otros piezas de ajedrez, otros pequeñas esculturas. La creatividad empezó ahí. La resistencia cultural se inició cuando estábamos allí hacinados por cientos en los camarines, y no había, por ejemplo, máquinas de afeitar, y un viejito encontró por ahí un alambre pequeño e hizo una máquina de afeitar. No sé cómo la pudo hacer. Claro, tú te afeitabas con eso y quedabas sangrando. Pero te afeitabas, ¿te fijas? Ahí tienes un ejemplo de creatividad. Cuando nos sacaron a las galerías del Estadio Nacional, después de varios días, yo recuerdo que me senté, vi un pedazo de madera suelta, e hice una cuchara con ese pedazo. Todos estos son gestos de una resistencia cultural inicial. Y después empezamos a cantar, primero despacito, luego cada vez más fuerte. Fue algo que nos ayudó muchísimo, que nos sigue ayudando. No hay que olvidarse que hay todavía como 600 presos políticos en las cárceles chilenas. Con todo el trabajo que se logró hacer en las cárceles y campos de concentración, grabados, pinturas, artesanía, etc., superando con ingenio y creatividad las restricciones materiales y sobre todo la censura oficial, se podría hasta formar un museo.

—*Luego, cuando saliste de Chacabuco, ¿te fuiste a Santiago?*

—Yo me fui directamente a Isla Negra, a la casa de mis suegros, a tratar de reponerme y sacarme el trauma de encima, que era bastante grande. Me quedé dos meses ahí y luego me fui a Santiago, para hacer una petición a través del Cardenal y ver si se podía editar el disco. Claro que había que ser bastante patudo: le pedimos al coronel Pedro Ewing que nos autorizaran a editar el disco para ayudar a los presos políticos y sus familias. Por supuesto que nos dijeron que no: enviaron una carta global diciendo que se rechazaba la petición y en segundo lugar que me olvidara de la canción y de la poesía, dando como razón que mi voz y mi imagen traían nostalgia de la Unidad Popular. Esta carta —y la respuesta no dejó de impresionarme— debe estar en alguna parte. Como no podía trabajar en lo mío, tuve que empezar a ingeniármelas: primero a usar la renoleta como taxi y para acarrear niños de los colegios, para ga-

narme unos pocos pesos. Después vi que una solución era el sindicato de Vilarín: el transporte. Pero para eso había que tener plata para agenciarse un camión. Yo no tenía plata, pero de pronto surgió uno de esos ángeles guardianes, en ese caso un italiano que siempre que venía de Europa pasaba a La Peña a vernos, y me preguntó que cuánto me faltaba. Me mandó lo que necesitaba y pude comprarme el camión. Tuve que entrar al sindicato de Vilarín, porque si no no podía trabajar. Esas son las... ¿cómo podríamos llamarlo?...

—...*las paradojas de la vida...*

—Claro, las paradojas. Yo en el sindicato de Vilarín, pagando mis cuotas... Entonces me dediqué al mal endémico chileno: al vino. No a tomármelo, sino a transportarlo. Una amiga que está ahora en Europa, la Carolina, me puso en contacto con un productor de vino de Talca. Un vino hartó malo, y que tenía un nombre muy apropiado: "Vino La Tronera". Entonces con un amigo, al que habían echado del Banco Central, nos hicimos socios y nos dedicamos a trabajar por un año. Comprábamos vino y lo vendíamos en algunas botillerías de izquierda, a un radical por aquí, un socialista por allá, y así, que nos hacían pedidos de damajuanas. El tiempo fue pasando hasta que, algo muy misterioso, no te podría decir cómo fue, unos detectives que eran amigos de otros amigos me mandaron un recado, diciéndome que se iban a abrir las puertas y que era el momento en que podía echarme el pollo. Me citaron a Investigaciones, a una entrevista muy corta con el jefe de la policía política, y ahí vi que tenía una ficha desde la época en que tenía doce años. Mi mujer, la Carmen Orrego, no tenía nada, y le dijeron que su único pecado era haberse casado conmigo. El gallo que me tomó la declaración, un detective viejo, me dijo, "mire, yo tenía todos los discos de ustedes, y he tenido que esconderlos todos".

Salimos de Valparaíso en barco, con la intención de irnos a Canadá...

Desde el exilio

—*Pero antes de salir de Chile compusiste varias canciones, que están fechadas antes de tu exilio...*

—Claro, compuse muchas, pero sólo las podía cantar en la casa, o donde algunos amigos...

—*Es una serie de canciones bien destacadas, y que están fechadas en Chile. Entre ellas esa que dice "Qué será de mis hermanos...", que piensa en el exilio desde el punto de vista de alguien que aún no ha salido de su país...*

—Es verdad. E incluso en el estribillo aparece la problemática del hombre que está allá, que está angustiado, que quiere quedarse pero que presiente que tendrá que salir.

—*Parece que viviste una situación bien compleja en esos momentos, porque cuando estuviste preso en Chacabuco tenías un gran apoyo popular, y de algún modo te sentías en contacto con mucha gente...*

—...sí, con todo el mundo...

—...*pero cuando te fuiste a Santiago tuviste que vivir muy aislado...*

—Bastante aislado. Había gente que me veía en la calle y me evitaba, y los pacos que me reconocían en la carretera, con el camión, me paraban, y no para felicitarme ni mucho menos... Hasta un poco antes había sido distinto. Cuando estaba en el Estadio, donde había pasado “colado” algún tiempo, porque mi nombre completo es Luis Angel Cereceda Parra y a Cereceda no lo conocía nadie y podía estar tranquilo, un día llaman por los altoparlantes a Angel Parra y yo tengo que ir hasta el punto negro del Estadio. Entonces recibí de los que estaban allí, de mis hermanos, el aplauso más grande que he tenido en mi vida (¡qué Caupolicán ni ocho cuartos!). Fue una experiencia emocionante que nunca voy a olvidar. En Chacabuco fue parecido, aunque con algunas diferencias. Allí la gente se fue ubicando en una especie de zonas sociales: había algunos que estaban en lo que llamábamos “el barrio cívico”, y otros que nos ubicamos en las “poblaciones”, nomás. Allí conocí a un viejo campesino de Buin que me enseñó a tallar en madera, y hasta el día de hoy hago pequeños trabajos en madera. Otros se ubicaron de acuerdo a tendencias políticas o a profesiones (los médicos, los abogados, etc.). Después la gente se organizó para trabajar en distintas actividades y yo me dediqué al conjunto musical, hasta que salí libre.

—*Cuando empezaste a componer canciones nuevamente, en Santiago, ¿lo hacías con la seguridad de que ibas a poder comunicar esa obra a tu público y que ibas a poder continuar tu profesión?*

—Por supuesto. Uno en situaciones conflictivas tiene que trabajar en lo que venga, pero yo sabía que no iba a ser camionero toda mi vida, y que algún día iba a poder dedicarme nuevamente a mi obra. Mis intenciones no eran salir de Chile, realmente, pero cuando a tí te van cercando, te van aislando, te amenazan con llamadas telefónicas, se instalan descaradamente con largavistas a mirarte desde el frente de tu casa...

—...*para que no te quepa duda de que te están vigilando...*

—...claro, y cuando ves que hasta la vecina, a quien le había comprado una concertina antes, va y te denuncia, llega un momento en que uno se siente presionado a salir.

—*Tú te fuiste primero a México, ¿verdad?*

—Sí, llegué a México de pura casualidad, gracias a la buena voluntad de un agente de la línea aérea. Ocorre que llegamos a Panamá y como era día de fiesta no había policías, por lo que no nos

marcaron la entrada. Pero como no habíamos entrado oficialmente no podíamos salir después, lo que nos creó una situación bien conflictiva. Estuvimos en el aeropuerto como 24 horas, con los niños, sin saber qué hacer, hasta que el agente nos puso en un avión para México, sin tener visa. En México nos detuvieron y nos dejaron en una pieza del aeropuerto. Entonces me acordé que tenía el teléfono de Miguel Littin, lo llamé y a la hora, luego que se movieron los “pitutos” con las autoridades de gobierno, estaba con Miguel celebrando el encuentro con una botella de vino, y con visa para estar hasta cuando quisiera en México. Fuimos a Canadá por un mes a ver al hermano de Marta, y luego volvimos a México, donde me ofrecieron trabajo en un centro cultural que se había formado, la Asociación Cultural Coyoacán (salas de exposiciones, biblioteca, teatro, y la Peña). Una gente muy linda, de una generosidad extraordinaria. Yo creo que la Peña del Angel sirvió para difundir la nueva canción chilena y agrupar a los jóvenes cantantes mexicanos. Fue importante para muchos artistas, como Amparo Ochoa, Nopaleira, etc., y sobre todo para que los jóvenes logaran romper con ese terrible sindicato oficial que había en México y crearan ahora un sindicato independiente. Yo creo que fue muy positivo ese trabajo en la Peña del Angel...

—Y, además, después empezaron a proliferar las “peñas” en México, dando a conocer a nuevos cantantes mexicanos...

—Exactamente, se crearon después varias peñas allí.

—¿Tú te habías relacionado antes con la música mexicana? Porque Violeta Parra comenzó en Chile cantando temas populares de México, y esa tradición es muy fuerte en los sectores populares del país.

—Yo compuse una canción, “México 68”, luego de la matanza de Tlatelolco, en homenaje a las luchas populares y estudiantiles de México, y cuando llegué allá me di cuenta que esa canción me había hecho muy popular en el país. Yo la escribí como una expresión de solidaridad y una declaración de principios, en el sentido de una identidad social latinoamericanista, y esa canción pasó a formar parte natural del repertorio nacional de México.

Luego me vine a Europa, donde llegué a la hora del café, pero cuando ya se había acabado el café. Me costó empezar, conseguir algún apoyo, encontrar patrocinio para cantar en un teatro (porque si empiezas cantando en el Metro van a pasar años antes que llegues a una sala). Después empezó un trabajo más organizado, con Isabel, la grabación de algunos discos, y nuestra actividad ha tenido un ascenso continuo, porque el interés por la canción chilena y latinoamericana es muy grande. Ahora los grupos y cantantes chilenos somos invitados a presentarnos a lugares tan distantes como Melbourne, Tokio, Caracas, Estados Unidos, Canadá, Helsinki, donde vamos en unos días más, y hay gente que canta canciones de la

Violeta y otros autores latinoamericanos en otros países, que han traducido nuestras canciones a otros idiomas, todo lo cual significa que este movimiento se difunde más y más. Y este es un movimiento que no se inició solamente con la Violeta o con la obra de la "nueva canción", sino que viene de mucho tiempo atrás, ligado a las luchas de los trabajadores chilenos. Yo siempre tomo como ejemplo a Recabarren, que cuando fundaba un sindicato creaba, además, un diario y un teatro, un grupo musical, o había alguien que recitaba. Nosotros somos la continuación de esa tradición. Y ahora mismo en Chile hay jóvenes que continúan el trabajo que nosotros iniciamos en los años sesenta, y no hay reunión o acto que no se abra con un buen conjunto, o con danzas, o con la presentación de un buen poeta joven.

—Otra de las paradojas es que a los artistas chilenos los exiliaron para silenciarlos, pero han alcanzado afuera una difusión que difícilmente habríamos imaginado antes...

—Sí, con decirte que hasta *El Mercurio* saca cada año una especie de balance, una nota sobre "Artistas chilenos en el exilio"...

—¿Crees que en el desarrollo de tu obra hay una etapa que se pueda diferenciar como correspondiente a una "etapa del exilio"?

—Creo que se puede diferenciar atendiendo a los textos de las canciones, porque en todos ellos está presente el tema del exilio. Y en ese sentido, se trata indudablemente de una etapa distinta.

—El primer disco que editaste al salir de Chile es "La Libertad. Angel Parra de Chile". ¿Y después?

—Después salió *Chacabuco*, que salió como documento, y *La Pasión según San Juan*. Después salió *Angel Parra en París*, que es un álbum doble, seguido por *Guitarra Popular Chilena* (temas en guitarra), *Oratorio para el pueblo*, con el grupo Ayacucho y coro, y otros.

—Antes del golpe estabas trabajando en el tema de Recabarren, con el disco *Pisagua*. ¿Este trabajo salió en Chile?

—Sí, alcanzó a salir antes del golpe. Después lo retomamos en La Habana con el grupo Moncada, una grabación bastante linda, y va a salir aquí por tercera vez. Porque cuando *Chantes du Monde* tenía el catálogo chileno, al quebrar y vender los derechos, varios discos nuestros quedaron fuera de catálogo. Pero ahora hay una casa grande que va a sacarlos de nuevo. Son unos doce o catorce discos editados aquí en París.

—Es un tema sobre la represión política en el año 47, pero al oírlo ahora aparece referido a todo lo que se vivió en Chile con el golpe militar.

—Es la experiencia de represión política que vivió mi padre, y yo jamás me imaginé que me iba a pasar a mí. Quizás tenía algo premonitorio...

—¿En qué estás trabajando ahora?

—Ahora estamos preparando *La Pasión según San Juan* y el *Oratorio de Navidad* para el festival de coros de San Vidal. Y lo otro es la preparación de una serie de 12 conciertos para el espectáculo “Chile en Septiembre”, en homenaje a mi mamá. Nosotros elegimos a la Violeta porque es un personaje simbólico y unitario no solamente de los chilenos, sino de los latinoamericanos. En ese homenaje están implícitas otras figuras como Neruda, Víctor Jara, y los miles y miles de compatriotas que están en Chile luchando por las mismas convicciones sociales y culturales. Y, además, sigo componiendo, trabajando todos los días. El otro día iba pasando por el cementerio y en diez minutos salió esta canción (que es absolutamente exclusiva, y no la conoce ni mi mujer):

En una colina verde
mirando al mar si es posible
yo pediré que me entierren
en un país que no existe.

Cual marino en el desierto
yo pediré lo increíble:
las estrellas al alcance
de la mano del humilde.

Y pido la transparencia
del agua de la vertiente
y la rosa de los vientos
para dársela a mi gente.

A mi gente que eres tú
María la penitente,

y aquellos que en el combate
te dirán siempre presente.

Al generoso artesano,
al campesino prudente,
al minero del diamante,
al sabio y al inocente.

Yo te amaré sin razones,
sólo por querer amarte,
sin miedo ni obligaciones
como sabe amar mi gente.

Soy libre y el corazón
me late dentro del pecho.
Ni prisiones ni amenazas
me quitan este derecho.

—¿Qué sabes de la recepción que ha tenido tu obra y la de Isabel en Chile? Porque aunque los discos no se pueden vender allá, sabemos que la gente los escucha...

—Sí, porque la gente que viaja a Chile los lleva en carátulas diferentes, o llegan cassettes que se van copiando y pasando de mano en mano, y, además, porque el sello Alerce ha hecho un trabajo bastante importante, hasta llegar a ganar un espacio “legal”. Así es como editaron en cassette (porque no sacan discos), la *Guitarra popular chilena*. Y no hay nada que objetarles: ningún tema “subversivo”. También sacaron en cassette el disco *Acerca de quien soy y no soy*, de Isabel. La gente en Chile, y con ello me refiero al pueblo, sabe dónde estamos, qué hacemos, qué producimos. No sé lo que sabrán los políticos o los aparatos de inteligencia del gobierno.

—En Chile se están haciendo investigaciones sobre la canción que está surgiendo ahora, y en uno de esos trabajos, sobre el llamado

“canto poblacional”, se destaca un lazo de continuidad entre lo que hacían ustedes antes y lo que se produce hoy a nivel popular.

—Sí, yo creo que hay un puente que no se ha cortado nunca, o una especie de cordón umbilical que alimenta los dos brazos de este río que por ahora se ve separado por los continentes o los océanos. Yo no siento que la distancia física nos haya ido alejando.

—*Y en el exilio, además, han surgido grupos musicales jóvenes en casi todos los países.*

—En todas partes. El otro día me caí de poto cuando, en un acto cultural en Berlín, anunciaron un grupo de danzas folklóricas chilenas. Y aparecen unos cabritos y cabritas altos, hermosos, bien alimentados (llegaron cuando tenían cinco años) cantando y bailando en forma maravillosa. En muchas partes han aparecido conjuntos así. Me contaban que en Alemania el Ministerio del Interior valora en forma superpositiva el exilio chileno, porque cada vez que se reúnen a hacer algo resulta una conferencia, una película, una exposición o un concierto. Aunque hay algunas notas negativas en el exilio, hay que destacar esta capacidad que hemos tenido para desarrollar nuestra cultura y dialogar abiertamente con la del país que nos ha acogido.

El canto hermano

—*Otra de las facetas de tu trabajo, y en esto sigues la huella de Violeta Parra, es la recuperación de una serie de formas tradicionales (estructuras poéticas, ritmo, formas musicales, instrumentos), pero no para mantener simplemente la tradición folklórica, sino para reformular sus nuevas opciones artísticas...*

—Sí, no se trata de mantenerse en los marcos tradicionales, ni menos en la actitud regionalista según la cual lo que es, por ejemplo, de Carampangue se debe cantar de una manera y no se puede llevar más allá de Carampangue...

—*Pero, además, tu perspectiva busca devolverle el legado folklórico una funcionalidad histórica, es decir, que permita formular las nuevas situaciones y dilemas nacionales...*

—Y también latinoamericanos. Recuerdo que cuando empezamos con Isabel a tocar la quena, el charango, e incorporamos el cuatro venezolano, mucha gente se extrañó y dijo despectivamente que estábamos tocando música de indios o que no nos ceñíamos a la tradición “chilena”. Pero lo que queríamos, al hermanar esta tradición popular continental, era superar los viejos esquemas folklóricos cerrados, de museo, y acercarnos al sueño bolivariano uniendo su expresión musical. Uniéndolo por lo menos en la música. Y ahora tú ves que cualquier conjunto hispanoamericano toca con naturalidad el cuatro venezolano, el triple colombiano, el charango de las

zonas andinas, la guitarra de origen hispano, el bombo y las distintas percusiones. Este es para mí uno de los grandes logros que me enorgullecen, y cuando recuerdo que fuimos los que iniciamos esta apertura con la Isabel veo que ese paso estaba bien orientado. El que ahora canten a la Violeta en distintos países hispanoamericanos, con una variedad de instrumentos y con diferentes matices, es un buen ejemplo de la hermandad continental que ha alcanzado nuestra música. El otro paso, y lo estamos viendo ahora, es el que han dado los brasileños, con Chico Buarque, Raimundo Fagner, y otros grandes cantantes y compositores, que están incorporando los instrumentos y expresiones musicales del resto del continente. Nosotros hemos estado en contacto permanente, desde que iniciamos la Peña, el año 65, con Alfredo Zitarrosa, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Daniel Viglietti, y esa relación se ha mantenido constante a lo largo de estos veinte años y el cúmulo de experiencias que hemos vivido. El movimiento de la nueva canción surgió en circunstancias propicias, supo responder a las expectativas de un lenguaje unificador y movilizador, y fue creciendo como un río que sigue expandiendo sus aguas. Es un fenómeno que adquirió vida propia, que no ha necesitado promociones comerciales, y que ahora concita la atención de gente de otros continentes.

—*Sí, vemos que la nueva canción se está convirtiendo en un objeto de estudio en varios centros universitarios, y ya han aparecido varios trabajos meritorios. En Estados Unidos, además, de dos conferencias que han presentado "paneles" sobre el tema, sé por lo menos de tres universidades en que se han ofrecido seminarios sobre la nueva canción.*

—Yo mismo cuando estuve en Estados Unidos, esa vez que nos encontramos allá, recibí una invitación para ir a dar una charla a una universidad de California. Yo estaba aterrado, porque antes solamente había entrado a una universidad a cantar, y allí me encontré con gente que estaba interiorizada en el tema y que me asediaba con las preguntas más variadas.

—*Llama la atención que en tu obra más reciente estés incorporando ritmos musicales provenientes de tradiciones ya no simplemente nacionales (ritmos españoles, mexicanos, argentinos), pero con una temática centrada en una experiencia común, fácilmente reconocible.*

—Es que también me interesa ampliar las posibilidades del legado musical, como una forma de llegar a un público más amplio. A mí me gusta mucho el tango, por ejemplo. Pero no se trata de repetir lo que ya se ha hecho en esas tradiciones. Si escribo un tango, es para dar cuenta de la experiencia que hemos vivido, por ejemplo, los chilenos exiliados. Acabo de componer el tango "Don Fernando el viudo", la historia de un chileno que conoce y se enamora de una compañera uruguaya, quien muere y luego es enterra-

da en el cementerio de Montparnase. Son temas que se nutren en nuestra cotidianidad y tratan de definirla. También escribí un tema de homenaje a Atahualpa Yupanqui, siguiendo su estilo. Lo hice pensando en la Violeta, a quien la reconocieron cuando ya estaba muerta. Esta canción la canto en todas partes como un homenaje a un autor que está vivo y todavía creando. Sé que después le van a llover los homenajes, pero lo importante es reconocer su obra ahora.

La herencia de Violeta Parra

—Violeta Parra ha sido considerada una de las precursoras del movimiento de la nueva canción latinoamericana...

—Y lo es en muchos sentidos. Eso no deja de reconocerse. Me acuerdo que cuando estábamos aquí en París, el año 62, después de una manifestación estudiantil en Santiago, Violeta me compuso a mí “Que vivan los estudiantes”, cuando yo me volvía a Chile. Esa canción ha pasado a ser un símbolo de las luchas estudiantiles en Latinoamérica, por su contenido. Yo creo que la presencia de la Violeta es muy fuerte, y no sólo por su talento extraordinario y por la variedad de su obra creadora. Creo que hay algo más, algo que no podría explicar bien. Yo vi siempre a mi mamá desde dos aspectos: como hijo y como alguien que entendió desde cabro chico que esa señora tenía un talento genial. Yo nunca fui a la escuela, excepto un año en que vivimos en Concepción, cuando mi mamá fue invitada a la universidad a trabajar en el Museo de Arte Popular, y por el hecho de que enfrente del Museo de Bellas Artes, donde vivíamos, estaba el Liceo, entré a primer año de humanidades. Posteriormente mi mamá me dio a elegir entre seguir en el colegio o irme al campo a estudiar con un cantor popular. Mira tú la percepción que te da, esta señora de los valores que se ofrecían a un muchacho en Chile. Yo me fui a vivir con ese cantor popular por un año, y ese guitarrón que ves ahí me lo regaló él. Yo tuve la posibilidad de interiorizarme en la tradición del canto popular en la fuente misma.

—En ese tiempo la Violeta estaba realizando una tarea de investigación folklórica, que no era valorada en los sectores universitarios porque supuestamente ella no tenía “formación académica”.

—Sí, porque lo que ella hacía no era “científico”.

—Pero el trabajo de recopilación e investigación folklórica que hizo constituyó en cierta medida la base de lo que se fue haciendo después.

—Entre otras cosas, ella sacó del anonimato los pocos guitarrones que estaban quedando, y muchas expresiones de la música popular que estaban marginadas. Los grupos folklóricos de ese

tiempo se disfrazaban de huasos, con espuelas y mantas caras, como muñequitos lindos, para imitar a los patronos y entretenerlos en las fiestas, en la ramada oficial o en un palco de la medialuna. Y los viejos cantores populares o se iban muriendo o nadie los escuchaba. Mi mamá dio una pelea muy grande por rescatar este puente vivo con la tradición popular, y ahora hay en Chile gente que hasta hace guitarrones. Y claro, no era "académico" que ella anduviera metida en el campo sin instrumentos adecuados, sólo con una guitarra y un cuaderno escolar, y yo a su lado cargando una pesada grabadora polaca, tratando de rescatar canciones perdidas.

—Después, cuando inició el proyecto de la Carpa de la Reina, al parecer quiso dar un salto cualitativo en su trabajo, buscando crear una especie de "universidad popular" que reuniera toda la actividad musical popular...

—Exactamente, eso era lo que quería. Pero no solamente de la canción. Ella quería que se hicieran clases de escultura, a cargo de su amiga Teresa Vicuña, clases de folklore para niños, con Silvia Urbina, clases de folklore del extremo sur, con el indio Pavez, y así. En el folleto de inauguración de la Carpa están todos esos cursos. Claro, era un proyecto un poco desmesurado, si tú quieres, sobre todo para un ambiente tan estricto y formal como el de Santiago. Era como poner un volcán en medio de la ciudad. Y la gente miró ese proyecto con recelo. Pero su ambición era crear allí una universidad popular del folklore, como la llamó. Lo otro es que para esto se necesita plata, y en Chile nunca se apoya a este tipo de gente talentosa que busca imponer una verdad distinta en la sociedad, sino que se las margina como a seres peligrosos. Cuando ya había muerto comenzaron a prodigarse las loas, las alabanzas, los homenajes, pero yo, que viví con mi mamá hasta que me casé, conocí muy bien la cantidad de *no* que le dijeron. Y conocí también a los pocos que le dijeron *sí*: gente de gran valor como Raúl Aicardi, Ricardo García, René Largo Farías, Patricio Bunster, Gonzalo Rojas, Pablo Neruda, Fernando Alegría...

—¿Piensas que se está dando ahora una tendencia a mitificar a la Violeta, olvidando las contradicciones que tuvo que enfrentar y la lucha que dio para que reconocieran su obra?

—Sí, hasta los sectores reaccionarios reinvidican ahora a la Violeta, pero la reconocen sólo como la autora de "Gracias a la vida", o de "La jardinera". Y nada más.

—Se han escrito varios libros sobre la vida y obra de Violeta Parra, o que recopilan sus canciones. ¿Tú crees que la imagen que han dado estos libros es completa?

—No, siempre es incompleta, siempre falta algo. Por eso creo que el libro publicado por la Isabel, y que contiene muchos materiales inéditos, es una contribución importante. (Nota: se refiere a

El libro mayor de Violeta Parra, publicado en Madrid por Ediciones Michay en 1985.) Hay que considerar que nadie podría tener la verdad absoluta en esto, nadie podría decir que la Violeta era de esta manera o la otra. Cada uno la ve desde la posición relativa que estableció con ella. Y mi mamá podía ser a veces un volcán explosivo y otras un lago de una ternura maravillosa.

—¿Qué aspectos de la herencia de Violeta Parra te ha interesado desarrollar más?

—Yo tengo una preferencia especial por ese tipo de canción de raíz folklórica, por esa expresión popular que es a la vez aparentemente sencilla, frágil, pero a la vez fuerte, de choque. ¿Qué aprendí de la Violeta? Ella me enseñó cómo se hacía una décima, una décima con redondilla, un parabién, cuál era la estructura de una tonada, de una cueca. Y eso está presente en todos los ritmos de mis canciones. Y lo otro, sin duda lo más importante, es una actitud ante la vida y la sociedad, que exige ser lo más franco y honesto posible ante cada circunstancia. Eso la Violeta lo decía siempre, y es una actitud que es muy evidente en todas sus canciones y poemas. Esto es, naturalmente, un ideal difícil de alcanzar, pero yo he tratado de seguirlo y siempre les digo a los cabros más jóvenes, y a mis hijos, que ése es el camino. A mí me tocó vivir en otro período, ya integrado a un movimiento político y a una causa colectiva que le da un apoyo más definido a mi trabajo, que lo integra a otras tareas orientadas por el mismo sueño. Para mí la vida no tiene sentido si siguiera un desarrollo individualista, buscando el éxito o el reconocimiento personal. Y no voy a renunciar tampoco a la cultura popular, esa cultura que tiene cientos de años, y que se expresa en la cerámica de la zona central, en la artesanía de Chiloé, en la rica tradición mitológica, en las historias y leyendas de los mineros del norte, en los grabados en madera, en ese mapa amplio y variado de danzas y canciones que nos ofrece el país, porque esa cultura —sin renunciar por cierto a las transformaciones tecnológicas— es una base que sigue vigente. Y es a través de esos lazos que yo me sigo comunicando con los chilenos en el exilio.

—A mí me ha llamado mucho la atención, en las giras que has hecho a Estados Unidos (y seguramente esto se da en todas partes), la facilidad que tienes para comunicarte con la gente e integrarte a los grupos chilenos fuera del escenario. A tí nunca te mandan a un hotel en las giras, sino que se pelean por ofrecerte la casa, e incluso discuten sobre la comida que te van a tener. Recuerdo que en Seattle se propusieron ofrecerte una comida típica de Valparaíso, y la comisión respectiva hizo una campaña tremenda buscando locos, hasta que lograron encontrar unos tarros en un lugar de California, y tuviste en la mesa esos famosos locos con mayonesa.

—Esa posibilidad de compartir con la gente la valoro mucho.

Porque, además, es una de las bases de mi trabajo. A través de ese contacto personal yo voy recogiendo experiencias, inquietudes, dilemas, sueños, y de ese material de vida surge de pronto una canción. De alguna manera seguimos siendo como esos juglares o trovadores —esas discotecas ambulantes de antes de la época del disco— que se desplazan estableciendo una comunicación viva con el público.

—*Los Parra se han ido convirtiendo en Chile en una especie de paradigma de la “familia cultural chilena”, en una suerte de institución nacional. ¿Cómo has tenido que vivir tú esto?*

—Yo lo tomo como eso ha venido, simplemente. Es algo que viene desde mi abuelo, que era un cantor aficionado. Casi todas las familias en Chile tienen a alguien que canta, que ha escrito algún poema, que baila, etc. La diferencia es que nosotros nos especializamos. Comenzamos en el circo de mi tía Marta, en los años 50, donde estaba toda la familia participando: mi tío Nene, el tony “Canarito”; mi tío Lalo, que hacía de maestro de pista (el señor Corales), mi tío Talo, que bailaba una danza de moda en la época, el boogie-boogie; mi tío Joaquín, que era campeón amateur de box en Chile, y para atraer público al circo desafiaba a pelear al boxeador del pueblo donde estábamos, y se llenaba la carpa, yo mismo, que era un eximio bailarín de cueca a los cinco años, y que luego de vender turrónes bailaba la cueca final con la señorita más linda del pueblo; una de mis primas bailaba mambo, otra hacía contorsiones, y así. Somos “cirqueros”, y yo ahora comienzo a darme cuenta que esa formación fue muy importante para nosotros. Sobre todo porque era un trabajo de equipo, en familia, que es algo que no siempre puede resultar. Luego está mi tío Roberto, con sus “cuecas choras”, que es una especie de monumento nacional, y que canta la vida de los sectores marginales (el afuerino, el vequino, el carrilano, el que recorre Chile a pie, sin tener nunca un trabajo permanente, el mundo de los burdeles, etc.). Es una zona de la realidad muy importante, y el arte popular que la refleja es también digno de estudiarse. Sin desmerecer el trabajo que se hace para dar a conocer la cultura internacional, creo que además de estudiar, por ejemplo, la poesía francesa del siglo XIX hay que estudiar a nuestros poetas populares del siglo XX. Ahora mi tío Roberto se ha dedicado a construir instrumentos, de modo que pasó de experto en *boogie-boogie a luthier*. Mi tío Lalo (Lautaro) sigue siendo dirigente del sindicato circense, y el tony “Canarito” sigue haciendo una brillante carrera en su arte. Mi tío Nicanor es conocido como un poeta de renombre internacional. Isabel y yo seguimos nuestro desarrollo como compositores y cantantes populares...

—*Y luego vienen los hijos... ¿Quiénes empiezan a perfilarse como artistas?*

—Bueno, están mis dos hijos: Angelito, y la Javiera. Ellos ya

tienen sus conjuntos, han hecho presentaciones en conciertos, en la televisión, y seguramente van a seguir su propio camino como artistas. La hija de Isabel, Tita Parra, tiene un talento y una sensibilidad extraordinarios, y ya ha grabado dos discos importantes. Los hijos de mi tía Hilda también cantan, y hasta las hijas de mi tío Roberto, una cabritas chiquititas, ya comienzan a seguir el ritmo de las cuecas choras. Hay familias que son así.

—*De lo que se deduce que en Chile tenemos Parra pa'rato.*

—Pa'rato, y pa'muchos años más. Pero el motor principal de esta familia fue siempre mi mamá. Y luego el tío Roberto, por el que tengo un gran respeto. Es un tipo que siempre ha vivido bajo golpe de estado, en el sentido que siempre ha llevado una vida difícil, marginal, batalladora, que nunca ha buscado ni el éxito personal ni elogios, y que es un gran creador popular. Algún día se tendrá que reconocer su obra.

Volver

—*¿Cómo te imaginas el regreso a Chile?*

—Mira, hay dos actitudes respecto al regreso. Está la de los que esperan ser recibidos en triunfo, en medio de aplausos, y los que van a volver en una forma modesta, para reintegrarse a las nuevas circunstancias de vida en el país sin esperar recompensas. A mí no me interesa esa actitud triunfalista (como la que hizo Perón cuando volvió a Argentina con un grupo de intelectuales en el avión) que convierte el regreso en un espectáculo fácil. Yo tengo mucho respeto por la profesión circense como para convertir el regreso en un circo. Espero volver tal como me vine, en barco, reflexionando, esperando re-encontrar los lugares que frecuenté. Quiero volver a cantar a Lota, a Chimbarongo, al Liceo donde me llevaba mi papá, saludar a los amigos que quedaron allá. Va a ser muy emocionante eso. Además yo soy llorón, así es que voy a llegar con un tremendo nudo en la garganta en vez de corbata. Pero vamos a llegar todos con un espacio cultural ganado afuera, y con un trabajo que ha sabido convertir esa sanción que es el exilio en una posibilidad creadora. Todo lo que intentaron destruir lo hemos ido recuperando y renovando afuera, y me refiero a lo que se ha hecho en las distintas áreas culturales.

—*Y dándole un contenido nuevo. Porque las canciones de ustedes no se han quedado, por fortuna, en el recuerdo nostálgico del país perdido, sino que están instaladas en las circunstancias del presente y en las aspiraciones hacia el futuro.*

—Claro, para mí, para Isabel, eso es lo importante. No se trata de vivir mirando el pasado, sino de acercarse al futuro. Yo hablo del pasado con alegría cuando se trata de recordar el trabajo político de

mi padre, lo que creó mi madre, la labor de don Isaías Angulo, ese viejo cantor popular que me enseñó y me regaló el guitarrón. Nuestras canciones buscan expresar la vida cambiante y el ritmo íntimo de nuestro tiempo.

—¿Tienes elegida ya la primera canción que cantarás en Chile cuando vuelvas?

—No, porque esa canción todavía no la he escrito.

VLADIMIR WISTUBA

La búsqueda de una identidad musical

*...Porque la creación
es un acto
y el acto es una idea
en constante movimiento*

(Desiderio Arenas en "Oficio de tinieblas por Galileo Galilei".)

El compositor chileno Patricio Wang es considerado por muchos como uno de los músicos más destacados de su generación y de las jóvenes generaciones de compositores de Chile.

Sin embargo, Patricio Wang probablemente es una figura no del todo conocida para muchos de nosotros, aunque lo ubicábamos como un importante miembro del conjunto Barroco Andino, luego como forjador del grupo Amankai en Holanda, y finalmente como integrante de Quilapayún; también recordábamos sus arreglos de "Eleanor Rigby" (de J. Lennon y Mc'Cartney) o del "Gavilán" (de

Violeta Parra) y, además, como el compositor de las personalísimas obras vocales: "Es el colmo que no dejen entrar a la Chabela" y "Oficio de tinieblas por Galileo Galilei".

A continuación transcribimos lo más sustancial del diálogo sostenido por Wang en la Casa de la Cultura de Helsinki, los días en que Quilapayún, del que es integrante, realizaba una gira en Finlandia.

—¿Podrías contarnos algo de tu historia personal?

—Bueno, brevemente podría decir que nací en Santiago de Chile en diciembre de 1952. A los once años de

Vladimir Wistuba es estudiante de musicología de la Universidad de Helsinki (Finlandia).

edad empecé con la música con una guitarra que llegó a la casa; creo que mi padre tenía intenciones de aprender a tocar, pero finalmente yo me quedé con ella y toqué música pop llegando incluso a formar unos grupos. Luego, a los quince, ingresé en la Universidad a las carreras de Arquitectura y Composición musical. En eso estaba cuando, como consecuencia del golpe militar, fui expulsado del Conservatorio Nacional quedando con mis estudios interrumpidos. Entonces, trabajé con el conjunto Barroco Andino hasta el año 76 en que salí de Chile para poder continuar mis estudios interrumpidos. Viajé a Holanda.

—*Antes de hablar de tu estadía en Europa, ¿podrías hablar de tus maestros de composición en Chile?*

—Sí. Mi maestro principal fue Cirilo Vila en la actividad del Taller de Composición, pero sobre todo en ramos como Análisis de la Música. Cirilo Vila tenía un estilo de enseñanza muy estimulante, con él aprendí mucho.

—*¿Qué otro compositor chileno ha tenido importancia en tu formación?*

—En Chile realmente no se le daba mucha importancia a los compositores académicos. Ellos cobraron importancia cuando se unieron al trabajo de los compositores populares. Entonces, Luis Advis y Sergio Ortega creo que fueron las grandes influencias para mi generación, porque ellos influyeron en la búsqueda de un lenguaje —podríamos decir— nacional. Claro que antes ya había gente que hicieron esfuerzos muy importantes en este sentido. Gustavo Becerra, Juan Orrego-Salas y anteriormente varios otros como Allende o Alfonso Leng; todos ellos se esforzaron en la búsqueda de un lenguaje nacional, pero siempre ligados a una tradición “Universal europea”. Sin embargo, creo que Advis y Ortega son las influencias principales para mi generación.

—*¿Podrías completar un poco el cuadro, refiriéndote a tus actividades en Europa?*

—Bueno, cuando salí el año 76 de Chile yo tenía una gran urgencia en

poder completar mis estudios. Postulé a un Conservatorio de Holanda que me interesaba y fui aceptado en el Conservatorio de La Haya, donde prácticamente al otro día de mi llegada empecé mis clases con el maestro Luis Andriessen, uno de los compositores holandeses más interesantes, hoy por hoy. En Chile yo había estudiado bastante seriamente el piano, pero en Holanda me decidí a estudiar guitarra clásica. Mi profesor fue el catedrático del Conservatorio de La Haya, el uruguayo Antonio Pereira Arias. Allí mismo, hice estudios completos de Composición y Guitarra. Además, trabajé mucho componiendo para obras escénicas: danza, teatro y cine; también integraba —y aún integro— un grupo de música contemporánea llamado Hokus. También formé un grupo integrado principalmente con chilenos residentes en Holanda; el grupo se llamó Amankay; con él trabajé durante cuatro años; hacíamos obras mías y arreglos de obras de otros autores como, por ejemplo, “El Gavilán” de Violeta Parra (que después hicimos con Quilapayún y que está en el disco *La revolución y las estrellas*). Con Amankay grabamos un disco titulado simplemente *Amankay*. El año 81 me incorporé al Quilapayún.

—*Hace un momento te referías a la búsqueda de un lenguaje nacional, y esto está muy ligado al problema de la identidad cultural latinoamericana. ¿Cómo has resuelto tú este problema?*

—Yo no lo he resuelto y no creo que en Latinoamérica se haya resuelto tampoco. Lo que sí hay es una búsqueda importante en este sentido. En mi caso particular, mi búsqueda ha estado influenciada por mi estadía en Europa, particularmente en Holanda, donde se tiene una manera especial de enfrentar el fenómeno musical, su producción y la relación de la música y el compositor con la sociedad, que difiere de lo que generalmente se da en Latinoamérica. Como en Latinoamérica falta una tradición en este terreno —a la manera europea— los lenguajes musicales son muy híbridos.

dos y esto es lo específicamente latinoamericano. En el caso de Chile —que es el que conozco con más propiedad— diría que primero fue una idea política y, luego, el uso de los instrumentos latinoamericanos que se integran a nuestra música (como en el caso de Violeta Parra); después viene la experimentación, como en el caso de la *Cantata Santa María de Iquique*. A mí, el contexto de producción de la música académica tal como se da en la música clásica, no me interesa. Creo que el compositor académico —quizás— nunca se ha encontrado más solo que en esta época, porque está generalmente desvinculado del contexto social. En lo personal me interesa particularmente la música en la escena, en el teatro, me interesa el gesto, o sea, todo aquellos elementos que en la música académica quedan casi siempre de lado, y me interesan los factores sociales que influyen en la música. Por esto para mí es importante tomar en cuenta, al componer una obra, cuándo y para quién la compones. Yo no compongo para un intérprete cualquiera, mi trabajo —la mayor parte de mi trabajo— está dirigido hacia un intérprete específico, o sea, me interesa saber quién va a interpretar lo que compongo y dónde, cómo y para quién. Por ejemplo, "Oficio de tinieblas por Galileo Galilei" lo compuse para Quilapayún, que es un grupo preocupado fundamentalmente de la música popular, y éste es mi interés, en el que coincido con los intereses del grupo, y por eso me uní a este experimento. Es entonces en el interés por la música popular donde yo creo que reside gran parte del potencial de la nueva música latinoamericana; o sea, yo pienso que por ahí va la creación de un lenguaje latinoamericano y no por otra parte.

—*Al tener en cuenta tus obras más conocidas, podríamos decir que tú también te incluyes dentro de una de las tendencias peculiares de la música de Chile, o sea, aquella en que se une un texto poético con música, como se aprecia en la Nueva Canción y en el*

llamado Canto Nuevo, pero también en la música vocal académica, donde encontramos casos como el oratorio "Macchu Picchu" de Gustavo Becerra. ¿No te parece?

—Sí, yo me acerco, por ejemplo, a Becerra en el sentido de aplicar en la música popular una serie de elementos estilísticos y técnicas en general poco usuales en ella. Me interesa (algo que muchas veces no se logra, hay tantas obras donde el texto es una cosa y la música otra) aunar de una manera muy estrecha la forma de un texto, con la forma y el ritmo en la música. Con Desiderio Arenas, cuando nos propusimos hacer "Oficio de tinieblas...", pensamos que uno de los puntos de partida iba a ser el lenguaje hablado. Entonces, yo utilicé algunos recursos como esto de un canto sobre un ritmo, el canto gregoriano, el canto silábico sobre una nota. O sea, la búsqueda, en mi caso, podemos decir que es mucho más sencilla que en otros compositores porque yo dejo de lado, no utilizo o no desarrollo todos los recursos que pudiera emplear en una obra; me interesa saber cuál es el resultado de aplicar una cierta cantidad de procedimientos armónicos y rítmicos a un texto hablado en español, o sea, experimentar en la búsqueda del ritmo del español, buscar su ritmo musical y ver qué da en términos de música, y... manipularlo, claro. Entonces, me interesa dejar fluir libremente las palabras, de modo que ése sea el punto de partida, que eso genere la música.

—*Por ahí se suele hablar del "peso de la nostalgia" entre los chilenos exiliados. ¿Cómo te toca este fenómeno?*

—Bueno, mi relación con Chile es como toda relación sentimental o emotiva; es bastante conflictiva, con amor pero también con algo de odio. Yo asumo mi chilenidad con toda la carga emotiva que esto significa por las causas que todos conocemos; pero, por otra parte, yo no asumo mi estadía de nueve años en Europa como un "estar no estando". En Holanda, desde mi llegada, he tenido la

posibilidad de tener mucha actividad en terrenos como el cine, el teatro y la danza, etc., y quizás por esto no se me planteó la disyuntiva de "deshacer o no las maletas"; simplemente no tuve tiempo de preocuparme de ellas. Otra cosa significativa es que nunca me

había sentido más latinoamericano que en Holanda. Como en muchos otros, en mí la percepción de Latinoamérica era más bien algo literario; acá afuera nos hemos hecho realmente latinoamericanos.

ALFONSO PADILLA

Atahualpa Yupanqui, voz mayor americana

A menudo se habla de Atahualpa Yupanqui y de Violeta Parra como de los "padres" de la nueva canción en el continente. Esta frase general no tiene en cuenta todos los hechos. Cuando Violeta comienza a componer sus canciones más significativas (de "Casamiento de negros" adelante), Atahualpa había transitado ya un cuarto de siglo como músico popular dedicado a su profesión en cuerpo y alma. A su haber había ya centenares de canciones y muchos discos. Hacia esa época ha habido conocido la cárcel y el destierro varias veces. También en ese entonces su canto y su poesía habían logrado penetrar en la Argentina y otros países del continente con la misma fuerza que Neruda en Chile y en el mundo de habla hispana. Al menos habría que decir que, si Violeta es la madre del movimiento, Atahualpa es el abuelo.

* * *

Atahualpa Yupanqui (nombre civil Héctor R. Chavero) nació en enero de

1908 en Campo de la Cruz, al norte de la provincia de Buenos Aires. Sus padres fueron un ferroviario criollo y una emigrante vasca. Desde pequeño se acostumbró al sonido ora triste ora alegre de la guitarra, sea tocada por su padre, tíos o los estibadores que merodeaban su casa. A los ocho años de edad comienza a recibir lecciones sistemáticas de guitarra con el profesor Bautista Almirón, quien lo introduce al mundo de Granados, Albéniz, Tárrega, Bach, Beethoven, Schubert y otros maestros. Rompiendo el dogmatismo tan habitual de la enseñanza/aprendizaje de un instrumento clásico, Atahualpa se forma tanto en el repertorio así llamado culto, como en el tradicional que va aprendiendo de los músicos populares de la pampa, olvidados y despreciados por el "gusto oficial" de la época.

Como muchos de los grandes músicos populares del continente, Atahualpa ejerce diversos oficios para poder sobrevivir. A veces trabaja de obrero, otras como periodista, por allá como maestro de escuela o tipógrafo.

Alfonso Padilla es musicólogo. Vive en Helsinki, Finlandia.

Pero sobre todo es caminante. Recorre el país a lomo de caballo o mula recogiendo versos, cantos, danzas, leyendas, mitos, cuentos y llevando a cada lugar sus propias creaciones que afloran desde temprana juventud. Va conociendo el rico mosaico poético y musical de las diversas regiones de la inmensa Argentina. Con todo ese acervo va y viene hacia y desde Buenos Aires. En la gran capital escucha por primera vez a uno de sus ilustres predecesores, don Andrés Chazarreta, quien fuera el primero en llevar la música de los gauchos a prestigiosos teatros bonaerenses.

Después de la primera guerra mundial, Buenos Aires crece subrepticiamente con la nutrida llegada de emigrantes europeos, especialmente italianos y españoles. Durante la segunda guerra mundial la capital vuelve a tener un crecimiento explosivo, causado esta vez por la emigración rural, los "cabezas negras". Estos llevan consigo su música tradicional, que no tiene espacio ni en los medios de comunicación ni en la enseñanza musical. La presencia de la música tradicional en el mundo del espectáculo es escasa. Es aquí donde encontramos uno de los méritos más importantes de Atahualpa: la reivindicación de la música tradicional y de las creaciones con raíz folklórica y el que esta música llegara a todos los rincones del país. "Camino del indio" (1928) "Nostalgia tucumanas" y otras composiciones lo hacen conocido en todo el país en los años 30. Pero la influencia de Atahualpa se hará sentir en la vida musical de Argentina y de otros países —incluido Chile— sólo dos o tres décadas después.

En los años 40 varias de las canciones de Atahualpa producen un efecto similar al de una bomba por su contenido social y político. Tal impacto sobrepasa las fronteras argentinas y su nombre comienza a ser conocido en casi todo el continente. Pero también vienen las dificultades, vallas y prohibiciones. Atahualpa decide respirar aires europeos durante cierto

tiempo. En 1948 es presentado por Edith Piaf en el teatro Athénée, donde alcanza la consagración parisina. Al año siguiente realiza su primera gira europea, que comprende sesenta conciertos. En 1951 regresa a la Argentina y comienzan sus actuaciones en otros países latinoamericanos.

En la década del 50 se produce un gran auge de la "música de proyección folklórica", como se le conoce en Argentina. Atahualpa no es el único, pero es la figura central. Además de él brilla con luces propias Eduardo Falú, eximio guitarrista, compositor, trovador, con una formación marcadamente clásico-europea. Otras figuras centrales de este período son dos grupos que incluyen en su repertorio muchas canciones de Atahualpa: *Los Chalchales* y *Los Fronterizos*. Curiosamente, ninguno de ellos es oriundo de Buenos Aires. En verdad, la capital sigue aferrada al atractivo inagotable del tango. Todo el trabajo de los años 30 hasta finales de los 50 da lugar a una explosión de música popular de raíz tradicional que compite comercialmente de igual a igual con el rock norteamericano, la cumbia colombiana y The Beatles. Se trata de lo que se llamó el "boom del folklore" y duró en Argentina de 1960 a 1965. En 1961 nace el Festival de Cosquín, el más grande festival de música folklórica de América Latina. El folklore estuvo de moda. Como toda moda fue un fenómeno pasajero, pero que dejó huellas imborrables no sólo en la música popular argentina, sino también en la de otros países latinoamericanos. El "boom" aportó también elementos negativos. Las necesidades del mercado llevaron al surgimiento de un tipo de canción "pintoresquista", tarjeta postal para turistas y mentes poco críticas. Los compositores y grupos que siguieron tal derrotero están hoy prácticamente olvidados.

En sentido estricto, durante el "boom" Atahualpa no estuvo de moda. O si se prefiere, Atahualpa ha "estado de moda" durante medio siglos. Sus canciones son siempre ac-

tuales y están vivas no sólo en el repertorio de muchos de los más grandes intérpretes del continente y de España, sino que, como advierten algunos estudiosos argentinos, se ha ido produciendo una especie de "folklorización" de muchas composiciones de Atahualpa, no obstante, que el autor es conocido. Esto se debe a que sus canciones reflejan una cierta alma argentina, una cierta forma de ser argentina y en donde, a su vez, los argentinos se reconocen e identifican plenamente. "Los ejes de mi carreta", "Camino del indio", "Piedra y camino", "El arriero", "Zamba del grillo", "Preguntitas sobre Dios", "Luna tucumana", "¡Basta ya!", "Los hermanos", y muchas otras canciones son ya clásicas en todo el continente.

Atahualpa regresa a Europa a comienzos de los años 70 y se instala a vivir en París, su residencia actual. Viaja asiduamente por todos los continentes y cada cierto tiempo regresa a su país natal para ofrecer series de conciertos. Cada vez que Atahualpa regresa a la Argentina, es un gran acontecimiento cultural. ¿Qué trovador en el mundo, con el solo acompañamiento de su guitarra, es capaz de reunir multitudes de veinte o treinta mil personas bajo soles tórridos o lluvias torrenciales? ¿Qué habrá en las composiciones de Atahualpa que infuya tan decisivamente en que la gran mayoría del público de esos recitales sean jóvenes? No es cosa fácil si se piensa en el carácter íntimo que tiene la música y la poesía de este patriarca del canto tradicional latinoamericano. Tal vez el secreto esté en que su poesía y música están dirigidas al corazón y a la mente de las gentes, son obras para escucharlas una y mil veces, ofreciendo cada audición nuevos aspectos y facetas. Son canciones para ser cantadas por todos.

La obra de Atahualpa es monumental. Ha compuesto unas mil trescientas canciones, setecientas de las cuales están grabadas o impresas en discos. Los textos de las restantes

están escritos, pero la música existe principalmente en la cabeza del autor. Tiene desde breves canciones de cuna hasta obras de grandes dimensiones, como "El payador perseguido". Además de los textos de sus canciones, ha publicado varias obras poéticas (la primera, *Piedra Sola*, de 1940) y prosa (relatos, ensayos, meditaciones, conferencias). Ha participado como actor en tres películas, para las cuales también compuso la música. Muchos de sus poemas han sido musicalizados por conocidos compositores argentinos.

Atahualpa es un gran poeta, un gran poeta popular. Domina a la perfección técnicas de versificación que llegaron a América desde la España medieval y renacentista y que en los campos del continente se mantienen como tradiciones vivas. Poéticamente, Atahualpa sigue la tradición hernandiana de Martín Fierro. Ninguno como "don Ata" ha sabido cantar a la Argentina, a sus montañas impresionantes, a sus pampas infinitas, sus ríos tormentosos, su rica flora y fauna, al sol, la luna y las estrellas, al gaucho en sus penas y alegrías, al indio en su vida paciente y tormentosa, al minero y su dolor. Atahualpa está lejos del pintoresquismo fácil. Su voz es de meditación profunda, de bello lirismo, de grito desgarrado, de protesta altiva, de amor infinito por el hombre, de solidaridad humana. Sus textos denotan una honestidad difícil de lograr en la canción popular. No hay gestos heroicos ni poses premeditadas. Su camino transita los campos del arte y la cultura, pero también éstos rozan los del testimonio de un continente bullente y agitado. Y todo hecho con las solas armas de la poesía y de la música. El compromiso de Atahualpa es con la vida, su Argentina y el hombre americano, con la verdad, con los paisajes entrañables, con los pobres y desvalidos; su compromiso es estético y por eso es social y político; su voz de amor o rebeldía es un hecho cultural.

Con Atahualpa se hace presente

una tradición musical de varios siglos. Su repertorio incluye la bayuala o el desgarrante grito de tres notas del indio andino, la nostalgia de una tierra vidala, el huayno pentatónico incaico, la gallardía de una zamba, la picardía de una chacarera, el virtuosismo de un gato o de un malambo, las décimas de una milonga, o el lirismo del género conocido simplemente como canción. Sus composiciones no tienen las complejidades armónicas del tango moderno o del bossanova, pero son de una abismante riqueza rítmica. Su habilidad como guitarrista no radica en el virtuosismo del flamenco, sino en la ternura quejumbrosa y el sentimiento profundo que desprende cada nota. Como guitarrista, Atahualpa es, en el fondo, también un poeta.

* * *

Aunque la mayoría de los estudiosos del tema y de los propios compositores, trovadores o grupos otorgan a Atahualpa la paternidad del movimiento de la nueva canción en el continente (que tiene diversos nombres en cada país), Atahualpa mismo niega tal honor. "No soy iniciador de nada, sino continuador de algo" dijo él en cierta ocasión reciente. Atahualpa no cree que la historia musical de Argen-

tina o del continente deba ser comprendida como "antes de" y "después de". Los elementos de continuidad son para él decisivos. El canto de protesta en el continente no nació con Atahualpa ni con Violeta. Existen desde hace muchos siglos, mucho antes incluso de que llegaran los europeos al continente. El canto "con raíz folklórica" existe desde que el hombre habita en el continente. Sólo que esa tradición no es estática, es cambiante. La tradición no es algo para conservar, sino para renovar. Existe tradición en la medida que pueda desarrollarse, de otro modo se pierde, muere al morir el portador físico. Aquí se juntan las obras de Atahualpa y Violeta. Ellos partieron de cierta tradición, pero la ampliaron. No se limitaron a repetirla. Al ampliarla van creando nueva tradición. "La tradición soy yo", como dijera Villalobos. Vistas las cosas de este punto de vista, las opiniones de Atahualpa y de los demás son congruentes; el énfasis está puesto en lugares diferentes. Don Ata, maestro de muchas generaciones, punto de partida del renacimiento de la música folklórica y del movimiento así llamado del "canto nuevo" latinoamericano, es síntesis del canto tradicional del continente, es folklore personificado.

CONDENADO (TAMBIEN) POR DESCONFIADO

—¿Usted confía o desconfía de la gente?

—Yo no confío en nadie.

(Augusto Pinochet. Entrevista en *Qué Pasa* N° 785, 24/30 de abril 1986.)

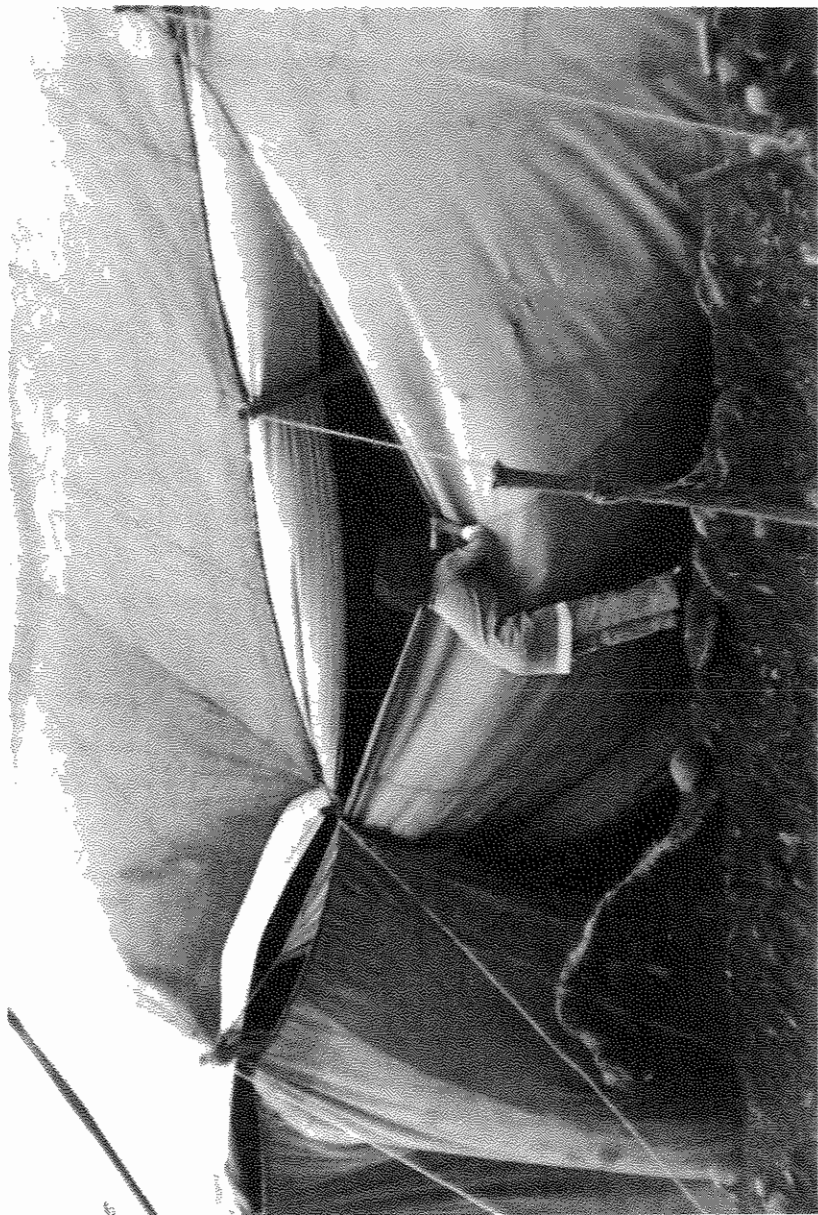


Foto Paz Errázuriz



Foto Luis Poirot

Asesinato en la Gran Ciudad

OMAR SAAVEDRA

Durante las semanas y los días que precedieron a la votación en el Congreso Nacional, el país entero se convirtió en un gato engrifado que perdió el sueño pero en ningún caso el apetito o la sed. Todos los establecimientos culinarios, desde el comedero más pelagatos pasando por los bares de empleados públicos hasta llegar a los encumbrados restaurantes de cinco estrellas, se convirtieron en fogosas ágoras que funcionaban sin interrupción todo el día y la noche, donde las razones o sinrazones que se esgrimían para referirse a los proyectos de ley que el Presidente había enviado al Congreso, corrían en las mismas proporciones que el vino y se renovaban con la misma celeridad que las fuentes vacías de causeos.

Que la abrumadora mayoría de la población civil, contando a moros y cristianos, exactamente un ochenta y siete por ciento, estuviera en indiscutible acuerdo con lo principal de los proyectos del nuevo Gobierno, no significaba ni por asomo que las discusiones en torno a ellos fueran disminuidas, desleídas o desabridas. Por el contrario, este consenso ofrecía posibilidades magníficas para el deporte de buscarle la quinta pata al gato, para el despliegue de todas las artes del argumento, para el desarrollo de diatribas peripatéticas, en fin, para todo aquello que a uno le permitiera estar en

Omar Saavedra es novelista y dramaturgo, autor de numerosas obras publicadas en alemán. Vive en Rostock, R.D.A. El texto que publicamos es un capítulo de su novela inédita *La Gran Ciudad*.

desacuerdo con algo, y así poder ponerle un poco de color a esa grisácea democracia, que en algo había que usarla, aunque fuera en esas eternas discusiones sin destino.

Esta inclinación nacional a la acalorada discusión política, aún entre partidarios fanáticos de la misma idea, era junto con el amor por el fútbol y la práctica de la brisca uno de los rasgos más típicos del hombre del país, y había llevado a algunos antropólogos berlineses a registrarlo en sus catálogos como *Homo discordabilis*. Definición vaga y estrecha de aquellos naturales que raras veces usaban las manos para aplicar bofetadas o puñetazos en hocicos contrarios, sino que las usaban más bien para dibujar en el aire los argumentos que se pronunciaban con la boca o para representar el gesto inequívoco que indicaba que el contradictor tenía un perno suelto.

Está claro que esta expresividad, tomando en cuenta los 33° 2'' latitud sur, en que estaba anclado el país para toda su vida, no alcanzaba en ningún caso las dimensiones gestuales de un comedor de guayabas o la temperatura de un bebedor de cachaza. Era simplemente una expresividad como para los días martes, chiquitita y latiguda, pero que bastaba para satisfacer las modestas necesidades de comunicación del ciudadano medio y para demostrarle al resto del mundo y de la historia, que esa aseveración de que el hombre era un animal social, también se podía aplicar a ese país que se vestía de plomo incluso para los carnavales.

Los aspectos de esta más bien indefinida idiosincrasia le interesaban sólo a los turistas porque los nacionales ya se habían acostumbrado a ella sin pesares. Esta forma de ser se había plasmado, según algunas leyendas, después de la llegada a las extensas costas del país de sucesivas olas de españoles, que con medios pacíficos, luego de exterminar a dos tercios de los nativos con los otros, lograron establecer una profunda amistad con los sobrevivientes. Y muy prolifera. Pero a las costas habían llegado también durante siglos, grupos de otras nacionalidades y religiones que constituyeron minorías muy activas para mezclarse entre sí y con los cariñosos dueños de casa. El resultado de este ir y venir por las sábanas de la historia fue un ejemplar algo oscurito y de más o menos un metro sesenta y cinco de alto en el que se habían mezclado grupos sanguíneos diversos, sin que resaltara en particular ninguno de ellos, y por el contrario, parecía que uno trataba de ocultarse detrás del otro. Lo que más podría asemejarse a un prototipo de hombre común era aquel que vociferaba como un napolitano durante los partidos de fútbol, lloraba como un judío si su equipo perdía, trabajaba como burro gallego, cantaba valsos peruanos, se amurraba como indio, sufría como chino, comía pescado crudo como un danés, tenía la fe de un musulmán y era desconfiado como un gitano. Pero en ese mismo nativo, si se lo miraba bien, se observaban además leves gustos fran-

ceses, rastros de una tozudez prusiana, elementos de ingenuidad norteamericana, pizcas de temperamento africano, porciones de paciencia budista y muestras de asombroso coraje irlandés. Este cóctel de clichés etnológicos no había conocido a ningún cosmopolitismo real o ideal, sino a un exagerado amor por el terruño, que rozaba con un chovinismo animal. Tanto condimento para un solo plato, lo habían hecho consistente aunque de un sabor hartamente raro.

Lo único quizás que distinguía a ese nativo medio de otras etnias continentales era su filosófica tendencia al escepticismo y su práctica, una irrenunciable ternura hacia los niños, los animalitos, los pajaritos, las floritas, el mar, la mujer propia y las otras. Ternura que disimulaba bajo un débil caparazón de ironía y un caminar medio ladeado, como pidiéndole permiso al aire. Para los senectos miembros de la Real Academia de la Lengua, lo que constituía un enigma era el uso desmedido que el hombre del país hacía de diminutivos y fonemas reductores, en cualquier lugar y bajo cualquiera condición. En los bares, los mozos ofrecían un vinito, una cervecita, una chichita o un pisquito. Los clientes consumían una empanadita, unos loquitos, una sopita, un bistequito o unos duraznitos. Se recibían cartitas, se daban besitos, se tomaba solcito, se echaban cachitas, se bebía tecito. Es decir, se hacían todas las cosas normales de las veinticuatro horas sólo que como en una casa de muñecas.

Había sido esto uno de los principales motivos de la simpatía que el país se había granjeado a lo largo de meridianos y paralelos. Nadie habría imaginado jamás que un pueblo *así*, pudiera vencer en alguna contienda política a los girondinos inventores del sistema, derrotar nada menos que a los propios dueños de la pelota. Mucho menos podían imaginarse algunos que estos vencedores en lugar de aprovechar la ocasión conquistada, para tomar con el derecho de cualquier vencedor lo que les habían robado durante doscientos años, en vez de no dejar hidra con cabeza, se dedicaban bonachonamente a creer que todos —incluso el trece por ciento de los verdaderos derrotados— eran así como ellos, y se mostraban dispuestos a seguir peleando, según las estrictas reglas que los perdedores habían promulgado sólo para sí mismo. Pero esta gente simpática, apacible, amorosa, escética, buena para los asados de cordero y paseos a la playa, esta gente pobre pero honrada, tenían también una paciencia con rayita roja que ellos llamaban con cariño “el mierdómetro”. Y fue este aparato de medición el que explotó el día del asesinato de Lucho Herrera, diputado demócrata por la tercera comuna de la Gran Ciudad. Hasta ese día el asesinato político, aunque no desconocido, había sido un recurso extremo y en las estadísticas policiales un lugar más bien inferior. Lo que sí era hasta entonces desconocido fue la brutalidad del hecho, que se les aparecía todavía mucho más brutal a los que habían conocido a Lucho Herrera: maestro de

educación básica que les había enseñado a leer y escribir en la única escuela pública de la Gran Ciudad durante más de cuarenta años a varios miles de niños. Buen tocador de guitarra y parroquiano apacible del "Luigi" de la calle Independencia, en donde le gustaba entretener a la gente contando minucias privadas de algunos políticos conservadores y republicanos.

Tres días antes de la votación en el Congreso Nacional, Lucho Herrera había sido encontrado por unos perros hambrientos en el basural de Laguna Verde. Lo habían decapitado y escrito en su tórax un mensaje:

"El resto del diputado Herrera llegará por correo."

Al día siguiente, el Presidente del Congreso Nacional, rival político del Presidente y católico honrado, sufrió un desmayo de horror al recibir un paquete que contenía la cabeza de su antiguo contrincante Lucho Herrera, a quien le habían pegado a la frente, un triángulo de tres plumas de gallina.

La reacción del ochenta y siete por ciento del país fue un aullido de protesta de cuarenta y cinco minutos exigiendo una investigación pública y a fondo que permitiera dar con los autores materiales e intelectuales del crimen. Para demostrar que esta vez estaban hablando sin ironías y con gran intuición política, los hombreritos se tomaron cuatro predios del senador Ocaña en las provincias del sur, dos industriales textiles de la familia Banna en la capital y exigieron su expropiación incontinenti. En la Gran Ciudad los adoquines de las calles se hundieron bajo el peso de una marcha de tres horas frente a la Banca Etchepare y la redacción de *El Monitor*, que se efectuó después de la misa in memoriam por Lucho Herrera y que culminó con el apedreamiento concienzudo de los dos edificios. El Presidente de la República llamó al jefe del Servicio Coordinado de Inteligencia, coronel Bruno Perthel, y lo conminó a esclarecer el hecho en un plazo de brevedad mínima o a presentarle la renuncia al cargo, en el que lo había dejado sólo por respeto a la carrera funcionaria.

Pero fueron los funerales del diputado Lucho Herrera, lo que despertó en esos hombres mansos la certidumbre de que los caminos de la montaña recién comenzaban y un deseo inexorable de vencerlos. Aquel día el comercio de la Gran Ciudad, los servicios públicos y las iglesias, mantuvieron sus puertas cerradas y un pendón negro clavado en ellas. El Cementerio Principal de la Gran Ciudad, a las cinco en punto de la tarde, fue un hormiguero de cólera y dolor. Un relámpago pareció perpetuarse en el cielo, cuando los cinco mil dolientes escucharon una voz juvenil de profundidad marina que venía de la tribuna funeraria embanderada de rojo y azul. Era una voz huracanada que entregaba un mensaje sin tregua.

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: No mueras; te amo tanto
Pero el cadáver ¡ay!, siguió muriendo.

Se el acercaron dos y repitiéronle:
No nos dejes ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!
Pero el cadáver ¡ay!, siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: ¡Tanto amor, y no poder nada contra la muerte!
Pero el cadáver ¡ay!, siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: ¡Quédate hermano!
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Eutonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado:
incorpórose lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

Los hombrecitos habían sentido entonces que una luz se les había metido por los oídos, que golpeaba como en una marimba todas sus baterías de esperanzas. Y esa mezcla de luz y de golpe los emborrachó, los afirmó sobre la tierra y les futurizó el presente. Los cinco mil que en representación del ochenta y siete por ciento de todos habían llegado al cementerio de la Gran Ciudad, sin que nadie dijera algo, en una improvisación más perfecta que un plan previo, se tomaron de las manos y formaron una ronda infantil que cantó el vals del ciego Osvaldo, para decirle a Lucho Herrera cualquier cosa menos chao. Los giros de la ronda fueron levantando una nube de polvo que el sol de las cinco de la tarde *fue poniendo de oro*. Entonces, el viento de la Gran Ciudad levantó esa nube dorada para que la vieran todos, luego la dispersó y la regó sobre campos y ciudades como una llovizna de trigo. Y aún mucho después que hubieran cesado el canto y cuando todos los pueblos dormían, se habían seguido oyendo todavía los rumores del vals, como si el mar lo siguiera tarareando a su modo. Y en la oscuridad de la noche se pudieron ver pelusas amarillas.

Poemas

SERGIO MUÑOZ RIVEROS

Ida y vuelta

Vuelvo sobre mis pasos
en la ciudad que me prestaron.
Caminata desde la Universidad
cruzando el puente sobre el Amstel,
para seguir hacia la Plaza Reembrandt
y luego la feria de las flores,
una pasada por las librerías,
errabundo por
estrechas calles de adoquín
casi siempre húmedas,
desemboco en el bulevar que
hormiguea de compradores
y continúo hasta
la Central Station y
los tranvías.

Yo no tenía intención de
encariñarme con lo ajeno.
Aquello debía ser
circunstancia pasajera,
exilio solamente.
Pero la nostalgia no hace caso.
Va y viene
como una sombra pegada a los talones.

Sergio Muñoz Riveros es un poeta y profesor de literatura. Vivió largos años de exilio en Holanda. Está ahora en Santiago, donde dirige la revista del Instituto de Ciencias Alejandro Lipshutz. Los poemas que publicamos pertenecen al libro *Mar de fondo*, que debe aparecer durante el presente año.

Esquizoide

Me vigilo de cerca
sin perderme pisada.
Me pido cuentas.
Me apruebo/desapruebo.
Me miro en el arroyo.
Me doblo y desdoblo. Hago
juego diversionista.
Me simpatizo en algunas ocasiones.
Me agarro ojeriza frecuentemente.
Me soy indiferente más de
una vez por semana.
Me tomo en serio. Me
doy risa.
Me engaño a sabiendas.
Me doy explicaciones que no creo.
A mí no me vienes/vengo con
esos cuentos.
Me ataco por el lado flaco que
conozco bien.
Me saco de quicio.
Me condeno sin apelación.
Me perdono con indulgencia.
Yo soy tú soy yo.
Me recrimino ciertas conductas.
Me tiendo una mano en
situación desesperada.
Y sin más alternativa,
me quedo conmigo.

Sombras

A veces,
en la esquina menos pensada,
creo reconocer
al torturador que
aquella noche,
sin trascender a su faena,
cumpliendo solamente
los deberes cotidianos,
fue capaz de arrastrarme
hasta el borde
de la metafísica.

El lado de acá

El sol me da de lleno en el rostro
mientras paseo cerca de
los faldeos de la cordillera.
Parecen dilatarse mis sentidos.
Hay un aroma de malvas en la calle.
Suena la campana de una escuela,
voces de niños.
Desde el verdor intenso de su jardín
una linda muchacha me sonríe.

Entonces,
despierto entumecido,
con los pies amarrados al camastro,
teniendo que mirar sin querer mirar
la sucia cara de la realidad.
Un nuevo amanecer en la celda de Villa Grimaldi.
Es invierno.
Estoy solo.
Un temblor profundo me llega
hasta los huesos.

El mundo se ha vuelto al revés.
La vida estaba al otro lado.
Despertar es la pesadilla.

Tres Alamos

Lo difícil era
sobrellevar los atardeceres como
hombres solos.
caminábamos lentamente
los pocos metros del patio
conversando en voz baja,
hasta llegar al muro y
nos devolvíamos, una
y otra vez, sombríos.
Desde la caseta alta,
un carabinero nos vigilaba inútilmente.
De todos modos,
nos empeñábamos en sobrevivir.
Ya entrada la noche,
recordábamos a nuestras mujeres
y cantábamos tangos.

Aprendizaje

En los peores momentos,
cantábamos el Himno a la Alegría.

Derecho de propiedad

Existe constancia documental de que
importantes señores
han tratado de
inscribir el país a su nombre
en el Conservador de Bienes Raíces.

Gente distinguida

Dueños de sí mismos.

Dueños de los medios
para ser dueños de sí mismos.

Dueños de la parte ancha
del embudo.

Dueños de las páginas de
“Vida Social” de *El Mercurio*.

Dueños de los nueve décimos.

Dueños de la parte del león.

Dueños de Chile.

Y sin embargo,
ciertas noches despiertan asustados
después de soñar que han perdido
sus bienes muebles e inmuebles,
títulos bursátiles,
cuentas bancarias,
especies valoradas,
etc.,
y tienen que caminar por las calles
confundidos entre la multitud,
opacos,
insoportablemente iguales a los demás.

Estado de Sitio

Los pasajeros del Metro
miran con desconfianza hacia
los lados,
temerosos del puñal que
puede esconderse bajo cualquier poncho,
hablan bajito,
ponen cara de apolíticos.

Francamente

Sí,
un sentimental es lo que soy,
y allí está la clave de
las razones que sigo considerando
valederas, los
motivos de fondo, algo
de filosofía,
allí están las
explicaciones aceptables, los
únicos argumentos que me convencen,
el impulso de todos los días,
allí radica mi debilidad,
pero también
mi fuerza.



Foto Luis Poirot

.....

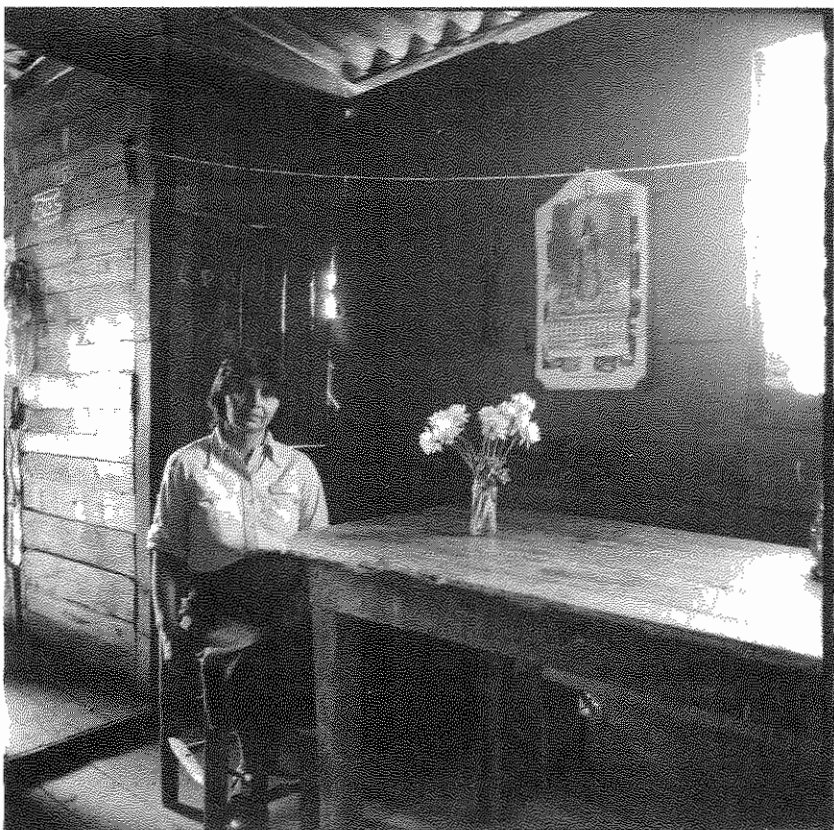


Foto Luis Poirot

Foto Luis Poirot

Un libro con toda la barba

VOLODIA TEITELBOIM

Hay una obra recién aparecida que está dando la vuelta al mundo. No me refiero a *El amor en los tiempos de cólera*, el último libro de Gabriel García Márquez, que se acaba de poner a la venta casi simultáneamente en varios países de habla española. No se trata de una novela. Tampoco de ciencia ficción. No es un tomo de aventuras ni un folletín, géneros todos susceptibles de convertirse en *best sellers* en nuestro ámbito occidental, donde las operaciones de marketing lanzan títulos sensacionalistas para exaltar el apetito del lector indiferente, que necesita a menudo platos fuertes, con ingredientes picantes.

No aludimos siquiera a un texto que, sin ser santo, tiene que ver con la religión. No está bañado en agua bendita ni despidе olor de santidad; no es, por ende, el recientemente editado *365 días frente a Dios*, de Juan-Pablo II, donde, según sus propagandistas, el Papa aborda no sólo los problemas teológicos, sino temas de nuestro tiempo, como tecnología, conciencia moral, fe, cultura, etc. En este caminar por la vía de las exclusiones, digamos que no se trata de un volumen nacido del magín de un príncipe de la Iglesia o de un soldado raso de la Compañía de Jesús, en una palabra, no es el libro de un creyente; y de ningún modo vamos a toparnos con el clásico libelo anticlerical, concebido por un filósofo de las luces o un anacrónico discípulo de los enciclopedistas, por uno de esos volterrianos perdidos a finales del siglo XX, con el espíritu de exclusión que estuvo tan impregnado por la contienda entre apasionados sostenedores de los derechos terrenales de la Iglesia y no menos fervorosos ateos.

Tiene un padre muy diferente. ¿Quién es? El más grande revolucionario de América. ¿Su título?: *Fidel y la Religión* *. ¿Quién recoge su palabra? Frei Betto, un fraile dominico brasileño, que actuó en la resistencia al régimen militar en su país, sufrió por ello prisiones y se entregó a la organización de las comunidades eclesiales de base. Es gran mérito suyo haber insistido ante

Fidel para conversar el asunto. Además, sabe preguntar, lo cual es condición *sine qua non* en una empresa de esta naturaleza.

El volumen respira un aire insólito de acontecimiento. No es habitual que un dirigente de tan excepcional relieve aborde a fondo, con tan profunda sinceridad y franqueza, un tema que por diversas razones otros podían considerar políticamente escabroso. Se necesita audacia para afrontarlo, esa audacia que en este caso corresponde no sólo al carácter de la persona, sino que se basa, más que nada en su interés y dominio del problema, en la firmeza de ideas dialécticamente aplicadas a situaciones nuevas, a realidades cuya dilucidación más que una apremiante urgencia cubana, constituyen una necesidad inaplazable para América Latina y el mundo contemporáneo.

El año pasado fue para Fidel Castro particularmente fecundo. Elaboró e hizo públicos en 1985 conceptos y proposiciones destinadas a penetrar en la conciencia de nuestra época. Fue el año en que emprendió en América Latina una campaña titánica: la lucha por el No Pago de la Deuda Externa. No salió al campo de batalla como don Quijote, por la mañana, a los caminos de la Mancha a desafiar molinos de viento. Salió a desafiar a la potencia acreedora más rica y usurera del mundo, exigiendo el pago de los intereses, a su juicio, sagrados. Si don Quijote emprendió su lucha por la justicia, por desfacer entuertos, preso del delirio de un loco bien intencionado, acompañado sólo por su escudero, en este caso el sensato llamamiento moviliza a millones. Ha sido dirigido al sentido común de todas las naciones de América Latina y el Caribe, de algún modo al Tercer Mundo, porque a todos afecta como nudo corredizo que les aprieta cada vez más la garganta, amenazándolos de asfixia. Al formularlo, Fidel Castro no concibió una idea caprichosa, surgida de la fogosa imaginación de un revolucionario capaz de concretar la fantasía que corresponde a la realidad, sino que propone un movimiento continental extraordinariamente justo y racional en el momento preciso en que el problema hace crisis. Se va convirtiendo dicha demanda en una exigencia de vida para todos los pueblos al sur de la frontera norteamericana. Esa tarea está en marcha y nadie podrá ya borrarla de la agenda de los asuntos vitales. Continúa desarrollándose con la dinámica imparable, inherente a un problema crónico, cada vez más grave para un centenar de países de la Tierra. Las respuestas pueden ser más o menos radicales, rápidas o lentas, pero el asunto es de tanta envergadura y su verdad es tan insoslayable que ningún estadista serio de nuestros días podría simular desdén, hacerse el sordo o el ciego, so pena de ser arrastrado más temprano que tarde por el alud de las consecuencias económicas, político-sociales. Será, sin duda, una contienda complicadísima, prolongada, que se librará en múltiples escenarios y a través de jornadas sucesivas o continuas, dispersas o conjuntas. Pero mientras no se resuelva estará siempre presente. Porque o se soluciona el problema de la deuda o América Latina estallará en gigantescas convulsiones sociales, que estremecerían los años finales del siglo XX y conmocionarían los inicios del XXI.

Una vez más corresponde a Fidel haber señalado la magnitud crítica del drama y de especificar el eslabón preciso de la cadena de los acontecimientos que por efecto de causalidad pondrá en movimiento acelerado todo el proceso latinoamericano.

En medio de esa labor, a la cual dedicó tantos días y noches de 1985, Fidel

Castro, hombre que conoce a fondo el poder de la comunicación y siente el deber y el placer de afrontar cara a cara los desafíos más espinudos —porque es, a conciencia, un valiente, política y moralmente hablando— genera en el año que acaba de terminar otro libro, que encierra una mina de oro política. De una entrevista concedida en el mes de marzo a dos norteamericanos, el académico Jeffrey Elliot y el congresista Mervin Dymally, luego de varias sesiones de análisis sobre los más polémicos asuntos, nació una creación adicional de Fidel Castro, con un título optimista y exacto, *Nada podrá detener la marcha de la historia*.

Si marzo fue el mes de las pláticas que originaron esta obra, mayo debe considerarse como el mes de los extensos interrogatorios, sobre todo nocturnos, con frecuencia hasta la amanecida, que permitieron el alumbramiento de la obra *Fidel y la Religión*.

Unas palabras sobre su concepción metodológica. ¿Vale aquí el adagio “de la discusión nace la luz”? Posiblemente, aunque Frei Betto pregunta desde las posiciones de un sacerdote revolucionario, a diferencia de los norteamericanos Jeffrey Elliot y Mervin Dymally, quienes inquieren como hombres de mentalidad capitalista, que no han perdido sus esperanzas en el sistema. Pero Fidel cree en el diálogo y en la confrontación de ideas. Practica las artes coloquiales porque sabe que ellas no sólo son madres de la información, sino también fuente constante de clarificaciones y, desde luego, del conocimiento, ayudándole a penetrar en el pensamiento y el sentir del interlocutor. Alguien dijo que Platón inventó a Sócrates, un filósofo que no dejó nada escrito y que posiblemente se hubiera perdido sin las anotaciones de su discípulo. No es el caso de Fidel. ¿Quién podría negarlo como personalidad histórica que usa día y noche la palabra escrita y hablada como arma de la transformación del mundo y como instrumento de trabajo para el progreso no sólo de su país, sino de la causa latinoamericana —la cual siente con lucidez y fuerza tan entrañables—, aparte de su inquietud dinámica por la suerte de la humanidad entera?

La metodología fidelista, su forma de preguntar, su mayéutica o su dialéctica, merecerían análisis reposados y bien ejemplificados. Porque cree que el pensamiento no es un lobo solitario para andar a dentelladas con el mundo. Ni un misántropo que vuelve las espaldas a ese bípedo ingrato que sería el hombre. Para él pensar de modo correcto y hondo es una función social de la mente y del individuo, que se debe a la comunidad. No se piensa por pensar, para desgranar ideas en especulaciones vanas, sino para realizarlas en un beneficio común, que debe excluir el egoísmo de la sabiduría, propiedad de una élite dorada. De allí que siendo un cuidadoso de las realidades, un observador estricto de los fenómenos de la vida social, nadie a la vez más distante del pragmatismo calvinista ni del iluminado que procede por revelaciones nacidas del genio o del sentido profético.

No. Para él toda idea ha de pasar por la verificación colectiva de la práctica, susceptible de enriquecerla y perfeccionarla. Tuvimos la prueba al canto de ello en el mes de junio de 1985, en un encuentro con dirigentes revolucionarios de diversos países latinoamericanos y del Caribe. Era una reunión muy seria, donde Fidel introdujo afortunadamente una atmósfera de informalidad, nacida no de la intrascendencia frívola, sino del libre intercambio de opiniones, muy fomentado con insistencia por él, sobre los proble-

mas más agudos del continente. De súbito puso sobre la mesa un volumen que estaba en galeras, para su última corrección. Entregó de este modo su libro sobre la Religión antes de ser publicado para la discusión de los participantes. Leyó largos párrafos, planteó interrogantes, instó a la controversia.

Solicitó así juicios en un ambiente de políticos marxistas, que tenían sobre sus hombros, y tal vez no aún a sus espaldas, una larga historia de encuentros y desencuentros con la religión. Había que enfrentarse a arraigadas concepciones que en el pasado fueron axiomas indiscutibles para los partidos comunistas y que hoy necesitan mirarse con ojos nuevos, a la luz de los aprendizajes de un siglo, que, habiendo atravesado períodos muy distintos, sigue planteándose el problema de la posibilidad y la vigencia de la revolución como un hecho del presente y del futuro. La cuestión no podía ser más importante. Porque en el fondo está el criterio fidelista que la revolución en América Latina necesita la concordancia y la acción común entre marxistas y cristianos. Ello implica cambios en muchos de nosotros. Esa fue la cuestión que puso en debate. Y todos estuvimos de acuerdo, en medio de un intercambio real y directo de ideas en que Fidel planteaba un problema trascendental, a la manera suya, creadora, revolucionaria, destinado a influir en profundidad el porvenir de nuestros pueblos.

La forja de un revolucionario

Fidel y la Religión incidentalmente es un testimonio autobiográfico. Pero contiene sobre todo la historia de un proceso, el desarrollo de una idea y de una trayectoria: la relación entre marxistas y cristianos. En Cuba la Revolución contó con el apoyo de algunos creyentes, pero no con el de la Iglesia Católica. Este hecho es una prueba más que su concepción de la alianza entre cristianos y marxistas no la ve como mera cuestión táctica. "Queremos ser aliados estratégicos, aliados definitivos", ha dicho Fidel. Hay un trecho recorrido, un viaje hecho a través de la conciencia de cristianos y marxistas. Figuran, es cierto, de por medio, la obra de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II. Anda por debajo de esa evolución todo el drama de los pobres de América Latina y del Tercer Mundo. Están las revoluciones y los cambios en nuestro continente y en África. Y la convicción a nivel de la jerarquía católica de que lo que un Papa llamó "el escándalo del siglo XIX", el divorcio entre pueblo e Iglesia Católica, se había ahondado en el siglo XX. El dilema es: o el cristianismo retorna a sus fuentes originarias, como Iglesia de pescadores, carpinteros, de los pobres, vuelve a José obrero o artesano, o languidece como una institución instrumentada por los intereses del dinero.

Fidel Castro, que tiene antenas sensibles para percibir los fenómenos cuando aún laten en el subsuelo social, detectó desde un primer momento el alcance del problema, que le fue caminando por dentro. Pronto se percibirán manifestaciones exteriores concretas, como las declaraciones que hizo en Chile, en noviembre de 1971, a los sacerdotes, sentados sobre el pasto de la embajada cubana. Dialogaron toda una noche en una conversación destinada a tener largos ecos. Fidel hizo entonces una visita al Cardenal Silva Henríquez y le habló "de las necesidades que nuestros pueblos tenían objetivamente de liberarse y de unir a los cristianos y los revolucionarios en esos propósitos". Añadió que no era un interés particular de Cuba, pues "noso-

tros no teníamos problemas de esta índole en nuestro país, pero que viendo el contexto de América Latina, era deber e interés de revolucionarios y cristianos, muchos de ellos hombres y mujeres humildes del pueblo, estrechar filas en un proceso de liberación que era inevitable...”.

Este trabajador de 18 a 20 horas diarias que es Fidel no procede como un improvisador súbito. En medio de una montaña de tareas, no desea conceder la entrevista solicitada sin antes enterarse bien, a fondo, leer el libro de Leonardo Boff *Jesucristo, libertador e Iglesia, carisma y poder*; las obras del peruano Gustavo Gutiérrez, los textos del Vaticano II y de Medellín. Quiere conocer todos los discursos del Papa Juan-Pablo II durante su gira por América Latina en febrero de 1985, porque el líder cubano es uno de los lectores más responsables e insaciables que he conocido. Sus lecturas representan para él un placer indisimulado pero sobre todo son instrumentos de trabajo, compenetración, interiorización del problema que va a tratar. Fidel no excluye de la política el valor estético. “Pienso —le dice a Frei Betto— que la Revolución es una obra que debe ser perfeccionada. Es algo más: una obra de arte.” Siempre he tenido esa impresión. Fidel es un artista de la revolución, lo cual constituye la forma suprema de realizarla. La Revolución no sólo es una teoría y una práctica. Es también una moral y una estética. Estos cuatro factores no siempre van juntos. Fidel los funde en un solo todo armónico.

Flota por la obra el encanto de las rememoraciones familiares. Frei Betto pregunta a Fidel por sus orígenes. Cada respuesta suscita otra interrogación y así se van configurando raíces, rostros, situaciones, pensamientos, historia de sus padres y de los primeros años del niño y del adolescente. Alguna vez, hace años, le pregunté por su infancia y por sus estudios. Lo que entonces me reveló fue muy significativo para comprender la formación del hombre. Pero no integraban un cuadro cabal, ni menos exhaustivo. Eran relámpagos que ponían bajo la luz, en medio del ir y venir fabuloso del protagonista, algún rincón oculto de su niñez o de sus tiempos de estudiante, en los colegios de Santiago de Cuba o La Habana. Aquí la imagen autobiográfica surge más plena y rica. Su madre, Lina Ruz, era una campesina cubana, prácticamente analfabeta, que aprendió a leer y a escribir sola, según recuerda su hijo Fidel. Su padre, Angel Castro, nacido en Galicia, España, era también de origen campesino muy pobre. El niño nació en una finca llamada Birán, en la antigua provincia de Oriente. La casa en que vino al mundo estaba construida sobre pilotes, al estilo gallego. Su padre arribó, siendo un muchacho, como soldado español, a luchar en la última guerra de independencia de Cuba, comenzada en 1895. Cuando terminó se lo llevaron de regreso a España. Pero al parecer la isla se le había metido adentro, seduciéndolo, y en los primeros años del presente siglo volvió a ella tan pobre de solemnidad como había partido. Con el tiempo amasó una fortuna. Murió en 1956, después del asalto al Moncada y tiempo antes de que Fidel regresara clandestinamente a Cuba en la expedición del Granma. Su madre alcanzó a ver el triunfo de la Revolución encabezada por su hijo. Murió el 6 de agosto de 1963.

En esa finca de Birán no había iglesia. Se celebraban las festividades religiosas, pero Fidel fue bautizado entre los 5 a 6 años. Su madre era una creyente fervorosa, sin que supiera mucho de religión. Fidel va describiendo

todo el ambiente, la época, la atmósfera de la casa, el trabajo, la vida, las bromas como en un film dirigido por un gran realizador nato. No es un costumbrista el que describe la vida en aquellas tierras y tiempos. Pero posee la pupila del cameraman que describe las más distintas escenas, personajes, fotografía; escogiendo los ángulos más representativos. Era aquella una época en que mucha gente creía en los espíritus, en fantasmas y apariciones. Se vivía un mundo donde la superstición era muy fuerte. Fidel evoca la primera imagen que tuvo de la muerte, cuando era pequeñito y lo llevaron a la casa de una tía, recién fallecida, que estuvo casada con un trabajador español.

Su abuelo materno fue carretero. Durante la Revolución la madre y la abuela de Fidel y de Raúl hicieron toda clase de mandas tratando de asegurar la vida de sus hijos. Seguramente el hecho de haber sobrevivido acrecentó su fe. Fidel fue siempre muy respetuoso de las creencias. Nunca les discutió. Veía que ellas les daban ánimo y consuelo. El padre era más bien un indiferente en materia religiosa. Aparte de sus ocupaciones, que lo absorbían mucho, le atraía la política de entonces.

De allí Fidel salió para Santiago a estudiar. Ingresó al colegio de los Hermanos de la Salle. Alguna vez le oí decir, medio en broma, medio en serio, que probablemente él tenía algún genes rebelde. Aquí cuenta su primera rebelión. Lo notable es que fue perfectamente premeditada, organizada, persiguiendo un fin liberador, sacudirse del hambre y de una opresión intolerable. Tenía a lo más siete años. "...un día llevo de la escuela y deliberadamente incumplo todo, desacato todas las órdenes, todos los reglamentos, toda la disciplina, hablo en voz alta, digo todas las palabras que me parecía estaban prohibidas decir, en un acto consciente de rebeldía...". ¿Cuál era el objetivo de su primera revolución?: no sacar el cuerpo al estudio, sino que lo mandaran interno a la escuela. Ese fue su primer triunfo y su primer acto emancipador. Allí estudió la Historia Sagrada como si fuera la historia de Cuba, con toda la inocencia de la niñez.

Una segunda rebelión estalló más tarde en ese colegio, contra la mala costumbre de los castigos corporales y del favoritismo. No es un detalle trivial. Simplemente Fidel desde pequeño no concilió con la injusticia. Allí conoció gente bondadosa y también perversa. "...Hay muchas personas en este mundo que se llaman cristianas —dice a Frei Betto— y hacen cosas horribles. Pinochet, Reagan y Botha, para citar unos pocos ejemplos."

Fidel tuvo que dar su batalla para seguir estudiando, porque en la escuela anterior "habían informado a mis padres que nos habían portado mal". Alguna vez he contado mi visita a una escuela jesuita donde estudió más tarde Fidel. Estuve en el cuarto donde vivió varios años y vi el libro de notas en ese Colegio de Beléu.

El libro no es una biografía, o sea, una vida relatada por otro. Resultó a trechos una involuntaria autobiografía. Pocas veces hemos visto, desde adentro, dicha por el hombre mismo, con sus datos, reflexiones, sentimientos, cómo se va haciendo, cómo se forma, paso a paso, el conducto revolucionario. En este sentido la obra desborda la relación de Fidel con la sociedad para transformarse en una autovisión integral de su evolución. Además está todo dicho de una manera muy viva. Impresiona ver cómo los hilos aparentemente más desiguales y dispersos desembocan en un mismo

tejido, entrelazando la urdimbre de la personalidad única. Fidel, cua-
muchacho estudiante en el colegio de jesuitas, tenía la pasión de escalar moi-
tañas, cruzar ríos a nado. No sabía —dice con un dejo de ironía— “que me
estaban autopreparando como guerrillero”. Es el adistramiento no previsto
para la guerra en la Sierra Maestra.

Conversando de noche

Siempre me ha impresionado en Fidel ese aire reconcentrado con que mira el mundo y los hombres, su don de observación gentil y atento. Aunque a veces parece que está pensando en otra cosa, no se le escapa una palabra de su interlocutor. Nada tampoco de las lacras de la estructura social, de sus injusticias, de sus iniquidades. El no ha llegado al mundo para subirse al carro de los que se suman a las filas del privilegio o que callan por conveniencia o resignación. No; él hará cuanto pueda por reemplazar esa sociedad por otra que verdaderamente respete al hombre en todas sus dimensiones. A su alrededor circula como moneda de círculo forzoso una palabra perversa y una ideología satánica: el comunismo. No compartirá los prejuicios ambientes. En la Universidad “empiezo —dice a Frei Bétto— por ser un comunista utópico. Viene a ser en el tercer año de mi carrera cuando yo tengo realmente contacto con las ideas revolucionarias, con las teorías revolucionarias, con el *Manifiesto Comunista*, con las primeras obras de Marx, de Engels, de Lenin. Sobre todo, te digo la verdad, tal vez sea la sencillez, la claridad, la forma directa con que se plantea la explicación de nuestro mundo y de nuestra sociedad en el *Manifiesto Comunista*, lo que hizo en mí un impacto tremendo. Claro, yo antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano, lo voy siendo desde el Bachillerato: no debo olvidar la atracción enorme del pensamiento de Martí sobre todos nosotros, la admiración por Martí. Yo fui siempre también un profundo y devoto admirador de las luchas heroicas de nuestro pueblo por su independencia en el siglo pasado...”. Abriga una perfecta conciencia de la importancia de la fusión de ambas vertientes. “Creo —dice sin sombra de jactancia— que mi contribución a la Revolución Cubana consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de Martí y del marxismo-leninismo, de haberla aplicado consecuentemente en nuestra lucha.”

Deja atónito su larga vista. Visualizó desde su primera juventud una estrategia revolucionaria para realizar —según su expresión—, una revolución social profunda, por fases, por etapas. Asombra porque él empezaba por el cero. Comenzó con las manos vacías. Debía hacerlo todo desde el principio. En ese momento es estudiante de Derecho de la Universidad de La Habana, de principios de la década del 50 del siglo XX, es como otro estudiante de Derecho, pero de la Universidad de San Petersburgo, en la última década del siglo XIX, que adoptaría el pseudónimo político de Lenin. Ambos debían empezar a escribir un nuevo capítulo de la historia sobre la tabla rasa. Como Lenin, sesenta años más tarde, Fidel se dedica a organizar el movimiento. El era el único cuadro profesional. Antes del Moncada, con fines de organización, recorrió en un automóvil cuarenta mil kilómetros de la isla.

En la historia de las revoluciones invariablemente se registraron previamente las grandes derrotas, amargas, severos maestros que enseñan

el camino de la victoria. Así fue con la Revolución de 1905 en Rusia, con el intento de la toma del Cuartel Moncada en 1953. Hace años, una noche, escuché a Fidel decir que la toma del Moncada fracasó por un accidente, que resultó decisivo. Esos 22 meses de cárcel en la Isla de Pinos, como las prisiones para Lenin o el destierro en Siberia, fueron épocas preparatorias del salto hacia el futuro. Como lo fueron los exilios del primero en Francia o en Suiza, y de Fidel, en alguno de los suyos, en México.

Es una verdad de Perogrullo que las revoluciones son aceptadas y hechas suyas por los pueblos y rechazadas por sus enemigos de afuera y de adentro. Así ha sucedido con todas ellas. La historia de la contrarrevolución en Rusia podría filmar millones de escenas donde se recurrió a todo sin detenerse ante ningún escrúpulo. Lo mismo aconteció en Cuba. Pero, a diferencia del Chile de Allende, donde la conspiración planificada al milímetro desde Washington logró sus objetivos, para ahogar en sangre la libertad, la democracia y los derechos humanos, el complot de más de un cuarto de siglo no prosperó en Cuba. Creo que por varias razones. Primero, porque fue una revolución que correspondía a la historia y a las necesidades del pueblo cubano, que se hizo para las masas, las cuales se unieron crecientemente en torno a Fidel e hicieron suyo el planteamiento, que el líder de la Revolución fue explicando día tras día a todo el pueblo, a fin de generar una invencible conciencia colectiva. Además era una Revolución que sumaba a la razón la fuerza, el poder del pueblo armado, capaz de enfrentar a cualquier enemigo que intentara aplastar a sangre y fuego la nueva sociedad. Con aguda perspicacia, se supo también desde el primer momento qué laya de enemigo principal se enfrentaba, ese soberbio imperialismo norteamericano, que ha hallado en Cuba en estos veintisiete años la horma de su zapato. Por otra parte, Fidel sabe responder a las agresiones, no con otra agresión, porque ella no forma parte de sus principios, sino con alguna medida de fondo. El mismo día que empezó la invasión de Playa Girón, en 1961, se declaró el carácter socialista de la Revolución. Será necesario para ello la organización de un partido, que abarque y represente a todo el pueblo. El movimiento 26 de Julio y el Ejército Rebelde no podían ya ser lecho suficiente para el gran río. "Un Amazonas de pueblo con un pequeño cauce—explicaba Fidel—que no podía ni organizar ni abarcar tanta masa de pueblo." Este partido debe formarse por la fusión de todas las tendencias avanzadas, luchando contra los sectarismos. El principio de la unidad debía contener a todos los revolucionarios, llegando a la fundación del partido en 1965.

Fidel subraya que se vive en Cuba una atmósfera de coexistencia y de respeto mutuo entre el Partido Comunista y las iglesias. Pero insiste en que se debe ir más lejos: desarrollar relaciones más estrechas de colaboración. Ya no es la iglesia de los terratenientes, de los burgueses, de los ricos, entre otros motivos porque éstos ya no existen. Para los revolucionarios la creencia religiosa es un derecho inalienable.

En un instante de la conversación Fidel aborda el tema de la realidad y la utopía en la Revolución. Explica que toda Revolución tiene sueños y esperanzas de magnas realizaciones. Es posible que no llegue a realizarlas todas; pero también es probable que supere los sueños y las primitivas esperanzas. El dirigente cubano no se excede en nada, sino que refleja los hechos tal cual han sucedido cuando dice que "en el caso de Cuba, nuestras realidades han

superado nuestros sueños y he de decirte que nosotros pasamos no por una fase utópica, sino subutópica, es decir, nos quedamos por debajo de la utopía en nuestros sueños, y quedamos por encima de la utopía en nuestras realidades”.

En otro momento, cuando Frei Betto menciona el nombre de Pinochet, como un ídólatra que, hablando de Dios “invoca su santo nombre en vano”, Fidel Castro acota que “Pinochet es un hombre supuestamente devoto, y lleva sobre su conciencia la muerte de miles de personas, miles de personas asesinadas, torturadas o desaparecidas; el pueblo sufre terribles represiones y se le imponen enormes sacrificios. Chile es, hoy mismo, el país de América Latina con el más alto porcentaje de desempleados, que es a la vez el más alto que ha tenido jamás el país”.

Frei Betto comenta que el Dios de Pinochet no es el Dios de la Biblia, no es el Dios de Jesús. Y agrega que “los criterios bíblicos para saber quién cumple realmente la voluntad de Dios, están en el capítulo 25 de Mateo: Yo tuve hambre, y tú me has dado de comer; yo tuve sed, y tú me has dado de beber. Y hoy podríamos añadir: yo no tenía enseñanza, y tú me has dado escuelas; yo estaba enfermo, y tú me has dado salud; y no tenía vivienda, y tú me has dado un hogar. Entonces concluye Jesús: cada vez que se hace eso a uno de los más pequeños, a mí se me hace”.

Fidel rehusa abanderizarse a favor de la Teología de la Liberación. Eso pueden hacerlo los que se sienten cristianos. “Nosotros no deseamos, no podemos desear divisiones dentro de la Iglesia. Queremos una Iglesia unida que apoye las juntas reivindicaciones del Tercer Mundo... No me parece correcto que, desde fuera de la Iglesia, se trata de reformar o mejorar la Iglesia.”

La noche del 29 de noviembre, en la inauguración del Segundo Encuentro de Intelectuales de América Latina y del Caribe, con la presencia de Fidel Castro, se efectúa el lanzamiento del libro *Fidel y la Religión*. Hablan Gabriel García Márquez, Armando Hart y Frei Betto, quien explica la génesis de esta obra. Se regala un ejemplar a cada uno de los participantes.

De vuelta en la casa en que me hospedo comienzo a devorarlo, hasta bien avanzada la madrugada. La noche del 30, sábado, Fidel recibe a todos los invitados a la reunión en el Palacio de la Revolución. Me pongo en la cola. Calculo que ocupo el número 390 entre las cuatrocientas personas que esperan estrechar la mano de Fidel. Mientras me llega el turno converso con un periodista argentino y una latinoamericanista japonesa, que ha traducido a Gabriela Mistral y conoce casi todo sobre ella. Cuando me ve Fidel me dice: —No te vayas. Espera un poco. Lo aguardo en un rincón hasta que termine de saludar. Luego se sienta conmigo en una esquina y comienza a hablar sobre Chile con la misma lúcida pasión con que habló a Frei Betto. Está dos horas en ese ángulo del gran salón analizando lo que sucede en nuestro país. Muchas miradas se fijan, evidenciando, siu duda, el deseo de departir algunos momentos con él. Mira el reloj y me dice: —Son las once y media. Tengo que conversar con alguna gente. Anda a ver a Raúl, que está arriba. Un ayudante suyo me acompaña. Salimos a un garage, sin llegar a la calle, y allí entramos a un ascensor que nos conduce a las oficinas del Buró Político y del Secretariado. Me admira que siendo medianoche de un sábado Raúl Castro esté trabajando en su oficina del Partido. Pero, al fin y al cabo,

es también un hábito de Fidel. Raúl está en una reunión con varios generales cubanos. Lo espero unos minutos. Luego asoma como siempre amistoso, sonriente. Me muestra las salas donde funcionan el Buró Político y el Secretariado. Y luego nos instalamos en unas sillas mecedoras de mimbre, regalo —según me explica— de los nicaragüenses. Raúl me ofrece un trago. Le contesto: —Prefiero un jugo. —¿Tú brindas con jugo?, —me dice con cierta picardía. Luego asoma una persona con una pequeña bandeja en que hay un vaso con ron y otro con jugo de piña. El hombre mira a Raúl y le dice: “Compañero, yo quiero saludarlo y felicitarlo en este día.” Me doy tardíamente cuenta que he cometido una “gaffe”. Ya es la una de la mañana y se cumplen 29 años del desembarco del Granma. Brindo con jugo de piña por el aniversario.

A la una y media de la mañana (o mejor, de la noche), habiendo terminado abajo la recepción, aparece Fidel. Siempre me ha conmovido esa relación de cariño, de mutuo respeto y delicadeza entre ambos hermanos. Raúl le pregunta suavemente, cuando asoma de nuevo el hombre con los dos vasos: —Fidel, ¿te acuerdas qué día es hoy? Hay que brindar. Fidel mira hacia un punto del aire, como tratando de recordar: —¡Ah, sí! —dice—. Eso es todo por parte suya. Raúl agrega: —Hace 29 años... Fidel repite las dos últimas palabras de su hermano: —29 años. Y se queda pensativo.

Ya la conversación no versa principalmente sobre Chile. Fidel está muy interesado por el encuentro de Ginebra entre Gorbachov y Reagan. Después vuelve a América Latina.

Le digo que estoy leyendo el libro *Fidel y la Religión*. Le agregó que de seguro va a ejercer una gran influencia en América Latina y posiblemente en todos los países donde el problema de la religión está profundamente enraizado en la conciencia de mucha gente. Pienso que a partir de esta obra la relación entre marxistas y cristianos se hará más fluida. El libro me parece que será estudiado en países de Europa, del África y del Oriente con el interés con que se buscan respuestas justas a problemas claves, que tienen un hondo contenido en la tarea de la liberación humana.

A las cuatro Fidel mira el reloj y murmura: —Es hora.

Antes de dormir leo unas cuantas páginas más del libro que agota sus ediciones en varios países.

“CAR’E VINAGRE”

“Hablan del dictador Pinochet. Y el dictador Pinochet, por ejemplo, manda decretos a la Contraloría y allá le dicen: ‘No se aceptan’... ¿Es eso realmente un dictador?”

“Tengo la cara agria, por eso tal vez dicen que soy un dictador.”

(Augusto Pinochet. *Qué Pasa* N° 785, 24/30 abril 1986.)



Foto Luis Poirot

.....



→ Foto Luis Poirot

Foto Luis Poirot

MARTIN RUIZ

Los Libros del Meridión

La historia de la cultura chilena de estos años está todavía en desarrollo y sus actores somos nosotros mismos. Cuando en las próximas décadas las generaciones que vengan hagan las inevitables recapitulaciones, se encontrarán seguramente con realizaciones que les parecerán sorprendentes y tal hasta admirables. Es evidente que la cultura nacional —que la dictadura pretendió ahogar— tuvo brotes poderosos en diversos países repartidos en diferentes continentes, donde quiera que se repartió el exilio. El fenómeno no es nuevo. Muchas grandes obras de la literatura hispanoamericana aparecieron primero en París o en Madrid. Lo singular en nuestro caso es la cuantía, la calidad y la diversidad de esta obra producida por chilenos que no han tenido la oportunidad de cantar, pintar, filmar películas, escribir libros y editarlos en su propia patria.

Se ha hablado de la muerte reciente de editoriales que como Nascimento, consagraron más de medio siglo a la literatura chilena. Se ha hablado también de la llamada "generación del roneo", poetas chilenos que han elegido involuntariamente mimeógrafos destartalados y semiclandestinos para poder publicar sus trabajos. Nos parece justo referirnos ahora a una cara diferente de la moneda: una editorial chilena del exilio que entrega volúmenes impecablemente impresos, de autores y temas importantes, y que es posible hoy por hoy ver en los escaparates de muchas librerías de países muy distantes entre sí. Hablamos de los

Libros del Meridión, editados en España, país donde las editoriales deben superar el millar, y donde existe una, seguramente de las más diminutas, que, sin embargo, se distingue de todas las otras con relieve singularísimo: es una editorial formada por chilenos para editar libros de autores y temas chilenos: las Ediciones Michay, que publica desde hace un año y medio una serie notable: los Libros del Meridión, paralelamente a la cual edita otra colección: la colección Bogavante.

Michay —nombre que recuerda un balneario de la zona de El Tabo— nació hace ocho años para amparar la publicación en España de la revista *Araucaria*, que es ya una referencia consolidada en la producción cultural del exilio chileno, a fines de 1984 inició su labor como editorial de libros con una obra que ha agotado ya dos ediciones: *Neruda*, de Volodia Teitelboim. Es un volumen de más de 400 páginas y apretada y apasionante lectura, en el que su autor trata desde todos los ángulos la imagen humana, política y literaria de nuestro gran poeta nacional. El libro es tan rico en datos, sugerencias, vivencias y revelaciones que es difícil clasificarlo en algún género. Es biografía, ensayo, reportaje, novela, testimonio, memorias. Quizás su ubicación en un género sea lo menos importante para los lectores, que, por millares, han reclamado el libro en todos los países donde hay emigración chilena (sabemos que en Buenos Aires la Editorial Losada hizo una edición de esta obra, y que en

Chile se han publicado al menos dos más, no autorizadas ni por el autor ni por la editorial, pero que responden a la insistente demanda local, no satisfecha por las dificultades de ingreso de la edición hecha en España). A poco de haberse publicado, el libro de Volodia Teitelboim ha ganado un lugar de privilegio en la bibliografía dedicada a Neruda, que es, como sabemos, extensa y nutrida.

En la colección de los Libros del Meridión salieron casi inmediatamente otros dos títulos: un testimonio de excepcional viveza y dramaticidad: *Dawson*, en el que el ex-alcalde de Valparaíso y ex-prisionero del austral campo de concentración, relata las vicisitudes de la vida en aquella prisión, una de las primeras que habilitó la dictadura de Pinochet; y *El libro mayor de Violeta Parra*, producto de la devoción de su hija Isabel. Es un documento notable, iluminador de algunos de los aspectos esenciales de nuestra gran artista; en él está Violeta desde sus raíces, con sus penas y hasta pellejerías, sus amores y alegrías. Sobresaliente es el conjunto de cartas de amor que la genial compositora dirigiera al músico Gilbert Favre, que fuera compañero suyo en una época clave de su vida.

A fines del 85 apareció una novela que dará que hablar: *Actas de Alto Bio-Bio*, de Patricio Manns. ¿Crónica o novela? Poco importa. Se trata de una narración en que se reconstruyen algunos de los hechos esenciales de la tristemente célebre masacre de Ranquil. El relato lo hace uno de los supuestos supervivientes, el cacique mapuche Angol Mamalcahuello (supuesto, porque es evidente que se trata de una ficción novelesca): de ello nace una memorable y bellísima narración, una de las experiencias más logradas, por añadidura, en lo que toca a la reproducción literaria del habla campesina.

A principios del 85 han aparecido dos nuevos títulos: *Muerte y resurrección del teatro chileno (1973-1983)*, de Grinor Rojo, y *Cultura y teatro*

obreros en Chile (1900-1930), de Pedro Bravo Elizondo. Ambos tienen varios puntos en común: la temática, desde luego, separada, eso sí, por el período de análisis, y la condición de exiliados de sus autores, que son, ambos, profesores chilenos de universidades norteamericanas. El primero de los dos libros establece de modo casi exhaustivo, todas las etapas vividas por el teatro chileno después del golpe de Estado, desde su destrucción hasta la recuperación actual, fenómeno que se ha producido a pesar de la dictadura. La obra de Bravo Elizondo recrea el período de particular animación que vivió el Norte Grande mientras el salitre fue la gran riqueza del país. Lo examina desde el punto de vista de lo que fue la creación cultural en las capas populares, en particular el teatro.

En la colección Bogavante han aparecido cuatro títulos: el primero de ellos es un precioso libro de fotografías que recoge en sus setenta y tantas páginas las vivencias de un joven fotógrafo —Fernando Orellana— que vuelve al país después de doce años de exilio: *Chileno de Chile en Chile*, es su título. La frase está tomada de un poema de Juvencio Valle y resume lo que las imágenes dan también con particular intensidad: el reencuentro vivido con la emoción que da la nostalgia del destierro. Luego apareció una novela: *Vitales mereciéndolo*, del poeta Fernando Quilodrán, que ya está de vuelta de Chile después de un largo exilio. El héroe de esta novela es un joven común y corriente cogido en las turbulencias del Chile de la Unidad Popular. El autor elude la tentación de un relato político fácil, e ilumina la trastienda de conductas arrastradas por un trauma social profundo. Muy diferentes con los cuentos de Agustín Olavarría, que incursiona en su libro *Inevitable universo* en una narrativa en que la poesía se suma al juguete onírico. Dibujante, él mismo ha ilustrado sus cuentos, proporcionando el breve volumen el encanto de un objeto literario. Más cerca de la pesa-

dilla que del sueño está finalmente otro libro de cuentos publicado en la colección Bogavante: *El hipódromo de Alicante*, relatos fantásticos y de horror escritos por un poeta chileno que no tuvo la suerte de poder elegir su apellido: Héctor Pinochet. Su libro, imaginativo y extraño, no escatima, en los cuentos finales del volumen, un

cáustico ataque al dictador que lleva su apellido, al que reserva, en su fantasía, horrosos desenlaces.

Las ediciones Michay tienen ya su pequeña aunque no desdeñable historia. Conforman otro capítulo de ese proceso todavía no suficientemente analizado que es la cultura chilena del exilio.

Ejercicio del regreso

LA REALIDAD Y LA NOSTALGIA

Los textos siguientes son fragmentos extractados de cartas de exiliados chilenos que han vuelto al país, o que han tenido la posibilidad de viajar a él y permanecer allí un tiempo, antes de retornar al exilio.

1

Esto de la vuelta a la patria es una cosa compleja. Pasados los primeros momentos de euforia, reencuentro y mucha almeja —a veces acompañados de mareos, náuseas, sensaciones raras— comienzan a sentirse los primeros síntomas de “retornitis” propiamente tal, como me dijo un médico. Esto se manifiesta fundamentalmente con una sensación grande de marginalidad. Esto es, una pertenece y no pertenece a su grupo de antiguos amigos, a su grupo profesional —ellos trabajan y uno no—; una lo cree entender todo y no tiene capacidad para entender nada o al menos para hacer suyos los planteamientos que debe entender. Finalmente, una va al médico atacada por síntomas varios, no necesariamente nuevos, y le dicen que presenta un cuadro típico, que dura

aproximadamente entre seis y ocho meses, y que debería pasar una vez que se integre, encuentre trabajo, entienda.

Bueno, esto nos pasa a los más neuróticos. Algunos se dedican a enflaquecer aún más, o simplemente postergan para más tarde de los seis u ocho meses y seguro que otros lo viven sanamente, con entusiasmo y optimismo juvenil. Ahora bien, con neura y todo hay que instalarse, buscar medios de vida, hacer cosas que son útiles y necesarias, o sea, ir integrándose, ir entendiendo, ir haciéndose un rincón no marginal. Es decir, ir borrando esa sensación tan poco grata de estar en una fiesta (perdón por el término tan eufemístico) donde a una no la han convidado...

S. F. (Socióloga)

Estuve en Chile un poco más de cuatro meses que se me pasaron volando. Encontré a Santiago lindo, a pesar de la dictadura, aunque claro, la belleza no está en la ciudad misma, salvo el fondo de cordillera (que ahora no se ve tan fácilmente como antes, por culpa del smog, que para mí resultó terrible, después de vivir once años en un pueblo alemán donde tienes el campo a tiro de pistola. ¿Pero quién podría preocuparse hoy del smog en Chile habiendo tantos y tan gravísimos problemas?) La belleza de Santiago es, por supuesto, algo subjetivo: el reencuentro con los familiares, con los amigos, y las atenciones y cariño con que ellos te rodean; o el volver a visitar ciertos rincones y redescubrir las razones de que siempre te hayan gustado.

Pero hay también una sensación de belleza en ver como día a día se producen pequeñas, medianas o grandes protestas en contra de la dictadura. Quedé impresionado con la valentía de la gente y con la "falta de respeto por la autoridad". Cómo no recordar, por ejemplo, a una viejecita que, al ver que un carabiniero arrastraba a una estudiante por el pelo, se le fue encima y le empezó a pegar con su bastón hasta conseguir que el "paco" dejara en libertad a la muchacha. Hay otra señora, conocida mía, que no lo puede resistir: casi cada vez que pasa delante de un grupo de carabineros, escupe frente a ellos. Puedo contar muchas más anécdotas ilustrativas. Me tocó asistir a una velada de licenciaturo en un liceo fiscal: cuando el coro del colegio, que cantaba la Canción Nacional, llegó a aquella estrofa en que se habla de "nuestros valientes soldados", más de la mitad de los asistentes se sentaron, de modo ostensible, desafiante. Otra vez, también en un liceo, con motivo de un campeonato de básquetbol. Los primeros años habían organizado un seleccionador y su grito de guerra, preferido delante de Direc-

tora y autoridad era: "*Primeros Unidos, jamás serán vencidos*". En el Estadio Nacional, el día de la despedida de Carlos Cazely (no necesito decir lo que sentí al volver allí doce años después, confieso que no hice esfuerzo alguno por visitar la escotilla N° 6): en el intermedio, un "show" artístico, que exigía, en una parte, que se apagaran las luces del estadio. Cuando volvió la luz, una mano anónima le había arrebatado la gorra a un carabiniero, y ésta inició, en medio del alboroto general, una vuelta olímpica alrededor del estadio, pasando de mano en mano. A la salida, otras manos anónimas colgaron de repente un gran lienzo en la torre norte: "*Democracia ahora, fuera Pinochet*".

Me tocó ver la gran movilización y paro de 4 a 5 de septiembre. Fue todo muy impresionante, la ciudad sin transporte, la mayoría de los negocios cerrados, y el centro de Santiago prácticamente vacío desde las cinco de la tarde.

Viví también el gran apagón del 11 de septiembre, que abarcó desde La Serena a Concepción. Tuve que atravesar Santiago en taxi justamente en esos momentos: era alucinate esa travesía por la ciudad completamente a oscuras.

Estuve, además, en la gran concentración del Parque O'Higgins. Era tal la alegría y el entusiasmo, que bastaba con cerrar unos instantes los ojos para sentir que estaba de nuevo en alguna de las grandes manifestaciones de la Unidad Popular.

Asistí a dos entierros: el de Alamiro Guzmán y el de César Godoy Urrutia. El de Guzmán fue con desfile, y la represión fue muy grande, con bombas lacrimógenas explotando al lado del ataúd. Nunca me había tocado ver tan de cerca tanta brutalidad. El funeral de César Godoy fue más "tranquilo", aunque no faltó el policía que intentó detener —sin éxito— a uno de los oradores en el cementerio.

Fueron cuatro meses muy emocionantes e intensos. Puedo decir que casi todos los días me topaba con caras conocidas, lo que me producía una rara sensación de reencuentro con lo mío. Y más, cuando se trataba de amigos, sobre todo con dos de ellos, muy grandes amigos míos de la época de la Universidad, a quienes yo creía todavía en el exilio. (No excluyo, por cierto, en la parte grata de retorno, el reencuentro sensual con nuestra fruta, nuestros mariscos, nuestros vinos.)

He vuelto contento, y he empezado de inmediato a planificar mi regreso definitivo para fines de este año.

Estoy también optimista, no porque crea que al dictador se lo vaya a botar fácilmente, pero he visto a la gente luchar y he palpado su valentía. La lucha es grande y se hace cada día con menos miedo, y aunque en las cúpulas hay las diferencias que sabemos, en la base de las organizaciones la unidad es una realidad tremenda que yo creo que ya nadie para.

C. F. (Matemático)

3

La realidad es siempre más hermosa que la nostalgia. Los desdibujados recuerdos de paisajes y de personas, de calles y de montañas, de ambientes y de situaciones, que uno ha ido guardando durante tantos años de exilio, se derrumban de pronto ante el poderoso aluvión de la realidad. Chile nos asalta con su frescura estival, su luminosidad y su grandeza. Es difícil explicar estos sentimientos. Regresar a Chile, aunque sea temporalmente, después de doce años, es una sensación que bien vale la pena de vivir.

Me han explicado que la situación emocional de los chilenos ante el exilio ha evolucionado con el paso del tiempo. No lo sé. Lo único que yo conozco es la sonrisa abierta, el abrazo pronto, la alegría auténtica de centenares de personas que reciben al exiliado como si regresara tras un viaje prolongado. Sin pedir nada, sin preguntar siquiera, la mayoría de los que han vivido en el país la dureza de estos doce años de dictadura, le hacen un hueco al que vuelve, lo reconocen como al hermano, y muchos hasta le piden disculpas en nombre de quienes sí deberían hacerlo, por lo prolongado de la separación física con la patria.

Sin duda que los chilenos están viviendo un momento importante, que algunos podrían calificar como de preludio al cambio. Me contaban que

hasta hace un par de años, muchos cruzaban la calle para no verse obligados a saludar a alguien que pudiera comprometerlos con su simple saludo. Hoy es al revés. Muchos que hasta hace poco estaban con el régimen, hoy buscan la forma -y hablar con el 'retornado' les parece un buen camino- para disculparse, para explicar lo inexplicable, para pedir perdón. Este ambiente, que tal vez sea dominante en sectores profesionales y socialmente medios, contrasta con el ánimo decidido, resuelto y batallador de pobladores y trabajadores, que no han hecho ni hacen misterio de su descontento.

Pese a todo, Chile es hoy día -o por lo menos la capital, Santiago- un país militarmente ocupado. Durante muchos años pregunté a todos los que venían de Chile si les llamaba la atención la presencia de policías y militares en las calles. Curiosamente, la unanimidad de las opiniones de quienes han vivido y viven en Chile, era de que no existía dicha presencia. Hoy creo que quienes así opinaban lo hacían a causa del acostumbramiento que ha incorporado ya a la geografía urbana habitual la presencia del autobús de carabineros, del coche policial con los cristales opacos, de los soldados que se apostan desde el atardecer en las salidas y entradas del metro, de

los centenares (¿o tal vez miles?) de guardias uniformados de azul que cuidan todo lo cuidable, desde un supermercado hasta un banco o una joyería. No sé cuántos soldados y policías hay en Chile; pero a los que sean hay que agregar los miles de guardias particulares que forman un ejército paralelo, que portan armas y tienen mentalidad de policías.

En un mes que he pasado en Santiago, he visto tres obras de teatro, además de la actuación de auténtico café-concert de Hugo Arévalo y Charo Cofré en su casa bautizada como La Candela. Ambos intercalan sus canciones, incluyendo algunas del último cassette de Charo, con poemas de Gabriela Mistral ("En dónde tejemos la ronda") en un extenso y animado relato de sus peripecias del exilio y las alternativas de su regreso al país. La Candela está situada en un barrio de Santiago que se ha transformado totalmente. Es el barrio de Bellavista, convertido ahora en una especie de "rive gauche", pero a este lado del Mapocho, con decenas de restaurantes, de peñas más o menos folklóricas, de refugios de artistas, de salas de exposición, de pequeños teatros donde la cartelera se multiplica en una gran variedad de temas. Yo estuve tres meses en Buenos Aires y a fines de diciembre pude viajar a Santiago, y constaté con asombro que en proporción a sus habitantes, la capital chilena está hoy más viva y dinámica desde el punto de vista cultural que la gigantesca urbe que se levanta en las orillas del río de la Plata.

El Nuevo Grupo presenta, en el teatro La Taquilla (Manuel Montt con Providencia) "El Día que me quieras", del venezolano José Ignacio Cabrujas. María Elena Duvauchelle, Julio Jung, Alicia Quiroga, Mabel Farías y Exequiel Lavandero despliegan bajo la dirección de Héctor Noguera las tensas alternativas del paso por Caracas, en 1935, del mítico cantor de tangos, Carlos Gardel. En la sala La Comedia, el grupo Ictus ha puesto en escena, bajo la dirección de Nissim

Sharim y Delfina Guzmán, la obra de Ictus y de Carlos Cerda, "Lo que está en el aire". Roberto Parada desborda el escenario con el dramatismo de su actuación, aunque no es ésta la mejor obra que ha puesto en escena el Ictus.

Un espectáculo de corte muy diferente es el que presenta el Teatro Familiar de Barrio, dirigido por Rubén Sotoconil, en el local de Sidarte (Sindicato de Artistas), en Lira con Alameda. Cinco actores no profesionales, de edad mediana, presentan "Regreso al fin", obra en un acto de Héctor Aguilar, y completa la función con la puesta en escena del poema de Neruda "Margarita Naranjo", y la presentación de una escena "improvisada", que discurre en el patio de una casa de población callampa, en cualquier suburbio de Santiago.

Al recién llegado no deja de llamarle la atención la muchedumbre que incesantemente pasea por Ahumada, convertida desde hace muchos años en un paseo peatonal, y en feria permanente de una multitud de vendedores callejeros que exhiben su mercadería sobre un trapo o un periódico cruzado por cuatro cordeles que se amarran a las esquinas. Curioso ardid de invención casera, para huir velozmente en caso que los carabineros, poco amigos de los pobres, desaten alguna de sus habituales batidas contra los vendedores de baratijas. En las veredas de Estado, Alameda, Huérfanos, y en otros barrios como Estación Central, en Irarrázaval con Pedro de Valdivia, y en Providencia con Lyon, prácticamente no se puede transitar a causa de la abundancia de este comercio multicolor. Miles de chilenos se ganan la vida comprando y vendiendo cualquier cosa, incluyendo revistas viejas, libros, ropas y cualquier objeto imaginable para la casa. Lógicamente, el comercio callejero incluye a los vendedores de sandwiches, de mote con huesillos, de alfajores y dulces chilenos.

Santiago está igual, aunque algunos barrios han cambiado. Han surgido por aquí o por allá nuevas cons-

trucciones, se han abierto un par de calles nuevas en el barrio alto, y se ha avanzado en la perforación del subsuelo que permite transitar al metro. En la superficie de sus calles, las micros se disputan por centímetros al pasajero, y corren desaladas o lentas, al ritmo de los desacompasados semáforos y la lamentable chatarrería de los desvencijados vehículos. El calor, la alegría del chiste espontáneo,

el trasiego incesante de la ciudad, resbala por sobre la adustez, la ignorancia y la chapucería de la dictadura.

A pesar de Pinochet, Chile es de algún modo el mismo, aunque en el reencuentro lo sentimos más lindo que como lo veía nuestra añoranza; y los chilenos son como los recordábamos, pero mejores, porque ahora se muestran dispuestos a todo.

L. C. (Periodista)

4

Otra vez estoy en la tierra del frío y de la nieve, tan lejos de todo lo que se ama y se añora. ¡Quién pudiera retroceder en el tiempo! Hace ocho meses que volví de nuevo a Suecia. En 1982 intentamos con mi compañero y con mis hijas menores, el retorno. Ahora es 1986 y la situación ha vuelto al punto de partida. El se quedó en Chile: el reencuentro fue demasiado para su corazón cansado y dañado por la tortura en el tiempo del golpe. Sin él quedé como perdida, desorientada, y hube de volver, porque además nuevamente me volvían a vigilar y a molestar y no quise arriesgar a mis hijas.

Alguna vez me decidiré a hacer un verdadero relato de la experiencia del regreso. El Chile que uno encuentra no es el mismo que dejó. No en vano pasan los años. La dictadura deja sus huellas, y las cosas no serían tan buenas si no fuera por el estímulo y la alegría que sacas de algunas realidades: la de nuestra juventud, por ejemplo, que es tal vez lo más hermoso que hay en nuestro país. Parece como si en el viento hubieran quedado flotando semillas, a la espera de que llegaran estos jóvenes, estos adolescentes, que a pesar de haber sido educados en el temor, en la mentirosa propaganda de la dictadura, han hecho rápidamente su aprendizaje y se han instalado en la primera línea de la lucha. Recuerdo el día en que fuimos a dejar al cementerio a nuestros compañeros degollados; a lo largo de toda la Avenida de la Paz, unos mucha-

chos, apenas unos niños, pintaban consignas con "spray" rojo y negro, desafiando los controles y vigilancia policial. Yo estaba con un amigo, también "retornado" —de Dinamarca— y ambos sentimos, a pesar de nuestro dolor y nuestra rabia, que había mucha fuerza y una verdadera grandeza en el espectáculo de lo que hacían esos jóvenes, pálidos, flacos, desnutridos, salidos desde la entraña de sus poblaciones para darnos una lección inolvidable de entusiasmo y de coraje.

Me acordé de aquellos niños esta noche, viendo en la televisión un reportaje filmado por un sueco en Nicaragua. Allí están los niños sandinistas a quienes se muestra en su guerra contra los "contras". Verlos es sentir el deseo de seguir adelante y de no perder nunca la esperanza. Eso me da mucho consuelo, porque pronto uno de mis hijos parte a instalarse en Nicaragua. Es arquitecto, y lo que comenzó como una tesis para terminar sus estudios se ha convertido en una feliz realidad: un ambicioso proyecto de construcción de viviendas. Se siente completamente feliz. Y yo también, a pesar de haber perdido por segunda vez mi país. Lo que es muy duro cuando se tienen cincuenta y siete años, que acabo de cumplir este mes de enero. Pero no debo decir que lo he perdido. Sólo se me ha vuelto a extrañar, por un breve tiempo, pienso. Mi segundo exilio no puede ser muy largo.

A. A. (Profesora)

Varia intención

ROBERTO PARADA: LA FUERZA DEL HOMBRE Y DEL ARTISTA

Es tremendamente humilde cuando habla de él. No parece tener conciencia de ser uno de los mejores actores de Chile y de que su calidad artística sumada a la humana y política, despierta un cariño que se transforma en atronadores aplausos cada vez que es visto públicamente, ya sea en el teatro, en recitales, donde vaya.

Roberto Parada cumple 45 años en el teatro. Está lejos, pero presente el tiempo en que lo echaron de la Universidad por ser dirigente de la Federación de Estudiantes y Presidente del Centro del Pedagógico. Tenía veintiun años en 1930 y para sobrevivir se transformó en corista de zarzuela y opereta. Le gustaba el canto, se entretenía y ganaba 16 pesos que le permitían comer y pagar la pieza donde vivía.

Cuando le levantaron el "castigo" reingresó a la Universidad para terminar sus estudios de pedagogía en inglés y luego se fue a Londres para especializarse en lingüística y ser el mejor profesor universitario en su ramo. Como profesor secundario, recorrió mucho: Parral, Angol, Temuco y San Fernando. En 1940 vuelve a Santiago para reintegrarse definitivamente al teatro y deja la lingüística.

Con su hermosa y potente voz, recuerda con ternura y emoción a veces. Otras con alegría y con dolor. Hace pocos días, en un homenaje a Héctor Duvauchelle, al entregar su testimonio sobre su amigo, mostró toda su ternura, simpatía y buen humor. Hizo

reír con ganas, a diferencia de los últimos meses que ha hecho que mucha gente lllore con él. Los aplausos logrados en *Primavera con una esquina rota* del teatro ICTUS, donde tuvo un importante papel y los logrados con el video "VI a 1965", no van sólo al excelente actor. Van también al padre valeroso, al militante inclaudicable, al hombre bondadoso e incansable que ha recorrido Chile con su compañera María Maluenda, recitando a Neruda y con ello, dando ánimo y esperanza. Pero antes de ésto, le han sucedido muchas cosas.

—Yo era ya mayorcito, habían pasado diez años de la época de la zarzuela, cuando fundamos el Teatro Experimental de la Universidad de Chile con Pedro de la Barra y otros. Fue importante, porque tuvo todos los caracteres del teatro moderno. Fue una revolución absoluta para el teatro que se hacía en Chile en esos tiempos. Lo que se hacía en ese entonces era una continuación de los teatros españoles que habían venido acá antes y que habían quedado sobrepasados largamente por los teatros de Europa. Algunos de nuestros compañeros habían leído y otros habíamos oído hablar largamente de Stanislavsky, de los autores franceses, de los grandes teóricos del teatro. Y esos fueron las líneas sobre las cuales echamos a andar nuestro teatro.

—¿Tenía algún sentido político ese teatro?

—En realidad, no. Yo creo que la gran innovación, la gran revolución que trajimos fue dar teatro bueno. Fue hacer teatro clásico y moderno sobre

líneas modernas. Dimos obras absolutamente desconocidas en esa época y para empezar, había que terminar con aquel tipo de teatro que se hacía en Chile. Por muy buenos actores que fueran, personalidades estupendas, todo giraba alrededor de ellos. Pongamos el nombre de Alejandro Flores, el más grande de todos, de atrayente personalidad. Pero la obra giraba en torno a él. Se daba la obra que le acomodaba y nadie podía sobresalir si no era él. Para nosotros existió un nuevo concepto: la obra de teatro era una entidad en su totalidad. Tenía que existir armonía entre el equipo humano que formaba la compañía sin que nadie sobresaliera en forma especial. Del mismo modo había que cuidar la escenografía, la iluminación, el vestuario. Era un todo.

—¿Qué recuerda con especial cariño de esa época?

—Uno recuerda en realidad muchas cosas; sobre todo dimos siempre muy buenas obras. La primera es inolvidable. Empezamos el 22 de junio de 1941 dando dos obras cortas en una sola función. Una moderna, de Valle Inclán, Ligazón, donde trabajó doña María Maluenda y una clásica del siglo XVII, La Guardia cuidadosa, un entremés de Cervantes, donde trabajaba yo. Trabajé veinte años en la Universidad de Chile, en una época muy hermosa, fuimos felices haciendo teatro en la Universidad porque logramos formar un grupo humano muy valioso. En 1962, me retiré de la Universidad de Chile y trabajé con las compañías que me contrataron hasta llegar hoy a ICTUS donde he trabajado muy a gusto.

—*Muy poco después del Golpe Militar usted y María Maluenda han recitado con especial énfasis a Neruda. Ese actor que entrega tantas esperanzas y ánimos para la lucha, ¿nace con el golpe?*

—No, ya existía antes. La verdad es que yo he sido profesor durante muchos años y antes de recibirme sentí la necesidad de tomar una posición

política, de manera que esto no es nuevo para mí. Desde los dieciocho años me inscribí en organizaciones de profesores, especialmente de los primarios que eran los más grandes luchadores. La preocupación política existió en mí desde el principio de mi trabajo. Me sentí en la obligación de tener una posición, de ponerme al servicio de una causa. Debo decir que tuve un gran maestro, un maestro en la calle, en el terreno político. En aquellos años lejanos de que hablamos, digamos 1926, en que llegué a Santiago, había una gran efervescencia política en las calles; discusiones, discursos y sobre todo, los domingos en la Plaza de Artesanos. Ahí hubo un gran profesor para mí: bajo, macizo, de una hermosa voz muy bien timbrada que hablaba de problemas políticos en un lenguaje diferente al que conocí antes en el terreno político. Este gran profesor en las calles se llamaba don Elías Lafertte. Nunca lo olvidaremos y desde entonces, hasta ahora, he mantenido mis principios y adherido, aunque a alguien pueda darle un cólico hepático, al marxismo. De manera que no es nuevo que hayamos estado siempre en las luchas y cerca del pueblo de Chile a través del trabajo cultural. Y hemos tenido la poesía como arma fundamental de combate y ahí hemos contribuido más directamente en la lucha política. A través, principalmente, de nuestro gran amigo Neruda que dimos a conocer por todo el país.

—*¿Usted siente que su rol como actor, como intérprete de la poesía cambia fundamentalmente después del Golpe Militar?*

—Lo que ha sucedido después del golpe es que hemos sentido necesidad de recargar el pensamiento político y encontramos en la poesía un arma de combate de primer orden. Llega a todo el mundo y nosotros creemos conocer muy bien la poesía de nuestro compañero Pablo o de nuestro querido amigo Juvencio Valle. Hemos luchado mucho con esa poesía pero le hemos cargado el peso a la poesía política,

antes era más amplio nuestro repertorio.

—¿Usted siente que la gente lo percibe como un luchador del arte por la democracia?

—Sí, absolutamente. Además, yo me siento muy cerca del pueblo de Chile. Siento que estamos amarrados a él a través del teatro, pero sobre todo, a través de la poesía, donde encontramos que hay una unidad absoluta entre el pueblo y nosotros.

—¿De dónde saca la fuerza para poder ser lo que es hoy?

—No sé de que fuerza me habla.

—De su fuerza como actor, como hombre, de su vitalidad, de su entrega...

—Lo único que siento es que la vejez está ya encima y no soy ni la sombra de lo que solía ser. Quisiera tener mucha más fuerza de la que tengo ahora, para seguir luchando en favor de los grandes principios que yo considero sagrados: la libertad, la democracia. Desgraciadamente no tengo la fuerza. Ya no.

—¿Y por qué se le nota, si no la tiene?

—No sé, la tuve, eso sí. He sufrido bastante en este último tiempo y me siento ya un poco dolido de vivir, cansado, pero mi pueblo es más grande que mis dolores.

—¿No será ese sufrimiento el que le da fuerzas para seguir?

—Me ha costado. Me ha costado seguir porque fue un golpe demasiado grande. He estado tratando de recuperarme porque sé que todavía puedo ser útil en una u otra forma a mi pueblo.

E. S.

HACE TRECE AÑOS

Miraba el primer episodio de la película francesa para la televisión *Bel Ami*, de Maupassant. Fue a propósito de aquella parte cuando Georges tiene que escribir un artículo sobre Argelia para el diario donde empieza a trabajar y que él no puede comenzar,

que me acordé entonces de un hecho ocurrido hace trece años. Era septiembre y allá, primavera, aunque sería más exacto decir que empezaba una larga y tenebrosa noche. Los compañeros me encargaron una tarea, a mí y dos amigos más, historiadores: redactar noticias y comentarios sobre los terribles hechos que estaban ocurriendo a mi Chile a raíz del golpe fascista de Pinochet. Nos invitaron a una conversación con el Comité de Radio y Televisión. Fuimos. Y allá, en el 9º piso, un *tavarich* con cara de papá bueno, jefe de la sección de América Latina, nos expuso en detalle los deseos de la dirección: se creaba en las transmisiones para A.L. un espacio especial dedicado a Chile. Se necesitaba entonces que fueran los propios chilenos los que redactaran y leyeran sus noticias, aunque se trabajaba en eso ya desde el 11. Planificamos el trabajo. Yo tenía más a mano los diarios extranjeros. Además, disponía de una máquina de escribir y la asesoría de mi contrincante no me podía fallar. Por tanto, yo haría el noticiario y ellos dos el "editorial". Leeríamos las dos mujeres (nada de herir susceptibilidades). Bien. ¿Y el nombre del programa? Necesitábamos una característica musical, introducir en seguida con voz vibrante el nombre del espacio y cortina musical de nuevo. Perfecto.

La selección del tema musical nos tomó poco tiempo. No había mucho donde elegir, porque contábamos con escasos discos que habían llegado de rebote. El tocadisco de mi habitación nos venía de perillas. Probamos. La melodía era combativa, estimulante... Apropiada, al fin.

Bueno, ¿y el nombre? Barajamos varios y no porque sí. El programa iba dirigido a la patria, a los chilenos que en su propio país ignoraban sus propias noticias. Se había cerrado toda información que no fuera la oficial, la que la junta quería entregar de acuerdo a sus conveniencias. Pero los colegas extranjeros acreditados trabajaban a todo vapor y afuera se conocía

casi todo, yo tomaba esas noticias, las rehacía y las pasaba a máquina. Mi asesor espiritual no me daba la más mínima esfera, aunque de paso y con la boca chueca me dijo: no se cargue en la adjetivación gruesa porque le va a restar seriedad a lo que dice. Tuve que recular y medirme, porque en esos momentos era para disparar con ventilador. En verdad, no puedo decir que todo fue fácil. Yo no soy periodista. Mis amigos historiadores —marido y mujer— se esforzaban bastante aunque a fuer de verídica, —como dice un amigo mío *demodé*— sus “editoriales” no eran tan “periodísticos”. Por eso, cuando llegó desde Berlín un comentario de Villegas y lo leímos por radio —sin decir la fuente, por supuesto, porque el prestigio se nos vendría abajo— respiramos hondo: por fin algo realmente bueno en nuestra tarea. Sergio, ¿nos perdonas, verdad?

Pero ¿y el nombre? Bueno, decía que como la información la mandábamos para adentro, el título tenía que estar muy relacionado con esa circunstancia. Surgieron varios nombres: “Aquí, Chile” (fome, en todo caso habría que decir “Allá...”); “Chileno, escucha” (mejor al revés); “Escucha, chileno” (discusión: si no es para uno solo, es para millones de chilenos); “Escucha, Chile” (opinión unánime: ése está mejor, es general, llega a todos), y en fin, otros más. Grabamos en mi habitación —Hotel, 319— lo que podría ser nuestro primer programa. Probamos de a uno por uno (nada de mandarse la parte) y luego a coro. Salía bien. Nos decidimos por “ESCUCHA, CHILE”. Era muy importante el tono, la manera de decirlo, esa comita entremedio. Era como un llamado de alerta. Salía del alma y allá lo oírían tantos. Mi amiga tenía buena voz para locutear; en cambio la mía quedó descartada después de las primeras salidas al aire, como se dice, cuando leíamos —alternándonos— las noticias.

Llegó el primer día de nuestro programa. Partimos los tres (y más

adelante los cuatro, porque hubo que ir con mi negra, muy chica aún, que se entretenía allá con Anselmo tratando de meterle los dedos en los ojos, qué joder). Bueno, entonces los tres y los cuatro, con disco y todo. Nuestra primera grabación creo que duró como diez minutos, más o menos. Se ensamblaba con los materiales de los periodistas soviéticos y un comentario de fondo. Katia estaba omnipresente.

Para comienzos de 1974 ya estaba llegando el “equipo periodístico profesional chileno”. Y así quedó: “ESCUCHA, CHILE”.

Bueno ¿y qué fue de la película francesa? El Georges, personaje central, de pobrete que era, se tiró de lleno al “pastiel” (sólo para los castellanos que saben ruso), lo pasó re’bien, se enriqueció, se casó, y si no fue feliz, se comió más de una perdiz...

Eliana Farías

GRAHAM GREENE RETRATA A PINOCHET

Aunque es probablemente uno de los libros peor traducidos y con mayor número de erratas que me haya tocado leer en el último tiempo, leí en fin de cuentas con interés y agrado *Descubrimiento al general* de Graham Greene (Editores Plaza y Janés, colección Biografías y Memorias, 1985). Esto demuestra que Augusto Monterroso tiene razón (probablemente) cuando sostiene que ni los peores traductores consiguen liquidar del todo los méritos literarios de las obras de algunos autores.

Descubriendo al general (subtítulo: “Historia de un compromiso”) nos proporciona un retrato íntimo de Omar Torrijos, escalonado a lo largo de cinco años y de sucesivos encuentros, que profundizan gradualmente en la personalidad y en el pensamiento de este singular jefe militar y político empeñado en afirmar la independencia de su diminuto país, Panamá, frente al poder y la arrogancia ilimitados de EE.UU. Greene dedi-

ca tanto o más espacio al retrato del sargento y ex profesor de filosofía Marxista y matemáticas José de Jesús Martínez, alias Chu-Chu, que casi se roba la película. (Como personaje literario, se la roba, sin más.)

Con algo de novela y algo de diario, con mucho de crónica de viajes, el libro se parece a otros de la última cosecha del escritor inglés; pero también se diferencia de ellos porque, sin perder su implacable objetividad, esa fría y desabrida impertinencia sajona con que exhibe debilidades y ridiculeces humanas y con que disecciona hábitos y tradiciones ajenos, entibiado todo ello por el humor y una especie de ternura soterrada, el libro se aproxima bastante a una confesión personal. Greene nos revela, en efecto, pese a sus pudores, la profundidad del afecto surgido entre él, el general y el sargento y la profundidad del compromiso político asumido por el escritor con la causa de Panamá y con la de Nicaragua, con la un Estado todavía más minúsculo que Panamá, Belice, y con Chile.

No olvidemos, los chilenos, que Graham Greene estuvo en Chile en 1971 o 1972; que fue a Santiago, como el mismo lo dice, "a visitar a Salvador Allende" y que escribió en aquel tiempo un artículo bastante lúcido, crítico y premonitorio sobre lo que ocurría en nuestro país, expresando a su manera un fuerte apoyo a la singular revolución chilena.

Su biografía de Torrijos podría motivar extensas reflexiones (se las dejo a otros) sobre literatura, política y sobre el carácter latinoamericano, que considera no muy alejado del español, tal vez sin equivocarse demasiado. En el preámbulo, tratando de aclarar o de aclararse él por qué de su sostenido interés, desde su más temprana juventud, por España e Hispanoamérica, responde: "Tal vez, la respuesta reside en el hecho de que en esos países la política rara vez significa una mera alternativa de partidos políticos rivales, sino que siempre ha sido una cuestión de vida o muerte."

En 1977, cuando los mandatarios latinoamericanos acudieron en masa a Panamá, invitados por Torrijos, para asistir a la ceremonia de la firma de los "Tratados canaless", Graham Greene (invitado especial de su amigo el general) se dedicó a contemplar... a Pinochet.

"Los actores principales se encontraban en la tribuna... —escribe—, El general Stroessner de Paraguay; el general Videla de Argentina, con un rostro tan chupado y enjuto que apenas le quedaba sitio para sus ojillos zorrunos; el general Banzer de Bolivia, un hombrecillo de aspecto asustadizo, con un bigote en permanente agitación, parecía que había equivocado el papel y no iba vestido adecuadamente."

"Allí se encontraba también el más importante actor de carácter de todos ellos, el propio general Pinochet, el hombre al que complace aborrecer. Al igual que Boris Karloff, había alcanzado en realidad el grado de reconocimiento inmediato; él era quien podía mirar con divertido desprecio a los frívolos tipos de Hollywood, espléndidamente pagados, que se encontraban abajo. Tenía la barbilla tan hundida en el cuello de la guerrera, que parecía no tener cuello propio. Sus ojos de mirada inteligente, de buen humor, falsamente bondadosos, parecían decirnos que no tomáramos demasiado en serio todas esas historias de asesinatos y torturas procedentes de Sudamérica. Apenas podía creer que hubiera transcurrido tan sólo una semana, desde que escuchara en Panamá a la refugiada que rompió a llorar al describir cómo le habían introducido una bayoneta en la vagina..."

"Estoy seguro —escribe más adelante Greene— que Pinochet estaba consciente de que dominaba la escena. Era el único contra quien protestaba la gente por las calles de Washington agitando pancartas. Tal vez no supieran pronunciar el nombre de Stroessner y ni siquiera se acordaran de Banzer. Pinochet mostró su

tacto al no saludar de mano a su aliado Kissinger, que se encontraba abajo y éste ni siquiera miró en dirección a él. Luego todos nos pusimos de pie al sonar las notas de los dos himnos nacionales, coincidiendo con la entrada de Carter y del general Torrijos para firmar el tratado, un tratado algo ajado, pues había pasado trece años sonetido a manoseos y correcciones. Sin embargo, estaba seguro de que no era yo solo quien seguía observando a Pinochet. Al igual que Boris Karloff su papel no requería que hablase. Ni siquiera que gruñera." (...)

"Una vez firmado el Tratado, Carter y Torrijos se dispusieron a saludar a los jefes de Estado que se encontraban en la tribuna. En América Latina un cordial abrazo es la forma habitual de saludo, pero me di cuenta que Torrijos sólo abrazó a los líderes de Colombia, Venezuela y Perú, limitándose a estrechar la mano con circunspección a los de Bolivia y Argentina, mientras seguía avanzando en dirección a Pinochet. Pero Pinochet también lo había observado y en sus ojos brilló una mirada de perversa diversión. Al llegarle el turno estrechó la mano que le ofrecía Torrijos, al tiempo que le pasaba el brazo por los hombros. Si en aquel instante algún fotógrafo hubiese hecho funcionar su cámara, daría la impresión de que Torrijos había abrazado a Pinochet."

Hasta aquí esta notable instantánea de Pinochet en la pluma de Graham Greene.

José Miguel Varas

BREVES

● Durante el Gobierno de la Unidad Popular un grupo de académicos norteamericanos creó en Estados Unidos una organización independiente, el Chile Network, destinado a informar al público sobre el desarrollo del proceso chileno, y contrarrestar así la campaña propagandística de los sectores conservadores y denunciar los inten-

tos intervencionistas del gobierno de Washington. Después del golpe militar, sus integrantes realizaron una activa labor en defensa de los derechos humanos en Chile y en la campaña para oponerse a la ayuda económica y militar a la dictadura. Recientemente se reorganizó como centro de académicos comprometidos con la lucha por la democracia en Chile. La carta de la convocatoria explica así sus objetivos: "En la medida en que el conflicto en Chile se intensifica, hay una creciente necesidad de re-establecer un centro de académicos capaz de ofrecer al público norteamericano análisis informados de la cambiante situación nacional. Las actividades de este centro incluirán: conferencias, publicaciones, un servicio de conferenciantes, ideas para nuevas investigaciones sobre la dictadura militar, y la distribución de material escrito, films y videos provenientes de Chile. Invitamos a todos los académicos, escritores y activistas interesados a participar en la formación del Chile Information Network".

La dirección de este centro es : Chile Center for Education and Development, P. O. Box 20179, Cathedral Finance Station, New York, N. Y. 10025.

● Una muy importante contribución al estudio de la obra de Luis Emilio Recabarren es la publicación emprendida en Chile de los *Escritos de Prensa* del insigne fundador del movimiento obrero chileno organizado. Prevista en cuatro tomos, comprenderá la casi totalidad de los artículos publicados por Recabarren durante toda su vida en diversos periódicos. Abarca, concretamente, el período 1898-1924. El tomo primero, que acaba de aparecer, llega hasta 1905. La obra ha sido preparada por Eduardo Devés y Ximena Cruzat y publicada por las editoriales Terranova y Nuestra América.

Los interesados pueden adquirirla enviando cheque por US.\$ 5.- a nombre de Eduardo Devés a la siguiente dirección: pasaje Marchant Pereira, Block 1795-C, ap. 42, Stgo., Chile.

● A mediados de abril se realizaron en Santiago las elecciones para renovar el Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile. Obtuvo el triunfo en forma abrumadora la lista encabezada por el ensayista Martín Cerda—que fue reelegido como Presidente— y que integran escritores afiliados o simpatizantes de los partidos políticos de la oposición de izquierda y de centro. Todos ellos fueron elegidos: Poli Délano, al que se designó vicepresidente; Isabel Velasco, nominada Secretaria General, y como directores: Humberto Díaz Casanueva, Inés Moreno, Antonio Montero, Guillermo Trejo, Ramón Díaz Eterovic, Diego Muñoz Valenzuela, Aristóteles España y Carmen Berenguer. Fuera del pluralismo ideológico, el nuevo Directorio de la SECH tiene también la virtud de haber equilibrado la presencia en su interior de los diversos géneros literarios y las diferentes generaciones, sin descuidar la participación —como en todos los dominios de la vida, hoy, en Chile— de la mujer.

La lista de derecha, que a duras penas disimulaba su complacencia con las posiciones de la dictadura, obtuvo una votación muy pequeña, y no eligió a ninguno de sus representantes.

● La revista *Literatura Chilena. Creación y Crítica*, que dirige el poeta David Valjalo, reaparece después de prolongados meses de silencio con un número monográfico dedicado a "la Nueva Canción Chilena". Volumen doble (corresponde al N^o 32/33) contiene numerosos artículos, testimonios, crónicas, reseñas críticas, comentarios y notas de autores como Gustavo Becerra, Juan Orrego Salas, Osvaldo Rodríguez, Patricio Manns, Eduardo Carrasco, Juan Epple, Alfonso Padilla, Nancy Morris y otros. Publicada durante ocho años en California (su primer director fue el escritor Fernando Alegría), *Literatura chilena* se edita ahora en Madrid. Los investigadores y curiosos advertirán que su dirección es la misma de nuestra revista *Araucaria*: la calle de Arlabán N^o 7. Sólo los pisos son diferentes. Como,

por otra parte, la antigua *Chile-América* —publicada en Roma hasta su reciente extinción— funciona convertida en centro de documentación en el mismo número de la misma calle madrileña, los cronistas de la pequeña historia del exilio chileno alguna vez podrán registrar esta curiosa convergencia de tres de las más prestigiosas y tenaces revistas de nuestra emigración.

● Con la música chilena está también relacionada otra publicación que apareció recientemente, sólo que aquí no se trata de un compositor sino de un intérprete, ligado por otra parte, no a la creación popular sino a la música culta. Es un libro dedicado al conocido concertista en piano Roberto Bravo, cuya vida y peripécia artística ha recogido en un volumen de 155 páginas, profusamente ilustrado, el periodista Gregorio Goldemberg. Su título es *La música es un llamado libertario. Roberto Bravo: el artista, el hombre*, y fue publicado en Santiago a fines de 1985 por Ediciones P. y P.

● El tema de la dictadura ha impregnado como era previsible toda la literatura chilena reciente. Ha inspirado algunos libros mayores (*Casa de campo, La guerra interna, El paso de los gansos*, etc.) y otros que no lo son tanto. Entre estos últimos está *El gran taimado*, de Enrique Lafourcade. Amante éste, como se sabe, del sensacionalismo y el esperpento, pero fiel, sobre todo, a una imagen cultivada por él mismo de novelista irrespetuoso e iconoclasta, Lafourcade no pudo resistir en su tiempo a la tentación de escribir un libro infame sobre Salvador Allende. Pasados doce años los vientos son otros y hora era, pues, de sacar de la manga este "Taimado". Pinochet es aquí César Claudio Bachelard, y Manuel Contreras —el verdadero protagonista— es Tullio Aguayo. Y así sucesivamente, porque Lafourcade mete en su libro a casi todo el mundo, sin olvidar a los militantes de la izquierda chilena, caricaturizados hasta lo grotesco de modo obse-

sivo por el novelista desde los comienzos de su carrera literaria.

No puede negársele cierta eficacia a algunos elementos satíricos de *El gran taimado*, aunque el lector quede al final con la sospecha legítima de que el novelista sigue siendo, como siempre, intrínsecamente insincero.

● *Documentación teatral*, el boletín que editan en Madrid Jorge Díaz y Eduardo Guerrero, trae la noticia: La dramaturga chilena María Asunción Requena ha muerto en el exilio, en Lille, Francia, a los setenta años. Residía en este país desde 1975, junto a su esposo, el actor y poeta Raúl Rivera, que fuera durante la Unidad Popular director del grupo teatral Teknos de la Universidad Técnica del Estado. Nacida en Punta Arenas, ella fue autora de diversos textos teatrales: *El camino más largo*, *Chiloé*, *cielos cubiertos*, *La chilota*, *Pan caliente* y particularmente de *Fuerte Bulnes*, que tuvo en su tiempo cierta notoriedad.

● Un niño santiaguino de nueve años, alumno de enseñanza básica en un colegio de la capital, entregó el trabajo que publicamos a su profesora, que había convocado a sus estudiantes a escribir un cuento original como parte

de sus tareas escolares. El texto se publica literalmente, con apenas algunas correcciones de puntuación y ortografía.

Un día de piedra (cuento)

"En el paleolítico, aproximadamente en la primera glaciación, existía un líder llamado Piedrachet con su pueblo Guru-Guru; había logrado el liderazgo por medio del golpe de piedra en 10.973 A. Mató a Salvador Rocallende por oponerse a sus ideas de matar a los cavernícolas piedralistas. Durante su largo reinado sucedió que pidió tres patas de arrollado y le trajeron tres degollados (por piedra tallada) por los dinosaurios verdes que amedrentaban a los piedralistas que fueron sus enemigos. El tenía la suerte de dominar el fuego. En las piedrahuelgas sus secuaces utilizaban para amedrentar a la gente, lacrimógenas y ametrallahondas. El tenía el liderazgo de la caza. Su esposa dirigía piedracema, donde tallaban las piedras. La oposición tenía medios para manifestarse por medio de dibujos rupestres, panfleto-piedras y rocanálisis.

"Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia."

TESTIMONIO

Oswaldo Puccio

Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado
Santiago, Editorial Emisión, 1985, 313 pp.

"Hace tiempo, surgió la idea de acumular recuerdos, de sentarme a escribir lo que viví al lado de Allende. Había entendido que el privilegio de estar cerca de Allende implicaba el compromiso de transmitir estas vivencias a otras personas y, en especial, a la juventud." Con estas palabras Oswaldo Puccio justifica sus memorias, las que fueron originalmente publicadas en la República Democrática Alemana, afortunadamente. Digo así, pues tenemos la costumbre cuando escribimos sobre nuestra patria y sus hechos, de dar por sentado que todos sabemos de qué estamos hablando y por ello omitimos informaciones que para el lector son un enigma y dejamos datos ocultos que no se aclaran en la lectura del texto.

A los dieciocho años Oswaldo Puccio conoce a Allende en Punta Arenas, cuando éste se presenta para las elecciones senatoriales. En 1950 tiene ocasión de conversar con él y conocer sus planteamientos para la campaña presidencial de 1952. Los entretelones, la división del Partido Socialista y el apoyo de un sector de éste al ex-dictador Carlos Ibáñez son algunos de los hechos que marcan los inicios de Allende en su camino hacia La Moneda. Los 52.000 votos obtenidos fueron un indicio de la falta de concientización de las masas, pero no de los trabajadores. Entre el 12 y el 15 de febrero de 1953, se realiza el Congreso

Constituyente de la Central Única de Trabajadores, que contó con la asistencia de 2.355 delegados, representantes de 952 organizaciones.

Un hecho político que conviene no olvidar es el que se produjo, durante el régimen de Ibáñez, el 2 de abril de 1957. El descontento de los trabajadores y estudiantes produce la salida a las calles. El gobierno no puede controlar las masas, ni tampoco los partidos políticos. Se utiliza a los militares y se abren las cárceles santiaguinas para provocar el saqueo del cual culpar al pueblo y justificar la represión. El "putsch" provocado por Ibáñez le dio dividendos: destruyó la imprenta Horizonte del PC y relegó chilenos a Pisagua y al interior del país.

La campaña de 1958 encuentra a las fuerzas de izquierda agrupadas en el FRAP, que se mantendría como tal hasta el año 1969, en que nace la UP. Se pierde la presidencia por 30.000 votos. Puccio no menciona en sus memorias el papel desempeñado por el Cura de Catapilco, quien apoyado bajo cuerda por la derecha económica arrastra 30.000 votos populares hacia su candidatura.

Aquella campaña permitió ver a las claras las armas que se ocuparían para impedir la llegada de la izquierda a La Moneda: la campaña del terror. Años más tarde, una comisión investigadora del Senado de los Estados Unidos presidida por Frank Church, probaría el derrame de dólares hacia Chile para financiar tal campaña. Y quiénes recibieron tal oro yanqui. Hasta Juana Castro hace llegar su voz a las radioemisoras chilenas. El gobierno de Alessandri permite tal intromisión en la política interna. Así se defendía la soberanía del país. Eduardo Frei gana la elección con la mayoría absoluta de votos. Recuerda Puccio: "de unos 200 votos, 110 eran

para Frei, 70 a 80 para Allende y 10 para Durán”.

Había que preparar la campaña de 1970. Allende confiaba a su secretario: “Osvaldo, la lucha ahora va a ser mucho más dura. Esta gente nos muestra una nueva cara del imperialismo. Puede ser que hagan algunas pequeñas reformas, más de forma que de fondo. Pero ellos tienen a su lado un grupo del proletariado y pueden conseguir más. Esto significa para nosotros que tenemos que definirnos más claramente”. Esa campaña es historia demasiado conocida para recontársela a las nuevas generaciones a las cuales está dedicado el libro de Osvaldo Puccio. Escrito con lenguaje sencillo, diría más: con sinceridad no frecuente en memorias de tipo político en que se trata de mantener una imagen inmaculada del protagonista, el libro se lee como una crónica, algunos de cuyos episodios presentan la “entraña interior” de hechos que ya pertenecen a la historia.

Un cuarto de siglo con Allende nos muestra varias facetas del líder chileno, cuya imagen no han logrado mellar los años de dictadura, exilio, persecución y muertes.

PEDRO BRAVO ELIZONDO

Elizabeth Burgos Debray
Me llamo Rigoberta Menchú
(Premio Casa de las Américas, 1983) Casa de las Américas,
La Habana, 1983, 402 pp.

La vida de una india quiché, integrante de una de las veintidós etnias de Guatemala, ha sido recogida por la escritora venezolana ofreciendo uno de los testimonios más valiosos sobre una mujer centroamericana de hoy. Rigoberta Menchú ha vivido todas las formas de represión que un ser humano puede vivir: como mujer, como miembro de un pueblo y una cultura oprimidos, como combatiente por la

justicia social. Auténtica representante de un sector que suele encubrirse con el nombre genérico de “campesino”, Rigoberta se niega a olvidar su legítima herencia de india que posee una cultura y un idioma muy antiguos, herencia que es transmitida con orgullo de padres a hijos y que la protagonista rescata con dignidad, al igual que sus sufrimientos. Su aprendizaje del castellano ha sido un acto consciente en esta muchacha que hoy tiene veinticinco años, pero que ha vivido muchas vidas y está decidida a combatir las diversas formas de opresión.

Elizabeth Burgos Debray llegó a ser amiga de Rigoberta y en largas veinticinco horas de grabación recogió las confidencias de una mujer netamente americana. La autora señala con razón: “Los latinoamericanos siempre están listos a asumir como suyos los grandes momentos de la cultura precolombina, azteca, inca, maya, pero no establecen ningún lazo entre ese esplendor del pasado y los indios pobres, explotados, despreciados que les sirven de esclavos”.

Rigoberta empieza a trabajar a los ocho años en una finca como asalariada, cortando café. Uno de sus hermanos muere intoxicado por la fumigación de los cafetales; otro muere de desnutrición; ve morir a una amiga catequista por la fumigación del algodón. A los doce años se va a trabajar de sirvienta a la capital; sus patronos le dan de comer sobras peores que las destinadas al perro de la casa. A su padre lo encarcelan porque participa en el movimiento de defensa de la tierra, contra los terratenientes; más tarde morirá asesinado y quemado en una manifestación de campesinos. Su hermano de dieciséis años es secuestrado por el ejército, arrastrado por los montes, amarrado de los testículos, desollado y quemado vivo. Su madre es secuestrada, violada por los altos militares del pueblo, rasurada, le cortan las orejas y después el cuerpo por partes, vuelta a violar y dejada en agonía varios días a la intemperie

agusanándose viva y finalmente comida por perros y zopilotes. Los horrores de que son víctimas los seres más amados de Rigoberta, ella los ve sufrir también a otras personas de la comunidad; debe socorrer a muchas de sus amigas violadas.

Después de un largo y doloroso proceso de reflexión, Rigoberta renuncia al matrimonio y a la maternidad: "*yo soy humana y soy una mujer y no puedo decir que rechazo el matrimonio, pero mi tarea principal pienso que es primero mi pueblo y después mi alegría personal*"; no quiere ser viuda ni madre torturada ni dejar hijos huérfanos y abandonados. Sin embargo, reafirma: "*estoy abierta a la vida*".

La joven es perseguida por el ejército, permanece un tiempo clandestina en la capital, en un convento de monjas y finalmente sale al exilio. Continúa su hacer revolucionario: "mi trabajo es igual que ser catequista, sólo que soy una catequista que sabe caminar sobre la tierra y no una catequista que piensa en el reino de Dios sólo para después de la muerte".

La vida, toma de conciencia y decisión de Rigoberta Menchú, esta mujer que da a conocer todos sus sufrimientos y experiencias, pero ocultando siempre su identidad como indígena, esa almendra que es privativa de su pueblo: así lo afirma, puede sintetizarse con sus propias palabras: "*Yo no soy dueña de mi vida, he decidido ofrecerla a una causa. Me pueden matar en cualquier momento, pero que sea en una tarea donde yo sé que mi sangre no será algo vano, sino que será un ejemplo más para los compañeros*".

VIRGINIA VIDAL



ENSAYO

Guido Podestá

César Vallejo: su estética teatral

(Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies & Literature, 1985)

Por razones que son de obviedad absoluta y que, hasta el presente aparecían como indiscutibles, las preocupaciones mayores de la crítica en torno a Vallejo se han centrado 1.) en su poesía, 2.) en su obra narrativa y 3.) en sus postulaciones teórico-literarias. Casi totalmente al margen quedaba siempre la producción teatral de Vallejo, no obstante haber ido ésta incrementándose en su período último, hasta el punto de ser, si bien nunca prioritaria ni excluyente, de máxima importancia para el propio autor. Producción que incluye desde la creación misma de obras a su teorización. En la palabra: hubo en Vallejo una preocupación cada vez más decidida y atenta por lo teatral.

En 1979 es cuando recién se publica, bajo el sello de la Pontificia Universidad Católica de Perú, los dos volúmenes del (supuesto) *Teatro Completo* del escritor. No obstante sus innumerables deficiencias (versiones inapropiadas, en nada críticas, altamente incompletas y torpemente "corregidas" —como es el caso de *La piedra cansada*—), tuvo el mérito de llamar la atención sobre un aspecto en poco o nada discutido del cholo genial. Será sólo desde entonces, a pesar de las proposiciones tempranas de Porras Barrenechea en sus "Notas Bio-bibliográficas" a los *Poemas Humanos* de la edición parisina de 1939, que comience a reflexionarse sobre lo que *lo teatral* y *lo dramático* significan en la obra teatral de Vallejo. Es así que han podido plantearse problemas de

tanta significación como son los registros por Cornejo Polar en el prólogo al libro que reseñamos: ¿cómo explicarse las diferencias entre el poeta Vallejo y el dramaturgo Vallejo?, ¿a qué puede deberse la incoherencia (en su grado extremo) o la distancia entre el teórico con nitidas postulaciones sobre el fenómeno dramático y el realizador de obras teatrales? En terreno tal caben las opciones interpretativas más diversas y el citado prologuista de este libro propone las suyas con la lucidez que lo caracterizan.

Sin embargo, el libro entre manos no busca esas opciones. Sus pretensiones son más modestas y, por lo mismo, más básicas: establecer textos manejables que sean fidedignos, revisar —sintetizando y discutiendo—, los componentes teóricos que movieran la praxis vallejeana y, por último, conectar tal teoría sobre un género específico con las preocupaciones que movilizan su producción literaria en conjunto.

El primer paso de Guido Podestá fue de un positivismo total y necesario: acudir a los textos que en la Biblioteca Nacional del Perú se han recopilado: los escritos teatrales inéditos copiados dactilográficamente por Vallejo mismo y por Georgette, inexplicablemente mal atendidos por los editores del *Teatro Completo* y, por fortuna nuestra, reproducidos en el Anexo del libro que comentamos.

Entre las muchas virtudes que tiene el estudio de Guido Podestá sobresale su examen, con agudo ojo crítico, de la estética implícita en la obra dramática de Vallejo con lo que, consecuentemente, puede mostrar la relación entre teoría y praxis, problema que no agota pero sobre el cual anuncia un nuevo libro que a los vallejeños no puede sino dejar en actitud expectante.

El volumen, en su *corpus* fundamental, se estructura en 8 capítulos: "Vallejo como crítico teatral", "Función política del teatro", "La nueva

estética de Vallejo", "Las primeras obras teatrales de Vallejo", "*Moscú contra Moscú, Entre las dos orillas corre el río y La Mort*", "*Colacho Hermanos y Presidentes de América*", "*La piedra cansada*" y "La estética de sus obras teatrales y sus últimos proyectos". Enmarcan estos ocho capítulos una "Introducción" y las "Conclusiones", a las que preceden, respectivamente, el sugerente prólogo de Cornejo Polar y la Bibliografía y Anexo a los que nos hemos referido. El Anexo, reitero, es de importancia fundamental, pues recoge las piezas dramáticas y los escritos de Vallejo sobre teatro. El recopilador nos advierte que su publicación obedece al propósito de hacer inteligible la investigación que los precede, pero, la verdad es que ya por sí sólo constituye un aporte inapreciable al mejor conocimiento de la escritura total del mayor autor peruano de todos los tiempos. Es cierto que no consiste en una edición crítica de las obras (cuya necesidad se revela ahora imperiosa) pero, y esto es decisivo, la facilitan. A los textos dramáticos el Anexo suma la recopilación de gran cantidad de trabajos inéditos, o escasamente divulgados de Vallejo sobre *teatro* —así, en abstracto— y sobre obras teatrales concretas.

Las "Conclusiones" resumen bien los logros del trabajo crítico emprendido. Enumerarlas todas es imposible, pues ello sólo llenaría el espacio permitido a una reseña, pero sí conviene retener algunas de las más importantes, sobre el supuesto de reconocer que ellas se sustentan en el cuerpo mayor del estudio monográfico que las antecede. Para Vallejo el teatro —en concordancia con su posición marxista, tan torpemente discutida casi siempre—, es el género más apto para la pedagogía revolucionaria, para las necesidades del propagandismo político. Ensayo fundamental, aunque lamentablemente incompletas, son, en el terreno teórico, sus "Notas sobre una nueva estética teatral", fechadas en diciembre de 1934

y hasta ahora inéditas, en que Vallejo se opone a la presencia en el teatro de rasgos típicos y al abuso de la emotividad, dejando en manos del público la responsabilidad de "ordenar" el texto dramático, logro sólo permisible —postula él mismo— si ese público es educado. En este proceso, piensa, han de intervenir todos los que, de una u otra forma, se relacionan con la actividad teatral. Algo clave: ello implica trascender las opciones limitadas del "realismo" con fines propagandísticos, sin olvidar jamás la función movilizadora de conciencias que, a juicio del autor, la obra siempre debe poseer. Conectado con ello resulta que es posible distinguir dos etapas en la producción teatral de Vallejo (en teoría y praxis): una inicial, muy extensa, de realismo-documental, próxima al realismo socialista y otra en que supera (sin abandonarlas) tales proyecciones. En ambas el compromiso con el marxismo aparece inalterable, en toda su complejidad.

La intencionalidad última del estudio de Guido Podestá se encamina al análisis de obra a obra. No compete aquí discutirlos: bástenos con señalar que configuran el trabajo más serio emprendido al respecto hasta el momento, convirtiéndose, así, en punto de referencia ineludible para cualquier futuro investigador del tema.

Este libro, el reciente de Julio Ortega sobre la poética vallejana y el importante ensayo de Víctor Farías ("La estética de César Vallejo", *Araucaria*, Madrid, núm. 25, 1984), constituyen tres aportes decisivos a la impresionante bibliografía vallejana de los últimos años, cuya nómina actualizada entrega John B. Margenot en los núms. 18-19 de *Inti* (1983-84, pp. 289-310).

MARCELO CODDOU

Fernando de Toro
y Peter Roster
**Bibliografía del teatro
hispanoamericano
Contemporáneo
(1900-1980)**

Frankfurt, Verlag Klaus Dieter
Vervuert, 1985 (2 vols.)

Esta obra, aparecida recientemente, es una publicación que no puede pasar inadvertida para los interesados en el tema. Sus autores son profesores de la Universidad de Carleton, Canadá, y el primero de ellos había entregado ya una importante contribución con su libro: *Brecht en el teatro hispanoamericano contemporáneo*¹. Dada su condición de joven investigador (chileno-canadiense), podemos aún esperar muchas otras.

En un período como el actual, en que el teatro hispanoamericano comienza recién a ser traducido a otros idiomas y difundido en el exterior, la aparición de esta bibliografía general testimonia de manera contundente de la existencia y de la vitalidad de un sector de la creación hispanoamericana hasta ahora mucho menos conocido, en relación a la novela, la poesía, la música y otras artes de la región.

El primer volumen (473 p.) está dedicado al repertorio de "Obras originales" con un total de 6.952 fichas bibliográficas, organizadas en tres secciones. La primera y la más importante (6.663 fichas) se refiere a las publicaciones aparecidas en revistas, libros y colecciones. La segunda toma en cuenta las obras incluidas en "Antologías" y la tercera, contiene las "Traducciones". Esta última —como lo reconocen los mismos autores— es muy exigua y merecería ser completada en una próxima edición. Las secciones respetan un estricto orden alfabético de los dramaturgos, cuya nacionalidad figura entre paréntesis, dato que resulta de gran utilidad para orientarse

HISTORIA

Sergio López Rubio
**La expedición Arequipa-Puno
y el Tratado de Ancón**
Santiago, 1985, 335 págs.

en la diversidad de países aludidos. Es lamentable, sin embargo, que no se haya seguido el orden cronológico de publicación, a propósito de las obras de un mismo autor, lo cual hubiera facilitado la orientación de los lectores. Tampoco compartimos el criterio de incluir títulos de piezas mimeografiadas, aunque se invoque el carácter particular de aquellas "ediciones".

El segundo volumen (226 p. y 3.132 fichas), bajo el título "Crítica" está dedicado a las publicaciones de referencia, con tres secciones, igualmente: A) "Análisis", B) "Bibliografías" y C) "Miscelánea". La primera, la más extensa (2.928 fichas), se subdivide en cinco categorías: 1) Libros, artículos, tesis; 2) Entrevistas; 3) Reseñas de obras y Antologías; 4) Reseñas de libros de crítica, y 5) Festivales y temporadas.

Este tomo es, de manera ostensible, menos completo que el primero, pero constituye un aporte indudable de recopilación, de preferencia para los períodos 1900-1940 y 1970-1980. Para los años 1940-1974, ya se contaba con la documentada bibliografía de los investigadores estadounidenses George Woodyard y Leon Lyday: *A Bibliography of Latin American Theater Criticism: 1940-1974*².

Por otra parte, aunque ya existen numerosos trabajos bibliográficos sobre los textos nacionales (Argentina, Colombia, Chile, Cuba, Ecuador, México, Venezuela y otros) el libro que reseñamos tiene el mérito de ofrecer por primera vez un panorama general del teatro hispanoamericano del siglo xx (obras y estudios), por lo cual estamos seguros de que será una fuente de consulta indispensable para todos los interesados y un excelente guía para quienes se inicien en el estudio de tan vasto tema.

OSVALDO OBREGON

¹ Ottawa, Girol Books Inc., 1984.

² Austin, Institute of Latin American Studies, 1976. The University of Texas at Austin.

La historia militar provoca, por tradición, un interés especial entre los chilenos, paradójicamente erosionada por sus propios cultores. Entre ellos, el General Augusto Pinochet, que ha escrito sin mayor originalidad sobre la Campaña de Tarapacá en la guerra de 1879.

La Academia de Historia Militar cobija a oficiales y civiles ligados a las fuerzas armadas. Ajenos a concepciones modernas, los esfuerzos de sus miembros, aun fuera del campo monográfico, no pasan más allá de la recolección de datos y el conocimiento erudito. Un falso orgullo nacional y un patriotismo de relumbrón aparecen con frecuencia en sus trabajos.

No es el caso del último libro del teniente coronel (R) Sergio López Rubio, que aborda un episodio poco conocido de la Guerra del Pacífico, la expedición sobre Arequipa comandada por el coronel D. José Velázquez, luego de la victoria de Huamachuco, lograda por Gorostiaga, que se considera generalmente el episodio final de la Campaña de la Sierra.

Dos hilos entrecruzan la obra. El relato de la expedición de Velázquez, cuyo objetivo militar, la liquidación de una amenaza cierta, sostenía un propósito político de la mayor importancia, el predominio del sector peruano que reclamaba la paz inmediata con Chile. El otro elemento que se aborda con menor rigor es el Tratado de Ancón y sus consecuencias hasta el Tratado de 1929 que finiquitó la cuestión de Tacna y Arica.

El bien documentado libro tiene méritos indudables y se lee con facilidad. Destaca la figura poco conocida del coronel D. José Velázquez Bórquez,

jefe del Estado Mayor de Baquedano, y artífice de las principales victorias chilenas.

Explica complejos problemas tácticos enmarcados en una estrategia clara.

Merece destacarse el respeto del autor hacia los militares peruanos. En cierto modo, propone una nueva forma de hacer historia para una América Latina que necesita con angustia superar rencillas y proponerse metas unificadoras para enfrentar problemas inmensos y adversarios implacables.

El coronel Velázquez escribía al Presidente Santa María: "V. E. puede tener de los peruanos todo el desprecio que quiera. Yo como soldado no puedo ni debo pensar así. Los he visto morir por millares defendiendo su bandera; esto y otras razones impiden a un militar despreciar al enemigo".

Los jefes peruanos crecen en su lucha desesperada contra el invasor chileno. Avelino Cáceres, García Calderón, Leoncio Prado, Pacheco de Céspedes, su amigo y camarada de armas cubano, y el propio Manuel Iglesias representan bien al Perú, vencido pero no doblegado.

López Rubio ilumina retazos del complejo panorama de ese país que explican muchas cosas.

El coronel Velázquez se nos revela como un conductor notable, capaz de las mayores audacias en los momentos decisivos. La victoria de Huasacache, "la llave de Arequipa", lograda casi sin bajas así lo demostró.

Impresiona comprobar que los jefes chilenos más distinguidos de esa campaña, Velázquez, Silva Vergara y Dublé Almeyda, hayan sufrido años después, en 1891, la derrota y la vergüenza. Cálidos junto al viejo ejército, sufrieron la ira de los enemigos de Balmaceda y sus aliados, los salitreros ingleses.

La frase ampulosa del autor conspira contra la obra. También una tendencia a la comparación propia de la retórica militar distorsiona la visión objetiva y creemos que fomenta, sin

quererlo, el chovinismo. No tiene sentido, por ejemplo, comparar la falange que describió Polibio con los anacrónicos "hoplitas" del coronel Velázquez. Menos aún, la batalla de Ulm, ganada por Napoleón, con la infinitamente más molesta de Huasacache.

Parece negativo, además, el planteamiento de la virtual autonomía del mando, que conduce a un prusianismo que sitúa al militar fuera de todo control externo. Durante la Guerra del Pacífico —dejando de lado el manido tema de los "cucalones", afeño en las tertulias militares— fue una garantía que el poder civil controlara al Ejército y la Marina. Ahora mismo, ningún proyecto democrático podría aceptar el veto de los militares o su independencia de toda instancia exterior a sí mismos. El Alto Mando no debe tener otros objetivos que aquéllos que le proponga el Estado, el cual no afectará sus intereses a menos que ello sea indispensable. Y en ese caso será bienvenida la autoridad civil.

Pensamos que si con justicia la problemática militar despierta un remozado interés entre los chilenos, también debiera provocarlo la historia militar. Un examen a fondo de sus temas y una crítica científica de sus obras se definiría así como una tarea para los estudiosos.

HERNAN SOTO

POESIA

Antonio Arévalo

Domus Aurea

Ed. Ripostes, Salerno/Roma,
1985

Este libro es una cuidada edición bilingüe español-italiano (la versión italiana es de Giuliano Mesa); ha sido prologado por Soledad Bianchi, y su

autor lo ha subtítulo "Poema agiográfico in forma de narrazione o di dramma palinodico in diversi tempi".

La Bianchi, en su prólogo "Entre A(révalo) y Z(urita)", traza un panorama de la poesía chilena contemporánea en el que, a partir de mentar los principales hitos de la lírica chilena coetánea (*La ciudad* de G. Millán, *Purgatorio* y *Anteparaíso* de Zurita, *Este* de G. Muñoz y *Los lugares habidos* de A.Gil) hace caminar a Arévalo por un complejo paisaje poético hecho de... "reflejos, espejos, ecos, escenarios teatrales, trucos, disfraces, máscaras, cambios de papeles..." por donde el poeta, a la manera del otro, errabundo se pierde en una selva oscura, pero urbana, "cittadina", hecha de signos borrosos, superpuestos y repetidos, como un viejo muro romano, mil veces repintado.

Giuliano Mesa, en su densa nota con la que acompaña su versión italiana del poema, nos dice que "...En la *Domus Aurea* Narciso sólo encuentra espejos que devuelven, en la imagen reflejada, en la imagen reflejada, otros espejos..." y, más adelante, "...en la *Domus Aurea* el 'Padre' asume la configuración de 'Dios', no de una divinidad (como en tanta poesía neomitológica) sino del Dios único, absoluto, padre de todos, que desconoce un hijo (¿o 'el' hijo?) condenándolo a vagar

como una sombra sin nombre...".

Arévalo, privado de la "patria", que es como el padre en mujer, vive hace once años su exilio en Roma, tampoco un mal lugar para el destierro, y allí ha publicado *Le terre di nessuno* (1980), *El luchexilio o al Zar las cartas* y *Adiós su Séptimo de Línea* (1981) y *Extraño Tipo* (1982) y, además, dirige la revista de arte y literatura *Palimpsesto*.

En realidad "palimpsesto", es decir "códice o documento de pergamino que ha sido raspado para poder escribir de nuevo sobre él" (Enciclopedia Larousse) podría ser una palabra clave para entender *Domus Aurea* ("La casa dorada"), título que no alude sólo a la residencia megalómana del terrible Nerón, sino también es uno de los nombres de la Virgen María (...Turriseburnea, ora pro nobis, Domus Aurea, ora pro nobis, Foederis Arca, ora pro nobis..., "Letanía de Acción de Gracias"), o sea, de la Cibele (Diosa madre de todos los dioses) aquella cuyo hijo, que era su amante, se emasculó bajo un árbol y al que la diosa resucitó y, suponemos, restituyó, para llevarse en su carro tirado por leones. Greo que la poesía de Arévalo es política, es decir "ciudadana" y como nuestra ciudad y nuestra historia y nuestros mitos y nosotros mismos, es también espléndida y oscura.

RADOMIRO SPOTORNO

